UN ASESINO EXCEPCIONAL. SU ENIGMÁTICA HIJA.
UNA PELIGROSA OBSESIÓN POR LA MUERTE.



LIBRO 2 INSPECTORA ERICA SANDS

GREGG DUNNETT

LA FUGA

UN THRILLER FRENÉTICO CON UN FINAL IMPACTANTE

LA FUGA

INSPECTORA ERICA SANDS
LIBRO 2

GREGG DUNNETT

Traducido por
M. L. CHACON



ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

Una violenta ráfaga de viento sacudió el coche. Afuera, las ramas de los árboles, ya despojadas de sus hojas, arañaban el aire como garras de criaturas monstruosas. Más adelante, la carretera descendía hacia una hondonada. La inspectora Erica Sands puso las luces largas, lo que le permitió ver la verdosa humedad del exterior.

Aún le faltaban unos minutos para llegar a la escena del crimen y, no por primera vez, se preguntaba si debería haber traído a otro agente con ella. Pero en el MID, el Departamento de Investigación de Homicidios, andaban escasos de personal y habría sido un derroche de recursos mandar a dos agentes a ocuparse de un detalle sin importancia como aquel. Sopesó aquel pensamiento mientras los limpiaparabrisas apartaban la lluvia que caía sobre el cristal.

Además, había algo en ese pequeño detalle que le había hecho querer enfrentarse a él sola.

Había recibido una llamada del comisario Black, el oficial de mayor rango de la policía del suroeste. Había empezado diciéndole que su interés era rutinario, una afirmación tan evidentemente falsa que Sands se había preguntado si lo que pretendía era generar sospechas; si así era, no tenía ni idea de por qué. A continuación, el comisario le había preguntado por el caso de Jane Smith.

El coche se sintió pesado al llegar a la cima de la hondonada y por un momento, cuando la carretera comenzó a descender, pareció ingrávido. Cuando llegó hasta abajo, Sands sintió que la inercia la empujaba hacia delante en el asiento. Cuando el potente motor volvió a subir por el otro lado, relajó el agarre del volante. Aprovechó para repasar el caso en su cabeza.

Jane Smith había muerto hacía tres meses, a la edad de cincuenta y cinco años. Vivía sola, con pocos vecinos cercanos, y su casa de campo estaba en un rincón especialmente apartado de esa parte ya rural del norte de Dorset. Un mecánico de la zona descubrió su cuerpo tras preocuparse cuando no había acudido a recoger su coche del taller. Queriendo demostrar el tipo de servicio personalizado que cada vez se veía menos, la había visitado para comprobar si se encontraba bien. Al mirar por la ventana de la casa vio que no lo estaba: su cuerpo yacía al pie de la escalera.

La investigación policial posterior estableció rápidamente los hechos básicos:

La casa de Jane Smith presentaba signos evidentes de haber sido forzada. Habían roto una ventana de la cocina desde el exterior y, quienquiera que la hubiera roto, había metido la mano dentro para abrir la puerta de la cocina, que se descubrió intacta, pero sin el cerrojo echado. La casa había sido saqueada, vaciando cajones y armarios y esparciendo su contenido por el suelo. No parecía que el culpable o los culpables buscaran nada en particular, pero faltaban algunos objetos de gran valor. La autopsia reveló hematomas en la parte superior del brazo, el cuello roto y un corte profundo en la nuca.

La idea que se barajó fue la de un robo que salió mal. Dado que no había coche aparcado en la entrada, la casa habría parecido vacía y, por tanto, un objetivo fácil. En un lugar tan aislado, el ladrón no se habría preocupado de no hacer ruido, lo que a su vez podría haber despertado a Smith. El único teléfono fijo de la casa estaba abajo, en el pasillo, y el móvil, al parecer, en la cocina (como indicaba la ubicación del cable de carga, aunque faltaba el móvil), por lo que la víctima no habría tenido forma de pedir ayuda. Quizás intentó escapar de su agresor, o quizás intentó enfrentarse a él. No estaba claro. Tampoco fue fácil establecer si su caída por las escaleras había sido obra deliberada del intruso o simplemente un accidente. Lo que estaba claro era que sus heridas habían sido suficiente para matarla: tenía el cuello roto.

No se encontraron huellas dactilares dentro de la casa. Lo que sí que vieron fueron huellas de pisadas en el patio exterior, pero estaban mal definidas, lo que sugería que quien las había dejado se había tomado la molestia de atarse una bolsa de plástico sobre las botas. La única pista de valor que se había encontrado eran unas huellas de neumáticos, que atribuyeron al vehículo del intruso, pero ni siquiera aquel hallazgo ayudaría a reducir el número de posibles culpables. Los neumáticos eran grandes, probablemente de una furgoneta o un todoterreno, y estaban desgastados de una forma que sugería que era viejo y probablemente mal cuidado.

Guantes, botas robustas cubiertas por plástico, una vieja furgoneta: todo lo necesario para un ladrón o un equipo de ladrones. Era probable que quienquiera que hubiera entrado en la casa llevara también un pasamontañas, una imagen final aterradora para la pobre señora Smith.

Sands había dado el caso a su adjunto, el inspector John Lindham. Y aunque se había mantenido al corriente del progreso, no era un caso al que le hubiera dedicado mucha atención. Estaba de acuerdo con la hipótesis de Lindham de que estaban buscando a un ladrón o ladrones, pero a uno que podía volverse violento si se viera confrontado o sorprendido. También compartía su pesimismo sobre lo difícil que sería identificar al culpable. Los recortes presupuestarios hacían que

fuera una rutina en todo el cuerpo que los robos apenas se investigaran lo que significaba que las listas de posibles sospechosos estaban irremediablemente desfasadas. Además, el robo profesional había avanzado considerablemente en los últimos años. Los ladrones solían desplazarse por todo el país, o incluso entre países, para dificultar su detención. Era muy probable que el asesino de Jane Smith estuviera ya en el extranjero y, siendo realistas, podía estar en cualquier lugar, desde Rumanía hasta Rusia. Con tan pocos datos y tan escasas expectativas de éxito, el caso consistía más bien en transcribir con exactitud los hechos y esperar que les llegara una pista que poder investigar. Así estaban las cosas e incluso la escasa familia de la señora Smith parecía entenderlo. La única persona que Lindham había podido localizar era una hermana que vivía en Canadá desde hacía muchos años y que no parecía muy preocupada porque se hiciera justicia.

Todas esas razones apuntaban a que no se tratara de un caso que debiera haber despertado el interés del comisario Black. Y, sin embargo, estaba interesado y, al parecer, también dispuesto a mentir al respecto, dado que fingió que se trataba de una revisión rutinaria. Eso por sí solo podría haber preocupado a Sands lo suficiente como para acudir de inmediato al lugar del asesinato, incluso en medio de la tormenta que se avecinaba. Pero lo que el comisario le había dicho a continuación la había dejado sin ninguna duda.

Había ahora menos árboles y la carretera se extendía hacia delante, el asfalto húmedo reflejaba la poca luz que quedaba en el cielo. Sands ya había acudido a la casa una vez, cuando los agentes de la escena del crimen estaban registrando los restos de la casa de Smith y de su vida. Había observado cómo Lindham daba sus órdenes, había estudiado el cadáver, había considerado cómo podrían haber transcurrido los últimos momentos de la vida de la difunta y luego había vuelto a su trabajo, satisfecha de que Lindham estaba investigando el caso lo mejor que podía, que era todo lo que podía pedir de sus subordinados.

Estaba tan distraída en sus pensamientos que casi se pasa el desvío. No era más que un estrecho camino que se alejaba unos cientos de metros de la carretera principal, oculto tras un grupo de árboles que luchaban por sobrevivir el invierno. Pero frenó a fondo, lo suficiente para tomar la curva y dejó que el Alfa se deslizara por una pista salpicada de baches llenos de agua. Luego volvió a frenar, esta vez hasta detenerse, mientras los faros iluminaban la pequeña vivienda.

La casa desprendía ya una sensación de abandono. Al parecer, los parientes de Smith eran lo bastante pudientes, o estaban demasiado lejos, como para molestarse en vender la casa. De hecho, estaba claro que ni siquiera habían organizado una limpieza, a pesar de haber

recibido el visto bueno varias semanas antes. La puerta principal seguía cubierta con cinta azul de la policía y la ventana rota por la que había entrado el asesino estaba mal asegurada con cartones, empapados por esta tormenta y las anteriores.

Sin farolas y con poca luz en el cielo, Sands dejó encendidos los faros del coche mientras cruzaba para abrir la puerta principal. Dentro probó con el interruptor que había junto a la puerta, pero se le encogió el corazón: no había luz. Probablemente no habían pagado las facturas o el viento había afectado el cableado eléctrico. En cualquier caso, tendría que entrar a oscuras. Sands maldijo en voz baja y volvió al coche para coger la linterna que siempre llevaba en el maletero. Esta vez apagó los faros a regañadientes, no quería arriesgarse a quedarse sin batería.

Primero entró en la cocina. A su izquierda estaba la ventana por la que había accedido el intruso. El cartón se agitaba y succionaba contra el marco de la ventana, empujado por el viento exterior, como si algún tipo de criatura estuviera intentando entrar. Lo observó durante un segundo y luego pasó el haz de luz por el resto de la estancia. Estaba hecha un desastre. Había platos rotos y paquetes de comida esparcidos por el suelo. La mayoría de las puertas de los armarios estaban abiertas y los cajones también colgaban abiertos y vacíos. Algunos estaban rotos por haberlos abierto con demasiada violencia. Las paredes estaban manchadas con el polvo blanco que se utilizó para sacar huellas dactilares. Olfateó, aunque apenas le hizo falta. El olor nauseabundo de la podredumbre invadía la sala. Iluminó el fregadero, que parecía limpio, y luego miró en el frigorífico. Casi le dan arcadas al abrir la puerta. Aún quedaba comida de la última compra que realizó Jane Smith en el supermercado. Por un segundo, Sands pudo imaginársela allí, eligiendo cuidadosamente los productos para, quizá, ajustarse a un presupuesto reducido. Ahora, la comida se pudría dentro de su envoltorio. Todo lo que estaba precintado se había hinchado por la putrefacción y varios artículos, identificó uno como una bandeja de muslos de pollo, se habían reventado. Estaban llenos de gusanos. Sands se quedó mirando un rato y luego volvió a cerrar la puerta. Sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la nariz con él.

Atravesó con cuidado el desorden de la cocina y llegó al pequeño salón. Esta habitación parecía menos alterada. Un pequeño sofá daba al espacio vacío donde antes había un televisor. O bien el intruso ya se lo había llevado antes de matar a Smith, o bien se sintió lo bastante cómodo como para terminar su trabajo mientras la mujer yacía muerta o moribunda al pie de la escalera. Sands estaba más interesada en el pasillo, donde habían encontrado el cadáver de Smith.

El olor allí era diferente. Un olor rancio a sangre vieja. Alumbró el suelo y pudo ver claramente la mancha de sangre que había

empapado la moqueta. La rodeó y miró hacia las paredes, permitiéndose por fin considerar la extraña pregunta que el comisario le había formulado aquel mismo día:

«¿Había algo relacionado con el ajedrez en el pasillo? ¿Con ajedrez y animales?»

Sands le había preguntado de dónde venía tal pregunta, pero no quiso responderla. No tenía por qué hacerlo y supuso que habría un vínculo con otra investigación que ella desconocía. Pero no fue eso lo que el comisario contestó. En su lugar, se había mostrado evasivo y había intentado distraerla con otros detalles del caso, detalles irrelevantes. Era otro indicio de que había algo que hacía aquella pregunta nada rutinaria. Su mente había viajado a dos lugares, al principio buscando en su memoria, tratando de visualizar la casa de Smith y la escena del crimen en busca de algo que pudiera encajar. Pero luego divagó a otro lugar: el dormitorio de su infancia, en el que había vivido hasta los doce años. El juego de ajedrez que tanto le gustaba y con el que jugaba a diario hasta que cambiaron sus circunstancias. Cada pieza representaba un animal africano diferente. La que más le gustaba era la reina, una orgullosa leona de cara ancha, tallada en madera de narra de color marrón dorado. ¿Ajedrez y animales?

En cuanto Black había colgado el teléfono, Sands sacó el expediente y estudió las fotografías de la escena del crimen, pero no había nada evidente. Sin embargo, ahora había algo en su memoria, un fragmento que no conseguía recordar. Por eso había tenido que venir aquí de inmediato.

Alumbró con la linterna, tratando de observar el pasillo en su totalidad antes de centrarse en el detalle que había venido a ver. Había un perchero y un zapatero con pocos objetos, por lo que era evidente que la mujer vivía sola. Sands tenía algo parecido en su propio pasillo. Había una pequeña mesa para un teléfono, con un aparato de aspecto muy antiguo. Pero no había nada que le pareciera inusual, así que se volvió hacia la fotografía de la pared.

Su recuerdo se había aclarado mientras conducía hasta aquí, pero aún quedaban detalles en los que no había reparado hasta ahora. Era la mayor de las imágenes del pasillo, con un sencillo marco que resaltaba su posición. No había nada que sugiriera que guardaba relación alguna con el crimen que había tenido lugar, y por eso no se había incluido en el expediente del caso. No tenía ni idea de por qué se había fijado en ella, excepto quizás porque era una imagen memorable. En cualquier caso, se sintió extrañamente satisfecha de verla allí, casi exactamente como la recordaba.

Smith tenía dos gatos, uno negro y otro blanco, y era de suponer que la elección del color hacía referencia a su interés por el ajedrez.

Ciertamente, la fotografía así lo sugería. Mostraba a los dos animales sentados a ambos lados de un tablero de ajedrez, como si estuvieran jugando una partida. En concreto, Sands se fijó ahora en la posición de jaque mate del famoso juego de la Ópera. De algún modo, Smith, o quienquiera que hubiera tomado la fotografía, había conseguido que el gato blanco pusiera la pata sobre el rey condenado de las negras y realmente parecía a punto de derribarlo. Debería haber sido una fotografía divertida y desenfadada que celebrara el apogeo romántico del juego, pero algo en ella, quizá la forma en que insinuaba que Smith había dedicado tanta atención a sus animales en lugar de a otras personas, le daba un matiz de tristeza.

Dirigió ahora el haz de la linterna hacia la fotografía, recordando de nuevo la pregunta de Black.

«¿Había algo relacionado con el ajedrez en el pasillo? ¿Con ajedrez y animales?»

Encontrar lo que Black había insinuado no le hizo sentir bien. Al contrario, la llenaba de inquietud, pero no sabía muy bien por qué. Intentó ignorarla y se concentró en la fotografía, observando detalles ahora por primera vez. Ahora notó que había sido tomada en el salón de la casa, con la ventana como telón de fondo, adornada con plantas de interior. Tampoco era lo único que había en el marco. En la esquina inferior derecha había un recorte del periódico regional, con el titular: «Vecina de Dorset gana concurso de fotografía». El texto era breve, pero lo suficiente para que Sands comprendiera que era esta imagen la que había ganado, con la propia Jane Smith como fotógrafa. Al parecer, había enmarcado tanto la fotografía original como el recorte de periódico, colocándolos en un lugar destacado del pasillo.

Bien. Entonces, ¿cómo lo sabía el comisario Black? Y ¿qué importancia tendría para el caso?

Sands iluminó con la linterna los otros cuadros colgados a lo largo de la pared. La mayoría eran dibujos de flores a lápiz y acuarelas de puertos con barcos anclados. Volvió a los gatos. Luego equilibró la linterna sobre la mesa del teléfono, de modo que el haz de luz brillara aproximadamente en la dirección correcta, y sacó un par de guantes forenses del bolsillo de su chaqueta. Se los puso y levantó con cuidado la fotografía de la pared. No había nada detrás. Le dio la vuelta y la inspeccionó por completo. Esta vez notó un rastro de algo blanco entre el marco y la cartulina, como si hubieran introducido algo. Intentó agarrarlo, pero era difícil con los guantes, así que empezó a levantar las pequeñas lengüetas metálicas que sujetaban el marco. Seguía siendo incómodo con los guantes, pero al final consiguió levantar la primera lengüeta. Levantó el resto y retiró con cuidado la tarjeta de soporte. Al hacerlo, algo se deslizó y, girando en el aire, cayó al suelo.

Al principio pensó que era el recorte de periódico, pero al girar de

nuevo el marco, vio que seguía en su sitio. Se trataba de otro papel. Cogió la linterna y apuntó al suelo, donde había un trozo de papel en el centro de la mancha de sangre que aún quedaba en la moqueta. Cuando lo levantó, pensó que la moqueta estaba aún húmeda, pero probablemente se trataba de un truco de su mente.

Tuvo que agacharse un poco para sostener el papel a la luz de la linterna: era un simple trozo de papel, aparentemente arrancado de un pequeño cuaderno. Las palabras estaban garabateadas a toda prisa y la tinta negra borrosa, por lo que resultaba difícil leerlas:

La encrucijada del tiempo ha llegado.
Este viaje eterno comienza con el derramamiento de sangre de un inocente.
No terminará hasta que la sangre fluya como la crecida del Nilo.
¡Mato para salvar! ¡El mundo renacerá!

Cuando Sands lo acercó para verlo con más claridad, vio que las letras no eran negras después de todo, sino de un color granate oscuro, y entonces se dio cuenta de que no era tinta en absoluto.

La nota estaba escrita con sangre seca.

CAPÍTULO DOS

A las 7:38 horas de la mañana siguiente, Sands detuvo su coche frente a la casa del inspector John Lindham. Marcó su número mientras miraba por la ventana de la cocina, contemplando la imagen de una familia que se preparaba para empezar el día. Vio a los niños entrar y salir varias veces y a la mujer de Lindham en el fregadero fingiendo no darse cuenta del llamativo Alfa rojo que esperaba fuera. Sands había visto a Sarah Lindham un par de veces, pero poco de la mujer le había interesado. En ambas ocasiones notó que la esposa de su ayudante era algo fría y pensó que seguramente sería el resultado del tiempo que Lindham pasaba quejándose de ella. A Sands, ese pensamiento le interesó aún menos.

Cuando Lindham apareció en el umbral de su puerta Sarah estaba justo detrás, e inmediatamente detrás vio a dos chicos rubios vestidos con uniforme escolar. Erica observó cómo su colega se inclinaba para darles un beso de despedida.

—Lo siento, jefa —dijo Lindham cuando por fin subió al coche—. Elliot está teniendo problemas en la escuela. Ya sabes cómo es esto.

Por un momento, Sands se preguntó cuál de los niños era Elliot, pero no preguntó. En lugar de eso, aceleró. El viaje era solo una hora y media y ambos sabían que llegarían bastante más rápido.

La reunión tuvo lugar en una sala acristalada de la tercera planta de la impresionante y nueva comisaría de Yeovil. El comisario Black llegó diez minutos tarde. Era alto y su corpulento torso realzaba su uniforme. Con él llegó otro hombre vestido de paisano, con un traje de chaqueta gris que le quedaba un poco grande y que acentuaba su estrecha figura. Sands tardó un momento en localizarlo, pero cuando lo hizo, frunció el ceño.

Antes de sentarse, Black pulsó un botón en la pared y los cristales se volvieron opacos.

—Inspectora Sands, gracias por venir —empezó Black, pero se detuvo enseguida, mirando a Lindham—. ¿Y este es...?

—Inspector John Lindham, jefe —respondió este. Black asintió, pensativo, y se volvió hacia Sands.

—No esperaba que trajeras a nadie más.

—Yo tampoco —respondió Sands, y miró fijamente al hombre del traje. Ni él ni Black contestaron, pero intercambiaron una mirada. Sands suspiró y continuó—. El inspector Lindham dirige la

investigación del asesinato de Jane Smith por lo que debe estar presente. ¿Por qué no comenzamos con lo que sea esto? —Miró fijamente un reloj de pared y luego abrió la bolsa que llevaba. Sacó la nota oculta junto con la fotografía original, ahora de nuevo en su marco. Ambos objetos estaban guardados en bolsas de plástico—. Usted sabía que esto estaba aquí. Claramente cómo lo supo es relevante para la investigación de Lindham.

Black inhaló con lentitud.

—Lo que tenemos que hablar es de naturaleza... delicada. Quizá prefieras que Lindham espere fuera.

—Si es relevante para resolver el crimen no debería tener que ocultárselo a mis subordinados. Por lo tanto, prefiero que se quede, jefe.

Black intercambió otra mirada con el delgado civil y luego se encogió de hombros muy ligeramente.

—Como quieras. —Extendió una mano, indicando la nota—. ¿Puedo?

Sands le pasó la más pequeña de las bolsas a Black, que estudió la nota, primero por un lado y luego por el otro.

—¿Cómo lo supo? —insistió Sands, mientras Black levantaba por fin la vista. No le respondió, sino que leyó las palabras en voz alta, con el ceño fruncido—: «La encrucijada del tiempo ha llegado. Este viaje eterno comienza con el derramamiento de sangre de un inocente. No terminará hasta que la sangre fluya como la crecida del Nilo. ¡Mato para salvar! ¡El mundo renacerá!»

Hizo una pausa.

—Derramamiento de sangre. Y está escrito con sangre también, ¿es de ella? ¿De Jane Smith?

—No —respondió Sands. Parecía que no iba a continuar, pero lo hizo—. El laboratorio dice que es de un ave, muy probablemente de una gallina.

—¿Pueden sacar algo de eso? ¿Algo útil?

Sands negó con la cabeza.

—No. Dicen que quien escribió esto podría haber conseguido un ave de cualquier supermercado.

—¿Y el texto en sí? Tengo que decir que me parecen las palabras de un lunático. —Le pasó la nota a su delgado acompañante, quien la examinó por sí mismo.

Sands no contestó esta vez y, al cabo de unos instantes, Lindham lo hizo en su nombre.

—Sí, no estamos muy seguros de a qué se refiere. El «derramamiento de la sangre de un inocente» podría tomarse como alguna forma de admisión de culpabilidad por el asesinato de Smith. Y luego la línea acerca de que no terminará hasta que la sangre fluya

como la crecida del Nilo parece indicar que podría haber más por venir, mucho más.

—¿Por qué el Nilo? —preguntó Black, pero nadie le respondió.

—¿Cómo sabía que encontraríamos esto allí, o algo parecido? —insistió Sands, pero de nuevo Black actuó como si no la hubiera oído. Siguió interrogando a Lindham.

—¿Encontrasteis huellas dactilares? ¿Fibras de algún tipo?

Lindham negó con la cabeza.

—¿Había algo más en la casa que pareciera fuera de lugar? ¿Especialmente ahora que se ha descubierto esto?

—No, jefe. En su momento interpretamos que fue un robo que salió mal. —Lindham se aclaró la garganta—. Hasta ahora, claro.

Black se reclinó en su asiento.

—Todavía podría ser eso. Puede que colocaran la nota antes del asesinato. O después. Puede que no sea relevante en absoluto.

—Pero está claro que usted sabía que estaba ahí —le cortó Sands—. Esto o algo parecido. Nos gustaría saber cómo lo supo.

—No es que lo supiera exactamente… —comenzó Black.

—Me llamó para preguntarme si había algo en el pasillo relacionado con ajedrez y animales. Esta nota estaba detrás de una fotografía de dos gatos junto a un tablero de ajedrez. No es una coincidencia.

—Parece poco probable que sea una coincidencia, estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿quién se lo dijo?

Black intercambió una mirada con el hombre del traje gris. Sands también lo miró, y Black negó con la cabeza.

—No te he presentado. Este es James Mc…

—Sé quién es. Es James McDonald. —Sands se giró para mirar al hombre a los ojos—. El director general de la Prisión de Highmoor.

Se hizo el silencio, pero el hombre sonrió de una forma un cierto incómoda.

—¿Entonces ha sido un chivatazo? ¿De alguien de dentro? —preguntó Lindham, con la frente arrugada en un ceño que sugería que era consciente de que había algo que no terminaba de entender.

Black miró a Sands.

—¿Estás segura de que no te gustaría continuar con esto sin la presencia del inspector Lindham?

Sands tomó aire y se volvió hacia su ayudante.

—Como ya sabrás, la prisión Highmoor es la de mayor seguridad del Reino Unido, donde se encuentran los presos más peligrosos. Como tal, es donde Charles Sterling, el hombre que fue mi padre, ha estado encerrado durante los últimos veinticinco años, por el asesinato de ocho mujeres, entre ellas mi madre y mi hermana. —Se volvió hacia

Black—. Supongo que esto le concierne de algún modo.

—Sí. Así es.

—¿Y bien? —presionó Sands—. ¿Qué tiene que ver exactamente Sterling con todo esto? —preguntó al tiempo que sacudía la nota con la mano.

Black hizo una pausa antes de explicarse.

—Inspectora Sands, tu padre afirma tener información que podría identificar a quien cometió este crimen. Y quiere dárnosla.

—¿Qué información? —replicó Sands.

—Por desgracia, no nos lo quiere decir.

Ahora fue Lindham quien rompió el silencio.

—No lo entiendo. Acaba de decir que quería...

—Quizá sea mejor que lo explique el director —volvió a interrumpir Black—. Él conoce mejor la situación.

Al cabo de un momento, McDonald tomó el relevo. Su voz sonaba áspera tras los suaves tonos de Black.

—Como sin duda sabrá, a lo largo de los años su padre ha hecho repetidos intentos de retomar el contacto con usted…

—Por favor, no lo llame así.

—¿Perdón? —McDonald se detuvo.

—Mi padre. Ya no lo considero así. Se llama Charles Sterling y prefiero que se refiera a él así.

—Por supuesto. Entiendo cómo debe sentirse —continuó McDonald con tranquilidad—. Pero el hecho irrefutable es que es su padre. Y a lo largo de su encarcelamiento ha intentado mantener una conexión familiar con usted dado que es su único pariente superviviente. En muchas ocasiones ha intentado persuadirla para que lo visite o para que responda a sus cartas...

—Cartas que me he negado a aceptar o que, cuando han permitido que me las enviara, las he tirado sin leer —replicó Sands. Se cruzó de brazos y miró furiosa al director.

—Sí, así es. Pero su padre, perdón, Sterling, no ha perdido la esperanza. Lo que parece estar proponiendo aquí es intercambiar la información sobre quién es el asesino. Pero solo si acepta a verlo en persona. Solo le dará la información a usted, inspectora.

Sands sabía que debía controlar su ira, pero se sentía en una emboscada. Miró fijamente al director de la prisión, odiándolo por su asociación con aquel hombre, pero sabiendo que era irracional. Injusto. Se volvió y miró al comisario.

—Con todo respeto, jefe, tiene que entender que esto es una puta mierda. —Black parecía desconcertado con la reacción de la inspectora y esta presionó—. No pueden creerle. Seguro que no tendrá nada, esto no es más que un truco. Una pérdida de tiempo.

—Quizá sea esa su intención. Pero está claro que algo sabe. Nos

habló de la nota.

Sands hizo una pausa. Tenía razón. Parpadeó, tratando de encontrarle sentido.

—¿Qué le dijo exactamente? ¿Cómo se lo dijo?

De nuevo, fue McDonald quien respondió.

— Su padre pidió que me enviaran un mensaje hace dos semanas en el que afirmaba conocer al autor de un crimen que había tenido lugar recientemente, el asesinato de una mujer llamada Jane Smith. Estas cosas pasan de vez en cuando, prisioneros que esperan poder intercambiar información a cambio de una reducción de su sentencia. Evidentemente, esto no sería posible en el caso de su padre...

—Por favor, use su nombre.

McDonald esbozó una fina sonrisa de disculpa.

—Por supuesto —continuó—. En estos casos pedimos la información por adelantado, pero su... —levantó las manos en señal de disculpa—, Sterling se negó. Dijo que solo le daría la información a su hija, y dada su negativa tan clara a tener nada que ver con él, consideramos inapropiado ponernos en contacto con usted. Cuando se lo comunicamos a Sterling, nos dijo que nos daría un dato para demostrar la veracidad de lo que decía. Nos dijo que buscáramos la conexión entre el ajedrez y los animales en el pasillo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Sands se quedó callada. Black se volvió de nuevo hacia Lindham.

—¿Hemos dicho algo de que Smith jugara al ajedrez? ¿Hay alguna forma de que Sterling pudiera saberlo?

Lindham pareció pensárselo, pero levantó las manos.

—No me pareció relevante. Smith era una jugadora aficionada. Pertenecía a un club de ajedrez local, pero no lo hicimos público, no había razón para ello.

—Puede que nosotros no lo publicáramos, pero ella sí. —Sands acercó la foto a Black, con el dedo apoyado en el recorte del periódico que mostraba el titular «Vecina de Dorset gana concurso de fotografía». —Supongo que a Sterling aún se le permite su generosa gama de suscripciones a periódicos. —Miró con cierto desprecio a McDonald.

—Tiene derecho a recibirlos —aclaró el director—. Consideramos importante que nuestros reclusos, todos ellos, se beneficien de sus derechos humanos básicos. Además, es la ley.

—Así que estás diciendo —Black parecía no darse cuenta de la animosidad entre el director y Sands—, que Sterling podría haber visto este artículo y saber que Smith tenía esta fotografía. Pero ¿cómo podría haber sabido de la nota detrás de la foto?

Sands abrió la boca para contestar, pero no tenía respuesta. Nadie

parecía tenerla. Hubo un breve silencio hasta que McDonald lo rompió.

—Hay una forma sencilla de resolver el misterio —el director se encogió de hombros ligeramente—. Las evaluaciones psiquiátricas que se le han hecho indican desde hace tiempo que es un hombre muy distinto del que era cuando entró. Creo que, si va a verlo se lo dirá.

De nuevo se hizo el silencio en la sala.

—Ni hablar, no pienso ir a verlo. —Sands pareció sorprendida de haber dicho aquellas palabras en voz alta—. No quiero verlo.

—Comprendo su reticencia —respondió McDonald. Su voz había recuperado la suavidad de antes—. Pero, en mi opinión, sus motivos para desear hablar con usted son totalmente humanos y positivos. Necesita curarse. Ha sufrido muchos cambios...

—No, no ha cambiado nada —la voz de Sands era ronca, baja—. Nada en absoluto.

El director negó con la cabeza.

—Con todo respeto, inspectora, no veo cómo puede saberlo, dado que no ha visitado a…

—No — interrumpió Sands, enfadada de nuevo—. Esto es un truco. Una estafa. Como sea que haya obtenido esta información, la está usando para chantajearme para que vaya a verlo. Suena exactamente como el hombre que yo recuerdo.

McDonald hizo una leve mueca de dolor.

—Él está tratando de negociar, en eso estoy de acuerdo. Pero debe entender que sus opciones son muy limitadas. Usted no contesta sus cartas, nunca ha ido a verlo, en casi treinta años...

—¡Ja! Perdóneme, por favor. Ese hombre asesinó a mi madre y a mi hermana. Esperó a que llegara a casa y descubriera lo que había hecho, solo para poder decirme que la única razón por la que no me mató fue porque pensaba que yo era como él. ¿Por qué iba a ir yo a verlo? Dígame, ¿por qué querría hacer eso?

Se quedaron todos sin palabras. Al final, fue Black quien pareció encontrar algo que decir.

—¿Tenéis algún sospechoso en el caso de Jane Smith?

Se hizo otro silencio. Sands lo utilizó para intentar recomponerse. No lo estaba llevando bien.

—No, jefe —Lindham respondió por ella—. Nos estamos centrando en personas con antecedentes por robo y ver si hubo alguno que estuviera por la zona en ese momento.

—¿Y cómo va la búsqueda?

Lindham se pasó una mano por el pelo.

—Todo lo bien que se puede esperar. Con los recortes presupuestarios... no tenemos un panorama completo sobre el que trabajar. —Se encogió de hombros.

—Entiendo. —Black se volvió hacia Sands—. Tienes una investigación difícil entre manos. Y si esto es relevante —dio un golpecito con el dedo en la nota—, es posible que estés buscando en el lugar equivocado.

Durante unos instantes todos miraron la nota, aún en su hoja de plástico, hasta que Sands la levantó bruscamente. La releyó, le dio la vuelta para inspeccionar de nuevo el reverso. La miró al trasluz. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Quizá no tenga que decírnoslo —dijo Sands—. Quizá podamos averiguar por nuestra cuenta cómo consiguió la información. La fotografía y el artículo del periódico son de hace tres años. Sterling lleva casi treinta años en la cárcel, así que está claro que él no la puso ahí. Lo que significa que alguien lo hizo y se lo contó. O al menos le indicó por dónde mirar. —Observó a los tres hombres—. Si así fue, ¿cómo se lo contaron? Lo mantienen en un entorno insonorizado y aislado en una prisión de máxima seguridad, sin contacto con otros presos. —Sands se volvió hacia McDonald— ¿Supongo que sigue siendo así? Si no, deberían haberme informado. —Había un tono acusador en sus palabras.

—Por supuesto que sigue siendo así —asintió McDonald al instante —. A su padre le ordenaron cumplir cadena perpetua en una unidad de segregación. Eso no ha cambiado.

—Así que está completamente aislado. —Sands habló con un tono amargo en su voz—. Muy bien. Entonces lo más probable es que sean las cartas.

Lindham se volvió hacia ella, sin comprender, y Black también parecía confuso. Solo McDonald parecía entender.

Sands se explicó, dirigiendo sus palabras hacia Lindham—: Cuando atraparon a Sterling, no se avergonzó de lo que había hecho, sino todo lo contrario. Alardeó durante el juicio y aquel comportamiento le dio cierta notoriedad. Se convirtió en una especie de celebridad macabra. Desde entonces, se han escrito libros y han rodado películas sobre lo que hizo. Eso ya se sabe. Lo que es menos conocido es lo oportunista que es. Como dijo el director, tiene derecho a recibir correspondencia, es un derecho protegido por la ley, así que eso es lo que hace. Mantiene correspondencia. Y resulta que hay muchos locos por ahí que aprovechan la oportunidad de tener a un sociópata enjaulado como amigo por correspondencia. —Hizo una pausa en la que apretó los labios—. Y luego están las otras cartas, por supuesto. —No dio más detalles, sino que se volvió hacia McDonald—. ¿Cuántas cartas de este tipo recibe ahora? ¿Siguen siendo más de veinte a la semana?

McDonald dudó, luego asintió.

—Recibe un flujo constante de correspondencia, sí.

—¿Y se las siguen pasando?

—Como acabo de decir, la ley nos obliga a permitir que los presos reciban correo.

—Y como ustedes saben, ese derecho se puede restringir en determinadas circunstancias excepcionales, algo que yo he pedido que se haga en numerosas ocasiones en el caso de Sterling. —Sands suspiró— Si lo que buscamos está en su correo, revisen las cartas y encuéntrelo. Así no tendré que hablar con él.

McDonald se removió incómodo en su silla.

—Por supuesto que abrimos y fotocopiamos toda la correspondencia que envía y recibe. Pero como creo que ya sabe, la naturaleza de parte de la correspondencia hace que sea una tarea difícil…

—¿Pero lo tienen todo? ¿Tienen fotocopias de todo lo que ha recibido y enviado?

—Sí.

—¿Y de verdad lo han leído?

Otra pausa.

—No hemos visto nada que nos haga pensar que la pista proviene de su correo.

Sands respiró pesadamente y luego habló en voz baja, pero las palabras parecían solo para ella.

—Definitivamente son las cartas.

La sala volvió a quedar en silencio.

—Mira —dijo por fin el comisario—. A fin de cuentas, la razón por la que te hemos convocado ha sido para explicarte la situación. Ahora te toca a ti decidir cómo quieres proceder. Como dice el director McDonald, Charles Sterling es tu padre y, en última instancia, tú eres la responsable de este caso. —Miró a Lindham como si reconociera su papel, a pesar de sus palabras—. Si sientes que te resulta imposible verlo, o que no aportará nada de valor para tu equipo, es tu decisión.

Se echó hacia atrás. Parecía esperar que Sands se tomara tiempo para pensar antes de responder. De ser así, se sorprendió.

—Si ese es el caso es una decisión fácil. No voy a ir a verlo.

Inclinó la cabeza hacia Lindham mientras se levantaba de la mesa.

—Venga. Salgamos de aquí.

CAPÍTULO TRES

—Podemos parar en algún sitio si tienes hambre —sugirió Sands mientras conducía de vuelta—. Quiero recuperar el tiempo que hemos perdido con esto, así que podríamos comer ahora. —Repasó en su cabeza dónde podría haber algún lugar decente de camino.

—Vale —contestó Lindham. Estaba sentado en el asiento del copiloto y, tras comprobar si había mensajes en su móvil, se quedó en silencio. Sands aceleró en una larga recta y luego tomó una curva.

—Muy bien.

Había un pueblo más adelante y recordó que una nueva cafetería había abierto allí hacía poco. Tenía pinta de ser bastante tradicional, pero probablemente sería la mejor opción. Si comían allí podía quedarse a trabajar hasta tarde y ponerse al día. Se acercaba otra curva y bajó una marcha, acelerando el motor más de lo necesario.

—Jefa —la voz de Lindham la sorprendió unos minutos después. Sands se había quedado totalmente absorbida por el placer de llevar el Alfa a alta velocidad por las curvas de aquella carretera rural.

—¿Qué pasa?

—Necesito saber cómo ves este caso ahora. —Sonaba desanimado —. ¿Sigo buscando gente con antecedentes por robo? ¿Ignoro la nota? No estoy seguro.

Sands lo miró un instante y luego volvió la vista hacia la carretera. No dijo nada.

—Porque siento como si hubiera un agujero negro en medio del caso y no sé si investigarlo o dejarlo estar. No sé si es relevante, ni siquiera sé si es buena idea que lo averigüe.

—¿De qué estás hablando? Sigue la investigación adonde te lleve.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Sands no respondió.

—Mira, sé que esto es duro para ti. Fue duro cuando descubrimos quién era tu padre, y esto es… No me puedo imaginar lo duro que debe de ser. Pero estás actuando como si fueras a fingir que esto no ha pasado. Y yo no puedo llevar el caso así.

Sands sintió los ojos de su colega clavados en ella, pero no apartó la vista de la carretera. Notó que tenía los nudillos blancos de agarrar el volante con tanta fuerza. Se obligó a relajarlos. Lindham suspiró, como si ya se diera por vencido.

—Así que puede que esa nota la haya dejado el asesino de Jane

Smith, o puede que no. No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que el que la puso allí, o alguien que sabía que estaba allí, fue capaz de comunicárselo a Charles Ster…

—De acuerdo —interrumpió Sands con brusquedad. Lindham enmudeció—. Ya has dicho lo que querías.

Durante unos instantes solo se oyó el sonido del motor, los neumáticos rodando por la carretera, el coche surcando el aire.

—Tal vez podría tratar de hablar yo con él —sugirió Lindham—. ¿Quizás hable conmigo en vez de contigo?

Sands volvió a agarrar con fuerza el volante, ignorando esta vez la tensión de sus manos.

—Quizá piense que si habla conmigo conseguirá que cambies de opinión —continuó Lindham.

Había una pequeña zona de aparcamiento en el arcén a unos cien metros más adelante. En silencio, Sands lo observó.

—O como dijiste, tal vez deberíamos recoger todas las cartas que ha recibido e intentar averiguar de dónde ha sacado la información.

Sands miró por los retrovisores y evaluó el tamaño del aparcamiento.

—Porque si no, no veo cómo... ¡Eh! ¿Qué leches haces? —La voz de Lindham se elevó presa del pánico cuando el coche se desvió de repente de la carretera y empezó a girar. Sands se había metido en la zona de aparcamiento y había girado el volante con fuerza, lo que hizo que el coche derrapara.

—¿Qué demonios estás haciendo?

El coche no llegó a detenerse del todo y ahora se encontraba mirando en sentido contrario. Sands controló la aceleración de modo que las ruedas giraron solo un instante sobre la grava del arcén antes de que el pesado coche volviera a rodar, esta vez de regreso por donde habían venido.

—Estoy dando la vuelta.

—¿Qué? ¿Por qué?

Sands pensó cómo responder.

—Porque no tengo otra opción. El bastardo de Sterling no nos va a decir nada. Querrá jugar a uno de sus estúpidos juegos y hacernos perder el tiempo. Parece ser que yo soy la única que entiende su estrategia, así que no me queda más remedio que entrar al juego. La mejor respuesta es acabar con esta estupidez de una vez por todas. Y en ese caso, prefiero hacerlo hoy, ahora mismo. Para no perder más tiempo.

Miró hacia abajo, vio su móvil y lo cogió. Desbloqueó la pantalla con el pulgar y se lo tendió a Lindham.

—El número de Black está guardado.

Sands observó con medio ojo cómo Lindham pasaba los contactos,

mirando ahora ansiosamente por la ventanilla mientras los setos pasaban con rapidez. Cuando su colega encontró el número del comisario Black lo marcó. La llamada se desvió automáticamente al sistema de sonido del coche.

—Soy la inspectora Sands —anunció tan pronto como se conectó la llamada—. Voy a verlo. Pero quiero hacerlo ahora. Quiero acabar con esto de una vez.

Escucharon mientras Black confirmaba que lo prepararía todo. Entonces Sands terminó la llamada y aceleró el coche.

CAPÍTULO CUATRO

Solo se veían los últimos pisos del edificio de ladrillo rojo de la prisión por encima de un muro de piedra, de unos diez metros de altura, coronado por alambre de espino y cámaras de vigilancia colocadas en altos postes que las hacían parecer aves rapaces. Sands siguió las señales hasta una garita de entrada vigilada por dos guardias armados, bajó la ventanilla y enseñó su placa. Lindham también mostró la suya.

El guardia insistió en meter ambas placas en su cabina e inspeccionarlas detenidamente, comparando las fotos con las de los ocupantes del coche. Luego cerró la ventanilla e hizo una llamada. Unos minutos después, cuando hubo terminado la llamada, volvió a abrir la ventanilla.

—No pueden entrar con el vehículo. Aparquen ahí fuera y un agente los acompañará dentro.

Les devolvió las placas y volvió a cerrar la ventanilla. Sands también cerró la suya y siguió las indicaciones. Cuando salieron del coche, ya los esperaba el agente.

—Por aquí.

Los condujo a una puerta donde esperaron a que una cámara de seguridad los escaneara, antes de que un zumbido indicara que se habían abierto unos ocultos cerrojos. En el interior, una segunda puerta les bloqueó el paso y un agente los esperaba junto a un escáner de cuerpo completo como los de los aeropuertos. Sands y Lindham se vaciaron los bolsillos, pasaron por el escáner y volvieron a esperar mientras examinaban sus pertenencias.

—Esperen aquí. El director ya baja.

El agente esperó con ellos hasta que sonó otra puerta, que se abrió para revelar al director. De pie era más alto de lo que Sands había notado antes.

—Me alegro mucho de que haya cambiado de opinión, inspectora. —Sonrió con la misma fina sonrisa de antes—. Vayamos a mi despacho, allí podemos darles las instrucciones necesarias sobre la visita. —Hizo una pausa—. Y me imagino que querrán un café.

Lo siguieron más allá de otras dos pesadas puertas de hierro hasta que llegaron al despacho. Era grande y estaba amueblado con gusto, con una estantería en una pared y un gran escritorio antiguo sobre el que había una foto, seguramente del director y su familia. La imagen

mostraba a tres niños de pie sobre los pilares de roca basáltica de la Calzada de los Gigantes, en Irlanda. Sands miró por la ventana y vio el patio de la prisión, rodeado por una alambrada y, a continuación, el mismo muro de diez metros de altura que habían visto desde fuera. Ahora que estaban dentro, parecía más prominente, más permanente, envolviéndolos y reteniéndolos entre sus sólidos lados.

—Te acaba afectando —dijo McDonald con una sonrisa—, el tener una vista así todos los días.

Sands estaba a punto de apartarse de la ventana cuando sonó una alarma. Al otro lado del patio una luz sobre una puerta empezó a parpadear en rojo y la puerta se abrió. Salieron tres hombres, dos con el uniforme de los guardias de la prisión y uno con un mono amarillo, las manos esposadas y los tobillos encadenados para que solo pudiera dar pasos cortos. Mientras Sands observaba, uno de los guardias le quitó las cadenas de los tobillos. Con cierta lentitud, el prisionero empezó a caminar en círculo alrededor del perímetro del patio, los guardias lo seguían unos pasos por detrás.

El director se acercó para mirar también.

—Ese es Gary Hassenbach, asesinó a cuatro personas. Su última víctima fue su compañero de celda en Broadmoor. Robó una cuchara de la cantina y se la clavó en el cerebro a través de la oreja.

Sands se sorprendió de lo cerca que estaba el director. Podía oler su aliento a cafeína rancia. Se apartó un poco.

—¿Hace ejercicio todos los días?

—No. —La voz de McDonald no denotaba ninguna emoción—. Debería hacerlo. Pero tenemos demasiados presos y poco personal para hacerlo posible. Hassenbach es un buen ejemplo de un hombre que representa muy poco peligro para la sociedad, pero al que estamos obligados a tratar como si fuera una especie de monstruo. En una buena semana sale unas dos veces. El resto del tiempo está en una celda subterránea sin ventanas. Idéntica a la de su padre.

Sands lo miró, considerando pedirle de nuevo que dejara de referirse a Sterling como su padre, pero decidió no hacerlo.

—Acaba de decir que mató a su compañero de celda con una cuchara. ¿Eso no lo hace un monstruo?

—Fue un error de la cárcel. A Hassenbach lo maltrataron sus padres desde que nació. Palizas, cigarrillos apagados en sus brazos, gritos, insultos, de todo. A los seis años fue acogido en un orfanato católico. Si se hubiera quedado quizá no habría acabado aquí, pero por desgracia sus padres consiguieron que volviera. Entonces le pegaron aún más, como castigo. Le violaban a diario. Llegó un momento en que pasó nueve meses encerrado en su habitación, con las ventanas pintadas de negro. El único contacto humano que tenía era cuando su padre entraba a abusar de él. —El director esbozó una

fina sonrisa—. No se escapó. No pudo hasta que se le permitió salir legalmente, a los dieciocho años. Enseguida cayó en una vida de drogas y prostitución. Su primera víctima fue un hombre que pagaba por mantener relaciones sexuales con él, pero que se jactaba de cómo le gustaba violar a niños. Hassenbach golpeó al hombre con su zapato hasta matarlo. Dada la infancia que sufrió ¿podemos culparle de verdad por arremeter en tales circunstancias?

McDonald parecía esperar una respuesta, pero Sands permaneció callada. Así que el director prosiguió.

—Todas las víctimas de Hassenbach abusaban de menores. Todos le provocaron. El hombre al que mató en su celda era otro pedófilo, un hombre con el que nunca deberían haberlo puesto de compañero. Hassenbach nunca ha supuesto ningún peligro para el público en general. Sin embargo, se le ha ordenado vivir el resto de su vida en segregación, casi como si siguiera encerrado en su dormitorio de la infancia.

Sands observó al hombre, mientras llegaba a la extensión del patio y, de manera automática, doblaba la esquina. Sus carceleros, detrás, parecían aburridos.

—Dígame, inspectora, ¿eso le parece a usted justicia?

Sands ignoró la pregunta.

—¿Está permitido que Sterling salga así? —preguntó en su lugar.

El director respiró hondo. No parecía decepcionado de que Sands no hubiera respondido.

—En realidad le tocaba hoy, pero hemos cancelado su sesión porque ha venido a verlo. Supongo que no le importará. ¿Les apetece ese café o no?

Sands asintió, sin dejar de observar a Hassenbach desde la ventana. Un hombre aún más desafortunado que ella.

McDonald enumeró una amplia selección de bebidas, como si estuviera al frente de una cafetería artesanal y no de la prisión de mayor seguridad del país. Lindham pidió un café con leche y Sands hizo un esfuerzo por reprimir su irritación y pidió lo mismo. El director pulsó un botón de su teléfono y repitió sus pedidos. Para él, pidió lo de siempre.

—Ah, y por favor envía a Barney.

McDonald soltó el botón y esbozó una sonrisa.

—Vengan. Siéntense, por favor. —Se sentó él mismo, detrás de su escritorio, y esbozó una amplia sonrisa, como si la presencia de Sands y Lindham fuera una agradable sorpresa.

—¿No está de acuerdo con las condiciones en que mantienen a sus prisioneros? —preguntó Sands mientras tomaba asiento ella también.

—En algunos casos, sí. En otros, no. En cuanto a su padre, ha demostrado a una serie de psicólogos que ha cambiado. Ha seguido

todas las normas que le hemos pedido durante más de veinte años. No veo ninguna razón por la que no se le pueda mantener en celdas normales con otros reclusos. Sin embargo, sigue en aislamiento debido al alto perfil de sus crímenes. La mala suerte de que sus crímenes salieran en la prensa con más notoriedad que otros similares que no lo hicieron —concluyó con la misma fina sonrisa.

—¿Qué hay de sus trucos? ¿La enfermedad que fingió? ¿Sus desafíos legales?

McDonald hizo un gesto con la mano, desestimando sus palabras.

—Puede que estuviera enfermo, no lo sabemos. Y tiene todo el derecho a nombrar un abogado, o varios, para proteger sus derechos. El Estado le ha quitado su libertad, sin que tenga oportunidad de reclamarla jamás.

—Ya sabe por qué. Sabe muy bien lo que hizo —respondió Sands.

—Por supuesto. Pero sé de muchos otros que posiblemente han hecho lo mismo, o peor, pero que aún tienen una vida por delante. Lo que es más, tienen la oportunidad de redimirse si quieren aprovecharla.

Esta vez, Sands no respondió.

—Inspectora Sands, debe entender que mantener a su padre donde está fue una decisión política. Su verdadero error fue darse tal notoriedad que se convirtió casi en la definición perfecta de psicópata asesino, el ejemplo con el que se miden los demás asesinos. Eso significa que ahora está atrapado aquí, hasta que muera, porque nunca habrá un ministro del Interior lo bastante valiente como para arriesgarse a la violenta reacción de los periódicos y de la opinión pública si le concedieran la oportunidad de salir en libertad condicional. —Hablaba con tristeza, con la compasión dibujada en el rostro. Sands lo observó y pensó en corregirlo, diciéndole que el error de Sterling había sido su elección de asesinar a ocho mujeres, entre ellas su esposa y su hija menor. Se conformó con decir, con su voz más fría aún, que no se refiriera a aquel hombre como su padre.

McDonald volvió a levantar las manos, como si no pudiera hacer nada, ni siquiera sobre esto. Entonces llamaron a la puerta. Una mujer de mediana edad entró en la oficina. No miró a Sands ni a Lindham mientras dejaba una bandeja y se marchaba. Lo de siempre para el director resultó ser un expreso. Dio un pequeño sorbo mientras continuaba.

—Le pido disculpas, inspectora. Como puede ver, la familia es muy importante para mí. —Señaló la fotografía de sus hijos—. Como lo es para todos. Creo que será beneficioso para Sterling verla. Incluso puede ser beneficioso para usted también.

Sands bebió un trago de su café. Había conocido a gente con opinión como la del director, eran sorprendentemente comunes dentro

del sistema penitenciario, pero nunca se lo había oído decir a alguien que conociera a su padre en persona.

—Por cada preso de segregación de categoría A asignamos a un oficial de rango superior como principal responsable de su seguridad y bienestar —continuó el director—. En el caso de su padre, esa persona es el agente Barney Atkinson. Él le informará del protocolo de seguridad que hay que seguir. —McDonald dio otro pequeño sorbo a su expreso—. Como digo, en el caso de Sterling las medidas de seguridad son más para mantener las apariencias, pero, aun así, tenemos que insistir en que se sigan al pie de la letra.

Sands se reclinó en el asiento, ya había oído bastante. Se bebió el café, pero dejó de prestar atención a lo que decía el director. Casi contra su voluntad, su mente retrocedió en el tiempo hasta la última vez que había visto a su padre. Le daba vértigo, como si a la vez hubiera pasado toda una vida, una vida muy dura de hecho, y como si hubiera ocurrido todo hacía solo unas semanas. Sintió la misma horrible vergüenza que la embargó cuando descubrió quién era su padre en realidad. Y luego la pena, el terror imparable cuando comprendió que su vida tal y como la conocía había quedado totalmente destrozada, su único vínculo familiar un monstruo en el sentido literal de la palabra. Un monstruo que le había dicho que era igual que él. Sintió que se ruborizaba y la taza que sostenía empezó a temblar sobre el plato. Tuvo que esforzarse para posarla en el escritorio antes de que el director se diera cuenta.

Los pensamientos no cesaban. De repente, tenía doce años. Recordó la tensión por ser la más inteligente de su colegio, un lugar que ocupaba con toda naturalidad pero que también era lo mínimo que él le exigía, y lo aislada que eso la dejaba de las demás chicas que, de otro modo, podrían haberse convertido en sus amigas. Recordaba las horas que pasaba en su despacho, hasta altas horas de la noche, escuchando sus enseñanzas. Ciencias, filosofía, política y su asignatura favorita, las matemáticas, quizá el único tema en el que era consciente de que le decepcionaba. Recordaba cuánto deseaba complacerle, sentirse merecedora del tiempo que invertía en ella. Pero también recordaba la tensión familiar. Su madre se preocupaba de que no hiciera amigas en el colegio, como había hecho su hermana. Recordaba también que intentaba complacerla a ella. Por eso, la noche en que ocurrió todo, se había emocionado al recibir la invitación a una fiesta de pijamas con una compañera de clase. Era una chica simpática, no una amiga íntima, pero la joven Sands esperaba que pudiera llegar a serlo. Sands buscó en su mente el nombre de la chica. No lo encontró.

Entonces su mente le mostró una escena familiar. Unas imágenes de lo que ocurrió después de aquella fiesta de pijamas, cuando los

padres de la chica la llevaron a casa. El coche desprendía un olor especial y la radio estaba encendida. Se detuvieron en la acera y los padres de la chica esperaron mientras Sands les daba las gracias y corría hacia la puerta de su casa. Recordó su inocente confusión al ver que la puerta principal estaba entreabierta, seguido del consuelo de oír a su padre silbando para sí mismo en el interior. Sands se había dado la vuelta, se había despedido de nuevo con la mano y había visto cómo el coche se alejaba. Luego había entrado en su casa y su vida se había hecho pedazos.

Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez no se abrió hasta que el director contestó. Cuando lo hizo, un hombre corpulento entró. Tenía el pelo rubio, el pecho ancho y unos brazos enormes y musculosos que se apretaban contra el gris de la camisa del uniforme. No sonrió cuando McDonald lo presentó.

—Este es el oficial de prisiones Barney Atkinson. —El director le hizo señas para que entrara—. Entra Barney. Te presento a la inspectora Erica Sands y al inspector John Lindham. Erica ha venido a ver a Charles Sterling. —Sonrió al reconocer la mirada de reconocimiento en la cara del oficial—. Sí, esa Erica Sands. Es su hija.

Atkinson entró con cuidado, cruzando el umbral como si entrase en territorio enemigo. Saludó a Lindham con una inclinación de cabeza, pero fue en Sands donde se posaron sus ojos.

—Ahora, si me disculpan —continuó el director—, Barney les informará sobre los protocolos de seguridad y luego los llevará abajo. Me temo que tengo otros asuntos que atender. —Bebió el resto de su café y se levantó. Le tendió la mano a Sands y esta la estrechó.

—Estoy bastante seguro de que está haciendo lo correcto.

CAPÍTULO CINCO

— Llámenme Barney. Todo el mundo lo hace —anunció el agente.

Sands lo observó un momento, tratando de formar una opinión sobre él.

—De acuerdo.

—Va usted sola a verlo, ¿no? —continuó Barney mientras le echaba una mirada a Lindham—. Porque eso es lo que él ha pedido.

—Sí, voy yo sola.

El agente asintió, parecía satisfecho, y se volvió hacia Lindham.

—Usted puede esperar conmigo abajo. Desde allí podemos observar la conversación por los monitores. No le perderemos de vista.
—No parecía negociable. Barney se volvió hacia Sands—. ¿Quiere hablar con él de ese asesinato del que dice tener información?

—¿Sabe algo de eso?

—Fue a mí a quien se lo contó primero. No hay mucha gente con la que pueda hablar ahí abajo. Me pidió que se lo dijera al jefe. —Su mirada se desvió hacia la silla vacía del director McDonald—. Aunque ahora desearía no haberlo hecho.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sands.

Por un momento pareció que Barney temía haber dicho demasiado.

—Porque aquí está usted, ¿no? Eso es lo que él quería. Lo único que siempre ha querido, que yo sepa. Que usted haya venido es una gran victoria para él. Y no deberíamos conceder victorias a tipos como él.

Sands lo observó en silencio durante unos instantes.

—¿No está de acuerdo con la evaluación del director de que Sterling ha cambiado?

—¡Ja! —Barney se burló de la idea—. Esa es su opinión y tiene todo el derecho del mundo a expresarla.

—¿Por qué no está de acuerdo?

Barney tardó un rato en contestar, y miró a Lindham, como si evaluara si decirlo delante de él. Al final optó por hablar.

—Es muy peligroso, por eso. Puede que Sterling haya descubierto cómo engañar a los psicólogos que envía el jefe. Pero a mí nunca me ha engañado. Lo tengo muy calado. —Barney se dio un par de toques en la nariz y Sands, que pensó que había terminado con su respuesta, asintió. Pero se equivocó—. Le cortaría la comida, inspectora. Si por mí fuera lo dejaría morir de hambre y acabaría con él. —No apartó los

ojos de Sands—. Espero que no le importe que lo diga. Dado que es su padre y todo eso.

Sands sintió que el corazón le latía con fuerza, como si hubiera sido desafiada por algo. Fue la primera en apartar la mirada.

—No lo es. —Volvió a clavar sus ojos en los de él—. Me refiero a que no es mi padre. Ya no. Renunció a ese derecho cuando asesinó a mi familia.

Barney se encogió de hombros, como si hubiera oído lo que decía, pero no acabara de creérselo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con presos de alta seguridad? —preguntó Lindham. Parecía querer romper la tensión de la sala.

Barney se volvió hacia él.

—Doce años. Me asignaron a Sterling hace nueve años. Le llevo todas las comidas. Estoy allí cada vez que hace ejercicio. No sale de su celda si yo no lo he comprobado todo antes.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que nos diga algo útil? —preguntó Lindham.

Barney tardó un rato en contestar.

—Yo eso no lo sé. La mujer que asesinaron… ¿Smith se llamaba? Estoy seguro de que a Sterling le importa una mierda ella. Por otro lado, tampoco le importará quien mató a Smith, así que todo se reduce a si puede conseguir lo que quiere con esto.

—¿Y qué quiere?

Barney volvió a mirar a Sands.

—Ya se lo he dicho a su jefe. Quiere hablar con ella.

Lindham siguió la mirada del agente, ahora fija de nuevo en Sands.

—Así que, si ella habla con él ¿podría darnos algo? —insistió Lindham. Sonaba esperanzado.

—No lo sé —respondió Barney después de un rato—. Es muy listo y mi opinión es que, sea lo que sea lo que está pasando, es algo que tiene planeado desde hace tiempo. Y eso debería instarnos a andar con mucho cuidado. Charles Sterling es peligroso.

Sands sentía que el corazón le latía deprisa. No había oído nada que no supiera ya. Pero no dejaba de recordarse que dentro de nada volvería a estar cara a cara con él. Después de tanto tiempo. Se dio cuenta de que aún no había comido y tuvo que esforzarse para mantenerse totalmente presente en aquella situación. Los límites de la percepción se estaban cerrando.

—¿Cree que esto es un truco? —preguntó Sands, por decir algo.

Barney se encogió de hombros.

—No sé. He visto cómo trabaja. Cómo lía a los psicólogos, al jefe. Sabe exactamente qué decir para que le sigan la corriente, pero todo es una actuación. Si pasas tiempo con él, día tras día, al final acabas viendo a través de sus gilipolleces y ves cómo es en realidad.

—¿Y cómo es en realidad? —preguntó Lindham, de una manera algo innecesaria.

Barney se volvió para fulminarlo con la mirada.

—Es un puto monstruo.

CAPÍTULO SEIS

—Me imagino que ya habrá visitado prisiones, ¿no? —preguntó Barney, y cuando Sands asintió, no pareció reaccionar—. Bueno, aquí hacemos las cosas de otra manera. La prisión de Highmoor es la de mayor seguridad del país, pero eso no es suficiente para los hombres más peligrosos que tenemos aquí. Tenemos diez celdas de máxima seguridad enterradas a quince metros bajo tierra. Solo hay una entrada y una salida. Las celdas están totalmente insonorizadas y son herméticas. La cachearemos antes y después de verlo. No puede tocarlo, ni pasarle nada, y la reunión será grabada en su totalidad. Yo estaré observando en todo momento junto con su colega el inspector Lindham aquí presente, y si Sterling intenta algo entraré en menos de treinta segundos. ¿Entendido?

—Sí.

—Las paredes de la celda están hechas de metacrilato de tres centímetros de grosor. No sé por qué lo han hecho así, da la sensación de que pueda escaparse en cualquier momento, pero le aseguro que no es el caso. —La boca de Barney se curvó en una leve sonrisa—. Todos los cabrones de ahí abajo lo han intentado. La ventaja del metacrilato es que nos da la máxima visibilidad de lo que trama. Tiene un escritorio y una silla, ambos de cartón comprimido, ineficaces como armas. Su cama es una losa de hormigón sólido, su inodoro y lavabo están atornillados al suelo, las tuberías, de plástico y sujetas con hormigón, las compruebo yo mismo cada vez que sale de la celda para hacer ejercicio.

Sands escuchó en silencio, consciente de que Barney estaba midiendo con qué atención asimilaba la información que le daba.

—Hay una rendija en el metacrilato por donde pasamos la comida. Le sugiero que no se acerque a ella. De hecho, no se acerque a las paredes en absoluto. He puesto una silla ahí abajo en la que puede sentarte. Querrá que se acerque. No lo haga.

—Vale.

—Voy a decir esto otra vez porque es importante. No le de nada, ni acepte nada de él. Podría intentar engañarla, agarrarla por la rendija. Si eso sucede, no podré llegar lo suficientemente rápido con la táser. Puede que no parezca fuerte, pero hace ejercicio todos los días y conoce a la perfección cada milímetro de su celda. Y, lo que es más, no sabemos por qué tiene tantas ganas de traerla hasta aquí. Igual

busca una oportunidad de acabar con usted.

—Entiendo —afirmó Sands—. ¿Algo más?

Barney respiró hondo.

—Mucho, pero nada que necesite saber ahora mismo. —La miró a los ojos—. Escuche, ¿está segura de esto? Lo he observado, escribiendo esas cartas que le manda. Las que dice que usted no contesta. —Sacudió la cabeza—. Que entre ahí es todo lo que ha querido durante muchos años.

Sands pasó su mirada de Barney a Lindham. Pensó en la nota que encontraron en la casa de Jane Smith. De verdad que no había elección.

—Estoy segura.

Barney negó ligeramente con la cabeza, pero lo aceptó.

—Entonces será mejor que me siga.

Volvieron por donde habían venido. El propio Barney registró a Sands y Lindham cuando entraron en la parte de mayor seguridad de la prisión. No perdonó el pudor de Sands, cuando recorrió su cuerpo con las manos, de cerca pero con profesionalidad. Ahora se oían ruidos, gritos y risas procedentes de las celdas. Barney hizo caso omiso y sacó del bolsillo un gran juego de llaves.

—Utilizamos llaves electrónicas y físicas. Eso significa que cualquiera que intente escapar tendría que romper dos sistemas totalmente independientes.

—¿Se ha escapado alguien alguna vez? —preguntó Sands, aunque por dentro se extrañaba de la pregunta. No quería hablar, y la necesidad de llenar los silencios con anodinas palabras no era algo de lo que sufriera normalmente. Pero esta no era una situación normal, al menos para ella.

—La última vez fue en 1956 —respondió Barney. Desbloqueó una verja de acero que bloqueaba el pasillo que tenían delante y avanzó hasta donde se había instalado un ascensor. Estaba fuera de lugar en aquel edificio de la época victoriana. Cuando pulsó el botón de llamada, la puerta se abrió de inmediato.

Se montaron y descendieron un piso. Cuando la puerta se abrió, el aire parecía distinto, poco ventilado.

—No se preocupe —dijo Barney—. No hay forma de que ninguno de los presos se escape. ¿Quiere que la acompañe a la celda de Sterling?

—¿Ya estamos aquí? —Sands se sorprendió. Pero entonces pensó en las múltiples áreas de seguridad que había tenido que pasar para llegar hasta aquí… ¿era suficiente?

—Está a la vuelta de esa esquina. —Señaló hacia el pasillo, donde otro conjunto de barras de acero bloqueaba el paso, y luego hacia una pequeña oficina donde había un banco de monitores—. Desde ahí

vigilaré junto con su colega. —Miró de nuevo a Lindham, que los había acompañado abajo.

—No, no hace falta. —Sands trató de prepararse mentalmente para el momento en que vería a su padre después de más de veinticinco años.

—Como usted diga. —Barney sacó un *walkie-talkie* de un hueco de la pared y se lo entregó—. Cuando quiera salir, pulse este botón. Yo estaré atento, de todos modos.

Sands asintió. Luego le siguió mientras Barney abría la última puerta.

—Sigua adelante, él no se va a ir a ninguna parte.

CAPÍTULO SIETE

Sands avanzó por el estrecho pasillo. La luz era tenue y el aire seco. El ruido de sus zapatos golpeando el duro suelo estaba amortiguado por la insonorización oculta en las paredes y el techo, pero, aun así, se oía el zumbido de un aparato de aire acondicionado en alguna parte. No podía ser más diferente del hogar de su infancia, la gran casa en el New Forest, y, sin embargo, era incapaz de evitar que entrara en su memoria. La forma en que corría al estudio de su padre para contarle algo que había aprendido. La esperanza de que él estuviera, en ese momento, de buen humor y la hiciera sentir la niña más especial del mundo. Se detuvo, se apoyó un momento en la pared y trató de contener el torrente de recuerdos que amenazaba con abrirse paso. ¿De verdad tenía que seguir adelante con esto?

Apretó los ojos y se obligó a controlar su respiración. Demasiado tarde para cambiar de opinión. Maldita sea.

Dobló la esquina y allí estaba su celda. Era una visión extraña. El estrecho pasillo se ensanchaba hasta una gran sala sin ventanas, en cuyo interior había una caja rectangular hecha con vigas de acero y paredes de plástico transparente. Estaba situada al fondo del pasillo, pero tenía una pasarela que la rodeaba y daba acceso a todo el perímetro, aunque era delante donde el espacio era más amplio. Parecía haber sido diseñada a imagen y semejanza de un zoo, para que el público pudiera ver la vida de los peligrosos habitantes que allí se encontraban. La celda contenía dos partes de tamaño desigual, sería demasiado generoso llamarlas habitaciones. La más pequeña estaba equipada con un retrete y un lavabo, ambos totalmente a la vista; la más grande contenía una losa de hormigón que se elevaba del suelo y que hacía las veces de cama. Enfrente había un escritorio con un ordenado montón de papeles y varios libros. Y allí, sentado al escritorio, estaba él. A Sands le era más fácil mirar al mobiliario que a él, pero no era una estrategia que pudiera mantener.

Su padre levantó la vista y sonrió. Parecía el mismo. No había cambiado nada en veinticinco años. Reconoció su expresión al instante y, en algún lugar de su memoria, sintió el recuerdo de una explosión de alivio. Estaba de buen humor. Todo iba a salir bien.

Dejó que aquel recuerdo surgiera plenamente, floreciera, para que rápidamente se marchitara y muriera. Y siguió mirando.

Sterling vestía el mismo mono amarillo fluorescente que había

visto llevar al otro preso en el patio de ejercicios. Leía un libro con la ayuda de unas gafas colocadas en la nariz. Eso era diferente, antes no había necesitado gafas. Al observar más de cerca, vio que había otras diferencias. Parecía más pequeño de lo que ella lo recordaba; su rostro, aunque reconocible al instante, estaba delineado por finas arrugas y su piel mostraba una palidez grisácea. Cuando Sands se acercó a la celda él levantó la vista con lentitud.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Entonces, con una tranquila sonrisa, Sterling rompió el silencio.

—Has venido. Mi ángel.

Sands no tenía intención de decir nada más que preguntarle por el caso de Jane Smith, pero ya sentía que su reserva flaqueaba. Aquel apodo la transportó de vuelta a su estudio, a las horas que habían pasado allí, él enseñándole casi cualquier tema que ella quisiera aprender. Su padre el gran polímata y ella, su ángel. La vergüenza que sentía ahora por esa palabra le parecía abrumadora. Contrastaba tanto con el orgullo que la había hecho sentir de niña. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras.

—Siéntate, por favor —continuó Charles Sterling, tendiéndole la mano hacia la silla que había al otro lado de la pared de su celda—. Acerca la silla. Barney te habrá dicho que no lo hagas, pero podemos ignorarlo.

En silencio, con cierta torpeza, Sands se sentó, dejando la silla donde estaba. Aun así, estaba furiosa consigo misma por la aceleración de su corazón y la respiración entrecortada que la invadía. No entendía por qué su cuerpo capitulaba ante ella.

—Pobre Barney. Es un buen hombre, pero le cuesta confiar en la gente.

Cuando Sands levantó la vista vio que él había movido su silla a la parte delantera de la celda, tan cerca de ella como podía. Se odió por ello, pero la asustó.

—He venido a por el nombre del asesino de Jane Smith —dijo, tratando de ganar control de la situación y de sí misma. Intentó fijar la mandíbula para mantenerla quieta, pero, aun así, sintió un temblor.

Sterling hizo caso omiso.

—Ha pasado tanto tiempo. Mucho, mucho tiempo —dijo en su lugar.

Mientras la observaba, parecía como si estuviera viendo dentro de ella, observando la confusión de la que él era culpable, como si no fuera nada que no se mereciera. Finalmente, suspiró.

—No sabes cómo he soñado con este momento. Y es todo lo que había imaginado. — Inhaló profundamente, como si aspirara su aroma.

Sands no sabía si lo podría detectar dentro de la celda. Entonces se

dio cuenta de que había unos agujeros perforados en el plástico para que circulara el aire. En cierto modo, la tranquilizaron, la profundidad de estos a través del cristal demostraba lo grueso que era el metacrilato.

—He seguido tu carrera, por supuesto, mi ángel, pero es difícil captar todos los matices desde mi entorno actual. —La entonación de su voz parecía sugerir que su encarcelamiento de toda la vida era solo un estado temporal de las cosas—. Y tengo muchas ganas de que me lo cuentes de primera mano.

—He venido a por el nombre. Eso es todo.

—Por supuesto. Claro que sí. —Sonrió al reconocer sus palabras por primera vez—. Pero todo a su tiempo, ¿no? Eres mi ángel y hace más de veinticinco años que no te veo. Estoy seguro de que me permitirás unos momentos.

Finalmente, Sands sintió que perdía el control. Una sombra de la ira anterior regresó.

—¿Qué te hace pensar que mereces unos momentos?

—¡Ajá! —La animada reacción pareció encantar a Sterling—. Llegamos enseguida a la cuestión del propósito de la prisión. ¿Es para castigar? ¿Para disuadir? ¿Para proteger al público? ¿O es para rehabilitar a los que han obrado mal? Esto es como en los viejos tiempos, ¿no? En mi estudio con sus vistas al bosque... El fuego de leña... —Sonrío, mientras Sands permanecía en silencio—. Dime, ¿aún vas al bosque?

Cuando Sands no contestó Sterling levantó una mano, como si reconociera que hacer la pregunta había sido tentar a la suerte.

—Tienes buen aspecto —dijo Sterling en su lugar—. Un poco más delgada que tu madre, pero ya sabemos que ella era de buen comer. —Sonrío de nuevo—. Dime, ¿comes bien?

—Yo no...

—No serás una de esas ridículas veganas, ¿no? He leído acerca de eso en el periódico. Claramente, estarán faltos de vitamina B12.

—¿Así es como supiste de la existencia de la fotografía de ajedrez en la casa de Smith? —Sands lo intentó de nuevo—. ¿Salió un artículo sobre aquella foto en el periódico? La viste y supusiste que la habrían colgado en algún sitio.

—Durante un tiempo yo fui vegano. Hace unos años. Solo porque me parecía divertido que la cárcel tuviera que dar cabida a esos caprichos.

—¿Cómo sabías lo de la nota? Dime quién la puso ahí.

Sterling hizo una pausa y le dirigió una mirada que parecía indicar que había oído la pregunta, pero que no iba a responder.

—Pero al final lo encontré insatisfactorio. Demasiado soso. —Amplió su sonrisa hasta mostrar los dientes—. Ya me conoces, me

encanta un buen filete de carne roja.

—No, no te conozco.

Se quedó callado un momento y, cuando sonrió, parecía triste.

—En cierto modo es verdad, porque he cambiado. Pero también es falso, porque nadie me conoce mejor que tú. —La sonrisa se amplió aún más en su rostro—. En cualquier caso, he intentado quedarme con las partes buenas. —Se rio para sus adentros—. Y tengo que estar al tanto de los acontecimientos del mundo. Nunca se sabe, puede que algún día salga a verlo.

Al oír esto, Sands levantó la cabeza y vio que le brillaban los ojos.

—No vas a salir nunca. Tu sentencia no permite libertad condicional.

La sonrisa beatífica no se borró de sus labios.

—Cualquier sentencia puede ser revocada, ángel.

—La tuya no. Morirás aquí. Por lo que hiciste.

Sterling se encogió de hombros.

—Sin duda es una posibilidad. Pero es solo una de un número infinito de posibilidades. Nadie puede predecir cuál se va a cumplir. La vida es un proceso caótico, Erica, inherentemente impredecible. Me pregunto si recuerdas nuestro viaje a Cambridge.

Le dirigió una mirada que pareció penetrar en su mente. Claro que lo recordaba, ¿cómo iba a olvidarlo? ¿Cómo no iba a pensar en ello ahora que él había activado el recuerdo? Tenía nueve años y él había participado en una mesa redonda del Congreso Europeo de Matemáticas, celebrado en la Universidad de Cambridge. Después se había sentado entre el público cuando Edward Lorenz había dado una charla sobre su famoso artículo, en el que describía cómo un insecto que agitaba sus alas en Sudamérica podía cambiar el curso de un huracán a miles de kilómetros de distancia. Aquel hombre y sus ideas la habían hipnotizado. Al terminar, se había quedado aún más asombrada cuando su padre había charlado casualmente con él y le había invitado a tomar el té. Compartieron bollos calientes mientras él hablaba de su trabajo.

—Como Edward dijo aquel día —continuó Sterling—: «el presente determina el futuro, pero el presente aproximado no determina aproximadamente el futuro».

Sterling mostró sus dientes en una amplia sonrisa. Era como si pudiera ver directamente en su mente. Sabía con exactitud lo que estaba pensando.

—No he venido a que me des una lección de teoría del caos. —Sands se recompuso. Todo aquello fue hace toda una vida—. Vine a por el nombre del asesino de Jane Smith.

La sonrisa desapareció de los labios de Sterling.

—Sabes, ángel, nunca diría que me has decepcionado como hija,

porque has superado mis expectativas en muchos aspectos. Pero, con todo el respeto, debo señalar que últimamente tus intereses son bastante limitados. ¿De verdad no hay nada fuera de la aplicación de la ley que te interese?

—¿Cómo se llama? ¿Y cómo contactó contigo?

Sterling suspiró, pero parecía divertido por su insistencia. Cuando la sonrisa volvió a desaparecer de sus labios, dejó caer la cabeza hacia un lado.

—¿Y por qué tiene que ser un él, inspectora Sands?

Sands tomó aire.

—No lo sé. ¿Lo es?

Sterling la observó. Luego, de repente, se encogió de hombros.

—Dímelo tú. Tú eres la representante de la ley. Pero supongo que es una suposición justa, dado que… —pareció rebuscar en su mente—, el noventa y seis por ciento de los asesinos son hombres. Junto con el setenta y seis por ciento de las víctimas. ¿No dijiste eso una vez? He recopilado todas tus citas. Te encantan los números, me pregunto a quién habrás salido.

—Dame su nombre.

Sterling levantó una ceja y miró hacia otro lado, con desdén.

—Supongo que funcionará bastante bien en la monotonía mundana de tu trabajo. Limpiar la sangre cuando un marido celoso mata a su mujer y a su amante. O seguir el rastro del dinero cuando un socio se vuelve codicioso. Pero supongo que esos no son los casos que de verdad te interesan. ¿Estoy en lo cierto?

Sands no contestó.

—Son los casos extremos los que te gustan, ¿no? Los casos en los que no hay motivo aparente. En los que un dedicado marido mata a su mujer y a una de sus hijas, pero deja viva a la otra hija. Son verdaderos rompecabezas, ¿no crees? Dime, ¿cómo has decidido llamarme, ahora que has venido?

—¿Qué?

—En algún momento de nuestra conversación tendrás que referirte a mí por mi nombre. Solías llamarme papi, pero empezaste a probar con «papá», cuando nos vimos… forzados a separarnos. Así que ahora me pregunto, cómo has decidido llamarme.

—No voy a llamarte nada. Vas a decirme el nombre de quien mató a Jane Smith y luego no voy a volver a verte jamás.

Continuó como si ella no hubiera contestado.

—Me gusta pensar que habríamos llegado a Charles, tarde o temprano. ¿Por qué no nos conformamos con eso?

Sands lo fulminó con la mirada y no dijo nada durante un buen rato.

—O podríamos ir directamente a «que te jodan, pedazo de cabrón».

Se hizo el silencio. Entonces Sterling inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¿Ya te sientes mejor? ¿Ahora que te has desahogado? ¿Podemos hablar, entonces?

Sands apartó la mirada. No era que no hubiera previsto que él intentara jugar con ella. Era lo que siempre había hecho. Cada declaración que había hecho, cada cosa que le había dicho de niña, todo estaba cuidadosamente pensado, diseñado para llevarla a alguna parte. Para demostrar lo que él quería decir. El problema era que a ella le faltaban años de práctica. Intentó cambiar de táctica.

—Supongo que sería uno de tus amigos por correspondencia. ¿Algún friki te escribió contándote lo de la nota detrás de la fotografía?

La sonrisa de Sterling adquirió un aire condescendiente.

—Recuerdo que te hablé de los problemas que tiene el suponer algo, ángel.

—No hay otra forma de que alguien pueda haberte dado la información.

—Suponer es el camino más corto para equivocarse. —Su voz se desvaneció, mientras prolongaba el sonido en un largo siseo. Sands trató de ignorarlo.

—Pero debieron usar algún tipo de código, de lo contrario los guardias lo habrían visto al leer tus cartas.

—Miran mis cartas, pero ¿las leen de verdad? —Se encogió de hombros—. Además, hay muchas otras formas de meter y sacar información, incluso en un lugar como este. La información es como la humedad —miró las paredes más allá de su propia prisión de metacrilato y se estremeció—, se filtra.

Sands lo ignoró y siguió con sus preguntas.

—La mayoría de las cartas que recibes son demasiado técnicas para que las entiendan los guardias. Así es como averiguaste el nombre del culpable.

—O de la culpable —dijo Sterling en voz baja.

—Corta el rollo. Ambos sabemos que es un hombre —respondió enseguida Sands.

Sterling se mordió el labio para no sonreír demasiado y extendió las manos encogiéndose de hombros.

—Dímelo —exigió Sands—. Para eso me llamaste. Has conseguido lo que querías, así que dímelo.

Sterling se quedó callado un momento y, de repente, se levantó.

—Tienes razón. Estás aquí, y eso es lo que quería. Lo que he querido durante mucho tiempo. Entonces, ¿te gustaría echar un vistazo a una de mis cartas, como tú las llamas? Quizás incluso te dé la correcta. —Con la lengua en medio del labio superior, sonrío ante la

idea, se dirigió a su escritorio y hojeó una pila ordenada de papeles hasta que extrajo unas cuantas hojas. Las llevó hasta donde había un hueco rectangular en el metacrilato, a medio metro del suelo. Era más grande de lo que Sands había previsto y, aunque era imposible que el propio Sterling cupiera por él, recordó la advertencia de Barney Atkinson. Sterling se agachó cómodamente en cuclillas y sujetó los papeles de modo que una esquina asomaba por la parte exterior de la celda.

Sands pensó en ignorarlo, cabía la posibilidad de que se tratara de un juego: podía estar ofreciéndole la carta real con los datos del asesino de Smith, apostando a que ella no la aceptaría, tras haber sido advertida por Atkinson del peligro de hacerlo. Lo observó durante un largo rato, tratando de sopesar el movimiento correcto. Luego se levantó y se acercó a la ranura.

Ella también tuvo que agacharse, de modo que quedaron a la misma altura, solo con el metacrilato entre ambos. Era extraño estar tan cerca físicamente de aquel hombre, después de tanto tiempo, pero logró enterrar ese pensamiento y concentrarse en el peligro. Con cuidado, alargó la mano para coger el papel y vio cómo él retiraba la suya ligeramente al hacerlo. Eso significaba que tendría que meter un poco la mano en la ranura, en su celda. Se advirtió a sí misma. Todos los días recibía la comida y el correo a través de esta ranura. La conocía al detalle. Y, aunque estaba segura de que era un juego, no sabía de qué juego se trataba. Retiró la mano.

—No alcanzo —afirmó mientras lo observaba con atención. Ignoró sus ojos. De pequeña le había enseñado a observar a los magos que practicaban prestidigitación. «Estudia los músculos de sus brazos. La anatomía no miente, no como los ojos». Por un momento, le acercó un poco más el papel y ella reaccionó de inmediato. Moviéndose tan rápido como pudo, se abalanzó sobre el orifico, cogió el papel y se lo quitó de las manos. Al instante, rodó sobre sus talones, bien lejos de la ranura.

—Cuidado —se rio—. No vayas a romperlo.

Sands se retiró a su silla y estudió la carta, sin apenas oír cuando él continuó.

—No hay necesidad de estar tan nerviosa, ángel. ¿No te lo explicó el buen director McDonald? Ya no soy un peligro para nadie.

—Barney me dijo lo contrario.

—Ah, Barney. —Se rio—. Es como un gran osito de peluche, ¿verdad? Que quede entre nosotros, pero creo que tiene algo en contra de mí.

Sands lo ignoró y estudió los papeles. Parecía contener un resumen de un artículo matemático. Leyó el título: Variedad Gray Hermitian de alta dimensión. No tenía mucho significado para ella. Ojeó las

ecuaciones que allí se habían escrito.

—¿Esto es todo? —preguntó al tiempo que levantaba la vista—. ¿Esto te lo ha mandado el hombre que mató a Jane Smith?

Sterling volvió a encogerse de hombros.

—Parece muy improbable, pero en un universo infinito, supongo que es posible.

Sands releyó los papeles, tratando de encontrar sentido a las ecuaciones que estaba mirando. Mientras fracasaba en gran medida en su intento de entender nada, él prosiguió.

—Por lo que recuerdo, al autor le gustaría simplemente presentar su trabajo a la Sociedad de Matemáticas Aplicadas, pero me ha pedido que se lo corrija antes. Es un servicio que me gusta ofrecer.

Sands frunció el ceño, incapaz de saber si la estudiada despreocupación de su padre era un farol.

—Aunque para serte sincero, ángel, dudo que incluso yo pueda sacar esto adelante. Echa un vistazo al teorema.

Ella seguía intentando adivinarlo.

—Continúa. Hay un error muy obvio en la raíz misma de la pieza.

A regañadientes, Sands hizo lo que le dijo.

«El objetivo de este trabajo es clasificar las variedades compactas, riemannianas, hermitianas y conformes de Kähler (M, g, J) cuyo tensor de Ricci ρ es invariante de J y satisface la condición de que $\rho - (2\tau/ (\dim M + 2))\, g$ es un tensor, donde...»

Se detuvo.

—¿Y bien? ¿No me digas que estás un poco oxidada?

Sands lo ignoró y dio la vuelta al papel, donde el título del artículo tenía debajo el nombre del autor.

—Alexander Borocov, ¿es a quien buscamos?

—Sin duda podrías investigarlo. Creo que vive en Moscú. ¿Quizás deberías alertar a la Interpol?

Sands sacudió la cabeza, de repente segura de que había caído en un doble engaño. Esta no era la carta correcta y él se estaba deleitando en que ella aún creyera que podría serlo. La dejó caer al suelo.

—No he venido aquí para jugar a tus juegos. Voy a preguntártelo una vez más y, si no me lo dices, me iré y no volverás a verme. Es más, haré que te acusen de malgastar el tiempo de la policía y negociaré con la fiscalía, y con la prisión, para que solo retiren esos cargos si aceptan a quitarte los periódicos y cualquier otro privilegio que hayas conseguido. Así que se acabaron los juegos. ¿Quién mató a Jane Smith, y cómo lo has averiguado?

Sterling se recostó en su silla. Parecía comprender que aquella amenaza no era del todo vacía.

—¿Y si te lo digo? ¿Entonces qué? ¿Prometerás visitarme más a menudo?

Sands vaciló y Sterling continuó de inmediato.

—¡Ja! Ya me lo imaginaba. Entonces, si te lo digo no volveré a verte, y si no te lo digo... —dio un suspiro—, tampoco volveré a verte. ¿Ves el problema, ángel? Porque el problema es que... Me gustaría tanto volver a verte. Me gustaría que nos conociéramos. Eso es lo que quiero. ¿Es tan malo que un padre quiera retomar la relación con su hija?

—No somos padre e hija.

—Tienes razón, por supuesto. Lo nuestro era mucho más profundo que eso. Pero con el paso del tiempo nuestra relación ha retrocedido un poco, así que quizá padre e hija sea el mejor calificativo, al menos por ahora.

Sands apretó los dientes.

—Última oportunidad, Sterling.

—Llámame Charles.

No dijo nada más, la miró fijamente a los ojos y no se movió.

Sands esperó casi un minuto entero, con los ojos clavados en los de él, antes de levantarse de repente.

—Bien. Esto es lo que creo que está pasando... Creo que no lo sabes. De alguna manera, recibiste un mensaje confuso sobre el ajedrez, pero eso es todo lo que tienes. No me das su nombre porque no lo sabes. Si lo supieras, estarías desesperado por cambiarlo por más libros o acceso a lo que sea que haces aquí mientras te pudres en tu triste vida. —Sands le echó una última mirada, antes de girar sobre sus talones. Luego empezó a alejarse. Llegó a la mitad del pasillo antes de que su voz la llamara.

—Te equivocas, ángel.

Sonaba casi beatífico. Pero ella lo ignoró, obligando a sus piernas a seguir avanzando. Casi había llegado al recodo del pasillo cuando él volvió a hablar.

—Te daré algo.

Se detuvo, pero no se volvió.

—Te daré una fecha. La fecha en que volverá a matar. Y es pronto. Sean quienes sean, tienen prisa.

Sands deseó no tener que darse la vuelta, pero necesitaba verle la cara.

—¿Qué fecha?

Sonrió. Luego le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué fecha?

—Ven aquí, ángel. Las paredes oyen.

Sands se pasó una mano por el pelo y volvió a llevársela al costado. Suspiró y se acercó unos pasos.

—Esto es lo más cerca que voy a estar.

—De acuerdo. —Sterling sonrió y casi cerró los ojos, parecía muy satisfecho de sí mismo. Cuando volvió a hablar, casi no salió ningún sonido. Susurró las palabras.

—Es este viernes.

La forma en que lo dijo, así como lo pronto que era, inquietó a Sands, pero ella ocultó el sentimiento, tratando de ver más allá de cualquier truco que estuviera haciendo ahora.

—¿De qué me sirve una fecha? ¿Qué va a probar?

—Te demostrará que lo sé.

—¿Cómo? Hay una media de dos asesinatos al día en Inglaterra y Gales. Podrías haber elegido cualquier día y afirmar que nuestro asesino es el responsable de cualquier asesinato que tenga lugar.

—Ah, no. —Sterling levantó la barbilla, como si bañara su cara con la luz del sol—. No habrá confusión. Con este chico, no.

Volvió la sensación de inquietud. La sensación de que estaba muy lejos de saber a qué estaba jugando.

—Mentira. Dame su nombre. Dime dónde encontrarlo. Entonces volveré a verte. Cuando lo arrestemos, volveré para darte las gracias. Si no, esto se acabó. Nunca volveré. Esta es mi oferta y es la única que vas a conseguir. Pero tienes que decírmelo ahora mismo.

Sands lo miró fijamente, esperando ver su reacción, pero no hubo ninguna, al menos nada con lo que ella pudiera trabajar. Sterling se limitó a bajar la cabeza, cerró los ojos y se reclinó en su silla con las manos apoyadas en las rodillas. Ella lo miró con el ceño fruncido, sin comprender, pero él no se movió y, al cabo de un rato, comprendió que se trataba de una especie de meditación, o al menos de una apariencia de meditación.

—Ya me lo imaginaba —espetó Sands—. Bueno, tú pierdes, «papá». Sea cual sea el juego de mierda que estás tratando de jugar, tú pierdes. Y si ni siquiera vas a mirarme mientras me alejo, bueno, tú pierdes otra vez, porque esto es todo. La última vez que me ves.

Sands se quedó quieta un segundo, furiosa por la calma que él mantenía. Luego se dio la vuelta.

Detrás de ella, Charles Sterling permanecía inmóvil.

CAPÍTULO OCHO

A Sands le llevó un rato atravesar las múltiples zonas de seguridad pero consiguió salir de la prisión, no sin antes recoger a Lindham por el camino. Su colega había seguido el encuentro en el monitor de Barney, por lo que Sands se ahorró tener que relatar los detalles. Aun así, prefirió guardar silencio mientras conducía de vuelta hacia Poole. Al rato, Lindham rompió el silencio.

—¿Crees que va a pasar algo el viernes?

La inspectora lo miró durante un rato, preguntándose cómo responder.

—No lo sé —dijo por fin—. Hay una alta probabilidad de un asesinato en alguna parte. Creo que es mucho menos probable que veamos uno relacionado con Jane Smith.

—Ya —asintió Lindham. Luego lo repitió, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Una cosa, jefa. —Lindham esbozó una media sonrisa incómoda—. Solo quería decirte que te agradezco mucho que lo hayas intentado. Y... —Hizo una pequeña mueca—Y si quisieras encargarte del caso, no me opondría. Es tu padre, y...

—¿Qué? —Sands lo interrumpió tan bruscamente que parecía no saber qué decir—. No sé de dónde has sacado esa impresión. No quiero tener nada que ver con esto. —Sands lo miró fijamente.

—Vale. Claro. Solo quería... —Lindham volvió a sumirse en el silencio.

Sands se tomó un momento para entender las cosas.

—No —continuó un momento después—. Es tu caso. Vas a tener que revisar las cartas que ha recibido, porque si ha estado en comunicación con el asesino, así es como lo habrá hecho. Y te conseguiré más personal porque habrá una tonelada de correo que revisar. Pero no quiero involucrarme.

—Vale —asintió Lindham una vez más—. Gracias. Y si te sirve de algo, jefa, lamento lo que has tenido que soportar. Crecer con ese... —no encontró una palabra adecuada—. Y todo lo que te hizo pasar. Debió haber sido... —levantó las manos en señal de derrota—. Joder, debió de ser muy duro.

Sands no respondió, pero se volvió para mirarlo. Ahora tenía las manos sobre el regazo. En su rostro había una expresión que ella supuso de simpatía.

—Ni lo menciones. —Apartó la mirada, pero Lindham continuó.

—Y si hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años. Bueno, simplemente no lo sabía, y lo siento.

Sands observó la carretera un momento, intentó aclarar qué emoción evocaban en ella sus palabras, pero desistió.

—En serio. No vuelvas a mencionarlo. Es una orden.

Sands trabajó hasta tarde en la comisaría, intentando borrar de su mente los acontecimientos del día, pero al final no tuvo más remedio que volver a casa. No tenía apetito y, poco después de la una de la madrugada, intentó dormir; pero cada vez que cerraba los ojos aparecía en su mente la imagen de la celda de su padre. ¿Estaría dormido ahora, en su cama de cemento? ¿O estaría como ella, despierto y pensando? Le gustara o no, se dio cuenta de que había actualizado su conocimiento del hombre y tendría que dedicar tiempo a incorporar lo que ahora sabía: dónde existía ahora, su aspecto y cómo había cambiado con respecto a sus recuerdos de infancia. No tenía sentido pretender que iba a pegar ojo, así que se levantó y paseó por la tranquilidad de su piso, hasta que se quedó mirando por la ventana la calma del puerto. Pero la vista no era tan reconfortante como de costumbre, y pronto se alejó.

Tardó un rato en darse cuenta de hacia dónde se sentía atraída.

En el cajón junto a la cama, cogió un sobre y lo abrió con cuidado, sacando una vieja fotografía. La manipuló con cautela, oliendo los químicos familiares de la impresión antes de dejarla caer y estudiar la imagen. En ella aparecía su madre, de la misma edad que Sands tenía ahora, junto a dos niñas sonrientes. Sands no sabía quién había tomado la foto, pero le gustaba pensar que no había sido su padre, que aquella mujer y las dos niñas no sonreían para él. Respiró hondo y examinó a su antigua familia. Ignoró su propia imagen y se concentró en su madre y su hermana. Como tantas veces, su cabeza volvió a la última vez que las había visto con vida. La discusión que había tenido con Claire, por un libro que su hermana había cogido prestado y no había repuesto en la estantería de Sands, y luego su madre diciéndole que tenían que irse. No tuvo tiempo de decirle a su hermana que la quería, que siempre la querría, pasara lo que pasara. Y luego en el coche, con su madre aún enfadada por la discusión, ninguna de las dos dijo mucho.

Habían pasado unos minutos, en la puerta de la casa de su amiga, las dos madres charlando. Después, un último abrazo de despedida. Y luego su madre había conducido a casa, sin sospechar que su marido elegiría esa noche para acabar con su vida, abrirle el cuello y ver cómo se desangraba hasta morir, antes de subir y estrangular a la pobre Claire.

El resto de la semana transcurrió con lentitud. Lindham ordenó a sus agentes que se concentraran en registrar las cartas enviadas a Sterling durante los dos años anteriores. Pero cuando tres grandes cajas llenas de documentos llegaron de la prisión, Sands asignó también al resto del equipo. Parecía que Sterling había convertido en un trabajo a tiempo completo el iniciar y continuar correspondencia con casi cualquiera que estuviera dispuesto a hacerlo. Sands revisó algunas al azar, confirmando lo técnicas y complejas que eran algunas de estas comunicaciones, y lo difícil que sería la tarea de buscar en ellas. Pero, aun así, se negó a involucrarse en persona.

En su lugar, Sands se dedicó a otro caso. Se trataba de un apuñalamiento mortal a la salida de una discoteca del centro de Bournemouth. No hubo dificultad en identificar al culpable, un hombre llamado Billy Kato, pero el caso giraba en torno a decidir si debía enfrentarse a un cargo de asesinato o de homicidio involuntario. La víctima era un varón de unos veinte años llamado Ryan Spencer. Había decenas de testigos que habían visto a Spencer enzarzarse en una pelea con Kato en el interior de un pub abarrotado de gente. Y se sabía que Kato estaba saliendo con una chica que había sido novia de Spencer. Las imágenes de las cámaras de seguridad mostraban cómo la pareja siguió discutiendo fuera del pub, luego en una tienda de kebabs cercana y, por último, llegaron a las manos en la puerta de una discoteca. En ese momento, las imágenes no eran lo suficientemente claras como para ver con exactitud lo que había sucedido, pero unos instantes después Spencer cayó al suelo. Varios transeúntes se dieron cuenta de que lo habían apuñalado y llamaron a una ambulancia, pero murió antes de que esta llegara. Kato huyó, pero lo detuvieron en su piso a la mañana siguiente. La dificultad residía en que era el propio Spencer quien llevaba el cuchillo que le había matado.

La hipótesis de trabajo era que presentarían una acusación de asesinato, pero había dudas de que pudiera prosperar. Para remitir el expediente a la fiscalía, Sands tuvo que revisar docenas de declaraciones de testigos sobre el carácter de los dos hombres y volver a ver horas de grabaciones del incidente y su desarrollo. En las declaraciones de los testigos había pasado desapercibida la afirmación de que Kato, en dos ocasiones distintas, también había llevado un cuchillo oculto en sus salidas nocturnas. Aquello abría la posibilidad de que el propio Kato llevara un arma oculta la noche del asesinato, aunque no fuera el arma que causó la muerte de Spencer, o que ni siquiera la hubiera desenfundado. El jueves por la tarde, Sands lo había resuelto en gran medida. Esa nueva prueba era suficiente para solicitar que la fiscalía pidiera una condena por asesinato. Sands presentó el expediente y lo celebró sentándose en su silla, estirando los brazos por encima de la cabeza. Luego se levantó.

Fuera de su pequeño despacho, la mayoría de los agentes del MID, inspectores y demás personal, seguían trabajando en las cartas de Sterling. Por capricho, se acercó a uno de ellos, el joven Luke Golding. Se había incorporado al equipo de forma permanente después de haber trabajado con ella el año anterior en un caso en el que la habían disparado dos veces y había volado por los aires una vez. Golding le había salvado la vida. Sin embargo, ella había tenido cuidado de no tratarlo de forma diferente a los demás miembros de su equipo. Él parecía entender sus razones.

—¿Cómo va todo?

Golding levantó la vista, aparentemente sorprendido por la interrupción.

—Bueno, ya sabes. Ahí vamos. —Le dedicó una tímida sonrisa.

Sands miró lo que estaba leyendo y luego frunció el ceño.

—Mal que bien, vamos avanzando —matizó Golding—. Hemos decidido separar la correspondencia en categorías, pero incluso eso es un reto.

—¿Cuáles son las categorías?

Se reclinó en la silla y se estiró.

—El correo de los fans. Hay muchas, incluyendo un par de declaraciones de amor eterno. —Golding enarcó las cejas—. Luego está el material de investigación: solicitudes de entrevistas de gente que quiere escribir libros o hacer películas sobre lo que hizo, gente que quiere estudiarlo. Por último, las cartas matemáticas superraras. —Golding se encogió de hombros—. No entiendo qué ve todo el mundo en él.

—Durante el juicio los medios de comunicación crearon la narrativa de que era un tipo encantador. Lo ha utilizado para intentar seguir siendo relevante. ¿Cuántas hay de la última categoría?

—¿De las matemáticas?

Sands asintió.

—Al menos cien. La mayor parte va y viene. Él dice lo que piensa, y ellos vuelven con más preguntas. El problema es que llegaron de la prisión sin ningún orden, todo mezclado.

Sands consideró este comentario. Probablemente indicaba que cualquier intento de la prisión de controlar el correo había sido superficial en el mejor de los casos.

—Lindham nos habló de tu encuentro con él. A mí no me parece nada encantador. —Sacudió la cabeza, pensativo.

—No. No lo es. ¿Y no has encontrado nada? ¿En ninguna de las cartas? ¿Nada que pudiera ser un mensaje sobre Jane Smith? ¿Sobre ajedrez o animales?

Dudó.

—No, pero…

—¿Pero qué?

—Hacemos todo lo posible por leerlo todo, pero la mitad es tan absurda que no tiene sentido. La otra mitad es tan técnica que no tenemos ni idea de lo que significa. Estamos buscando referencias al viernes 10 de noviembre, o a cualquier mención de Jane Smith. Y no hay nada.

Sands echó un vistazo al reloj de pared y vio que ya eran más de las seis de la tarde. En solo seis horas llegarían a la fecha que Sterling les había dado para el siguiente asesinato. Asintió con la cabeza, la sensación de inquietud que ya tenía no se disipaba en absoluto con lo que estaba oyendo. Pero trató de alejar esa sensación.

—Seguramente sea una gilipollez de todos modos. Lo más probable es que todo esto no sea más que su forma de hacernos perder el tiempo. —No estaba segura de si trataba de tranquilizarse a ella misma o si lo decía para calmar a Golding. Él pareció entenderlo.

—Eso es lo que dice Lindham. —Golding hizo una mueca—. Esperemos que tenga razón.

Ella podía sentirlo, y sabía que él también. La premonición de que algo malo estaba a punto de suceder. Lo había sentido toda la semana y era cada vez más palpable.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando llegó a comisaría al día siguiente, poco antes de las siete, Sands se sorprendió al ver que no era la primera en llegar. John Lindham ya estaba en su mesa hablando por teléfono. Esperó a que terminara y le hizo un gesto para atraer su atención, pero él negó con la cabeza.

—Era McDonald, de la prisión. Llevan toda la semana intentando que Sterling cuente más sobre lo que va a pasar hoy. Pero se niega a decir nada.

—Está disfrutando. Esta es su idea de diversión.

Lindham asintió.

—¿Hemos recibido algo hasta ahora?

—No. He pedido a la sala de control que nos pase cualquier informe de muertes sospechosas de todo el país. Lo más probable es que recibamos algo, pero tendremos que averiguar si está conectado o no.

—Muy bien —asintió Sands. Fue a su despacho y cerró la puerta.

El día transcurrió con mucha lentitud. El equipo que revisaba las cartas aún no había conseguido leerlas todas, y mucho menos analizarlas de forma significativa, pero al menos podían dedicarse a su trabajo. Durante la mayor parte de la mañana, Sands trató de distraerse, pero no tenía mucho que hacer y, hacia la hora de comer, su determinación se quebró y se unió al esfuerzo. Pero con tantas páginas de correspondencia que leer y tan poco tiempo, era inútil. Cada vez que sonaba uno de los teléfonos de la oficina, no podía evitar la sensación de que sería la noticia de un asesinato que habían tenido la oportunidad de evitar, pero que no lo habían conseguido.

Por fin, hacia las tres de la tarde, llegó un informe. Se había producido una muerte en un centro comercial de Southampton. A primera vista no parecía sospechoso, solo un infarto de miocardio rutinario, pero Sands ordenó a dos de sus subinspectores que acudieran de todos modos, y se paseó ansiosamente hasta que uno de ellos llamó para decir que el hombre no había muerto después de todo, ya que los paramédicos lo habían reanimado. Sands les ordenó que tomaran declaración a todos los testigos que encontraran, por si identificaban algo fuera de lo normal. Pero era exagerado, y ella lo sabía. Para entonces, eran casi las siete, y las oficinas alrededor de la unidad de homicidios se iban vaciando. Aún no había ocurrido nada.

Volvió a consultar con la sala de control de la zona, pero no se había informado de ningún asesinato.

—Parece que tenía razón, jefa. —La voz de Lindham la sorprendió un par de horas más tarde, cuando estaba sentada a su escritorio. Su rostro mostraba una barba incipiente y tenía bolsas bajo los ojos.

Sands no respondió, salvo para mover ligeramente la cabeza.

—Hemos revisado todas las cartas y no hay nada. No se hace referencia a ningún asesinato, salvo los cometidos por el propio Sterling, de los que se siente orgulloso. El ajedrez se menciona varias veces. Sterling parece tener varias partidas en curso con diferentes personas, incluido un gran maestro ruso, pero no hay nada que parezca relevante. En ninguna de las cartas hay nada sobre Jane Smith, ni referencia alguna al viernes 10 de noviembre. —Lindham esbozó una sonrisa de sombría satisfacción—. Parece que Sterling estaba apostando a que habría algún asesinato en alguna parte del que pudiera afirmar tener conocimiento previo. —Consultó su reloj—. Pero no le ha funcionado.

Sands asintió mientras leía también la hora. Las once y veinte de la noche.

—He mandado a los chicos a casa. Ha sido una semana larga.

Volvió a asentir y en su interior sintió una sutil y familiar punzada. Su reacción era aún más natural en ella. ¿No podían haberse quedado? ¿No deberían haberse quedado? ¿Debería ella, como oficial superior a cargo del MID, haberles ordenado que se quedaran, que trabajaran las mismas horas absurdas que ella? Pero sabía que no podía. Tenían familia, pareja, otras prioridades en sus vidas, y ya trabajaban muchas más horas que la mayoría de los demás empleados. De repente, miró a Lindham, su ayudante, diez años mayor que ella. Volvió a ver su aspecto agotado, y esta vez le siguió una imagen de principios de esa semana, la de sus dos hijos siguiéndole fuera de casa camino del colegio. ¿Cómo se llamaban? Estaba segura de que se lo había dicho alguna vez.

—Tú también deberías irte. —Su voz le resultaba incómoda al hablar, el sentimiento no era natural—. Intenta ver a tu familia un rato mañana, antes de venir. —Hizo una mueca que pretendía representar algún tipo de disculpa por las horas de la profesión que habían elegido.

—Claro. Lo haré. —Le dedicó una media sonrisa. Tal vez parecía entender—. Gracias, jefa.

Sands asintió.

Pronto solo quedó Sands. Volvió a consultar con la sala de control de la zona, pero aún no se había informado de ningún asesinato. Decidió que se quedaría hasta medianoche y luego se iría a casa, aunque la idea de su piso vacío le resultaba poco atractiva y dudaba

que pudiera dormir. Dadas las circunstancias, no tenía sentido no tomarse otro café. Salió a la zona diáfana del despacho, pero una voz la sorprendió.

—¿Sigues aquí?

Sands se dio la vuelta y descubrió que, después de todo, no estaba sola. Luke Golding seguía sentado frente a su escritorio, con las mangas de la camisa arremangadas y la chaqueta colgada en la parte de detrás de la silla.

—Sí.

—Estaba terminando. —Estiró los brazos, bostezó—. Más o menos. No creo que pueda relajarme hasta que llegue la medianoche, ¿sabes a lo que me refiero?

Se quedó un momento en silencio, observándolo. Era extraño, en los meses transcurridos desde que él entró en el departamento, ella no recordaba ningún momento en el que hubieran estado juntos a solas. Sin embargo, tenían una historia. Casi. Parecía que habían intimado cuando él empezó a trabajar con ella. Y cuando se conocieron, y ella no sabía que él era policía, le había hecho una proposición. Solo para que él la rechazara. Ahora se vio mirándole a los ojos azules, reviviendo aquel momento.

—Oye, es un poco tarde para un café, ¿no crees? —Le indicó la taza que tenía en la mano—. ¿Te apetece ir a tomar algo de verdad? —Su rostro era neutro, los ojos sonrientes. Estaba recostado en la silla, solo con las patas traseras en el suelo—. Es mejor que esperar aquí a que no suene el teléfono con noticias de un asesinato.

Parpadeó sorprendida ante la idea, pero luego recapacitó. ¿Qué tenía de malo? No podían hacer nada más en el caso. Y nadie sería testigo de que se iban juntos, aunque eso no importaba. No es que significara nada.

—Vale. —Mientras contestaba estuvo a punto de cambiar de opinión. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué era esto? ¿Dos colegas y nada más? O algo más. Dudó cuando él dejó caer la silla sobre sus cuatro patas y se levantó—. Pero...

—¿Pero qué?

—Es casi medianoche —fue todo lo que dijo—. No habrá muchos sitios abiertos. —En su cabeza pudo ver las interminables horas de cámaras de seguridad de las discotecas que había estado viendo, llenas de estudiantes borrachos de las dos universidades de la ciudad. Era el último lugar en el que quería estar. Pero sonrió con facilidad.

—No te preocupes. Conozco un buen sitio.

CAPÍTULO DIEZ

Fueron a pie, caminando hacia el centro de la ciudad, pero se detuvieron antes de llegar y se metieron en un callejón que Sands nunca había notado. A mitad de camino, él la condujo por unas escaleras hasta un bar subterráneo. La clientela era mayor que los estudiantes borrachos que abarrotaban la mayoría de los locales nocturnos de la ciudad.

—No sabía que existiera este sitio —dijo Sands cuando tomaron sus botellines de cerveza.

—Mejor que siga así, ¿eh? —Golding volvió a sonreír con facilidad. Tenía la cara ancha. El tipo de hombre guapo que sabe que es guapo, pero no le da importancia. Al igual que Lindham, estaba sin afeitar tras las largas jornadas de trabajo de la semana, pero en lugar de bolsas bajo los ojos, los suyos brillaban y eran azules—. El ambiente de un sitio cambia un poco cuando se llena de policías.

Sands sonrió y, sin pensarlo, consultó su reloj.

—¿Quieres llamar a control otra vez? ¿Asegurarte de que no ha pasado nada?

Sacudió la cabeza, metió la mano en el bolso y sacó una radio portátil de la policía.

—Nos enteraremos si hay algo. —Puso la radio sobre la mesa, entre los dos. Durante unos instantes, ambos la miraron sin hablar.

—Una situación un poco extraña —Golding rompió el silencio—, como una Nochevieja morbosa.

Sands frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí estamos, haciendo la cuenta atrás para la medianoche. Esperando llegar sin enterarnos de que han matado a alguien. —Hizo una mueca, y ella no estaba segura de cómo responder. No estaba segura de si su colega estaba intentando quitar importancia a la situación—. ¿Cuánto tiempo nos queda a todo esto?

—Siete minutos —respondió Sands tras mirar el reloj.

—¿Crees que lo lograremos? —Miró alrededor de la sala, esta vez estaba más claro lo que hacía. Miró a la clientela del bar, como si en cualquier momento uno de ellos pudiera empezar a golpear a otro hasta matarlo. Y ahora Sands no pudo evitar sonreír. Su actitud le recordó cuando se conocieron. Fue en una galería de arte, un lugar al que ella había acudido simplemente para buscar refugio en un

momento en que se había sentido vulnerable. Él había estado allí ayudando a la artista a promocionar su obra. Y aunque había resultado ser su hermana, lo único que había hecho era burlarse de la calidad de su trabajo, para intentar animar a Sands. En aquel momento había parecido el principio de algo. O tal vez no. Después de todo, el algo en cuestión no era el punto fuerte de Sands. La noche había terminado cuando él la había llevado a casa y ella le había invitado a entrar, de la forma más torpe imaginable. La rechazó y al día siguiente había descubierto que no solo era agente de policía, sino que estaba asignado a trabajar con ella en su caso. Se pasó un dedo por la ceja al recordarlo y apartó la mirada justo cuando la radio empezó a sonar, informando de una pelea en el exterior de una discoteca.

Aunque Sands nunca se había liado con nadie con quien trabajara, era algo habitual entre sus colegas. De hecho, ahora recordaba que corría el rumor de que el propio Golding estaba saliendo con una agente de tráfico. Detuvo sus pensamientos un momento para darse cuenta de que estaba al corriente de todo, cuando normalmente no prestaba atención a los cotilleos de la comisaría. Se formó una imagen de la mujer en cuestión: una chica rubia y guapa, más joven que Golding.

—¿Cómo te va con Debra Webb? —preguntó de repente, más que nada para romper el silencio, pero también porque de pronto quería saberlo. La cara de Golding cambió, estaba claro que la pregunta lo había sorprendido.

—¿Debbie? —Frunció el ceño—. Eso… terminó. Hace un tiempo.

—Ah —respondió Sands. Luego también frunció el ceño, no estaba segura de si debía decir algo más—. Lo siento.

—No pasa nada, yo no lo siento. —Volvió a sonreír.

Sopesó la respuesta. De alguna manera se dio cuenta de que la noticia la complacía. Empezó a relajarse de nuevo.

—¿Cómo te enteraste de lo de Debbie? —Parecía entretenido por la idea.

Sands pensó dónde se había enterado de la noticia. Habían sido dos agentes, riéndose de ello en la pequeña cocina que servía a su planta del edificio. Se encogió de hombros.

—Me pareció oírlo en alguna parte. Que tú y ella estabais…

—No, no. Quiero decir, salimos un par de veces. Pero eso fue todo.

—Ya.

Se callaron.

—Aunque no es que esté en contra de salir con alguien del cuerpo. Es difícil con los horarios y los fines de semana de trabajo, ya sabes, hacer que funcione con alguien de fuera.

—Sí —convino Sands—. Supongo que sí.

—Y tú, ¿estás saliendo con alguien? Quiero decir, si esa es una pregunta que puedo hacerle a mi jefa. —Hizo una mueca mientras hablaba.

Sands negó con la cabeza, tratando de indicar tanto que estaba bien preguntar como que la respuesta era negativa. Él pareció comprender.

—¿Es por el horario que tenemos?

—Algo así.

Golding dio un trago a su cerveza.

—¿Hacemos la cuenta atrás?

—¿Perdón?

—¿Como en Nochevieja? Ya casi es la hora. —Inclinó la muñeca para que ambos pudieran ver los segundos que pasaban en su reloj—. Allá vamos. Diez, nueve, ocho… —completó la cuenta atrás hablando en voz baja, y cuando el reloj marcó medianoche y no pasó absolutamente nada, cogió la radio y llamó a la sala de control. Todavía no se había informado de nada.

A pesar de lo absurdo de la situación, Sands sintió que se relajaba aún más.

—No se ha dado informe de ningún asesinato durante el viernes 10 de noviembre. Parece que Charles Sterling se equivocó esta vez. —Le tendió la botella de nuevo y ella la golpeó con la suya—. ¿No estaba haciendo una de las suyas también la noche que nos conocimos?

Sands se sorprendió de que se acordara. Fue hace mucho tiempo.

—Sí. Fue justo al principio de la pandemia. Engañó a los médicos de la prisión haciéndoles creer que tenía COVID.

—¿Alguna vez averiguaron cómo lo hizo?

—Tomaba medicación para un par de cosas más. Fingía tomarse las pastillas, pero en realidad las guardaba. Luego se las tomó todas a la vez. Trataban cualquier cosa inusual como probable COVID en aquel momento.

—¿Averiguaron por qué lo hizo?

Sands negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Aparte de para intentar obligarme a verlo, supongo. Ha hecho muchos intentos, a lo largo de los años.

Golding escuchó la respuesta mientras la observaba con atención. Luego dio otro trago a su cerveza.

—Bueno, al menos ahora no tienes que volver a verlo.

Cuando Golding bajó la botella, estaba vacía y miró la suya, a la que solo le quedaba un poco.

—Mira, no bromeaba cuando dije que no iba a poder dormir. Cada vez que cierro los ojos veo esas malditas cartas. ¿Te apetece otra?

Sands reflexionó. Se había permitido tomar una copa antes de volver a su piso vacío. Pero ahora que estaba aquí se encontró

disfrutando. La idea de quedarse más tiempo con Golding la hizo sentirse bastante mejor.

—Sí, claro.

Lo vio abrirse paso con confianza entre la multitud y atraer la atención de la chica de detrás de la barra. Se fijó en la forma en que la chica lo miraba, haciéndole ojitos con la esperanza de que se diera cuenta de lo guapa que era. Pero Golding se dio la vuelta y volvió a mirar a Sands. Y por un momento dejó que una sensación de esperanza floreciera en su interior. Ahora que la unidad era consciente de quién era su padre y de lo que había hecho, ¿quizá no importaba si había algo más de lo que cotillear? ¿Quizá incluso ayudara? Aún estaba meditando sobre esto cuando él regresó con dos cervezas más y dos vasos de chupito.

—¿Qué traes?

—Tequila. —Parecía fingir inocencia, juguetón de nuevo—. Después de todo, estamos de celebración. —Volvió a la barra y regresó con un salero y unos trozos de limón que la camarera había puesto en un plato.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó Sands cuando regresó.

—¡El futuro! Hemos resuelto un asesinato antes de que ocurriera. Si no podemos celebrar eso no sé qué sentido tiene estar en el cuerpo. —Se lamió la mano y le echó sal, se tragó el chupito de tequila y terminó chupando el limón. Volvió a hacer una mueca.

—Vamos. Tu turno, jefa.

—Deja de llamarme así —dijo Sands, un par de horas más tarde, mientras caminaban juntos a trompicones hacia el vestíbulo de su bloque de apartamentos. El bar había cerrado a la una y media y ellos habían sido de los últimos en marcharse.

—¿Cómo?

—Jefa.

—¿Por qué no? ¿Me vas a dar un ascenso?

—No, pero podría despedirte si no paras. —Tecleó el código para entrar en el edificio. Cuando sonó la cerradura, se detuvo. De repente, esto parecía serio—. Sabes, la última vez que estuvimos aquí me rechazaste.

Golding se detuvo, con la boca abierta, pensando qué decir.

—Estaba siendo honorable. —La observó atentamente—. Eso no significa que no quisiera.

Ella lo miró, preguntándose si el hecho de que Golding subiera era una buena idea o no. Pero para entonces estaba demasiado borracha como para preocuparse.

CAPÍTULO ONCE

Sands se despertó y vio la ancha espalda de Golding en su cama. Parpadeó un par de veces, sorprendida por la visión, pero entonces los acontecimientos de la noche se filtraron en su memoria. Su respuesta normal ante tales eventualidades era desechar el recuerdo de inmediato, aunque con una sensación cercana a la vergüenza. Sabía que, sin tener que esforzarse mucho, resultaba atractiva a los hombres y de vez en cuando satisfacía sus necesidades. Pero rara vez con la misma persona dos veces, y siempre con esa sensación de autorreproche, de desasosiego. Cuando buscó esos sentimientos esta vez, no logró encontrarlos. No sabía por qué.

Dejó que su mente recorriera su historia sexual reciente. Se sentía afortunada de vivir en una época en la que existían las aplicaciones de citas por lo que resultaba relativamente fácil establecer relaciones con personas afines. Aun así, utilizaba nombre y dirección falsos y organizaba sus citas en otras ciudades. Al cabo de unos minutos, incapaz de entender cómo se sentía, se levantó y se dirigió a la ducha.

Cuando salió, la cama estaba vacía y no vio la ropa de Golding. Sintió cierta inquietud al ver su ausencia y, de nuevo, no estaba claro porqué. Fuera lo que fuese, desapareció en cuanto entró en la cocina.

—Lindham quería que llegásemos temprano hoy. Quiere repasar el asesinato de Smith desde el principio. —Golding le mostró un café—. Cree que, con la distracción de las cartas, hay algo que se nos ha pasado por alto.

Sands aún no había probado el café.

—Toma. Te he hecho una taza.

—Gracias.

Al pasársela, sus dedos se tocaron y la noche anterior cobró nitidez.

—Oye, si quisieras mantener esto en secreto en la comisaría, lo entiendo.

Se lo pensó un momento.

—¿Y si no?

—Bueno, supongo que también lo entiendo.

—Vale. —Sands sonrió y tomó un sorbo de su café—. Hoy tengo que ir andando. Me he dejado el coche en la comisaría.

—Yo también. Pero antes debería ir a casa a cambiarme. ¿Te importa si llego diez minutos tarde?

—Siempre y cuando no estés a punto de llamarme «jefa».
Golding sonrió.

Cuando entró en la comisaría, el ambiente coincidía con el optimismo de Sands. Aunque la mayoría de los agentes se habían mostrado escépticos sobre si Sterling había tenido de verdad algún conocimiento anticipado de un asesinato, el hecho de que hubiera vencido el plazo seguía pareciéndoles una victoria. Cuando Golding llegó, quince minutos después que ella, la sala estaba casi llena, pero nadie pareció notar nada diferente en ellos, y siguieron con su trabajo sin ninguna interacción entre los dos. Solo faltaba por llegar Lindham, quien parecía estar aprovechando que Sands le hubiera instado a empezar tarde.

Sands seguía sintiendo cierta ansiedad, incluso después de comprobar con la sala de control si se había producido algún asesinato durante la noche. Pero no los hubo y se permitió relajarse más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Sacó un caso lo bastante enigmático como para que le pareciera todo un regalo. Tenía fama de ser la persona adecuada a la que pedir ayuda en casos difíciles. En este, un barco pesquero, frente a la costa de Dover, había sacado del agua el cuerpo desnudo de un hombre. Tendría unos cuarenta o cincuenta años, buena constitución y barba poblada. Según el patólogo, era posible que hubiera sido estrangulado antes de ahogarse, aunque no estaba claro ya que las marcas alrededor de su cuello no eran concluyentes y podrían haber sido causadas por haber quedado atrapado en las redes. Ni el ADN ni las huellas dactilares aparecieron en ninguna base de datos a la que tuvieran acceso, y una búsqueda detallada de su identidad mediante el examen de sus registros dentales resultó infructuosa. Se plantearon varias hipótesis: que el hombre se hubiera caído o saltado de un transbordador del Canal de la Mancha, o que lo hubieran arrojado desde un portacontenedores. En casi todos los casos era inútil investigar, ya que no había nada que hacer. Entonces Golding depositó otro café sobre su mesa. Había hecho una ronda para todos los agentes de la sala, algo que ella nunca le había visto hacer antes.

—Aquí tiene, jefa —dijo, poniendo la más mínima entonación en el título.

—¿Cómo te va con Lindham? —Se puso alerta de inmediato, su mente de nuevo en el caso Smith.

Golding negó con la cabeza.

—Aún no ha llegado. —Le lanzó una mirada y se apartó, dando un sorbo a su café. Pero Sands ignoró su taza. De repente sintió que algo no iba bien.

Se levantó y se acercó al escritorio de Lindham. Seguía vacío.

Había una carpeta cerrada que abrió de un tirón: un recuento de las cartas de Sterling, con muchas anotaciones. Echó un vistazo.

—¿Alguien ha oído algo de Lindham esta mañana? —gritó de repente.

Todos los agentes levantaron la vista, pero nadie lo había hecho. La mayoría de los inspectores volvieron a bajar la vista, siguiendo con su trabajo. Era habitual que alguno de ellos llegara tarde, sobre todo después de trasnochar. Solo Golding mantuvo la mirada fija en Sands mientras utilizaba el teléfono de la mesa de Lindham para llamar a su móvil. Saltó el buzón de voz. Golding se levantó de la mesa y se acercó.

—¿Qué pasa? —Sonaba preocupado.

—No lo sé. —Sands se dio cuenta de que de repente sentía frío. Y calor. El sudor le calaba la espalda.

—Ven conmigo.

El viaje a casa de Lindham solo duró cinco minutos y ninguno de los dos habló durante el trayecto. El coche de Lindham estaba en la entrada, junto con el monovolumen de su mujer. Sands intercambió una mirada con Golding, que parecía compartir su presentimiento. Salieron y se acercaron a la puerta. Sands pulsó el timbre, oyéndolo sonar en el interior, pero nadie respondió. Se agachó y miró a través del buzón, luego gritó el nombre de Lindham. No hubo más que silencio por respuesta.

—Tú comprueba las ventanas. Yo iré por detrás.

Se separaron y Sands rodeó el lateral de la casa, donde una puerta sin cerrar daba acceso al jardín trasero. Había una zona de barbacoa sobre un entarimado elevado, un tobogán para niños construido en madera, que depositaba a quien se tirara sobre él en el césped. Parecía recién construido, hecho para fiestas. A Sands se le secó la boca: nunca había estado allí. Se dio la vuelta e intentó abrir la puerta de la cocina, sintiéndose mal cuando se abrió. Una rápida inspección mostró que la cerradura había sido forzada, rompiendo el marco en el proceso. Pidió a Golding que la acompañara mientras sacaba un par de guantes de látex del bolsillo. Entró. En cuanto lo hizo, reconoció el olor.

Golding se unió a ella mientras inspeccionaba la cocina. No había nada fuera de lugar, pero estaba claro que nadie había desayunado. Sands echó un vistazo al salón, que también parecía normal.

—Arriba —dijo. Tenía la voz ronca.

Se adelantó, pero dudó en la entrada del dormitorio principal. Sabía lo que se iba a encontrar y no quería confirmarlo.

La habitación casi parecía normal. Los cuerpos de John Lindham y su esposa yacían en la cama, parcialmente cubiertos por un edredón, y si no hubiera sido por las almohadas empapadas de sangre a través de

las cuales los habían disparado, quizá ni siquiera hubieran parecido muertos. Cuando Sands entró en la habitación y miró detrás de ella, vio que la pared pintada de blanco estaba manchada con horribles trazos de sangre. Al principio parecía accidental, como si las víctimas o tal vez el asesino se hubieran caído contra ella, pero entonces distinguió formas. Un triángulo… no, una segunda línea mostraba lo que parecía ser una pirámide, y también había un número: 1158. De repente, el sabor del tequila recorrió el cuerpo de Sands y tuvo que taparse la boca para no vomitar. De alguna manera, se lo tragó. No era un número. Era una hora.

Las 11:58 horas.

El rostro de Golding era gris ceniza.

—Los niños. Tiene dos niños. —Sands se dio cuenta de que estaba llorando mientras lo apartaba de su camino. Miró las otras puertas que daban al rellano de arriba. La siguiente puerta tenía el nombre «Danny» escrito en el exterior.

Su pequeño cuerpo roto estaba medio dentro y medio fuera de la cama. El torso desnudo estaba blanco y flaco por la pérdida de sangre. Otra almohada había estallado, de modo que había un amasijo de plumas empapadas de rojo pegadas a las mantas, la pared y el suelo. En la pared habían pintarrajeado burdamente más símbolos: un ojo, otra pirámide. Sands cerró los ojos. El segundo niño. Tenía que verlo.

El hijo pequeño de John Lindham se llamaba Elliot, según supo Sands por las letras azul cielo de la puerta de su habitación. Cuando la abrió, vio que era hincha del equipo de fútbol del Everton. O lo había sido. Estaba tumbado boca abajo en la alfombra, que estaba empapada de sangre oscura alrededor de donde había caído la cabeza. Pero cuando miró más de cerca, vio que solo tenía media cabeza, que le faltaba la cara y que su flequillo rubio había dado paso a un sangriento mantillo rojo y gris donde la bala le había arrancado la parte delantera del cráneo. Aquello fue demasiado para el estómago de Sands, que sintió que el vómito le salía por la boca. Después, sintió las manos de Golding que tiraban de ella hacia el exterior y la depositaron de vuelta en la calle.

CAPÍTULO DOCE

—¿Hay alguna forma de que esto pueda ser una coincidencia? —El inspector jefe Yorke se paseaba arriba y abajo por la sala de reuniones, mientras Sands permanecía sentada, aturdida, casi totalmente ajena a los demás agentes también presentes. Una voz de hombre respondió.

—La hora de la muerte coincide con la de los cuatro cuerpos, el informe del forense sitúa la muerte entre las once de la noche y las dos de la madrugada de hoy. Así que la hora escrita con sangre es una referencia a que los asesinatos tuvieron lugar el viernes 10 de noviembre. Y si ese es el caso, parece casi imposible que pueda ser una coincidencia. Ocurrió en la fecha en que Sterling nos advirtió que iba a ocurrir.

—No nos advirtió. Me advirtió a mí —interrumpió Sands en voz baja. Recordaba vagamente que le habían presentado al hombre que hablaba como el inspector de homicidios de la división sureste, pero no recordaba su nombre.

—No sirve de nada culparse a sí misma, Erica. —Yorke rompió el silencio que se había formado—. En realidad, no avisó a nadie. Dio una pista totalmente inútil que nadie podría haber seguido.

Pero Sands no lo oyó. La única imagen que su cabeza le permitía ver era la del pequeño Elliot, con el cuerpo retorcido en el suelo y con media cabeza reventada.

Las horas anteriores habían transcurrido en una especie de sueño infernal. No recordaba haber salido de la casa, solo recordaba estar fuera cuando Golding había pedido refuerzos. Luego habían esperado lo que pareció una eternidad, en un silencio atónito y espantoso. Por fin llegó un coche patrulla, y luego el primero de sus colegas de la unidad de homicidios. Pero no había nada del orden y la rutina habituales que ayudan a normalizar el trabajo en la escena de una muerte violenta. Para casi todos los asistentes este crimen era inmensamente personal, y las oleadas de conmoción, horror y repugnancia parecían reverberar alrededor de todos los que se acercaban al lugar de los hechos. Con las víctimas del ataque tan bien conocidas por todos, había confusión sobre qué equipo o individuos eran siquiera elegibles para iniciar una investigación. La propia Sands no estaba en condiciones de dar instrucciones. Fue casi a mediodía cuando Yorke ordenó que se convocara a una unidad de homicidios vecina, al menos para que se encargara del trabajo inicial en la escena

del crimen. Pasó otra hora antes de que llegaran, para entonces la calle ya había sido evacuada y acordonada. Sands se había sentado en la parte trasera de un coche de policía, sin querer hablar con nadie, pero respondiendo a todas las preguntas que le hacían.

—Se fue a casa justo antes de medianoche —dijo de repente. Hasta cierto punto había recuperado la capacidad de operar, pero tenía la sensación de hacerlo en un extraño vacío—. Si quien lo mató quiso hacerlo el viernes, debió de estar esperando a que llegara a casa. Deberíamos comprobar si alguno de los vecinos notó a alguien merodeando, a alguien fuera de lugar.

—Esa es buena idea. —Yorke estuvo de acuerdo, pero miró a su alrededor, como si no estuviera seguro de a quién dirigir tal orden. El otro inspector, Jameson o algo así, recordó ahora Sands, volvió a hablar.

—Mire, este no es mi lugar, pero no estoy seguro de que la inspectora Sands deba siquiera estar en la sala en este momento —dijo Jameson—. Entiendo que esté familiarizada con el trasfondo de lo que ha ocurrido aquí, pero no veo ninguna razón para excluir a nadie del equipo de Lindham como potencial sospechoso de lo ocurrido. Y eso incluye a Sands.

—Eso es ridículo —espetó Yorke—. No hay nadie aquí que pueda haber hecho algo como...

—No estoy de acuerdo. —Fue el comisario Black quien dijo esto. Sus palabras fueron las primeras que el hombre había dicho después de sentarse y escuchar durante mucho tiempo. Le siguió un silencio. Entonces Black se inclinó hacia delante en su silla—. Vamos a tener que tomar algunas decisiones muy difíciles y rápidas sobre cómo avanzar en este caso. Francamente, veo un departamento de policía en estado de shock y, aunque sea comprensible, no podemos permanecer paralizados.

Más silencio. Nadie estaba dispuesto a discrepar. Y lo que dijo era claramente cierto.

—Creo que la decisión de pedir al inspector Jameson que nos ayude hoy ha sido la correcta. Pero creo que deberíamos ir más allá y nombrarlo investigador principal. No hay forma de que la unidad del propio Lindham pueda investigar lo que ha pasado aquí. Especialmente si hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que sus agentes sean sospechosos. Inspector Jameson, ¿está preparado para tomar este caso?

Todas las miradas se volvieron hacia el forastero. Parecía un agente serio y competente, mayor que Sands, con experiencia.

—Sí, jefe.

—Bien. Le sugiero que traiga un equipo básico de su comisaría, luego hablaremos del personal subalterno.

Jameson asintió. El comisario Black respiró hondo.

—Vale, lo siguiente. Los medios de comunicación están muy interesados en lo que ha ocurrido hoy aquí, y cada vez lo estarán más. Tenemos que trabajar con eso en mente. Quiero que todo lo posible se mantenga fuera de los periódicos. Solo los detalles esenciales, y que nadie hable con la prensa sin mi consentimiento expreso. ¿Estamos todos de acuerdo?

Otro murmullo de asentimiento.

—Bien. Creo que el siguiente paso es dejar que la inspectora Sands descanse un poco.

Sands se volvió rápidamente hacia él.

—Necesito quedarme. Necesito formar parte del caso.

—No, eso no nos va a ayudar. —Levantó la mano—. No te involucres y esto no es una petición. —Miró a su alrededor—. ¿Puede alguien encargarse de que la lleven a casa? —Hubo una pausa antes de que una agente se ofreciera voluntaria, luego Black miró a Sands—. Deberías quedarte allí hasta que te digan lo contrario. Imagino que Jameson o alguno de sus colegas querrá hablar contigo muy pronto.

Sands parpadeó con fuerza, pero comprendió que no tenía escapatoria. Además, reconoció que lo necesitaba. Asintió y se puso en pie a trompicones, sintiendo cómo todos los ojos se posaban en ella mientras se dirigía a la puerta. Esperó en su escritorio, intentando mantener la mente en blanco, hasta que una agente se le acercó un poco nerviosa.

—Hola, jefa. Soy la agente Deborah Watts, me han pedido que la lleve a casa.

Sands miró a la mujer con ojos sombríos y luego se limitó a asentir.

CAPÍTULO TRECE

El timbre de su puerta sonó el lunes por la mañana, la pantalla del interfono mostró a un hombre y una mujer de pie fuera. Aunque no hubiera reconocido a Jameson, habría sido imposible no saber que eran agentes de policía. Los hizo pasar y dejó la puerta abierta mientras preparaba un café. Mientras lo hacía, se le ocurrió que tal vez eso era lo que había hecho Lindham. Quizá así había entrado quien lo había matado, haciéndose pasar por policía... Pero no.

La puerta estaba forzada. ¿Por qué no estaba pensando con claridad?

Sacudió la cabeza. No habían engañado a Lindham para que dejara entrar a nadie en su casa. Quienquiera que lo hubiera matado había forzado la entrada. Los habían disparado en sus camas mientras dormían.

Ambos agentes mostraron su identificación cuando llegaron a la puerta principal.

—Soy el inspector Steven Jameson. Nos conocimos el sábado. Esta es mi colega la inspectora Beth Chang. Gracias por recibirnos.

Sands dio un paso atrás para dejarles entrar. Sentía la cabeza rara, más pesada de lo que debería.

—Estoy haciendo café —lo dijo como un hecho, no como una oferta.

—Gracias.

Sands los guio hacia el interior. Esta vez estaba un poco más presente y pudo formarse una impresión más clara de Jameson. Era diez o quince años mayor que ella y, aunque le recordaba a los inspectores de la vieja escuela, tenía una mirada aguda e inteligente. Vio cómo echaba un vistazo a su piso, claramente curioso por saber cómo podía permitírselo con su sueldo, pero no le ofreció ninguna explicación. Además, sobre todo, seguía sintiendo un vacío. Una apatía. En cierto sentido, daba igual lo bueno o lo malo que fuera Jameson. Había llegado demasiado tarde. Lindham estaba muerto. Su familia estaba muerta. Y por no verlo venir, por no involucrarse siquiera, ella tenía la culpa. Se dio la vuelta de repente para que no vieran cómo casi le daban arcadas con ese pensamiento. Cuando el impulso se desvaneció, disimuló lo sucedido sirviendo los cafés. No se molestó en preguntarles cómo lo tomaban, simplemente puso una taza delante de cada uno, fuerte y negro. Sin azúcar.

Se sentaron a la mesa de su cocina. Chang sacó un cuaderno, Jameson no.

—Me han nombrado investigador principal de la muerte del inspector John Lindham —empezó Jameson—, de su esposa Sarah Lindham así como sus dos hijos Daniel y Elliot Lindham. Me gustaría hacerte algunas preguntas al respecto.

Sands asintió y dio un sorbo a su café.

—¿Cómo quieres que me refiera a ti? ¿Está bien Erica?

Volvió a asentir. Se le pasó por la cabeza que aquello era lo contrario de lo que sucedía normalmente, pero la idea no se le quedó grabada. No se le quedaban muchos pensamientos.

—Bien. Entonces Erica, entiendo que encontraste los cuerpos. ¿Es correcto?

—Sí.

—Fuiste a la puerta principal de su domicilio sobre las diez y media de la mañana del sábado, ¿qué encontraste?

Sands describió cómo había encontrado la puerta principal cerrada con llave, luego había ido por el lateral hasta la parte trasera de la casa y había visto que la puerta trasera había sido forzada.

—¿Y entonces?

—Rápidamente miré en la planta de abajo y parecía que la familia se había ido a la cama, pero no se había levantado. Así que miré arriba.

—¿Y descubrió que habían sido asesinados en sus habitaciones?

—Sí.

Jameson esperó mientras su colega tomaba nota. Luego pareció cambiar de marcha.

—¿Qué te hizo ir a ver a Lindham? ¿Tenías algún motivo para sospechar que algo así iba a ocurrir?

Era una pregunta que Sands ya se había hecho.

—No lo sé. Me dijo que vendría y luego no apareció. —Sacudió la cabeza—. Toda la semana habíamos estado esperando que pasara algo. De repente tuve la sensación de que era esto. Aun así, no esperaba... —Dejó de hablar, con la cabeza llena de lo que había encontrado.

—¿No esperabas el qué, Erica? —La pregunta era burda, innecesaria.

—No esperaba lo que encontramos.

Jameson asintió.

—Acabas de decir «encontramos». ¿No estabas sola?

—No. Estaba con el subinspector Luke Golding.

—Bien. Dices que esperabas que algo pasara. ¿Por qué?

Sands explicó que se había reunido con Charles Sterling y que este la había advertido de que se produciría un asesinato el 10 de

noviembre, pero se negó a decir dónde o quién sería asesinado. Supuso que ya lo sabrían, pero que querrían oírlo en sus propias palabras. Mientras tanto, hablaba con la mayor eficiencia posible, explicándoles todos los hechos de forma que les resultara fácil comprenderlos.

—¿Y Charles Sterling es tu padre? ¿El llamado Asesino de las Matemáticas?

—Sí.

—Tengo entendido que fue condenado por el asesinato de su esposa e hija, entre otros. ¿Ésas serían tu madre y tu hermana?

—Correcto.

Sands observó con la cara en blanco cómo Chang lo anotaba.

—Estoy seguro de que esto es difícil para ti, Erica. Si necesitas un descanso, por favor dilo.

—No necesito un descanso.

Jameson y su colega compartieron una mirada.

—Muy bien —dijo Jameson—. Sigamos entonces. También creo entender que Lindham y tú estabais trabajando en la posibilidad de que Sterling de alguna manera tuviera conocimiento previo de que se estaban planeando estos asesinatos...

—Yo no estaba trabajando en ello. Sterling insistió en hablar solo conmigo, durante muchos años ha intentado que lo visitara y utilizó esto para chantajearme. Lo único que hice fue hablar con él. Este era el caso de Lindham, confiaba en él.

—Entiendo —asintió Jameson—. Pero basándonos en lo que Sterling te dijo, ¿había razones para creer que tenía algún conocimiento previo de lo que iba a pasar?

Sands pensó cómo responder.

—No estábamos seguros. Es evidente que Sterling demostró que tenía cierta información sobre el asesinato de Jane Smith, pero no estaba claro cuánta. Luego nos dio lo que dijo que era la fecha en que el asesino de Smith volvería a atacar. Pero solo la fecha, nada más. Y no teníamos forma de saber si era un farol o algo real.

—¿El asesinato de Jane Smith fue un caso en el que Lindham estaba trabajando?

—Sí.

—Bien. ¿Cómo trabajaste exactamente en la advertencia de Sterling?

—Ya te lo he dicho, yo no trabajé en eso. Pero Lindham había recibido de la prisión toda la correspondencia de Sterling en los últimos dos años. Dado que se mantiene en un entorno aislado, pensamos que lo más probable es que se le pasara un mensaje por correo.

—¿Pero no encontró nada?

—No.

—Pero, aun así, ¿pensaste que la advertencia era creíble?

A Sands le pesaba la cabeza. Llevaba más de dos horas respondiendo preguntas y la técnica de Jameson parecía consistir en preguntar lo mismo una y otra vez. Estaba decidida a dar al inspector toda la información que pudiera, pero se estaba cansando de un enfoque que parecía más apropiado para un sospechoso que para una colega.

—Sterling parecía tener alguna información sobre la escena del crimen en el asesinato de Jane Smith, una nota colocada detrás de una fotografía. Pero no está claro cuánta información tiene. Tiene un historial de juegos sucios, de ser profundamente malicioso y manipulador. Todo podría haber sido una tontería, diseñada para hacernos perder el tiempo.

—¿Pero no lo crees ahora? ¿Ahora que John Lindham está muerto?

—No.

Jameson se pasó la lengua por los dientes.

—Hemos hablado con un tal James McDonald. Es el director de la prisión donde está tu padre. Ha intentado hablar con Sterling, pero se niega a dar más información.

Sands no dijo nada.

—Me gustaría pasar ahora a dónde estabas cuando ocurrieron los asesinatos. Comprenderás que tenga que hacerte estas preguntas.

Sands se puso rígida, pero sus ojos no vacilaron.

—Sí.

—¿Podrías decirme dónde estuviste entre las once de la noche del viernes y las dos de la madrugada del sábado?

—Estuve trabajando en la oficina hasta poco antes de medianoche. Envié a Lindham a casa alrededor de las once y veinte. Poco después, fui a un bar con el subinspector Golding. Se llama *The Cellar*. No soy cliente habitual, pero compramos varias bebidas, así que deberían acordarse de nosotros. Sobre la una y media de la madrugada volvimos aquí, a mi apartamento, donde ambos permanecimos hasta cerca de las siete y media de la mañana del sábado.

Los investigadores guardaron silencio un momento antes de que Jameson volviera a hablar.

—Lo siento, para ser claros, ¿estás diciendo que tienes una relación con Golding?

—No.

—¿Pero pasaste la noche con él?

—Sí.

El bolígrafo de Chang se detuvo y ella miró a su jefe. Él le dirigió una mirada, que la hizo empezar a escribir de nuevo.

—¿Y no quieres decir que se quedó a dormir como un amigo?

—No.

—¿Tuvisteis sexo?

Sands no apartó los ojos de los de Jameson.

—No estoy segura de que eso sea relevante, pero sí. —Esperó a que parpadeara.

—Es relevante si no lo consideras una relación. —Pareció pensar un momento—. ¿Era la primera vez que el subinspector Golding y tú pasabais la noche juntos?

—Sí, así es.

Jameson se frotó la cara mientras miraba hacia otro lado. Pareció aceptarlo.

—De acuerdo. Gracias por ser sincera al respecto.

Las preguntas continuaron durante otra hora, y luego Sands prestó declaración completa, que terminó con más de tres mil palabras. Era primera hora de la tarde cuando los inspectores se marcharon por fin, y Sands se sentía agotada. También se dio cuenta de que tenía hambre, pues apenas había comido desde que descubrió los cadáveres. Pero cuando fue a mirar en la nevera, estaba casi vacía. Cogió su abrigo y salió del edificio, caminando por el puerto hasta una tienda de comida. Le resultaba extraño estar fuera, se sentía inquieta, expuesta. Mientras miraba las estanterías, sintió la presencia de los extraños que la rodeaban. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de quién había asesinado a Lindham, ni de sus motivos, ni de quién podría ser su próximo objetivo. Ese pensamiento hizo que se apresurara a pagar la comida y a volver lo antes posible a la relativa seguridad de su puerta cerrada.

Lo que, por supuesto, no había ayudado en nada ni a Lindham ni a su familia.

Puso la cadena en la puerta, llenó la cocina de olor a comida cocinada en el microondas y se echó una siesta con un sueño entrecortado.

CAPÍTULO CATORCE

A Sands le ordenaron que se quedara en casa el resto de la semana, pero solo llegó hasta el miércoles antes de acudir a la comisaría de todos modos. Pensó que no había motivos para sospechar de su implicación en los asesinatos de los Lindham, y que su aventura de una noche con Golding, si ese era el término correcto, le proporcionaba una coartada sólida. Cuando apareció en la unidad, nadie se opuso a su presencia. De hecho, había tantas caras nuevas que dudaba que alguien se hubiera percatado de su llegada.

Descubrió que toda la planta de abajo, donde solía estar su unidad de homicidios, se había transformado en una enorme sala de operaciones, con un equipo de investigación mucho mayor que cualquier otro que hubiera visto antes. El nuevo equipo había absorbido a todo su personal, e inmediatamente llamó a una colega, una joven subinspectora, para ponerse al día de lo que habían averiguado hasta el momento.

No era mucho. La investigación forense en el lugar de los hechos seguía su curso, pero ya había revelado que quien mató a Lindham y a su familia había entrado y salido rápidamente, sin dejar muchas pruebas por el camino. No se había recuperado ADN ni fibras capilares, y los sitios más probables de huellas dactilares no habían revelado nada fresco que no procediera de la familia. Las pruebas indicaban que el asesino había llevado guantes, y seguramente algún tipo de traje protector, que probablemente se puso una vez hubo accedido a la intimidad del jardín trasero. Esta hipótesis concordaba con las marcas de la pared: las habían dibujado con la yema de un dedo, pero tampoco habían dejado huellas dactilares. Fue posible extraer alguna información del tamaño del dedo: sugería que se trataba de un hombre adulto. La altura de las marcas indicaba una estatura media y que el asesino era diestro. Aparte de eso, la escena del crimen revelaba muy poco.

Había una posible pista. Parecía que Sands había acertado al decir que el asesino habría esperado fuera de la casa a que Lindham regresara. Una anciana que vivía enfrente había visto a un hombre sentado en su coche delante de la casa sobre las nueve de la noche del viernes. No recordaba la marca ni el modelo del coche, solo que era de color oscuro, posiblemente verde o azul. Tampoco pudo decir mucho sobre el aspecto del hombre dada la oscuridad de la noche, pero

también porque parecía llevar una mascarilla. Debido a la pandemia en curso, las mascarillas seguían siendo de uso común, aunque sí era inusual que alguien llevara una estando solo en su propio coche.

—¿La escritura en la pared coincide con la nota de la casa de Jane Smith? —preguntó Sands.

—Está con un grafólogo —respondió la subinspectora—. Nos darán una indicación sobre si es el mismo tipo, pero lo parece.

El interrogatorio de Sands se vio interrumpido por la llegada de un inspector, que soplaba el vapor de un vaso de café de cartón.

—Siento interrumpir, jefa, pero el comisario Black quiere verla, ahora mismo.

Al parecer, alguien sí se había percatado de su llegada.

—Necesito participar en este caso —empezó Sands nada más entrar en el despacho de Black.

El comisario estaba a medio camino de colgar el teléfono en su mesa. Sands había llamado a la puerta, pero al mismo tiempo que empezaba a hablar.

—Entiendo que no pueda dirigirlo —continuó—. Pero necesito trabajar en él. No tiene sentido dejarme fuera. Supervisé a Lindham en el caso de Jane Smith y fui yo quien habló con Sterling cuando nos dio la advertencia. —Levantó la cabeza e hizo una mueca con la mandíbula hacia delante mientras esperaba la reacción de Black. Él no dijo nada durante un rato, pero finalmente terminó de colgar el teléfono.

Respiró hondo y la miró por encima de sus oscuras cejas.

—Estoy de acuerdo.

Eso la sorprendió.

—En realidad es por lo que te he hecho venir. Si no hubieras ignorado lo que se te ordenó y te hubieras quedado en casa habría pedido a alguien que te trajera hoy de todos modos.

Sands parpadeó.

—¿Por qué?

—¿Quizá podríamos mantener esta conversación sentados? —Black extendió una mano para indicar la silla a la izquierda de Sands. Ella asintió y se sentó en ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando él se limitó a observarla un rato.

—Tenemos noticias de la prisión de Highmoor. Charles Sterling dice que nos dirá quién hizo esto. Pero solo te lo dirá a ti.

CAPÍTULO QUINCE

Esta vez, no tuvo que agonizar para tomar la decisión. Sands aceptó de inmediato y, más tarde, ese mismo día, condujo sola de regreso a la prisión, consciente de que el asiento del copiloto estaba vacío a su lado. Podía oír la voz de Lindham, su acento de niño privilegiado, ahora para siempre mudos. Aún podía ver su cuerpo cada vez que cerraba los ojos, roto y ensangrentado junto al de su esposa muerta, de tal forma que cada parpadeo le permitía vislumbrarlo. Y con el espacio para pensar también se filtraron imágenes de los niños, nombres que ahora nunca olvidaría. Cada pensamiento venía acompañado de una agonizante puñalada de culpabilidad, de no haber hecho lo suficiente para evitar su muerte, de no haber sido suficiente cuando estaba vivo. Sands y su ayudante no habían estado muy unidos y, sin embargo, él había sido una parte vital de su vida, lo más parecido a una familia de verdad. Eso hubiera sido una sorpresa para él. Ciertamente no era un sentimiento que él correspondiera. Para cuando llegó a la prisión había dejado que la culpa y la vergüenza que la muerte, y la vida, de Lindham evocaban en ella se condensaran en un sólido nudo de ira, dirigido en una sola dirección.

—Siento mucho lo que ha pasado. —El director esperaba como en una emboscada justo en la entrada de visitantes de la prisión. Pero si Sands había esperado una efusiva disculpa por la confianza depositada en la rehabilitación de Charles Sterling, se sentiría decepcionada. El director cogió una de sus manos con las dos suyas, inclinando su larguirucho cuerpo hacia delante, y eso pareció ser todo. Al cabo de unos instantes, la soltó, se apartó y extendió una mano hacia el escáner de seguridad. Sands vació sus bolsillos y pasó mientras el director esperaba para pasar el mismo control detrás de ella.

—Iremos a mi despacho —le dijo, una vez que el guardia le devolvió el teléfono y las llaves con una inclinación de cabeza deferente—. ¿Querrás un breve descanso antes de verlo?

—No. —Sands negó con la cabeza—. Quiero acabar con esto cuánto antes.

Barney Atkinson se reunió con ellos en los ascensores que daban acceso a las celdas subterráneas, y el director los acompañó esta vez, sin hablar mucho, mientras Barney abría las puertas de acero y las volvía a cerrar una vez que las habían atravesado. Finalmente pasaron el último control de seguridad y llegaron al principio del pasillo que

conducía a la celda de Sterling.

—Yo vigilaré desde aquí. —El director indicó los monitores de las cámaras de videovigilancia del pequeño despacho de Barney. Ya estaban encendidos, pero la calidad era demasiado mala para que Sands pudiera ver qué celda mostraban. Hubiera preferido que no la vigilaran, pero sabía que era imposible. El director le dedicó una sonrisa claramente alentadora. Ella no la aceptó.

Había una puerta de acero más que atravesar, y las llaves de Barney tintinearon al girar la cerradura.

—Fue culpa suya —susurró Barney en voz baja mientras se apartaba para dejar pasar a Sands—. Puede que Sterling no apretara el gatillo, pero es el responsable de la muerte de esa familia. —Sus ojos se encontraron con los de Sands, y por un momento se quedaron allí. Sands sintió que podía penetrar en su interior con su mirada, ver que el odio del guardia hacia Sterling le llegaba hasta la médula. Esta vez ella sacudió la cabeza, solo una vez. Luego se volvió para caminar sola los últimos metros. La bola de furia dentro de ella estaba ahora al rojo vivo.

—¡Ajá! —Charles Sterling estaba tumbado en la cama, leyendo unos papeles. Los tiró al suelo y se levantó, quitándose con cuidado unas gafas de lectura de plástico mientras lo hacía—. Ángel, ¿cómo estás?

—Que te jodan —espetó Sands. Se acercó a la pared transparente de su celda y la golpeó con fuerza con el puño abierto—. Sabías que esto iba a pasar y no me avisaste. —El volumen de ira en su voz la hizo retroceder, pero se sintió bien al liberarla.

—¡Pero eso no es verdad! —Sterling parecía ofendido, o fingía estarlo—. Te lo advertí. Te dije la fecha.

—No nos sirvió para nada. Y tú lo sabías. ¿Por qué no nos diste más información?

Se quedaron mirándose largo rato, el rostro de ella lleno de furia, el de él aún congelado en una expresión de fingido dolor, pero entonces, muy lentamente, una sonrisa apareció en sus labios.

—Hay un límite a lo que puedo hacer desde aquí, ángel. Seguro que eres consciente de ello.

—No me llames así. No tengo ninguna conexión contigo. Cero. La única razón por la que estoy aquí es para que me digas quién hizo esto. Así que no me jodas más y dime su nombre.

Se cruzó de brazos y esperó. En respuesta, Sterling acercó su silla a la parte delantera de la celda y se sentó, tan cerca que las puntas de sus rodillas presionaban contra el metacrilato.

—Por favor. —Indicó la silla en la parte externa de su celda. Ella no la cogió, ni siquiera la miró.

—Su nombre. Y dónde podemos encontrarlo.

Sterling se quedó callado, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado mientras la observaba. Luego volvió a ponerse en pie, dedicándole una pequeña sonrisa. Se puso las manos sobre el regazo y las estudió un momento.

—¿Tengo entendido que fuiste tú quien encontró los cuerpos? —dijo en voz baja.

—El nombre.

—Eso debe haber sido… desagradable para ti. Siento que sucediera así.

—Dime el nombre.

—Los… —hizo una pausa, como buscando la palabra adecuada—, los restos que quedan tras un incidente así no son nada agradables. Incluso para los que nos sentimos atraídos por esas cosas. —De repente, esbozó una sonrisa más amplia, y su tono volvió a ser el de viejos amigos charlando animadamente—. Es una de las facetas interesantes de todo el fenómeno. Mientras el sujeto está vivo, o más exactamente en proceso de morir, un ser humano puede ser profundamente fascinante. Sin embargo, en el momento en que la vida se extingue, deja de tener interés alguno.

Sands no respondió.

—Bueno, supongo que cierto interés sí que hay. Es una buena oportunidad para una disección, aunque yo nunca fui muy aficionado a la biología. Tú tampoco, si no lo recuerdo mal. —Se rio de repente —. ¿Te acuerdas de aquella rata?

Por supuesto que se acordaba. Una tarde, al volver del colegio, encontró su mesa cubierta con una gruesa lámina de plástico y, sobre ella, una gran rata blanca. Estaba boca arriba, iluminada por la lámpara de mesa. Él le había dado instrucciones para que la abriera en rodajas y ella se mostró confundida cuando el intestino resultó estar lleno de misteriosos hilos rojos, que se movían al colocarlos en la placa de Petri.

—*Trichosomoides crassicauda*, si no recuerdo mal. Sé que no me creíste, pero de verdad no sabía que el pobre animal tenía lombrices.

Sands hizo todo lo posible por eliminar el recuerdo y Sterling la observó. Esta vez sintió como si estuviera viendo dentro de su mente. Tan clara y fácilmente como ella miraba en su celda.

—Por supuesto, para algunos, la biología no tiene ningún interés —continuó al rato—. A algunos que se sienten impulsados a matar les interesan los momentos después de la muerte. Aunque eso parece ser una simple desviación del deseo sexual, igual que a algunos desgraciados les excitan las vacas o las ovejas, después de cometer el error de pensar en ellas justo en el momento equivocado. —Aquel pensamiento pareció divertirle aún más, y prosiguió—. Se produce la asociación entre el animal y el pensamiento y… —hizo una pausa y

levantó las cejas—, unos años de ansiosa masturbación y no pueden contenerse. —Sacudió la cabeza—. Para mí, la pregunta interesante es ¿dónde va exactamente la vida? Y qué queremos decir con eso. Porque, por supuesto, sigue habiendo vida en los cuerpos: los billones de bacterias que hay dentro dan fe de ello. Siguen ahí, solo que la vida humana del huésped se ha ido. —Volvió a sonreír y abrió las manos hacia ella, casi como si le concediera sus conocimientos—. Para las bacterias, podría decirse que la fiesta no ha hecho más que empezar.

Sands respiraba con dificultad, odiando al hombre que tenía delante con casi cada célula de su ser. Pero sintió que se calmaba. Su rabia se había agotado y ahora tenía que concentrarse. Miró hacia la cámara que cubría la sala. Pudo imaginar al director y a Atkinson observando su arrebato, todo grabado para la posteridad. Tomó asiento.

Inspeccionó sus propias manos durante un largo rato, copiando sus actos de manera deliberada mientras los restos de su ira se desvanecían, tal y como él mismo le había enseñado. Luego, cuando se sintió más equilibrada, levantó la vista.

—¿Sabes siquiera su nombre?

Ahora estaba sentado de nuevo, con las piernas cruzadas, observándola. Sus manos seguían cruzadas en el regazo de su mono de vivos tonos amarillos.

—¿O solo te ha dado algunas pistas, para excitarte porque sabe que eres un puto enfermo fácil de manipular? —continuó Sands. Tal vez la ira no se había disipado del todo.

Sterling se estremeció un poco ante el insulto y luego sonrió. Pero no contestó.

—¿Es eso lo que pasa? —insistió—. No me lo dices porque ni tú mismo lo sabes. Es tan solo un farol.

—Sabes, Erica, esperaba que hubieras madurado y ya no sufrieras tus arrebatos de ira incontrolada. No veo que te ayuden de ninguna manera.

Sands sintió un tirón hacia su infancia, y los sentimientos de vergüenza y frustración que él le había generado con una sola palabra crítica. Había vivido tan ansiosa por complacerle que cualquier desaire le parecía una afrenta. Pero resistió el tirón. Había pasado mucho tiempo y, desde entonces, ella había crecido de una forma que él no podía imaginar.

—No creo que importe si soy amable contigo o no. No creo que sepas quién es este asesino. No creo que supieras quiénes iban a ser sus víctimas. Creo que estabas tan sorprendido como yo, aunque quizás no tan asqueado, dado que eres un fracaso como ser humano. También creo que estoy perdiendo el tiempo aquí hablando contigo.

Sterling se llevó las manos a los labios mientras pensaba en ello, y

cuando por fin las apartó estaba claro que intentaba ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, en ese caso, mi querida hija, estoy encantado de decirte que estás equivocada.

—¿Cómo es eso? —Sands habló apretando los dientes.

—Tienes razón en que no conocía la identidad de la última víctima, pobre inspector Lindham. Pero sí sé quién lo mató, a él y a su encantadora familia.

Su repentina franqueza sorprendió a Sands. Apartó la mirada, diciéndose a sí misma que recordara cómo era. No se podía fiar de nada de lo que dijera aquel hombre. Cada frase era un juego, cada palabra una mentira.

—¿Así que me lo vas a contar? —preguntó, después de que él se quedara callado un rato.

—Hay cosas que voy a contarte, sí. Pero sería muy imprudente por mi parte revelarlo todo en esta reunión.

—¿Por qué?

—Eso ya lo sabes. Eres mi hija y hace veinte años que no te veo. Quiero llegar a conocerte. Me gustaría que me conocieras...

—Y sin embargo yo no quiero conocerte a ti. ¿Por qué es tan difícil de entender? Para un hombre que se cree tan inteligente…

—Pero debes estar interesada. —Fingió no oírla—. Seguramente, si no a nivel personal, sí a nivel profesional. Tu propio padre es uno de los asesinos en serie más célebres del mundo. Y tú te has convertido, ¿en qué? En una cazadora de tales individuos. Hay tanto que podemos aprender el uno del otro si estuvieras dispuesta a comprometerte.

—¿Es así como te ves a ti mismo? ¿Una celebridad?

En respuesta, Sterling se dio la vuelta para echar un vistazo a su escritorio, donde se amontonaban los papeles. En la parte superior de una pila había un ejemplar de un libro publicado recientemente, que relataba sus crímenes.

—No es como yo me veo a mí mismo…

Sands apartó la mirada. Por un momento, deseó no estar ahí, bajo tierra, frente a aquel hombre. Cuando se volvió, él había vuelto a acercar su silla al cristal.

—Sé que esto es difícil de entender, Erica, pero de verdad estoy tratando de ayudar.

—Entonces pruébalo. Dime su nombre.

—Tal vez sea hora de establecer algunas reglas básicas para lo que estamos haciendo aquí.

—Continúa.

—Sin duda habrás deducido que la persona que ha cometido este terrible crimen se ha puesto en contacto conmigo. Una deducción bastante simple. Y, para que conste, correcta. Y sí, me avisó de que

cometería este asesinato. Pero, aunque me dio la fecha del crimen, y que conmocionaría a la policía para que entrara en acción, no fueron sus palabras exactas pero ese fue el significado, no reveló el nombre de la víctima. Ni que mataría a más de uno en esta ocasión. Me pilló por sorpresa.

—¿Así que no sabes nada?

—Dije que no sabía el nombre de la víctima. Nuestro amigo, creo que podemos prescindir de la pretensión sobre su género, parece haber depositado su confianza en mí. Me ha dado su nombre. Y su dirección. Una decisión bastante extraña en mi opinión.

Sands tomó aire.

—Entonces dímelo.

—Estaré encantado. Encantado, de hecho. —Sterling apartó la mirada—. No tengo ninguna lealtad hacia este imbécil y con mucho gusto te entregaré su identidad para que pueda atraparlo. Pero es sensato que lo haga de un modo que también me beneficie a mí.

A pesar de sí misma, Sands sintió que se formaba un sentimiento de esperanza en su interior. Pero era frágil. Se veía incapaz de confiar.

—¿Quieres intercambiar información?

Asintió suavemente.

—Entiendo que suena crudo, es crudo. Pero debes ver estas cosas desde mi perspectiva. —Se levantó de repente—. Puedo dar seis zancadas en esta dirección y cuatro en esta otra. —Fue capaz de recorrer toda su celda mientras enunciaba aquella frase—. Y llevo más de veinte años encerrado aquí veinticuatro horas al día. Excepto por las muy infrecuentes pausas para hacer ejercicio que permite el director. No tengo luz solar ni aire fresco. No tengo televisión. Ni radio. Ni Internet. Estoy sin acceso a música. Y, sin embargo, al mismo tiempo he sido examinado por docenas de psicólogos y psiquiatras que han escrito sus informes confirmando que no represento ninguna amenaza, ninguna en absoluto. Te prometo, ángel, que no soy el mismo hombre que era hace tantos años. Pero debido a la publicidad que rodeó mi caso, han ordenado, los políticos que ni siquiera habrán leído esos informes, que muera aquí dentro. Nunca tendré una vista de apelación, nunca tendré la oportunidad de señalar las flagrantes inexactitudes de mi condena original.

—¿Qué inexactitudes? ¿No estarás negando lo que hiciste?

—Por supuesto que no. —Parecía irritado por su interrupción y se dio la vuelta. A Sands le faltaba el aire.

Sterling se volvió, apoyándose en la pared de metacrilato.

—No niego lo que hice, aunque la verdad es que no tengo recuerdos claros de haber cometido ninguno de esos actos. Pero también creo, al igual que los psicólogos que me han estudiado, que no fui realmente yo quien hizo esas cosas terribles. Hubo una forma

de locura que se apoderó de mí. Una auténtica forma de locura. Y eso simplemente no se tuvo en cuenta en mi sentencia.

—En su momento rechazaste de forma explícita una defensa por demencia.

—Un síntoma de la locura disociativa que sufría.

Sands trató de entender lo que estaba oyendo. ¿Había alguna forma de que pudiera tener éxito con esto? ¿Incluso después de todos estos años encerrado? No. Era raro que un tribunal británico condenara sin posibilidad de libertad condicional, pero en el caso de Sterling lo había hecho. Miró al hombre que tenía delante. El asesino de su familia. Condenado a morir bajo tierra. Él sonrió.

—¿Existe el libre albedrío, Erica?

—¿Qué?

—¿Somos responsables de nuestros actos, tomamos nuestras propias decisiones, o seguimos ciegamente un rumbo que nos ha sido trazado, ya sea por accidente o por designio?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tiene mucho que ver. Numerosos científicos serios ya aceptan que no es más que una ilusión que tengamos el control de nuestras propias decisiones. ¿Seguro que lo sabes? Creí que te había educado para mantener una mente inquieta. —Su ceño se frunció ligeramente, como si estuviera decepcionado con ella.

—Creo que es mejor que no hablemos de cómo me educaste.

De nuevo continuó, fingiendo no oír.

—Por ejemplo, los experimentos de Benjamín Libet. Pruebas reales y mensurables de que las neuronas se disparan dentro de nuestro cerebro, lo que concuerda con haber tomado una decisión, a veces segundos enteros antes de que tengamos la sensación de haber tomado esa decisión. ¿Qué te dice eso?

Sands guardó silencio.

—Si la sensación de tomar una decisión no es en realidad más que la recepción de esa decisión en la parte consciente de nuestro cerebro entonces ¿dónde está la libre elección? Una decisión que, en sí misma, no es más que una respuesta a un conjunto infinitamente interconectado de circunstancias relacionadas con el estado actual del universo, la herencia genética de una persona y su experiencia vital, ninguna de las cuales se produce como resultado de sus propias elecciones, como Libet y muchos otros estudios han estado a punto de demostrar.

Sands permaneció callada.

—No has estado leyendo para mantenerte al día. —Le ofreció una sonrisa, menos triunfal ahora y más genuinamente decepcionada—. Permíteme decirlo de forma más sencilla. ¿De dónde vienen los pensamientos? Parece como si se nos metieran en la cabeza y no

tuviéramos ningún control consciente de dónde surgen. Hagamos un experimento. Piensa en un animal.

Esperó un momento.

—¿Y bien? ¿Tienes uno?

Ella no contestó, pero eso no le desanimó.

—Vamos. Deja a un lado el odio que te invade ahora mismo e intenta imaginarte un animal. ¿Tienes uno? Sé que lo tienes. Ahora, si quieres, puedes cambiarlo por otro. El animal que quieras. Quiero que elijas. De eso se trata. —Esperó de nuevo, observándola, como para asegurarse de que hacía lo que le pedía—. Supongamos que ahora piensas en un elefante, mucha gente lo hace, por cierto; ¿de dónde surgió la idea de ese elefante? ¿Vino de ti o simplemente te vino a la mente? Y si es así, ¿de dónde vino?

Sands seguía en silencio.

—Vamos a darle otra vuelta al asunto. Seguro que no elegiste pensar en un león marino. No porque no sepas lo que es un león marino, estás perfectamente familiarizada con el concepto de león marino, pero cuando te pedí que pensaras en un animal, no pensaste en un león marino. No se te ocurrió, no apareció en tu cerebro y por lo tanto no era una opción que pudieras elegir. Ergo, no eras libre para elegirlo.

Se rio suavemente cuando ella no respondió.

—Y si pensaste en un león marino, entonces quizá estemos más conectados de lo que cualquiera de los dos se sentiría cómodo admitiendo.

—No pensé en un león marino —dijo Sands al cabo de un rato.

Sterling se echó a reír de nuevo.

—Como ya dije, no importa. Elijas lo que elijas, la cuestión es dónde…

—Pensé en un conejo —interrumpió Sands sus palabras—. En Benji.

Sterling enmudeció.

—Recuerdas a Benji, ¿verdad? —continuó Sands—. El conejo de mi hermana. La mascota de tu propia hija. Me preguntaba qué fue de Benji, después de que atacaras y asesinaras a Claire. —Sands lo fulminó con la mirada, un frío odio brotaba de sus ojos.

Pareció nervioso, pero solo por un momento.

—Sí, sí, claro que me acuerdo. Supongo que alguien se lo llevó. O tal vez lo dejaron en la casa. No tiene mucha importancia. —Levantó una mano para descartar el tema, pero tomó aire antes de reanudar su conferencia—. La cuestión es que los pensamientos aparecen en nuestra cabeza, pero no hay ninguna versión de nosotros que los convoque. Debemos suponer que llegan por causas e influencias de fondo. Sin embargo, son todo lo que tenemos. Nuestros genes,

nuestras experiencias, el mundo que nos rodea, se combinan de maneras infinitamente complejas para llegar a los pensamientos e ideas que tenemos en la cabeza. Puede parecer que somos libres de elegirlos, pero solo podemos elegir entre lo que llega a nuestra mente como posibles opciones. Como una locomotora de tren ineludiblemente arraigada en sus raíles, lo único que podemos hacer es seguir a donde nos llevan estos pensamientos.

Sands volvió a observarlo en silencio.

—Y, sin embargo, creemos que elegimos qué camino tomar. Juzgamos a las personas en función del camino que no tienen más remedio que seguir.

—¿Algo de esto es relevante? —preguntó Sands.

—¡Sí! Es de lo más relevante. Piensa en las implicaciones, ángel. Lo que es cierto para lo micro, también lo es para lo macro. Asesinos, delincuentes sexuales... si solo siguen un curso preestablecido para ellos, un curso que no pudieron elegir, ¿cómo podemos hacerles responsables de lo que hacen?

—¿Quieres que no te haga responsable de matar a mi madre y a mi hermana?

La miró fijamente, con las fosas nasales abiertas.

—Es lo que nos dicen las pruebas, Erica. Siempre te he dicho que sigas las pruebas. —Se hizo el silencio y, por un momento pareció enfadado, pero enseguida sonrió de nuevo—. Quizá otro ejemplo lo aclare. ¿Recuerdas lo que querías ser, cuando eras pequeña?

Sands no contestó, pero tampoco eso lo detuvo.

—Recuerdo que me lo contaste, hablamos mucho de ello.

—Quería ser muchas cosas.

—Exacto. —Sterling pareció considerar aquella respuesta una pequeña victoria—. Querías serlo todo. Estaba tan orgulloso de ti, aunque apenas podía seguirte el ritmo. Querías trabajar para la NASA. Ser ministra de Educación y reformar el funcionamiento de las escuelas. Y si no recuerdo mal, querías escribir obras de teatro, como Shakespeare.

—Yo era una niña. ¿Qué quieres decir?

—¿No lo ves? ¿No es evidente?

La piel de Sands se erizó. Apartó la mirada.

—Querías serlo todo, y hacerlo todo, quizás con una excepción, ni una sola vez te oí decir que querías unirte a la policía, hacerte inspectora. Entonces, ¿por qué elegiste esa profesión?

Sands miró hacia atrás por un segundo, molesta por el entusiasmo con el que él sonreía ahora.

—¿Quizá hubo, tal vez, algún acontecimiento misterioso en tu infancia que desencadenara tu interés? —Su voz estaba cargada de sarcasmo—. ¿Quizá fue el descubrimiento de que tu padre era un

asesino en serie? Y, sin embargo…

—¿Qué? —Esta vez giró la cabeza para mirarlo—. ¿Qué sentido tiene esto?

—Y, sin embargo… —ignoró su pregunta—, no sucedió de inmediato, ¿a que no? Cuando me arrestaron, te fuiste a vivir con la amable señora Hodges, en la casa del bosque. Pero no funcionó y fuiste a una casa de acogida. Aquello me entristeció. Me preocupaba por ti. —Se detuvo un segundo, como si reviviera por un momento la compasión que decía haber sentido—. Entonces, después de tus más bien volátiles años de adolescencia, fuiste a la universidad a estudiar psicología y criminología, donde te graduaste con buena nota y luego hiciste un máster, antes de unirte a la policía en su plan de reclutamiento de graduados, obteniendo lo que tengo entendido que sigue siendo la calificación más alta en el examen de ingreso. Y tu cruzada aún no ha terminado. Aún sigues en las vías del tren. Después de todo ese duro trabajo de niña, cuando podías haber escogido lo que quisieras, elegiste trabajar para el tranquilo cuerpo de policía del suroeste, donde sin importarte te haces un nombre como agente casi absurdamente dedicada, desenterrando cada caso sin resolver que puedes encontrar y haciendo conexiones que nadie ha hecho jamás. ¿Por qué, Erica? ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

—No necesito preguntarme por qué.

—Porque es tan claro.

Ella no contestó.

—Está claro que todo se remonta al catastrófico suceso de tu infancia cuando me desenmascararon en el camino que yo seguía y que, a su vez, te puso en el camino que has seguido desde entonces. Pero la verdadera pregunta que quiero que te hagas es esta: si eso es cierto en tu caso, si tú no fuiste la responsable de elegir tu ruta por la vida, si la eligieron por ti, entonces ¿qué hay de mí? ¿Elegí libremente matar a mi hermosa esposa, a mi hija, a todas esas mujeres? ¿O algo me llevó a hacerlo? ¿De verdad tuve elección?

Durante un largo rato, Sands permaneció en silencio, pero finalmente contestó.

—Sabías que estaba mal.

—Sin duda. Y en aquel momento me comporté como si fuera yo quien tomaba mis decisiones. Incluso lo creía. Pero ¿lo era realmente? ¿O estaba recibiendo una acción que el universo había elegido para mí? El conductor del tren puede ver que hay una obstrucción en las vías, pero no puede elegir otro camino.

—Podría parar el tren.

Sterling se limitó a sonreír con tristeza, pues Sands había ganado el punto concreto, pero al hacerlo había perdido la discusión.

Sands sintió que se le enrojecía la cara y apartó la mirada.

—Nunca te he contado esto —continuó Sterling, unos instantes después—. Nunca se lo he contado a nadie, a pesar de que me lo han preguntado docenas de psicólogos, cineastas, periodistas... —Suspiró, juntó los dedos de sus manos y apoyó la cabeza en ellos. Al cabo de unos instantes, levantó la vista—. Tu madre descubrió lo que tramaba. —Él la observó con los ojos muy abiertos—. El día que yo…, que las cosas llegaron a ese punto.

Sands no respondió, pero su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Mi plan, ángel, en la medida en que era mi plan, era mataros a las tres y luego a mí mismo. El clásico asesinato-suicidio del marido culpable. Esa noche me deshice de Claire fácilmente, de tu madre también. Pero tú... Tú estabas en una fiesta de pijamas, ¿te acuerdas? —Sonrió de repente, como si se diera cuenta de su propia estupidez—. Claro que te acuerdas. Tenías doce años y descubriste que tu padre había asesinado a tu familia, seguro que se te habrán quedado grabados algunos detalles. —Volvió a sonreír—. Así que cuando entraste aquella mañana, y yo estaba silbando en la cocina, cocinando huevos, tuve la intención de matarte, se me antojó cortarte el cuello con ese bonito cuchillo japonés que teníamos, y luego volverlo contra mí. Pero no pude hacerlo, ni acabar contigo ni conmigo mismo. Simplemente no me atreví a coger el cuchillo. Apenas podía mirarlo. Incluso después de que encontraras a tu madre y empezaras a gritar como una loca. No pude tocarte. Durante mucho tiempo, no supe por qué.

Sands tragó saliva, sintió el cuello expuesto al recordar aquellos minutos, horas, antes de que llegara por fin la policía.

—Al cabo del tiempo lo resolví.

Sands se dio la vuelta, se le revolvió el estómago y se preguntó si iba a vomitar, pero sus siguientes palabras detuvieron su cuerpo en seco.

—No podía matarte porque tú eras como yo. —Sonrió—. Tú y yo estamos conectados. Somos la misma bestia. Esa es la verdad.

A Sands le temblaba el cuerpo, y no era consciente de haber decidido negar con la cabeza. El acto la inquietó, y empezó a hablar para disipar la sensación.

—¿Así que esa es tu excusa? ¿No tienes libre albedrío y por eso no tienes la culpa de nada de lo que hiciste? No fue culpa tuya. Qué original.

Sterling volvió a sonreír, sacudiendo la cabeza.

—Aun así, mataste a esas personas. Deberías seguir encerrado.

—Estoy de acuerdo. —Volvió a inclinarse hacia delante—. De verdad creo que no tengo ninguna intención de hacer daño a otra persona, pero en el caso de que me equivoque, debería estar encerrado el resto de mi vida, para proteger al resto de la sociedad. Sin embargo,

no tiene sentido castigarme por algo sobre lo que no tengo ningún control. ¿No lo ves?

—Millones no lo harían.

—Oh ángel. ¿No es esto como en los viejos tiempos? ¿No es divertido?

Sands pensó en su madre, en su hermana. Pensó en los dos hijos de John Lindham. Más niños muertos.

—En absoluto.

Sterling se apartó de la pared de cristal. Pareció desinflarse ligeramente.

Sands miró su reloj.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué quieres a cambio de la información?

—Cuando me arrestaron, salió en todos los periódicos del país. Allí estaba yo, un matemático de renombre mundial, un intelectual destacado...

—No te halagues tanto.

Parecía desanimado.

—Me pidieron que hablara en universidades de todo el mundo. Puede que no te guste, pero es la verdad. Lo tenía todo, de verdad. Dos hijas preciosas, una esposa cariñosa, una carrera brillante y, sin embargo, algo dentro de mí me impulsó a arriesgarlo todo. A destruirlo todo para seguir un deseo vil. La gente estaba horrorizada y fascinada a la vez. ¿Y por qué no? ¿No es la más fundamental de las preguntas? ¿Por qué alguien en mi posición, con todo lo que tenía, haría lo que hice? ¿No es de extrañar que mi caso captara la imaginación del público?

Volvió a hacer una pausa, como si reviviera aquellos meses en los que había estado en prisión preventiva y durante el juicio, a medida que iban saliendo a la luz los detalles de lo que había hecho.

—Pero una vez condenado, ese interés mediático se tradujo en una condena injustamente dura, recluido para siempre en un lugar como este. —Levantó una mano y la agitó alrededor de su celda.

—Te negaste a asumir la responsabilidad de los hechos. No cabía duda de que representabas un peligro para la sociedad.

—Solo he hecho daño a mujeres, ¿por qué iba a ser una amenaza en una celda normal? ¿Con otros reclusos varones?

—John Lindham era un hombre, sus hijos eran niños.

—Y está claro que yo no los maté. —En ese instante sonó exasperado.

—¿Así que eso es lo que quieres? Un traslado a una prisión normal. —Empezó a sacudir la cabeza.

Pero Sterling extendió las manos.

—No hace falta que me lo digas. Entiendo que mi notoriedad

significa que volver a una prisión normal es imposible, independientemente de que en realidad no represente ningún riesgo. Pero no tiene por qué ser esta celda. Me gustaría una celda normal. Me gustaría tener una ventana. Me gustaría tener la oportunidad de hablar con otros presos, bajo supervisión por supuesto. Me gustaría una televisión. Acceso a Internet. Me gustaría alejarme de Barney. Creo que no le caigo bien. —Sonrió—. Si me trataran equitativamente tendría todas esas cosas.

Sands se lo pensó un momento.

—No trataste a mamá o a Claire muy equitativamente.

—No. No lo hice. Y ahora me arrepiento. Si hubiera alguna forma de volver atrás y tomar decisiones diferentes lo haría.

—Puedes tomar una decisión diferente ahora. Puedes decirme quién mató a John Lindham y a su familia.

Sterling se quedó callado un rato.

—Sí, sí, puedo. Y ahora ya sabes mi precio.

Sands miró a los ojos a su padre y, de repente, sacudió la cabeza.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado? ¿Has dicho todo lo que ibas a decir?

Se quedó pensativo.

—Confío en que transmitirás mi petición a las autoridades competentes. —Sus ojos miraron hacia la cámara, como para recordarle que estaban siendo observados, que las autoridades competentes estarían al tanto de lo que había dicho, tanto si ella los informaba como si no.

—Se lo diré. Pero no vendré aquí a decirte que rechazaron tu propuesta. Que venga otro a hacer eso, tal vez Barney.

—Entonces supongo que será mejor que te cuente algo más.

—¿Qué?

Sterling parecía preocupado.

—Esperaba que nuestro amiguito pasara desapercibido por un tiempo, pero parece que me equivoqué. Tiene mucha prisa. —Le dirigió una mirada significativa—. Tengo otra fecha, ángel. Sé cuándo atacará de nuevo.

Sands sintió que el estómago se le revolvía de nuevo.

—¿Quién?

—Venga, vamos. Sabes que no voy a decirte eso. —Él hizo una mueca y ella esperó un momento antes de volver a hablar.

—Vale. ¿Cuándo?

Sterling sonrió.

—Parece que tiene predilección por los viernes. Quizá trabaja en una profesión en la que espera con impaciencia el fin de semana, la verdad es que no lo sé. Pero el viernes 24 es su próximo plazo. —Sterling esbozó una sonrisa gélida—. Y me dice que esta vez ve doble.

Le dio la espalda y se tumbó en la cama, se colocó las gafas de plástico en la nariz y cogió un fajo de papeles. Luego lanzó una última mirada en dirección a Sands, por encima de las gafas, antes de comenzar a leer.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El inspector Jameson, la inspectora Chang, el comisario Black y el inspector jefe Yorke estaban presentes cuando Sands reprodujo la grabación de su encuentro, tomada con el sistema de seguridad de la celda. Vieron las imágenes en silencio, y Sands los observaba mientras Sterling exponía sus exigencias. Sus rostros eran sombríos, denotaban preocupación.

—¿Crees que de verdad sabe algo? —El comisario Black fue el primero en hablar una vez finalizada la grabación.

Sands se había hecho la misma pregunta una y otra vez durante el viaje de vuelta de la prisión, llegando cada vez a conclusiones diferentes.

—Creo que quien mató a Lindham y su familia, y Jane Smith también, lo ha contactado. Creo que es menos probable que el asesino haya revelado su identidad, de manera voluntaria, a Sterling. Pero si él ha podido averiguarla de todos modos, debe ser por algo de la correspondencia que recibe. Así que tenemos que centrarnos en eso y dejar a Sterling fuera del proceso.

Black lo consideró, pero no pareció dispuesto a seguir su lógica.

—Si lo sabe, y pudiéramos concederle sus deseos, ¿nos lo diría?

Sands dudó antes de responder.

—Es muy poco probable. Seguramente jugará con nosotros hasta que sea demasiado tarde. Nos hará perder el tiempo.

—Con todos mis respetos, jefe, no estoy de acuerdo — intervino Jameson, hablando por encima de Sands, su mirada fija en el comisario—. Esta es su oportunidad de mejorar sus condiciones de vida, su única oportunidad. Tiene sentido que quiera intercambiar lo que sabe.

—Tú no lo conoces. —Sands renegó con la cabeza.

—Podríamos hacer un trato condicional —sugirió Yorke—. Nos dice el nombre del asesino, lo arrestamos y solo entonces le daríamos lo que pide.

—O lo dejamos sin nada. —A Jameson pareció gustarle la idea—. Si podemos, ¿por qué no prometerle lo que quiere, pero no dárselo nunca?

Yorke negó con la cabeza.

—No creo que funcione. Sterling es un experto en leyes y tiene un equipo de abogados que lo representa. Insistirán en que firmemos un

contrato. Si no lo cumplimos, los tribunales nos obligarán.

Jameson se pasó una mano por la cara y se encogió de hombros.

—Vale. ¿Y qué pasa si consentimos? Seguirá en la cárcel de por vida. ¿Es para tanto? —Miró a su alrededor, pero sin apartar los ojos de Sands. Ella se dio cuenta, pero durante un rato permaneció en silencio.

—Es peligroso —dijo al fin—. No es seguro sacarlo de la celda de alta seguridad.

—Eso no es lo que dice el director de la prisión —argumentó Jameson—. Ni los psicólogos. ¿Por qué crees que sabes más?

Sands no respondió, pero su rostro mostraba disgusto.

—¿Es posible concederle lo que pide? —preguntó Yorke, volviéndose hacia el comisario—. ¿Hasta dónde tendríamos que llegar?

Black frunció los labios.

—Charles Sterling es muy conocido y la prensa popular lo desprecia. Sería políticamente muy difícil para el ministro del Interior aprobar el traslado. Creo que podemos descartarlo, al menos por ahora.

Se hizo un silencio frustrado en la sala.

—¿A qué venía todo eso del libre albedrío? —preguntó Jameson de repente, volviéndose hacia Sands—. ¿Por qué ha sacado ese tema?

—No es nada, es irrelevante para el caso —respondió sin mirarlo.

—Es mi caso. Yo decido si es relevante o no.

Lentamente, Sands giró la cabeza para mirarlo. Levantó una mano para indicar la pantalla.

—Ya lo has visto. No es relevante. Solo quería ponerme a prueba. Podría haber sido cualquier tema, desde astronomía hasta inteligencia artificial. Quería pillarme *in fraganti*, demostrar que no he continuado leyendo.

—No lo entiendo.

Sands parecía frustrada, se sentía en un callejón sin salida por un tema irrelevante para el caso.

—Cuando era pequeña estábamos suscritos a varias revistas científicas. Me marcaba los artículos que debía leer y luego me ponía a prueba. Solo que sus preguntas se referían también a los otros artículos, los que no me había dicho que leyera. Exigía que fuera más allá para dominar tanto conocimiento como él. Hablar del libre albedrío ha sido simplemente una prueba, para ver si aún recordaba algo, si había continuado leyendo acerca del tema.

—Ya. —Jameson hizo una pausa, pensativo—. Pero sigo sin entender de qué estaba hablando. ¿De qué va lo del libre albedrío?

Sands miró a Black y a Yorke, esperando que intervinieran y le dijeran que eso no importaba, pero como ninguno de los dos lo hizo,

suspiró y comenzó a hablar.

—Benjamín Libet era neurocientífico. Diseñó experimentos que parecían demostrar que es posible predecir las decisiones que iban a tomar los participantes antes de que fueran conscientes de tomarlas. Colocó electrodos en sus cabezas y registró la actividad cerebral antes de que los sujetos sintieran que estaban tomando una decisión. Consiguió leer la actividad cerebral y predecir correctamente la decisión que iban a tomar. Sus resultados sugieren que cuando los sujetos pensaban que estaban tomando una decisión, en realidad estaban respondiendo a una elección que ya se había tomado en su cerebro a un nivel por debajo de la conciencia normal. Si eso es así en todos los casos, se deduce que la sensación que tenemos de tomar decisiones es en realidad una ilusión. Nuestras elecciones están predeterminadas, impulsadas por una combinación de nuestros genes y experiencias, y como reacción a estímulos ambientales.

Jameson frunció el ceño.

—Así que lo que estás diciendo es —cogió la taza de café que tenía delante y la levantó—, que yo no he elegido levantar esta taza. ¿Sugieres que mi acción estaba predeterminada?

Sands lo observó.

—No tiene importancia. Es irrelevante para el caso.

Jameson siguió sosteniendo la taza en alto y luego miró a Black, como si hubiera ganado la partida en un debate que estaban manteniendo. Soltó una carcajada.

—Menuda sarta de gilipolleces. Nunca había oído semejante…

—Entonces no lo entiendes — espetó Sands de repente—. No habrías levantado esa taza si yo no hubiera dicho lo que dije. Tu acción fue una reacción a lo que oíste y, en tu caso, a tu incapacidad para entenderlo.

Se hizo el silencio en la sala antes de que Yorke tomara la palabra.

—Venga, Erica, somos del mismo bando aquí.

Lentamente, Jameson volvió a bajar la taza. Miró a Black, como esperando que el oficial superior interviniera también, pero no lo hizo. Jameson continuó.

—Vale. Lo que dices puede tener sentido para cosas sin importancia, como coger una taza, pero ¿qué pasa con las decisiones reales? ¿Qué pasa con la gente que elige cometer un asesinato? ¿Qué pasa con quien masacró a John Lindham y a toda su familia?

Sands respiró un par de veces antes de responder. Cuando lo hizo, su voz había regresado a la calma.

—Es una teoría, aparentemente apoyada por algunas pruebas, pero no está universalmente aceptada. Pero sí, la teoría sugiere que cuando alguien tiene la idea de matar, esa idea es simplemente la última de una larga cadena de pensamientos o acciones, cada una de las cuales

surge como resultado de los pensamientos o acciones que la preceden. Y todo ello se remonta a influencias que el individuo no tuvo nada que ver con su elección: sus genes, su entorno, cómo lo trataron de niño. Es como una ficha de dominó que cae porque la anterior la empuja. No podría haber elegido no caer.

Jameson parecía desconcertado.

—Entonces… ¿estás sugiriendo que no es culpa de ellos?

Sands se miró las manos.

—Yo no sugiero nada, es una teoría. Pero parece perverso culpar a una ficha de dominó por caerse cuando le empuja la vecina.

Jameson frunció el ceño y arrastró su mirada por la sala

—No lo entiendo.

—Evidentemente. —Sands cogió su taza y apuró los restos de su café. Pero luego miró a Yorke y vio que le había lanzado una mirada de advertencia. Se volvió hacia Jameson—. Vale. Esto no es relevante, ya que vivimos en un mundo en el que la mayoría de la gente cree en el libre albedrío, independientemente de si es cierto o no. Pero sí, la teoría y la mayoría de las pruebas disponibles sugieren que nuestro concepto de culpa es problemático, en el mejor de los casos. Si alguien que comete un asesinato lo hace porque simplemente recibe una elección que ya está hecha en lo más profundo de su conciencia, sobre la que no tiene control, y que es incapaz de ignorar, entonces sí, no es realmente su culpa, tal y como lo definiría la mayoría de la gente.

Jameson extendió las manos.

—¿Así que deberíamos dejarlos ir a todos? ¿A todos los asesinos de todas las cárceles? ¿No es culpa suya?

—Por supuesto que no. Sigue siendo necesario encerrarlos para evitar que hagan daño a más gente de la sociedad. Además —sonaba aburrida—, mucha gente ha encontrado inconsistencias en los experimentos originales de Libet.

Jameson abrió la boca para decir algo más, pero Black habló por encima de él.

—Creo que lo que la inspectora Sands quiere decir es que nos estamos desviando un poco del tema. —Le dedicó una fría sonrisa a Jameson, que asintió al instante—. ¿Qué tal va el caso? ¿Tenemos alguna otra pista que seguir? ¿Podemos atrapar a este cabrón sin hacer un pacto con el diablo? —Levantó una mano para señalar a Sterling en el portátil mientras hablaba. La imagen estaba congelada y mostraba a Sterling tendido boca abajo en la cama con su mono amarillo.

Jameson tardó unos instantes en cambiar de rumbo. No parecía contento de volver a terreno conocido.

—Aún es pronto, pero tenemos ciertas pistas prometedoras. Tenemos al hombre sentado en un coche frente a la casa de Lindham.

Todavía estamos yendo casa por casa, pero hay muchas posibilidades de que alguien más lo haya visto. Luego está la evidencia del experto en escritura de los números pintados en la pared. Con el personal que tenemos podemos profundizar mucho más en el asesinato de Jane Smith también. Creo que es muy probable que podamos identificarlo muy pronto.

—No tenéis nada —Sands habló en voz baja, aparentemente para sí misma.

—¿Perdón? —Jameson se volvió hacia ella.

—No tenéis nada —repitió, esta vez más alto—. El tipo del coche es un cualquiera de mediana edad, mediana altura, ningún rasgo especial. Lo que significa que la testigo en realidad no llegó a verlo bien. Incluso si lo hubiera hecho, llevaba una mascarilla. Tenéis que centrar todos vuestros esfuerzos en la correspondencia.

—Estamos estudiando las cartas, como parte de un enfoque equilibrado —respondió Jameson—. Pero hay que recordar que el propio Lindham dirigió una revisión completa de la correspondencia de Sterling y no encontró nada.

—Nada en la superficie, tal vez. Así que debe de estar oculto de alguna manera. Estarán usando códigos.

Jameson extendió las manos.

—Tal vez, pero si es así ¿qué esperanza tenemos? Hay cientos y cientos de páginas de cartas, la mayoría totalmente incomprensibles. Pero seguimos buscando. La inspectora Chang está dirigiendo la revisión del trabajo de Lindham —señaló con la cabeza a Chang, que hasta ahora no había dicho nada—. Y hemos reclutado a un experto en matemáticas para ayudarnos. El doctor Paulson es un catedrático de universidad.

Sands no parecía haberlo oído.

—Déjame dirigir el equipo que revisa su correspondencia. Puedo hacerme cargo.

—No. —Jameson intercambió una mirada con Chang—. Prefiero contar con mi propio equipo, son gente en la que confío. —Esperó un momento para que la insinuación quedara clara—. Y aunque agradezco tu oferta, la mejor manera que tienes de ayudar es seguir visitando a Sterling en la cárcel. Es posible que consigas que te revele algo nuevo.

Sands negó con la cabeza.

—Eso no va a funcionar. —Se volvió hacia Black—. Jefe, por favor, tiene que ponerme a revisar las cartas. Tiene que dejarme verlas.

El comisario pareció pensárselo durante un largo rato.

—Esta investigación está dirigida por el inspector Jameson —dijo por fin—. Por lo tanto, depende de él asignar a su equipo como crea conveniente. Lo mismo te ocurriría a ti si estuvieras al mando. —

Parecía haber terminado, y las manos de Sands se cerraron en puños en señal de frustración—. Pero me gustaría que explicaras por qué crees que puedes ofrecer algo más de lo que ya se está haciendo. ¿Qué esperas encontrar en las cartas que ellos no puedan ver?

Sands trató de pensar rápido, pero no había respuesta, salvo repetir lo que ya sabían.

—Las cartas que Sterling recibe son la única forma que tiene de comunicarse con el mundo exterior; por lo tanto, una de ellas debe de contener la información que Sterling tiene.

—Ya veo. Si he entendido bien, las cartas se dividen en dos grandes categorías. La primera es la de los chiflados, que por definición no tienen ningún sentido. La segunda incluye cartas que provienen de científicos y matemáticos, que son casi imposibles de entender para un profano. ¿Por qué crees que puedes hacerlo mejor?

Sands quiso responder que conocía a su padre. Y que sabía de matemáticas. Pero hoy en día, ninguna de las dos cosas era estrictamente cierta.

—Mira, inspectora —continuó Black—. Aprecio tu historial y entiendo que la conexión familiar que una vez tuviste te haga sentir que conoces a este hombre mejor de lo que otros podrían. Pero suena peligrosamente a arrogancia. Y como dice Jameson, no tenemos ni idea de hasta dónde tendríamos que remontarnos para encontrar esta carta, si es que existe. Sterling lleva en prisión varias décadas.

—No necesitamos retroceder décadas. —La forma en que Sands habló hizo que todos se volvieran hacia ella.

—¿Qué? —preguntó Black.

Por respuesta, Sands se levantó y se acercó al portátil; la grabación de la prisión seguía congelada en la pantalla. Hizo retroceder unos instantes la línea de tiempo y le dio al *play*. En la pantalla, la escena volvió a reproducirse.

«¿Ya está? ¿Hemos terminado? ¿Has dicho todo lo que ibas a decir?»

La voz de Sands sonaba metálica en los altavoces de la máquina.

Sterling, descentrado en la imagen, contestó:

«Confío en que transmitirás mi petición a las autoridades competentes».

«Se lo diré. Pero no vendré aquí a decirte que te rechazaron. Que venga otro a hacer eso, tal vez Barney».

—La siguiente parte. Escuchad con atención —anunció Sands.

Todos los presentes en la sala se inclinaron hacia delante, observando con más atención ahora que antes.

«Entonces supongo que será mejor que te cuente algo más», sonó la voz de Sterling en el ordenador.

«¿Qué?»

«Esperaba que nuestro amiguito pasara desapercibido por un tiempo, pero parece que me equivoqué. Tiene mucha prisa. Tengo otra fecha, ángel. Sé cuándo atacará de nuevo».

Sands detuvo el vídeo y los miró por turnos.

—No lo entiendo, ya hemos visto esto. —La expresión del comisario Black era de irritación. Pero Jameson tenía una mirada totalmente diferente. Cuando habló, sus ojos estaban fijos en Sands.

—Esperaba.

Ella asintió.

—Maldita sea. El viernes 24 es antes de lo que esperaba. Eso implica que el asesino se ha puesto en contacto con él recientemente y le ha explicado la siguiente etapa de sus planes.

—Cierto. No necesitamos mirar décadas atrás. Ni siquiera necesitamos mirar los últimos dos años. Tenemos que mirar las cartas que ha recibido en las últimas semanas. Ahí es donde estará el mensaje.

CAPÍTULO DIECISIETE

Treinta y cinco cartas habían llegado a la prisión para Charles Sterling en las dos semanas anteriores. Él había contestado a doce de ellas, escribiendo a mano sus respuestas con una letra densa, casi caligráfica. Cuando Sands la vio, recordó cómo se había sentido de niña, desesperada porque su propia caligrafía adquiriera la misma belleza.

A Sands le autorizaron a estudiar las cartas recibidas las dos semanas anteriores también, lo que le daba un total de setenta y dos cartas. Era un número lo bastante manejable como para trabajar en paralelo con la inspectora Chang y el equipo que Jameson había puesto en marcha. Al igual que los que habían trabajado antes que ella, Sands dividió los textos en dos montones: los que en general no eran serios (desde cartas de admiradores hasta cartas de personas aparentemente locas) y la correspondencia seria. Le animó un poco comprobar que el primer montón era el más pequeño de los dos. De alguna manera, eso parecía ser señal de que el mundo no estaba tan fuera de control como a veces temía. O tal vez se había equivocado. En cualquier caso, se centró primero en aquella categoría.

La mayoría de las cartas de admiradores procedían de personas que habían leído los libros o visto la serie de televisión sobre Charles Sterling y sus crímenes. En la mayoría de los casos, los autores parecían no haberse dado cuenta de que estaban leyendo o viendo una versión dramatizada de algo que ocurrió en realidad, que omitía la verdadera profundidad del horror que Sterling había infligido a sus víctimas y a sus familias. El actor que interpretaba a Sterling era más conocido por su papel en una serie famosa de películas de superhéroes, lo que parecía confundir aún más a algunos de los autores de las cartas. Muchos de ellos se preguntaban cómo Sterling podía ser tan bueno y malo a la vez. Bromeaban con él, compartían sus momentos favoritos. Y le rogaban que les contestara. Tres cartas hacían referencia a la propia Sands, la peor diciendo que era una pena que no la hubiera matado también.

Intentó mantener la concentración mientras leía las cartas, buscando tanto en el texto como tratando de ver dónde podía haber algo oculto bajo él, pero no era fácil.

Dos de los remitentes habían incluido fotografías. Ambas eran de mujeres. Una de ellas, de unos cuarenta años, mostraba una foto de

fotomatón. No sonreía y se mostraba seria, como si se tratara de una foto para un carné de identidad. La otra mujer era mucho más joven, con el pelo rubio teñido de rosa y verde a mechones. Su foto era un selfi tomado con una cámara polaroid, recostada en una cama de matrimonio con uno de sus pechos al aire, una posición similar a la que Sterling había dejado a una de sus víctimas. Sands estudió las imágenes, preguntándose qué las había llevado a creer que cualquier tipo de relación con un asesino convicto sin posibilidad de libertad condicional podría generar felicidad alguna. Sands siguió adelante, observando las imágenes con detenimiento, y después estudió ambas caras del papel fotográfico. No había nada que hiciera pensar que un mensaje secreto se ocultaba en ellas.

Dos de las cartas eran una auténtica locura. Una despotricaba durante tres páginas sobre demonios en el techo y el fin del mundo. La otra suplicaba a Sterling que admitiera que la fuerza del magnetismo había sido inventada por el gobierno para controlar a la población. Una vez más, estudió ambas cuidadosamente, tratando de ver si había algo oculto bajo los dislates conspirativos. Pero no encontró nada. Se dio por vencida y se volvió hacia el otro montón.

Aquello fue inmediatamente aún más difícil. Las cartas empezaban de forma convencional, aunque el tono adoptado por los autores de deferencia agradecida a la supuesta brillantez de Sterling, se le atascó a Sands en la garganta. Pero rápidamente se volvieron casi incomprensibles de lo complejas que eran. Sands era consciente de que su padre había seguido trabajando desde la cárcel, pero no conocía la verdadera magnitud de su influencia. Parecía que se había establecido como una figura de referencia en varias áreas de las matemáticas de vanguardia. Desde su celda, había sido coautor de artículos académicos, forjando profundas relaciones con personas que parecían bastante dispuestas a mirar hacia otro lado en cuanto a lo que había hecho, a cambio de su enfoque personal en sus investigaciones.

Estudió la primera carta del montón. Era de alguien llamado (o que se hacía llamar) Dr. Fumiko Yoshida, al parecer de la Universidad de Kioto. Sands se conectó a Internet y lo buscó en Google, descubriendo por la fotografía de la página del personal de la universidad que en realidad era una doctora, una japonesa diminuta con gafas plateadas. El texto estaba en japonés, y después en un inglés terrible:

«La doctora Yoshida es trabajando en el frente agudo de las matemáticas, se adentra en el fondo al enigma del Programa Langlands: gran colección global de *software* que conectan diversas partes de matemáticas».

El español de la propia Yoshida, sin embargo, era casi impecable

en la correspondencia:

«Querido Charles: muchas gracias por tu ayuda del mes pasado, pero me pregunto si podría robar más de tu valioso tiempo. Sigo teniendo problemas para construir una nueva representación auto mórfica utilizando el *lifting de Kasai*. El problema surge cuando intento demostrar el principio de functorialidad de Langlands con los métodos de cohomología que estoy utilizando. Como verás, esto está resultando ser un paso crítico, dada la complejidad de este levantamiento en el contexto de las variedades de Shimura. Aunque su solución fue muy ingeniosa, creo que solo nos llevará hasta cierto punto. Sin embargo, estoy segura de que tu visión única será de inmensa ayuda para encontrar un camino alternativo...»

Así continuaba la carta, interrumpida de vez en cuando por complejas ecuaciones.

Era inevitable que la memoria de Sands se remontara a su infancia. Se veía a sí misma pasando largas y duras horas abriéndose camino a través de los libros de texto de matemáticas de nivel superior tomados prestados del estudio de su padre. No era solo lo que él esperaba de ella, era también lo que ella esperaba de sí misma, en su feroz deseo de complacerlo e impresionarlo. Y había terminado los libros. Pero el sentido que había tomado era siempre como caminar por las montañas cuando las nubes estaban bajas. Las ideas y las fórmulas tenían un contorno turbio y, si se atrevía a apartar la mirada, se perdían en la niebla. Hasta que Sterling la llamaba a su despacho para su propia interpretación. Entonces ocurría algo asombroso. Era como si la niebla desapareciera en un instante y ella se quedara atónita ante la perfección con que la idea más compleja se exponía ante ella, como bañada por la luz del sol. Era como si fuera capaz de conjurar, a voluntad, la esencia misma de la belleza y pintarla en el aire delante de ella. Sands se mordió el labio al recordarlo. Entendía perfectamente por qué Yoshida se ponía en contacto con él con tono obsequioso, suplicando su ayuda para despejar la niebla de sus ojos.

Pero aquello apenas la ayudaba ahora. Intentó recordar lo suficiente para descifrar el significado del documento, aunque tuvo que conectarse a Internet para averiguar qué era eso del *lifting de Kasai* y recordar el principio de functorialidad de Langlands. Fue suficiente para llegar al final de la carta, pero no para entenderla. Había grandes partes que no había entendido en absoluto, y no tenía ni idea de si había algún mensaje oculto en el subtexto.

Le dio todo el tiempo que pudo y luego bajó a donde estaba trabajando el equipo de Chang.

—¿Dijiste que tenías un experto en matemáticas?

Beth Chang tenía la cabeza gacha, estudiando una de las cartas de los admiradores. La escritora había incluido un poema con un verso

dedicado a cada una de las mujeres que Sterling había matado. Cuando Chang levantó la vista ante la pregunta de Sands, pareció tardar un momento en responder, como si fuera incapaz de conciliar que la mujer que le hablaba estuviera relacionada con aquel horror.

—El doctor Paulson, el experto en matemáticas. ¿Dónde está?

Chang señaló al otro lado de la sala a un joven con la espalda encorvada sobre un escritorio.

—Allí.

Sands asintió con un breve gesto de agradecimiento y avanzó hacia él.

—¿Paulson?

El hombre no la había visto venir y dio un respingo. Luego se levantó. Llevaba gafas y un ligero bigote irregular, como si aún no tuviera que afeitarse.

—Soy la inspectora Sands. Estoy revisando la correspondencia también.

Sus ojos se agrandaron y Sands supuso que probablemente le habían dicho de qué otra forma estaba ella relacionada con el caso.

—¿Has encontrado algo? —Había dos sillas junto al escritorio de Paulson, y Sands cogió una mientras Paulson volvía a sentarse. Se inclinó hacia el escritorio y leyó en voz alta uno de los artículos que había sobre la mesa.

«Implicaciones de la conjetura de Birch y Swinnerton-Dyer en la teoría moderna de números»

—Bueno... Sí y no. Intento ir de uno en uno, pero no es fácil. Estoy dando un curso de Teoría Moderna de Números, pero es... —se detuvo, nervioso.

—¿Es qué?

—Bueno, para ser sincero, lo que yo enseño es bastante básico, mientras que esto es... otra cosa. De muy alto nivel, y realmente brillante.

—Nos interesa menos su mérito estructural y más si esconde algo, un medio para que el asesino contacte con Sterling.

Paulson vaciló y luego respiró hondo.

—Yo diría que confío en que este documento no lo tenga. He podido seguirlo bastante bien, y tiene sentido. Más que eso, es bastante impresionante. No creo que sea posible que también oculte algún mensaje.

—¿Y las demás? —Sands cogió las copias impresas de las otras dos docenas de cartas y sus anexos. Las hojeó distraídamente.

—Bueno, ahí es donde se pone difícil. Pude entender el artículo sobre la teoría de los números gracias a mi propia investigación, pero el alcance de Sterling es asombroso. Está a la vanguardia en docenas de áreas diferentes. Mis conocimientos son demasiado limitados para

entender muchos de ellos. Lo siento.

Sands no respondió, parecía pensativa.

—Vale. ¿A quién más podemos preguntar? ¿Quién lo va a entender?

—Ya había pensado en eso. Pero el problema es que hoy en día todo el mundo es especialista. Casi tendríamos que recurrir a un experto distinto para cada una de las cartas. En muchos casos, los únicos verdaderamente cualificados para comentar serían las personas que escribieron los artículos, o el propio Sterling.

Sands permaneció en silencio, pero por dentro maldijo. Maldito sea su padre. Maldita la gente que trabajaba con él.

Por un momento ambos guardaron silencio, pero entonces Paulson volvió a hablar, con voz más positiva.

—Se me ocurrió un nombre.

—¿Quién?

—Cuando estaba haciendo mi doctorado conocí a un catedrático, se llamaba doctor Jeremiah Robbins. Es un tipo brillante, una de las mentes más excepcionales del mundo, y lo que pasa con él es que nunca se especializó. Viene de una generación más vieja, supongo...

—Ese nombre me suena —le interrumpió Sands.

—No me extraña. Es bastante famoso. Escribió el artículo en el que se basan todas las criptomonedas actuales. Ya sabes, Bitcoin y todas esas. Es una leyenda en ese mundo, pero también está muy bien considerado en muchas otras áreas. Un poco como el propio Sterling...

—¿Lo conoces? ¿Sabes si nos ayudaría?

—Creo que se ha jubilado... —empezó Paulson, pero Sands ya se había hecho con el ordenador que había sobre la mesa del joven y tecleó el nombre en Google. En la pantalla apareció una fotografía de un hombre negro absurdamente elegante, la imagen no solo mostraba su cara y sus hombros, sino que lo mostraba de pie de cuerpo entero. Tendría unos sesenta años cuando se tomó la imagen y vestía una túnica púrpura vaporosa, que de algún modo contribuía a dar una impresión de nobleza y sabiduría. Y no poco orgullo.

—Universidad de Southampton —leyó Sands en la página web.

—Sí, es donde estudié. Hice mi doctorado allí antes de empezar como profesor aquí...

Pero Sands no le prestaba atención. En su lugar, agitó el papel en el aire y exclamó:

—Necesitamos a Robbins. Él puede ayudarnos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Con un par de clics en la página web, Sands encontró el número de teléfono del departamento de matemáticas de la Universidad de Southampton. Cogió el teléfono de Paulson y marcó.

—Necesito hablar con el doctor Jeremiah Robbins. Es urgente.

La recepcionista que había contestado al teléfono hizo una pausa.

—Me temo que el doctor Robbins se retiró hace algunos años.

—Lo entiendo. Necesito sus datos de contacto. Supongo que los tendrá guardados en su base de datos.

—No podemos compartir esa información. Lo siento.

—No pregunté si podía compartirlos. Pregunté si los tenían.

—Bueno, no sabría decirlo.

—Muy bien. —Sands se obligó a tomar aliento. —¿Cuál es su nombre, por favor?

La voz de la mujer era fría cuando respondió.

—Me llamo Susan Reid. Soy la encargada de admisiones en el departamento de matemáticas. ¿Y usted se llama?

—Inspectora Erica Sands del Departamento de Investigación de Homicidios. Si tiene los datos de contacto del doctor Robbins me gustaría que me los diera ahora mismo, de lo contrario haré que la arresten por obstrucción a la justicia en un caso de asesinato múltiple.

Esta vez, hubo una larga pausa.

—Veré si puedo conseguirlos.

—Buena idea.

Sands apretó los dientes mientras esperaba.

—¿Oiga? —La encargada leyó en voz alta un número de teléfono y una dirección, que Sands apuntó en un trozo de papel.

—Debo advertirla que el doctor Robbins ya no trabaja con la policía.

El comentario sorprendió a Sands.

—¿A qué se refiere?

La encargada, a su vez, también sonó sorprendida.

—El doctor Robbins es un destacado experto en criptoanálisis y descifrado de códigos. Ha ayudado a la policía en varias ocasiones en las que se han utilizado códigos, pero como digo, ahora está jubilado.

—Gracias. —Sands colgó el teléfono. Reflexionó mirando el papel donde había escrito los datos del hombre y volvió a mirar la pantalla. Un fantasma de recuerdo se agitó, no lo suficientemente claro como

para leerlo, pero sin duda allí. Minimizó el navegador y abrió en su lugar la intranet local que utilizaba la policía. Contenía un directorio de expertos que han ayudado en el pasado. Había especialistas en casi todas las áreas imaginables. Tecleó «criptoanálisis» en la barra de búsqueda y esperó mientras la máquina zumbaba bajo el escritorio. Aunque contenía una base de datos de información casi infinitamente más pequeña, seguía siendo más lenta que Google, con sus miles de millones de páginas de datos. Finalmente, mostró los resultados. El doctor Jeremiah Robbins era el primer nombre que apareció, con una dirección de un pueblo no muy lejano. Pero alguien había añadido una nota. Decía: «JUBILADO. NO CONTACTAR».

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Sands. Lo dijo retóricamente, pero Paulson le respondió.

—Supongo que significa que no deberías contactarlo.

Sands lo fulminó con la mirada. Se levantó y buscó las llaves del coche en el bolsillo.

—Sigue revisando la correspondencia —le dijo a Paulson—, y llámame si encuentras algo útil.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sands se paró en el escritorio del subinspector Golding de camino al aparcamiento. Para entonces, ya lo habían incluido en la investigación de Lindham ya que no contaban con personal suficiente como para excluir a todos los que lo habían conocido.

—¿Estás ocupado? —preguntó en voz baja—. Me vendría bien una segunda opinión.

—Vale. —Levantó la vista y empezó a sacar su chaqueta del respaldo de la silla—. ¿Necesito aclararlo con Jameson?

Sands miró hacia la mesa vacía del inspector Jameson. No sabía dónde estaba.

—No hace falta. Vamos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Golding unos minutos después. Estaban en el Alfa de Sands, saliendo de la ciudad.

—No vamos lejos. A un pequeño pueblo en las colinas de Purbeck, se llama Langton Matravers.

—Lo conozco. Muy bonito. ¿Te apetecía darte un paseo por el campo y tomar aire fresco?

—No.

—Entonces, ¿te importaría ponerme al corriente?

De la manera más escueta posible, Sands le explicó que el catedrático tenía mucha experiencia en criptografía y que en el pasado había colaborado con la policía ayudando en casos de códigos. Golding escuchó en silencio y luego hojeó el fajo de papeles que Sands había cogido, las cartas a Sterling.

—Ya veo. Jameson tiene su propio gurú matemático revisando la correspondencia. Un tal Paulson. ¿No deberías haberlo traído a él en vez de a mí?

Sands condujo un rato antes de responder.

—Podría, pero no acabé en la cama con el doctor Paulson mientras asesinaban a Lindham. —Sands se volvió para mirarle—. Pensé que deberíamos hablar.

Golding le devolvió la mirada y permaneció callado un momento.

—De acuerdo —dijo por fin.

Pero Sands no continuó. Mantuvo el silencio mientras llevaba el coche por unas curvas cerradas. A ambos lados había colinas onduladas, de un verde intenso y salpicadas de muros de piedra. Más adelante aparecieron las ruinas del castillo de Corfe, asentadas

orgullosamente en la cima de su propia colina.

—Creo que sé lo que vas a decir —Golding rompió el silencio—. Si no te importa iré yo primero.

Sands se puso rígida como si hubiera estado disfrutando de la conducción, pero ahora tenía que enfrentarse a algo menos agradable.

—No, claro que no. Adelante.

Golding asintió con la cabeza. Ella lo vio incómodo, pero también estoico.

—Estaba pensando que lo nuestro está destinado al fracaso.

Sands frunció el ceño, no era eso lo que se esperaba.

—¿Al fracaso?

—A ver, dado lo que le pasó al pobre John y a su familia parece un poco de mal gusto que justo empezásemos a tener algo entre nosotros ... —hizo una pausa, luego continuó rápidamente—. No me refiero a trabajar juntos. Quiero trabajar contigo, eres la mejor inspectora que he visto nunca, creo que la mejor que nadie ha visto jamás, pero con lo que ha pasado, supongo que no encaja bien lo que ha pasado entre nosotros.

Se quedó callado y Sands no hizo ninguna señal que indicara que iba a responder.

—No digo que finjamos que no ocurrió. Yo solo... Creo que simplemente lo aceptemos y no esperemos que vuelva a pasar. —Se detuvo. Había bajado la cabeza, pero ahora levantó la vista, con las cejas rubias levantadas—. ¿Es eso lo que ibas a decir tú?

Sands sintió que fruncía el ceño. Pero enderezó el rostro, ocultándolo.

—Sí. Algo así.

Langton Matravers era un pueblo de una sola calle con un pub que hacía las veces de tienda y oficina de correos. Todos los edificios, en su mayoría pequeñas casas con tejados de paja, estaban construidos con piedra de la cantera local de Purbeck. Sands siguió el GPS hasta un pequeño desvío que conducía a un edificio mucho más grande.

—«*Langton House*, Antiguo Colegio Preparatorio de Langton» —Golding leyó en voz alta un cartel de pizarra fijado en el exterior del impresionante muro de delimitación del edificio—. ¿Es este el sitio?

El GPS del salpicadero decía que sí, así que Sands no contestó. En su lugar, se quedó mirando el edificio, con una expresión de tranquila confusión en el rostro. Por segunda vez en el día, tuvo la sensación de que había un recuerdo importante, relevante de algún modo, pero situado justo fuera de su alcance.

La entrada a la parcela se encontraba a través de un hueco en el muro delimitado por pesados pilares de piedra, cada uno de ellos coronado por la estatua de un gato de aspecto regio. Sands metió el

Alfa entre ellos y se detuvo en la grava frente a una puerta de entrada alta y ancha. Salieron del coche y Sands miró a su alrededor, a las colinas que había a sus espaldas, a un pequeño bosque de árboles maduros. Aspiró una bocanada de aire marino. El recuerdo, si es que alguna vez existió, había desaparecido.

Había una lista de nombres junto a la puerta; era evidente que desde que el edificio dejó su uso para la enseñanza lo habían dividido en pisos. Sands leyó rápidamente cada nombre y luego pulsó el del primer apartamento. Nadie contestó, y al cabo de un minuto volvió a intentarlo, con el dedo pegado al timbre durante largo rato. Seguía sin haber respuesta y, al cabo de un rato, se agachó para mirar a través del buzón hacia el vestíbulo. Luego volvió a incorporarse. Por un segundo, se sintió estúpida por haber decidido venir aquí sin llamar antes, pero eso le hizo pensar en la imagen del doctor Robbins, erguido y orgulloso con su toga. Una vez más, tuvo la sensación de que había algo que recordar. Algo que no podía comprender. Volvió a fruncir el ceño.

Golding parecía ajeno a sus pensamientos. Se apartó de la puerta para ver mejor el edificio.

—Hay una luz encendida ahí arriba. —Sands se unió a él y vio que tenía razón. Una de las ventanas del piso de arriba, revestida de plomo blanco entrecruzado, estaba iluminada. Volvió al timbre y lo pulsó de nuevo. Instantes después, se encendió la luz del vestíbulo y apareció un hombre.

En persona, el doctor Robbins era enorme, medía más de dos metros y una calva que mostraba un cráneo abovedado. Iba vestido con un albornoz morado, entreabierto, que mostraba un pecho musculoso y perfectamente lampiño. Llevaba zapatillas de estar por casa.

—Solo puedo suponer —los miró fijamente, irguiéndose sobre ellos —, por su persistencia en abusar de mi timbre, que creen que lo que sea que han venido a decir es lo suficientemente importante como para sacarme de la bañera. ¿De qué se trata?

—¿Catedrático Jeremiah Robbins?

Suspiró impaciente. —¿Sí?

Sands se presentó y estaba a punto de dar el nombre de Golding cuando Robbins la interrumpió.

—No, gracias. —Empezó a cerrar la puerta.

—Disculpe —Sands se apresuró a extender la mano para detenerle. Robbins parecía sorprendido por lo firme que era su agarre a la puerta. Volvió a suspirar.

—Cualquiera que sea la pregunta, inspectora no-sé-qué, la respuesta es «no». ¿Y sería descortés señalar que una oficial de policía de tal rango debería ser capaz de deducir esto por sí misma? Si un

hombre de mi edad se está bañando a las tres de la tarde, es una señal muy clara de que está jubilado.

—Lo sé, doctor Robbins...

—Catedrático Robbins. —Esbozó su primera sonrisa y sus blancos dientes resaltaron sobre su piel oscura.

—Catedrático... Hablé con su antiguo departamento en la universidad.

—Entonces ha sido una tontería perder el tiempo viniendo hasta aquí. Por no decir irritante, por su parte, hacerme perder el mío. Ahora, si me disculpan… —Miró fijamente la mano de Sands, que aún sostenía la puerta abierta, pero Sands no la apartó.

—Estamos investigando el asesinato de cinco personas. Creo que podría ayudarnos.

Puso los ojos en blanco.

—Es inspectora, su trabajo es investigar el asesinato de innumerables personas. Y sí, probablemente podría ayudar con muchos de ellos, pero estoy ju-bi-la-do. ¿Quiere que se lo deletree? —Miró ahora a Golding, como compadeciéndose de él por la estupidez de su jefa. Esta vez, Sands sí movió la mano, aunque no estaba segura de por qué.

—Gracias —dijo Robbins, cerró la puerta y desapareció de su vista. Un segundo después, la luz del interior se apagó. Sands y Golding se quedaron de pie en el umbral.

—No ha ido mal —dijo Golding, lo que hizo que Sands lo mirara fijamente. Luego la inspectora volvió a la fila de timbres y se apoyó de nuevo en el botón del piso de Robbins. Mantuvo el dedo pulsado durante más de un minuto antes de que volviera a encenderse la luz.

Cuando volvió a abrir la puerta, aún estaba atándose la bata a la cintura.

—Sinceramente espero que hayan venido a detenerme, porque de lo contrario esto es acoso y seré...

—Estamos investigando los asesinatos del Inspector John Lindham, su esposa y sus dos hijos pequeños. Fueron asesinados en sus camas la semana pasada. Lo habrá visto en las noticias.

El profesor hizo una pausa, respirando con dificultad.

—Inspectora…

—Sands, inspectora Sands. Este es el subinspector Golding.

Robbins asintió en silencio.

—Inspectora Sands —Se volvió hacia ella—. Siento mucho oír eso, de verdad, pero como mi antiguo departamento le habrá informado, ahora estoy retirado...

—Cállese —soltó Sands, hablando ahora sin pensar—. Lo que la prensa no ha publicado es que quien los asesinó está en comunicación con el asesino en serie Charles Sterling. Le está pasando información

oculta en correspondencia en la que hablan de matemáticas. Necesito que lea las cartas y descifre lo que dice. —Sands habló rápidamente y sin pausa—. No quiero su compasión, catedrático, quiero su ayuda.

Mientras hablaba, la expresión de la cara del catedrático cambió varias veces. Sorprendido por su grosería y luego algo más, más difícil de leer. Se quedó con la boca abierta y por primera vez no parecía elegante, sino sorprendido.

—¿Charles Sterling?

—Correcto.

Ahora Robbins miró fijamente a Sands y había algo en su rostro que sugería que tal vez él también perseguía un recuerdo oculto en algún lugar de su memoria. Se giró, sonrió inexplicablemente a Golding y luego volvió a mirar a Sands, que mantenía abierta la puerta.

—Tal vez pueda echar un vistazo rápido. Esperen dentro mientras me visto.

CAPÍTULO VEINTE

Robbins les invitó a pasar a una amplia habitación bellamente decorada y prometió volver pronto. Era en parte biblioteca y en parte despacho, con una enorme chimenea de mármol que dominaba una pared y una gran estantería que ocupaba la otra. Las ventanas de guillotina de madera enmarcaban las vistas de las verdes colinas y el azul del mar más allá. Golding fue a examinar varias fotografías enmarcadas en la pared, pero Sands se acercó a la ventana y se quedó mirando, como si allí hubiera algo que necesitara ver. Robbins no les hizo esperar mucho.

—Me gustaría disculparme por mi actitud, inspectora Sands. —Robbins entró de nuevo en la habitación. Vestía un traje beige, perfectamente entallado, con un pañuelo doblado en el bolsillo superior y un pañuelo de cuello a juego. Sands lo miró y se preguntó cómo había sido capaz de ponerse así tan deprisa.

—Disfruto mucho bañándome. Me encanta sentir el agua sobre la piel. —Volvió a enseñar sus dientes perfectos, como si con ello hubiera completado la explicación.

Sands no respondió.

—¿Les apetece tomar un té? Suelo tomar una taza más o menos a esta hora. —Ladeó la cabeza y miró primero a Golding—. ¿Subinspector Golding?

Golding miró a Sands, que se encogió de hombros, antes de asentir —: Claro, gracias.

Sands permaneció en silencio. Echó un vistazo a la estantería frente a la chimenea y luego volvió la vista hacia las fotografías. Al final, se dio cuenta de que Robbins estaba esperando su respuesta.

—Sí, lo que sea.

—Excelente. —Robbins la observó un momento, luego continuó—. Voy a avisar a la señora Hartley. —Se acercó a un aparador y cogió un teléfono antiguo, que aún conservaba el mecanismo de marcación circular. Sands recordó que Jane Smith había tenido uno parecido en el vestíbulo, aunque el suyo era de baquelita roja mientras que este era negro con ribetes dorados.

—Señora Hartley, ¿podría traerme el té un poco antes? Tengo dos invitados... Sí, una visita inesperada, así es... Muchas gracias. —Colgó el auricular y los miró a ambos—. La señora Hartley es mi ama de llaves. Es muy eficiente.

Sands siguió inspeccionando la sala. Una de las fotografías le resultó familiar y se acercó. Se trataba de dos hombres, uno de ellos, obviamente, era el catedrático y el otro, según veía ahora, era el expresidente de Estados Unidos, Bill Clinton. La foto había sido tomada en los jardines de la Casa Blanca. Mantuvo su expresión neutra y pasó a la siguiente fotografía. Tardó un segundo en reconocer a este hombre, otro Bill, esta vez el fundador de Microsoft, Bill Gates.

—¿Mencionó que el caso involucra a Charles Sterling? —preguntó Robbins.

—Sí.

—Entonces, ¿es consciente de que lo conocí?

Sands se volvió hacia él, observándole atentamente.

—Lo supuse. Ambos trabajaron para el departamento de Matemáticas de la Universidad de Southampton.

—No éramos amigos. —Robbins agitó una mano, mostrando unos gruesos gemelos de plata—. Lo conocía de pasada por nuestros puestos comunes en el departamento. Debo decir que lo recuerdo como un hombre bastante vulgar, incluso antes de su detención. Un hombre dotado de encanto, sin duda, pero que no poseía un intelecto particularmente excesivo.

—Charles Sterling también era mi padre.

Esta vez la sorpresa se estrelló en la cara de Robbins como un choque de coches. Miró a Golding, como si quisiera comprobar si estaba bromeando, pero este le devolvió la mirada sin expresión alguna. Finalmente, la sonrisa de Robbin volvió, esta vez más amplia y genuina. Abrió sus enormes brazos de par en par.

—Entonces debo disculparme una vez más, inspectora Sands. —Acentuó ligeramente su nombre, como dando a entender que ella le había engañado al usar tal apellido. Luego la miró fijamente, aparentemente estudiando sus rasgos—. No tenía ni idea —dijo ahora despacio—. Y desde luego no tenía intención de ofender.

—No estoy ofendida. Es uno de los asesinos en serie más conocidos del país. No estoy orgullosa de mi herencia genética.

—Entiendo. Y si se me permite rectificar, solo quería decir que tal vez su reputación hoy en día como un auténtico genio es un poco exagerada. No cabe duda de que era un hombre extremadamente inteligente. Y a juzgar por su edad, usted parece bastante joven para ser inspectora por lo que deduzco que debe de haber heredado su intelecto. ¿Quizás lo único?

Un golpe en la puerta ya abierta lo interrumpió. Una mujer de unos cincuenta años estaba allí de pie y sostenía una bandeja con el té.

—¡Ah! Señora Hartley, pase —dijo Robbins. La mujer lo hizo, colocó la bandeja sobre una mesa redonda de caoba y se alisó la falda

de lana antes de servir tres tés en tazas a juego con platillos. Añadió una pequeña cantidad de leche a cada una sin que nadie se lo pidiera. Cuando terminó, Robbins volvió a hablar—. Inspectora Sands, subinspector Golding, siéntense, por favor.

Extendió la mano, indicando dos sofás de cuero blanco uno frente a otro con una mesa baja en medio. Eran los únicos muebles de estilo moderno de la sala. El ama de llaves dispuso los tés delante de Sands y Golding y luego se retiró.

—La señora Hartley vive en el apartamento de al lado —explicó Robbins, mientras levantaba su taza del platillo—. Reformé el edificio hace unos años. Es la antigua escuela.

—¿Es usted el dueño de todo el edificio? —preguntó Golding.

—Sí, pero es demasiado grande para mí solo. Me quedé con un tercio para mis aposentos. El resto son pisos que alquilo a la gente de la zona. Cobro por debajo del precio de mercado. Intento ayudar un poco con el problema de los propietarios de segundas residencias que compran todas las propiedades para casas de vacaciones.

—Ya. —Golding le dirigió una mirada como si simpatizara con el problema. Luego echó un vistazo a la hermosa habitación, a la exquisita vista—. ¿Se paga bien lo de ser profesor de matemáticas? —preguntó con indiferencia.

Al instante Robbins se echó a reír, abriendo mucho la boca.

—¡Ay, muchacho! Se preguntará cómo puedo permitirme todo esto. —Se puso serio de repente—. Desgraciadamente, no pagan bien. —Miró a Sands—. Podría explicárselo, pero tengo la sensación de que su jefa ya lo sabe. Inspectora, ¿le gustaría explicarle a su colega cómo me puedo permitir esto, o lo hago yo?

Sands seguía mirando por la habitación, pero su mirada se había posado en la portada de una revista enmarcada. Mostraba una fotografía escenificada de Robbins, aparentemente desnudo en una bañera de hojalata, y debajo las palabras «Satoshi expuesto». Cuando habló, su voz era despreocupada.

—El catedrático inventó Bitcoin.

Golding cruzó una rápida mirada de sorpresa, pero luego esperó, aparentemente sin comprender. Robbins se apresuró a explicarse mientras dejaba su taza de té en la mesa.

—Eso no es del todo cierto, inspectora Sands. De hecho, es definitivamente falso. Es cierto que fui el autor de un artículo, hace muchos, muchos años, que sustenta la teoría matemática sobre las que se construye Bitcoin, y todas las demás criptodivisas, debo añadir. Pero cualquier rumor de que yo inicié Bitcoin está muy lejos de la realidad. —Sonrió y sus ojos centellearon como si estuviera regañando a Sands por su exageración, pero, no obstante, se alegraba de que lo hubiera hecho. Se volvió de nuevo hacia Golding—. ¿Le ayudaría en

algo, subinspector, si le explicara exactamente qué significa eso, y por qué es tan absurda la sugerencia de que yo inventé Bitcoin?

Golding volvió a mirar a Sands, como si comprobara con ella si esto iba a servir de algo. Parecía sorprendido de que de repente su jefa estuviera dispuesta a ignorar su impaciencia habitual. Pero ella no le devolvió la mirada, sino que sorbió tranquilamente su té y contempló la vista por la ventana. Se encogió ligeramente de hombros y asintió —: De acuerdo.

Robbins volvió a extender las manos y sonrió.

—Bitcoin, subinspector Golding, es una moneda que pretende convertirse en una especie de oro digital, un depósito de valor, por así decirlo. Su éxito es casi ridículo. En total hay, y solo habrá, veintiún millones de bitcoins, y en el momento de su lanzamiento se podía comprar una por 0,00008 dólares. Si usted fuera a comprar una ahora costaría alrededor de 60,000 dólares. Así que vamos a jugar a un juego, subinspector. Imagine por un momento que usted invirtió un dólar en Bitcoin en su lanzamiento. ¿Podría decirme cuánto valdría hoy?

Sands observó distraídamente cómo Golding ponía cara de estar intentando resolverlo.

—Nunca se me dieron bien las sumas —se rindió Golding rápidamente.

Robbins volvió a sonreír.

—No es una operación fácil. La respuesta supera los cien millones de dólares. Por cada dólar invertido. ¿Ve ahora por qué es gracioso sugerir que yo fui su inventor? Tengo una buena posición económica, es cierto, pero si realmente hubiera creado Bitcoin, estaría viviendo en mi propia isla, posiblemente en Australia.

Golding sonrió amablemente ante la broma, pero aún parecía confuso.

—Entonces, ¿por qué...? —Miró a Sands y luego de nuevo a Robbin —. ¿Por qué la gente dice que fue usted?

—Una pregunta excelente. —Robbins se inclinó hacia delante—. Bitcoin fue presentada al mundo por un hombre que se hacía llamar Satoshi Nakamoto, un seudónimo, no era su nombre real. Nakamoto desapareció en 2010 y nunca más se supo de él. Desde entonces, ha habido docenas de teorías sobre quién era y dónde podría estar ahora. Dado que yo publiqué un artículo sobre sus orígenes, a veces me incluyen en esa lista. Pero le aseguro que yo no soy él. Si están aquí para investigar los orígenes de Bitcoin, es mucho mejor que dirijan su atención a la actual clase de billonarios que se dedica a construir cohetes para mandar a Marte. —Sonrió y dejó la taza de té—. Pero no han venido para que les dé una clase sobre los orígenes de las criptomonedas. ¿Por qué no me enseñan lo que han traído?

Sands asintió y abrió la carpeta de documentos que tenía en la mano. Sacó el primero y lo examinó.

—La semana pasada, un hombre entró en la casa del inspector John Lindham, un colega nuestro. Este hombre mató a tiros a John, junto con su mujer y sus dos hijos.

—Vaya. Lo vi en las noticias de televisión. Una terrible tragedia.

Sands ignoró la interrupción.

—Nos dieron un chivatazo de que algo iba a ocurrir en esa fecha. El chivatazo procedía de Charles Sterling, que actualmente está encarcelado en la prisión de Highmoor, y lo ha estado durante veinticinco años. El único contacto que Sterling tiene con el mundo exterior es por carta, por lo que suponemos que es así como el asesino se ha puesto en contacto con él. Pero Sterling recibe una gran cantidad de correspondencia, mucha de ella de naturaleza muy compleja, centrada en matemáticas de vanguardia. Creemos que la información que Sterling tiene sobre los asesinatos puede estar oculta en esas discusiones. Necesitamos su ayuda para encontrar la información.

—Si le sirve de algo, Inspectora Sands —Robbins parecía ansioso porque ella le diera el papel—, aunque soy consciente de que hay quien cree que la opinión de Sterling merece la pena, no es algo con lo que yo esté de acuerdo. —Le tendió la mano—. ¿Me permite?

Sands le pasó la carpeta con la correspondencia y Robbins la tomó en sus manos rápidamente. Desplegó un par de gafas de lectura de su bolsillo interior y se las colocó en la nariz. Durante un largo rato leyó en silencio la primera carta. Pasaron varios minutos antes de que pasara la página y siguiera leyendo. Finalmente, se sentó, mirando por encima de las gafas mientras leía el título en voz alta:

—Explorando Representaciones Auto mórficas: Una aplicación del *lifting de Kasai* en las variedades de Shimura.

Se encogió de hombros.

—Esto es un buen ejemplo. Es un tema muy especializado. Interesante, pero definitivamente no es innovador.

—No me preocupa su mérito matemático. Solo quiero saber cuál de ellas contiene el mensaje.

—Bueno, dudo mucho que sea esta. Conozco bien a la doctora Yoshida, trabaja en la universidad de Kioto y le aterroriza volar, así que no veo cómo iba a andar por Dorset disparando a policías. —Robbins sonrió y le devolvió la carta.

—Vale. —La sonrisa de Sands era tensa—. ¿Y la siguiente?

Robbins la obedeció, leyendo en silencio la segunda carta. Después de otro largo rato, leyó en voz alta el título de otro artículo:

—Teoría de Hodge y deformaciones de conos afines de variedades proyectivas subcanónicas.

Hizo una pausa, como si pensara cómo explicarlo.

—En geometría algebraica, un cono es una generalización de un haz vectorial…

—Y un cono afín es una forma geométrica de pasar del espacio proyectivo al espacio afín. —Sands completó la frase por él—. Ya le he dicho que no me importan las matemáticas. Una de esas cartas contiene un mensaje para Sterling. Eso es todo lo que necesitamos.

Robbins guardó silencio unos instantes, pero luego asintió.

—Muy bien, inspectora. Como usted diga.

Fue el turno de Sands de asentir. Señaló la carta que aún sostenía Robbins en la mano.

—¿Conoce al autor de esa?

—No, pero… —Robbins juntó las manos delante de la boca, dando golpecitos con los meñiques—. No creo que haya nada oculto aquí. Es un buen argumento y no hay nada que parezca fuera de lugar. Pero de nuevo, es interesante, y me gustaría saber más…

—Entonces siga adelante. —Sands le tendió la mano para que le devolviera la carta y él accedió con una sonrisa reacia.

—¿Esto es todo lo que tienen? —preguntó al tiempo que observaba el cúmulo de papeles restantes en la carpeta—. Porque esto podría llevar algún tiempo.

—Si no encuentra ningún mensaje en esas cartas tenemos otras doscientas en la comisaría. De momento hoy concentrémonos en estas.

Robbin enarcó las cejas, pero no dijo nada.

Durante una hora, apenas hubo ruido en la sala, salvo el sonido de Robbins al pasar las páginas. Varias veces se levantó y se dirigió a su escritorio para comprobar algo en su ordenador. En otra ocasión sacó libros de las estanterías, los hojeó con seriedad y tomó notas en una libreta que cogió de su escritorio. Pero cada vez que Sands le preguntaba si tenía algo, negaba con la cabeza y le devolvía otra carta. Finalmente, cuando casi había terminado con toda la pila, Robbins se detuvo de repente. Levantó la vista, con una expresión curiosa en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Sands.

—Patrones irregulares de primos dentro de la distribución de números pseudoaleatorios generados computacionalmente —leyó en voz alta Robbins.

—¿Y? —preguntó Sands de nuevo.

—Esto es… —Se detuvo, frunciendo el ceño—. Es un tema extraño para un artículo, ¿no cree?

—¿Por qué?

—Bueno, el propósito de los números pseudoaleatorios es que no son aleatorios, por lo tanto, ¿por qué esperar ver patrones irregulares de números primos?

—¿Es contradictorio? —Sands entrecerró los ojos.

—Ciertamente lo es... —su voz se fue apagando a medida que seguía leyendo, y luego soltó una carcajada ronca.

—¿De qué se ríe?

—De esto. Quienquiera que haya escrito este artículo tiene un buen sentido del humor —el catedrático volvió hacia la primera página y leyó el título—. Todo él es una referencia a los códigos. La criptografía moderna se basa en números aleatorios auténticos y en el conocimiento de números primos de gran magnitud. Así que el título del trabajo es en realidad un guiño. Le está diciendo al lector que esto es... suficientemente interesante, en la superficie, pero con una invitación a mirar más profundamente. Hay algo oculto.

—Enséñemelo.

Sands se apartó para sentarse a su lado en el sofá y siguió su dedo mientras recorría las líneas. Robbins se detuvo en una frase y la tocó. Empezó a leer:

—Ciertos patrones de primos tienen una distribución regular, por ejemplo 17, 23 y 57 encajan perfectamente dentro de los parámetros señalados anteriormente...

Robbins miró a Sands, con las cejas enarcadas.

Sands se quedó un momento con la mirada perdida y luego exclamó.

—Ah, mierda.

—Así es.

—El número primo de Grothendieck.

—En efecto. Creo que esto me da la razón, ¿no?

Sands no dijo nada. En cambio, le quitó el artículo de las manos y volvió a estudiarlo. Durante unos instantes, Golding los observó en silencio, aparentemente esperando una explicación. Cuando no llegó ninguna, decidió intervenir.

—Yo... No estoy entendiendo esto del todo. ¿Podría...?

Sands lo ignoró, pero el profesor se volvió, con los ojos aún brillantes.

—Alexander Grotherndieck fue un matemático maravilloso. Quizá la mente más brillante de su generación. Sin embargo, una vez participó en un debate público y se le pidió que diera un ejemplo de número primo. Eligió el número 57. —El catedrático volvió a reírse, pero Golding parecía seguir sin entender y miró a Sands en busca de ayuda. Parecía que iba a continuar ignorándolo, con la atención puesta en el papel, pero entonces habló.

—Tres por diecinueve.

Robbins esperó a ver si era suficiente, pero Golding seguía con cara de confusión.

—Tres por diecinueve es igual a cincuenta y siete. Por lo tanto, cincuenta y siete no es un número primo. Grotherndeick lo sabía, por

supuesto, y sin embargo gran parte de su trabajo se desarrollaba en el ámbito abstracto, por lo que cometió este desliz elemental y bastante embarazoso. Como resultado, el número cincuenta y siete ha adquirido un estatus legendario. Me temo que es bastante inconcebible que alguien que escriba un artículo sobre números primos pueda elegirlo como ejemplo, y que encima lo haga por error. Ergo, es un mensaje para el lector: Debes leer entre líneas.

Golding se volvió hacia Sands.

—Vale. Entonces... quienquiera que haya escrito este artículo ¿es nuestro hombre? ¿Cómo se llama?

Sands volvió a la hoja del título y lo leyó en voz alta.

—Hendrick Tergo. —Se quedó pensativa, pero el catedrático se levantó de un salto y se dirigió al portátil que tenía sobre la mesa.

—El nombre podría ser falso, pero podría no serlo. ¿Dice de dónde es?

—Del Departamento de Matemáticas de la Universidad de Roma. —Sands se levantó ahora para ver cómo Robbins tecleaba el nombre en Google. No aparecía nada con su nombre, ni en la página web de la Universidad de Roma ni en Internet.

—Nada. —Robbins se sentó—. ¿Qué significa eso?

Solo Golding había permanecido en el sofá. Pero había cogido el bloc en el que había trabajado Robbins y había anotado las letras del nombre del autor del artículo, todas juntas.

H E N D R I C K T E R G O

Luego había vuelto a escribir las mismas letras en un orden diferente, tachando cada una a medida que las utilizaba. Cuando todas las letras originales habían desaparecido, había aparecido una nueva palabra:

G R O T H E N D I E C K

Se levantó y cruzó la habitación. Puso su trabajo en el escritorio entre Sands y Robbins.

—Un anagrama. —Los ojos de Robbins se abrieron de par en par—. Un simple anagrama. —Levantó una ceja mirando a Golding—. Muy bien, subinspector.

Golding se encogió de hombros.

— Las matemáticas no se me dan bien, pero hago algún que otro crucigrama.

Siguieron buscando en Internet, pero no había nada que indicara que alguien de la universidad tuviera vínculos con el artículo o

estuviera trabajando en algo similar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Golding.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tanto el catedrático como Sands parecían ensimismados. Golding los observó un momento y luego se volvió hacia el catedrático.

—Vale, no sabemos quién es el autor de este artículo, pero sí sabemos que contiene un mensaje. ¿Puede decirnos qué dice el mensaje?

Robbins volvió a coger el artículo y alzó las cejas cuando observó una gran matriz en la tercera página.

—No puedo decir cuál es el mensaje, pero es casi seguro que está escondido aquí.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sands.

El profesor echó otro vistazo a la página antes de responder, como si volviera a comprobar su lógica.

—Esta matriz no aporta nada al artículo, que, por cierto, es realmente interesante. Es ilustrativa de los puntos generales planteados, pero no necesita estar presente lo cual sugiere que tiene otro propósito. Dadas las circunstancias, yo diría que lo más probable es que ese propósito sea disfrazar un código o cifrado.

—¿Puede descifrarlo? —esta vez fue Golding quien hizo la pregunta.

—No tengo la menor idea.

—Pues, no entiendo nada. —Golding miró a Sands, pero ella se había alejado de ambos y ahora estaba de pie junto a la ventana. Parecía distraída, sumida en sus pensamientos.

Robbins continuó a pesar de todo.

—Dependerá del tipo de codificación utilizado. Si se trata de un simple código de sustitución, por ejemplo, en el que el número «5» se refiere a la letra «A» y el «20» a la «B», etc, sería bastante sencillo de descifrar utilizando un análisis de frecuencias.

—Vale. ¿Cuánto tardaría? —Golding miró su reloj.

Robbins se encogió de hombros.

—Una hora, quizá dos. Pero a juzgar por el resto del documento, yo diría que se trata de un código críptico, que es bastante más sofisticado. Un código críptico no sustituye una letra o un número por otro, sino que utiliza un algoritmo, un conjunto de instrucciones sobre qué hacer con cada letra o número para llegar al mensaje real. Lo que llamamos el texto en claro.

—Vale. Entonces, ¿cuánto tiempo?

Robbins se encogió de hombros.

—Dependiendo de la complejidad del código, desde varias horas hasta... —levantó la vista—, todo el tiempo que queda hasta el fin del universo. —Le dedicó a Golding una sonrisa de autosatisfacción.

—¿Cómo? —La frustración era evidente en el rostro de Golding. Robbins continuó, aún con la sombra de una sonrisa.

—Durante miles de años, las prácticas gemelas de encriptación y descifrado han estado enzarzadas en una carrera la una con la otra, en diferentes momentos una u otra ha tomado la delantera. Desgraciadamente para ustedes como representantes de la policía, pero quizá afortunadamente para todos nosotros como ciudadanos, vivimos en una época en la que la encriptación es la más avanzada de las dos. Si hay un mensaje secreto oculto en esta matriz, cosa que aún no sabemos con certeza, debemos ser realistas sobre nuestras posibilidades de descifrarlo. Si se encriptó utilizando un cifrado moderno complejo será imposible de descifrar, la potencia de cálculo necesaria superaría a cualquier ordenador...

—Sterling no tiene acceso a un ordenador —interrumpió Sands, apartándose bruscamente de la ventana—. Hace años que no tiene acceso. Sea cual sea la encriptación que han utilizado, es una hecha a mano. Este detalle debería eliminar el extremo superior de su estimación de tiempo necesario para romper el código.

Robbins se lo pensó. Durante un rato pareció decepcionado por la idea, como si hubiera estado disfrutando con el desafío. Al final, volvió a asentir.

—Es posible, sí. En ese caso puede que tengamos una oportunidad después de todo. Hay varios programas informáticos con los que puedo probarlo, que aplican ataques de análisis de frecuencia. ¿Podría haber más mensajes enviados por Tergo, o respuestas a él desde Sterling?

—Lo comprobaremos. Si es así, haremos que se los envíen.

Robbins pareció satisfecho, pero no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo? —Golding volvió a presionar.

—¿Dos semanas? ¿Un mes? ¿Un año? —Levantó las manos—. Siento no poder decirle más, pero —de repente parecía dispuesto a colaborar—, en dos semanas puedo probar con los análisis más obvios. Después sabremos más.

Golding, todavía frustrado, miró a Sands y claramente esperaba que ella lo apoyara para presionar más al profesor. Como no lo hizo, él mismo intervino.

—¿Hay algo más que pueda hacer, o que podamos hacer nosotros para acelerar este proceso? Sterling nos ha dicho que el asesino planea atacar de nuevo el próximo viernes. ¿Hay alguien más a quien podamos acudir?

En respuesta, Robbins se irguió hasta alcanzar su estatura máxima, desde donde pudo bajar la mirada a Golding.

—Hay muy pocas personas en este mundo, subinspector, que sean capaces de descifrar una clave como esta. Tiene la gran suerte de que en este momento se encuentra ante, quizás, el mejor de todos. Pero no le prometo nada. Y le recuerdo que puede ser una tarea imposible. Ahora, si quieren que empiece, deben disculparme. La señora Hartley los acompañará a la puerta.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sands llegó temprano a la mañana siguiente, pero se encerró a examinar el resto del correo de Sterling en busca de más cartas del ficticio Henrick Tergo, o de otras parecidas. Al cabo de varias horas, identificó otras tres con matrices similares y se las envió a Robbins. Cuando salió, la sala de investigación se estaba llenando a medida que se acercaba la sesión informativa de las diez de la mañana. Pero parecía más animada de lo normal, había un murmullo de expectación en la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó a un colega que estaba a su lado, Derick Walsh, un inspector que había estado muy unido a Lindham.

—El jefe ha traído a un tipo de balística para darnos una charla. Parece que tiene algo concreto en lo que basarnos. Vamos a atrapar a este cabrón —exclamó Walsh, cerrando el puño.

Sands lo observó un momento y luego miró al frente, mientras Jameson empezaba a hablar. Hizo un resumen del progreso realizado en la búsqueda del coche que habían visto delante de la casa. Hablaron con todos los vecinos de la calle de Lindham y con la mayoría de los de las demás calles situadas en un radio de 1 kilómetro, pero hasta el momento solo había un testigo que afirmara haber visto el vehículo y a su ocupante. Y la descripción del testigo, un coche de color oscuro y aspecto moderno, era imprecisa. Sin embargo, había algunos vecinos con los que los equipos que iban de puerta a puerta no habían podido contactar, así que aún quedaba esperanza.

A continuación, Jameson llamó a Sands para que explicara lo que había descubierto en la correspondencia. Según comenzaba a hablar, Beth Chang llegó a la sala junto con un recién llegado. Un hombre bajo con un bigote lo suficientemente pequeño como para no parecer cómico. Sands sintió que los allí reunidos lo miraban con interés. Terminó de hablar y volvió a su posición al fondo de la sala. Jameson continuó la reunión.

—A continuación, contamos con el doctor Ian Simpson. Es un científico especializado en balística y dirige el laboratorio que está realizando los análisis de las balas recuperadas de la escena del crimen de Lindham. Creo que tiene una presentación muy interesante para nosotros. Vamos a escucharla.

Un murmullo recorrió la sala.

—Gracias. —Simpson era un hombre bajo que llevaba la espalda muy erguida. Comenzó una presentación, poniendo diapositivas en la pantalla en la parte delantera de la sala—. Estos son los cuatro proyectiles recuperados de la escena del crimen. —Tenía un pequeño dispositivo en la mano para adelantar las diapositivas—. Y estos son los cuatro casquillos.

Varias diapositivas mostraron cada una de las balas y cartuchos con más detalle, y luego varios ángulos que mostraban el lugar dónde se había recuperado cada una. La sensación de expectación que había reinado en la sala estaba cambiando ahora que los inspectores allí reunidos se daban cuenta de que esta era una aburrida presentación y no se correspondía con lo que habían anticipado.

—Todo lo que he mostrado concuerda con la potencia y el alcance de una pistola semiautomática de 9 mm, como una Glock 43 o una SIG Sauer 938. Sin embargo, no somos capaces de identificar el modelo exacto del arma utilizada. —Simpson fue a pulsar de nuevo, pero antes de que pudiera hacerlo se produjo una interrupción.

—¿Ni siquiera saben de qué modelo de arma se trata? —gritó Walsh.

Por un momento, Simpson pareció reacio a desviarse de su presentación, pero finalmente sacudió la cabeza.

—No, no lo sabemos. Esto no funciona así.

—Pensé que tenían algún tipo de base de datos con la que comparar las balas.

Simpson parecía incómodo por lo que Jameson intervino.

—Hay una razón muy específica por la que pedí al doctor Simpson que viniera —comenzó—. Los crímenes con armas cortas de este tipo son muy raros en el Reino Unido. Para muchos de vosotros este será vuestro primer caso con este tipo de arma. Pero definitivamente no es la primera vez que las veis. Las habéis visto todas las noches en la televisión, y puede que penséis que estáis familiarizados con las pruebas que pueden obtenerse cuando se utilizan. Lo más probable es que no lo estéis. El doctor Simpson está aquí para eliminar lo que creéis que sabéis. Esperemos que así podamos atrapar al cabrón que hizo esto. —Le devolvió la palabra a Simpson, quien asintió.

—La base de datos a la que probablemente se refiera proviene del hecho de que al disparar un arma se crean marcas de estriado tanto en el proyectil como en el casquillo del cartucho, que son exclusivas de esa arma. Eso es cierto, pero no significa que veamos una bala y simplemente la relacionemos con el arma que la disparó. Si en el curso de la investigación se recupera un arma que se sospecha que ha podido ser utilizada, en ese caso podríamos probar a disparar un proyectil similar con esa arma y comprobar qué marcas se produjeron. Entonces podríamos decir si el cartucho disparado y el proyectil

tenían marcas que coincidieran con las encontradas en las pruebas recuperadas en el lugar de los hechos. Pero ni siquiera eso sería concluyente al 100%.

Se hizo el silencio.

—Así que a menos que encontremos el arma, no tenemos nada. E incluso entonces, ¿podría no ser nada? —Walsh sonaba incrédulo.

Simpson pareció desanimado por un momento.

—Si recuperan un arma durante su investigación, estoy seguro de que podré confirmar con una alta probabilidad si disparó los cartuchos en el crimen de los Lindham.

Un murmullo recorrió la sala. Esto era mucho menos de lo que los agentes allí reunidos esperaban.

—De acuerdo —intervino Walsh de nuevo—. El hecho de que los delitos con armas de este tipo sean inusuales nos da algo. Tenemos que preguntarnos ¿de dónde viene esta arma? ¿Dónde la consiguió nuestro hombre?

Sands observó desde su posición en el fondo de la sala cómo Simpson contestaba.

—Hay muchas respuestas posibles a esa pregunta —comenzó Simpson—. Como probablemente sepan, en el Reino Unido las pistolas de calibre mayor del 22 no son legales, ni lo han sido desde la Ley de Armas de Fuego de 1997, por lo que aquí no se ha podido comprar, de manera legal, en los últimos treinta años...

—¿Podría haberla comprado antes? —preguntó Walsh—. ¿Tenían pistolas de 9mm antes? ¿Y podrían seguir funcionando?

—Sí. La nueve milímetros ha sido el arma más común desde la segunda guerra mundial. Suponiendo que la hayan cuidado, no hay razón para que no se haya utilizado un arma más antigua. Pero la mayoría de las pistolas que se poseían legalmente cuando cambió la ley fueron decomisadas o destruidas.

—¿Cuántas armas permanecieron en posesión ilegal?

Simpson vaciló.

—Es una pregunta muy difícil de responder.

—Dígame una cifra aproximada.

Simpson respiró hondo y su bigote tembló al hacerlo.

—Yo diría que, teniendo en cuenta el número de armas que había en circulación antes de la entrada en vigor de la ley, cuántas se entregaron de manera voluntaria y lo poco frecuente que ha sido encontrar armas de este tipo desde 1997, diría que hablamos de cientos o quizá pocos miles de armas de este tipo. Pero no veo en qué ayuda eso, ya que no sabemos nada sobre esas armas ni dónde pueden estar.

Walsh hinchó las mejillas.

—¿Hay otra forma de conseguir un arma? —Walsh continuó su

interrogatorio.

—Sí —asintió Simpson—. Las pistolas de nueve milímetros, como la Glock o la SIG Sauer, se pueden comprar en los Estados Unidos, en muchos casos con controles mínimos, y existe un próspero comercio de contrabando por transporte marítimo. Normalmente llegan escondidas en contenedores. Van a parar sobre todo a Europa del Este, donde las utiliza el crimen organizado. Desde allí no es difícil introducirlas de manera ilegal en el Reino Unido por las rutas de contrabando establecidas.

Otro murmullo recorrió la sala y de nuevo Walsh tomó la palabra.

—¿Crimen organizado? —Una de sus cejas se alzó—. Eso podría coincidir con el *modus operandi* de los asesinatos.

Jameson intervino para responder a esta pregunta.

—No hemos descartado ninguna teoría. Está claro que tenemos que investigar cualquier vínculo que Lindham pudiera tener con el crimen organizado. Podría ser un asesinato por venganza, posiblemente por un arresto que hizo. —Asintió para que Simpson continuara.

—Otra forma relativamente fácil de acceder a un arma similar es a través de Internet. Hay sitios en la internet oscura a los que es fácil acceder donde se pueden comprar...

—Si es online, ¿habrá registros de quién los compra? —preguntó Walsh de inmediato.

—No tiene por qué. Si quien lo hizo se ocultaba tras una VPN y utilizaba mensajes cifrados no quedará ningún rastro —respondió Jameson—. Y ese es el comportamiento habitual para la mayoría de la gente que entra en la web oscura.

Walsh parecía frustrado.

—Aun así, tendrán que pagar. ¿Cómo lo hacen?

—Suelen utilizar criptodivisas. Hay varias que permiten el anonimato total.

Walsh suspiró.

—Así que lo que estás diciendo es que podría haber sido una banda de delincuentes organizados o podría haber sido casi cualquier persona con acceso a un ordenador.

El ambiente había cambiado en la sala, de expectación a frustración. El experto en balística se encogió de hombros y la sala quedó en silencio. Esta vez, fue Sands la que lo rompió desde el fondo de la sala.

—¿Es caro?

Unas cuantas cabezas se giraron para mirarla, pero Sands las ignoró, manteniendo los ojos fijos en Simpson. Él la miró.

—Esa es una buena pregunta, y supongo que la respuesta es que depende de su definición de caro. El precio de venta al público de una Glock en Estados Unidos ronda los ochocientos dólares, pero aquí

costaría mucho más. He visto armas similares a la venta en la web oscura a un precio de alrededor de veinte mil libras. Y, por supuesto, no hay ninguna garantía de que vayas a recibir el arma. Es muy posible que tuvieras que pedir varias antes de recibir una.

Mientras Sands asimilaba la respuesta, Simpson volvió a su presentación.

—Hay algo más, algo en lo que quizá vamos por delante de la versión de Hollywood. —Simpson puso una nueva imagen en la pantalla. Mostraba el dormitorio donde Lindham y su esposa habían sido asesinados. Los cuerpos seguían allí, en la misma posición en que los habían encontrado Sands y Golding aquella mañana. No se había hecho nada para cubrirlos en la imagen—. Podemos hacernos una idea por la salpicadura de residuos de pólvora, en las víctimas, sus sábanas, en las alfombras y paredes, de dónde estaba el asesino cuando disparó el arma. —Simpson hizo una pausa—. Nuestros análisis demuestran que estaba cerca cuando disparó, probablemente a menos de tres metros en el caso de los dos adultos, y ligeramente más cerca en el caso de los niños. Sin embargo, incluso a esa distancia, su precisión fue buena. Cuatro disparos, cuatro muertos, todos disparos en la cabeza. —Cambió la imagen para mostrar a los niños.

La sala permaneció en silencio durante un largo momento. Varios de los inspectores tuvieron que apartar la mirada.

—¿Insinúa que nuestro hombre sabía lo que estaba haciendo? —preguntó Sands, un momento después.

Simpson asintió.

—Ciertamente, podría indicar algún tipo de entrenamiento con armas de fuego, o al menos un interés por las armas.

—Deberíamos mirar en clubes de armas, campos de tiro —interrumpió Jameson—. Walsh, tú te encargas. Consigue una lista de clubes locales y nacionales.

—¿Puede decir si se usó un supresor? —Sands de nuevo.

Simpson asintió con la cabeza, como si a él también le gustara esta pregunta.

—Lo que ocurre con los supresores es que la bala vuela por el ánima sin apenas impedimentos, por lo que no suele ser posible determinar si se utilizó uno.

—Un momento, por favor —intervino Jameson—. Para asegurarnos de que todos tenemos una idea realista de lo que estamos hablando, ¿podría explicar qué es un supresor y para qué sirven?

—Claro. —Simpson se irguió un poco más—. Un supresor, también llamado silenciador, es un cilindro metálico que contiene deflectores de sonido internos. Cuando se dispara el arma, la bala pasa sin obstáculos, pero la mayor parte del gas en expansión es forzada a través de los deflectores, que lo ralentizan y esencialmente convierten

el sonido en calor.

—¿Cómo de silenciosos son? —preguntó Sands.

—Hacen más ruido que en las películas, eso seguro. Suenan menos como un disparo, más como un fuerte crujido.

—Ninguno de los vecinos de Lindham ha confirmado haber oído disparos —recordó Sands—. Las casas están muy juntas, el típico pareado urbano. ¿Significa eso que debieron de usar silenciador?

—No podría asegurarlo, pero un disparo de una nueve milímetros es bastante ruidoso. Así que, si nadie lo oyó, es posible que lo hicieran.

—Un supresor… —suspiró Walsh—. ¿Supongo que también están disponibles en la internet oscura?

—Así es —respondió Simpson—. Pero también son relativamente fáciles de hacer en casa. Puedes usar un filtro de aceite de coche y hará un trabajo medio decente.

Hubo una pausa. Entonces Walsh decidió que le correspondía a él resumir el estado de la investigación.

—Así que lo que tenemos es un hombre que irrumpe en la casa justo antes de medianoche. Lleva una pistola con silenciador. Sabe de armas. Sube las escaleras y ejecuta a toda la familia, uno por uno, usando solo cuatro balas. Y, a menos que encontremos esa pistola, no tenemos ni idea de quién es.

Simpson pareció incómodo por un momento, pero asintió a medias.

—Vale. Bueno, yo no sé tú —Walsh se dirigía ahora a Jameson—, pero a mí ese escenario me suena muchísimo a un trabajo por encargo. —El experto en balística había terminado y ya estaba desconectando su portátil, por lo que Jameson volvió al frente.

—Estoy de acuerdo. —Jameson se quedó pensativo, luego dio sus órdenes—. Bien. Quiero que empecemos a centrarnos más en el crimen organizado. Consígueme una lista de todos los que Lindham encerró, y cualquiera conectado a ellos. Buscamos a alguien que pueda tener acceso a armas o experiencia disparándolas. Exmilitar. Miembro de un club de armas. Cualquier hombre con un maldito ordenador. —Se detuvo en este último punto cuando la sala empezó a vaciarse. Pero Jameson no había terminado.

—Inspectora Sands, un momento por favor.

Sands se apartó de la pared y se movió contra la corriente de agentes que volvían a sus puestos de trabajo.

—Tengo un mensaje para ti, de James McDonald. Quiere que pases por la prisión.

En la mente de Sands se formó una imagen del director, su presencia larguirucha y algo espeluznante.

—No tiene sentido que vuelva a ver a Sterling. Nos ha dado la

próxima fecha, no nos va a decir nada más.

—No es a Sterling a quien quiere que veas. Es a su guarda, Barney Atkinson.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Esta vez, según se acercaba a la prisión se encontró mejor ya que sabía que no tendría que ir hasta el oscuro corazón del lugar, donde los monstruos como Sterling contaban los días hasta el final de sus vidas. Aun así, a Sands le molestaba que la hubieran citado sin decirle por qué. Aparcó el Alfa y atravesó varias zonas de seguridad hasta llegar al despacho de McDonald. Allí la hizo esperar en el recibidor hasta que su secretaria la invitó a pasar al interior.

—¿De qué se trata? —Sands no se molestó en saludar.

—Buenos días, inspectora, un momento por favor. —El director no contestó a su pregunta, sino que siguió escribiendo a mano en uno de los papeles que tenía sobre la mesa. Mientras trabajaba, volvió a hablar—. Le he pedido a Barney que venga también, está de camino. —McDonald levantó la vista, esbozó una breve sonrisa y volvió a su trabajo. No le ofreció un café ni siquiera la invitó a sentarse, pero Sands lo hizo de todos modos. Unos instantes después llamaron a la puerta.

—Pasa —dijo el director sin levantar la vista.

Barney Atkinson entró en la oficina.

—Ah, Barney, qué bien que te hayas podido unir a nosotros.

Por fin, McDonald dejó la pluma en el escritorio. Indicó el asiento junto a Sands y el guarda se sentó.

—Gracias por venir, inspectora —comenzó el director, juntando las manos—. Espero que no resulte ser un viaje en vano.

Sands no respondió.

—Para ser sincero, no estaba seguro de que esto fuera nada importante —prosiguió el director—, o al menos no que fuera algo por lo que mereciera la pena molestarla, pero Barney me ha convencido de lo contrario. Lleva mucho tiempo trabajando aquí y tiene buen olfato para ciertas cosas. —McDonald arrugó la nariz mientras hablaba. Pero luego se calló.

—¿Y bien? —preguntó Sands, con un medio encogimiento de hombros.

—Dejemos que Barney se lo cuente él mismo. —El director se volvió hacia el guardia.

La voz de Barney Atkinson era ronca y, dado su tamaño, daba la impresión de ser un oso pardo. Pero había inteligencia en sus ojos, que mantenía fijos en Sands, como si el director ni siquiera estuviera en la

oficina.

—Cuando Sterling está en el patio, haciendo ejercicio, aprovecho para revisar su celda. No es que haya muchos escondites que digamos, pero, aun así, me hago una idea de lo que le parece bien que mire y lo que preferiría que no encontrara.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó Sands.

Barney consideró la pregunta y asintió.

—Son pequeñas cosas. Le gusta tomar notas. La mayoría son sobre matemáticas, y no pretendo entenderlas, pero sé cuándo prefiere mantenerlas en privado. O tan privado como pueda, dadas sus circunstancias. —Hizo una pausa, antes de ir al grano—. Ayer, mientras hacía ejercicio, encontré algo.

—Continúa.

Barney volvió a asentir, esta vez mirando al director, y fue McDonald quien empujó un folio sobre el escritorio. Era una fotocopia de un trozo de papel en el que Sterling había garabateado una larga lista de números con su refinada caligrafía. Al final, había un punto y tres letras que lo identificaban inmediatamente:

3 1 4 1 5 9 2 6 5 3 5 8 9 7 9 3 2 3 8 4 6 2 6 4 3 3 8 3 2 7 9 5 0 2 8 8 4 1 9 7 1 6 9 3 9 9 3 7 5 2 0 5 8 2 0 9 7 4 9 4 4 5 9. c o m

Sands cogió el papel y lo estudió unos instantes.

—¿Es una página web? —preguntó al director, que medio sonrió y medio se encogió de hombros.

—Si lo es, no tengo ni idea de para qué le va a servir. Hace años que no tiene acceso a un ordenador.

—¿Pero lo habéis comprobado? —insistió Sands.

—Sí, por supuesto. —El director dio un golpecito en el teclado de su portátil plateado ultrafino y deslizó la máquina. En la pantalla había un navegador con los números de la nota de Sterling introducidos en la barra de direcciones. Pero la pantalla estaba en blanco.

—No sale nada —explicó McDonald, encogiéndose de hombros—. Es una colección aleatoria de números.

—No, no lo es —interrumpió Sands, parecía enfadada. Arrastró su mirada por el escritorio de McDonald y cuando vio una pluma y una hoja de papel en blanco los cogió con la lentitud suficiente para que pudiera considerarse que pedía permiso. Luego empezó a escribir rápidamente los números de la nota de Sterling, sin necesidad de copiarlos. Cuando terminó, comparó su hoja con la de Charles Sterling. Los números coincidían.

McDonald frunció el ceño.

—¿Lo has hecho de memoria? Muy impresionante...

—Lo sería —cortó Sands— si lo hubiera hecho de memoria. Pero no me hace falta. Es el número Pi, el cociente entre la circunferencia

de un círculo y su diámetro. Al menos, es Pi hasta… —hizo una pausa, contando rápidamente el número de dígitos que había escrito—, hasta sesenta y dos decimales. Como ya sabrán, Pi es infinito. —Hizo una pausa en su explicación, prefiriendo centrar su atención en la importancia del descubrimiento. Sin embargo, el director intentó volver al tema de la memoria.

—Aun así, conocer el valor de Pi con sesenta y dos decimales, eso es bastante…

—Puedo recitar Pi hasta los quinientos primeros decimales —respondió Sands, su voz de repente sonaba diferente. No estaba ni avergonzada ni enfadada. Tal vez por un momento no estaba allí en absoluto—. Sterling me obligó a aprenderlo cuando cumplí diez años. No me dejó abrir ningún regalo hasta que pude hacerlo sin equivocarme. Me llevó una semana.

Se hizo un silencio que rompió la propia Sands.

—Lo siento, ese no es su… problema. Es el mío. —Volvió a coger la lista de números de Sterling, antes de que ninguno de los dos pudiera responder—. Sesenta y tres caracteres es el máximo número permitido para el nombre de una página web. Es lo más cercano al número Pi que se puede poner.

Ni el director ni Barney le contestaron y Sands cambió de táctica.

—Veo que esto es una fotocopia, ¿dónde está el original?

Fue Barney quien contestó.

—Lo puse de nuevo en la celda, en el mismo lugar donde lo dejó. Así no sabrá que lo encontramos.

—Muy bien. ¿Dónde lo encontraste entonces?

—Tiene una biblia. Sterling no es religioso, pero todos los presos tienen una. Creo que solo la guarda porque piensa que no la reviso. Le gusta esconder cosas ahí.

—¿Dónde estaba en la biblia? —preguntó McDonald de repente, con voz esperanzada—. ¿Tal vez eso podría tener importancia?

Pero Sands ignoró la sugerencia.

—No coinciden —dijo en su lugar, en voz baja.

—¿Perdón?

—No coinciden, mi lista y la de Sterling. Hay un dígito diferente. Aquí. El cuadragésimo noveno decimal debería ser un 1 como he puesto yo, pero Sterling tiene un 2. —Extendió las hojas para que McDonald las comprobara, señalando la diferencia.

—¿Quizás cometió un error? —sugirió McDonald, pero Sands negó con la cabeza.

—Sterling tiene memoria eidética. No se equivocaría. —Sands siguió mirando el papel, pensativa, pero McDonald no la tomó en serio.

—He hablado de esto con sus psicólogos y me han asegurado que

la memoria fotográfica no existe.

—No he dicho memoria fotográfica, he dicho memoria eidética. Si Sterling ha estudiado un texto lo suficiente es capaz de recordarlo con todo detalle. Y él ha estudiado Pi. Lo sabe al menos con mil decimales.

—Bueno, ¿podría haber cometido usted el error? —propuso el director—. Nos ha dicho que aprendió esto cuando tenía diez años, quizá…

—También aprendí a cantar el «Cumpleaños feliz» cuando tenía tres años, ¿cree que también me equivocaría? —le cortó Sands. No esperó respuesta, sino que agarró su portátil y lo acercó bruscamente. En la barra de direcciones sustituyó el 2 de su padre por un 1 y ejecutó la búsqueda. Al instante, la pantalla cambió y se oscureció. Luego, poco a poco, empezó a aclararse de nuevo, como si hubieran llegado a una página web que mostraba una tosca animación.

A medida que la pantalla se hacía más clara, apareció una línea en la parte inferior, y entonces quedó claro que representaba el suelo, porque una estructura empezó a empujar hacia arriba desde ella. En cuestión de segundos se hizo evidente que se trataba de una pirámide. La parte final de la animación era un hombre, una figura de palo aparentemente vestida a la usanza egipcia, que caminaba por la línea y llevaba un cartel y un martillo. Cuando llegó a la pirámide, primero parecía estar trabajando, golpeando un clavo aquí y allá. Entonces colgó el cartel de la pirámide y miró hacia la cámara con una gran sonrisa de felicidad. Cuando el hombre de palo se alejó el cartel se enfocó y Sands y los dos funcionarios de prisiones pudieron ver lo que ponía:

«¡Estad atentos!»

Entonces la pantalla se puso en negro.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A sesenta y tres millas de la prisión de Highmoor, pero muy lejos de la mazmorra subterránea de Charles Sterling, era la hora de la salida en la escuela primaria de *St. Joseph*. Cientos de niños liberados de su confinamiento patinaban, corrían y, en algunos casos, saltaban por la acera junto a la concurrida carretera principal que conducía a la escuela. Un flujo constante de padres los seguía, algunos a toda prisa, otros caminando despacio para alargar el tiempo disponible para charlar con los amigos. Los adultos se iban adaptando, a su manera, a la transición diaria de la mañana, cuando los niños estaban en el cole, a las obligaciones y actividades de la tarde. Aquella era una tarde perfectamente normal, el final de un día perfectamente normal, y nadie tenía motivos para relacionar la lejana prisión con su colegio, con sus vidas. Sin embargo, el hilo de una línea se había dibujado. Estaba a punto de tensarse.

León Webb era uno de los padres que caminaban junto a la carretera. Padre de gemelas, era un hombre fornido que dirigía su propio negocio, una pequeña empresa de construcción. Le iba tan bien que podía permitirse tomarse una tarde libre a la semana para ir a recoger a sus hijas del colegio. Iba andando desde una casa grande que llamaba la atención por lo bien mantenida y que se encontraba en una calle lateral cercana a la escuela. La familia vivía tan cerca que la casa estaba situada en una zona donde muchos de los padres aparcaban a la hora de dejar y recoger a sus hijos. Era una fuente de frustración para los vecinos de León, pero dado que él había convertido el jardín delantero de su casa en un camino de entrada lo bastante grande como para aparcar su furgoneta de trabajo y era lo bastante conocido en la comunidad escolar como para que nadie se atreviera a bloquearlo, no era un tema que le preocupara sobremanera.

Sin embargo, cuando el coche subió a la acera delante de él, lo primero que pensó fue que debía de ser una de las madres de las que se quejaban tanto los vecinos. León había notado que eran siempre madres las que a veces bloqueaban la acera con sus ridículos todoterrenos. Era cierto que su esposa conducía un Range Rover, pero eso era más fácil de justificar, ya que algunas veces tenía que conducir hasta las obras donde él trabajaba. Pero también había algo que no encajaba en la explicación. El coche iba demasiado rápido y no era un

todoterreno, sino un BMW M5. Un coche con muy buen motor.

Los anchos neumáticos de gran agarre rasgaron el césped de la franja de hierba que separaba la acera de la carretera. Entonces las ruedas se bloquearon y el coche patinó sobre el barro al detenerse.

León siguió caminando, acercándose al coche, sin pensar de manera consciente pero preparado para reaccionar en su subconsciente, sin saber siquiera si había una situación ante la que reaccionar.

No salió una mujer de mediana edad, sino un hombre. Era joven, de unos veinte años, pálido y corpulento. Llevaba una chaqueta amarilla de North Face y una mascarilla. Y había algo en él que no encajaba. Se movía demasiado rápido, parecía... parecía nervioso. ¿Estaría drogado? León no tuvo tiempo de entender mucho más ya que el hombre se abrió la chaqueta y sacó algo metálico y pesado. Sorprendentemente, cortando la cotidianidad del día de tal manera que parecía casi ofensivo, era una pistola. Entonces el hombre apuntó a León.

—No te muevas, joder.

León dio dos pasos más antes de detenerse. En un instante la cabeza había empezado a darle vueltas, a sopesar la situación. Él dirigía su propia empresa, tenía una docena de empleados, gente que lo respetaba y quizá incluso lo temía. Nadie le decía a León lo que tenía que hacer. Y menos con un arma.

Las gemelas iban delante de él, en sus patinetes, y ahora el joven se encontraba entre sus hijas y él. Sky, la más pequeña por quince minutos de diferencia, se había detenido, mirando detrás de ella para ver qué había pasado. Una parte de la mente de León fue capaz de entender que su pequeña no podía ver el arma, lo que tal vez explicaba por qué había empezado a girar el patinete para dirigirse hacia ellos. Sin pensarlo, León dio un paso adelante con la intención de detenerla. Al instante, el arma se elevó más, de modo que ahora apuntaba a la cara de León. No estaba a más de cinco metros, lo suficientemente cerca como para que León pudiera ver el cañón.

—He dicho que no te muevas, joder. —Los ojos del hombre estaban muy abiertos, con una mirada llena de locura—. A menos que quieras morir ahora mismo.

—¿Qué quieres? —León se oyó preguntar. Le sorprendió lo tranquilo que sonaba, pero a la vez se afligió al tener el arma apuntándole. Parecía inmovilizarlo con su promesa de una muerte instantánea. ¿Vería venir la bala? Su cuerpo empezó a reaccionar con una oleada de adrenalina, concentrándose en el hombre que tenía delante y en sus hijas. Todo lo demás desapareció como si nunca hubiera existido.

El joven se movió para situarse en el centro de la acera. Parecía

nervioso, cambió su forma de empuñar el arma, pero sin dejar de apuntar a León. Ahora Sky también parecía intuir que algo iba mal, pero no lo había relacionado con aquel hombre ya que seguía sin poder ver el arma ni su rostro encubierto por la mascarilla. Cuando el joven volvió a moverse, esta vez lo hizo hacia la parte trasera del BMW, donde abrió la puerta de un tirón. Miró a su alrededor, vio a Sky y agitó la pistola hacia ella.

—Entra en el coche.

—¿Qué? —Esta vez, León reaccionó de inmediato—. ¿Qué estás haciendo?

Dio dos pasos rápidos hacia delante, reduciendo casi a la mitad la distancia que le separaba del atacante, que ahora se dio la vuelta. De nuevo, apuntó el arma a la cabeza de León, quien estaba ahora gritando a punto de perder los nervios.

—Te he dicho que no te muevas. ¿Es que no sabes quién soy?

La pregunta desconcertó a León y, por un momento, repasó en su cabeza buscando posibles conocidos que quisieran hacerle daño, pero no daba con nada. El negocio iba bien, no porque hubiera estafado a proveedores o contratistas, sino simplemente porque las viviendas de la ciudad eran viejas y casi todas podían ampliarse o renovarse. No tenía enemigos. ¿O sí? Tenía un estilo algo agresivo en los negocios inmobiliarios, ¿habría ofendido a la persona equivocada sin darse cuenta?

El chico volvió a moverse. Metió la mano en el coche y sacó un periódico. Por un segundo, se distrajo, y si León hubiera sido más rápido podría haber sido una oportunidad para cargar contra él. Pero el instante desapareció antes de que León se diera cuenta de lo que era. El hombre seguía apuntándole con la pistola, su respiración rápida y superficial. Sus miradas se cruzaron un instante, y entonces arrojó el periódico hacia León. León tuvo tiempo de pensar que no llegaría a alcanzarlo, pero lo hizo y, de algún modo, lo cogió con las dos manos. Lo miró, totalmente confuso, preguntándose cómo iba a encontrar lo que fuera que aquel tipo quería en un periódico. Entonces vio el titular principal de la primera página:

AGENTE DE POLICÍA Y SU FAMILIA ASESINADOS EN SU CASA

—¿Lo entiendes ahora? ¿Sabes quién soy?

León lo supo, por supuesto que lo supo. Pero no tenía sentido. El terrible asesinato del agente de policía, a pocos kilómetros de la escuela, había sido noticia a nivel nacional. Había comentado con su mujer y con sus trabajadores en las obras lo terrible de la tragedia. Pero no se había planteado ni por un momento que pudiera afectarle de algún modo. Dejó caer el periódico al suelo y miró fijamente al

joven.

—Diles que entren en el puto coche. —El hombre señaló a Sky con la pistola, pero ella no se movió. Peor aún, su hermana Ocean se había unido a ella, por lo que ambas estaban más cerca del pistolero que León. Y ahora, juntas, parecían haberse dado cuenta de que lo que estaba ocurriendo allí era algo por lo que asustarse, y mucho.

—No puedes... —León empezó a protestar, pero el joven le cortó.

—He dicho que me des a tus hijas. Si quieres que vivan, diles que entren en el coche. Si no, te pego un tiro y las meto yo mismo. ¿Me entiendes? —La mascarilla se le pegaba a la boca según hablaba. Una vena le sobresalía a un lado de su cuello.

Era como la lucha entre el objeto inamovible y la fuerza irresistible. Todos sus instintos le empujaban hacia delante para proteger a sus hijas, pero la pistola apuntándole a la cara lo detenía con la misma fuerza. El hombre que debería haber sido, un hombre al que no mangoneaba nadie, un tipo que podía cuidar de sí mismo y de su familia, había desaparecido de repente. No supo cómo reaccionar. Lo peor de todo era que creía a aquel loco, había disparado a un agente de policía y a toda su familia. Lo creía capaz de dispararle, no solo a él sino también a Sky y a Ocean. Y él era incapaz de detenerlo.

—Haz que entren si no quieres que mueran.

El hombre sonaba cada vez más agitado y ahora León intuía por qué. Con un gemido casi audible, la escena que le rodeaba volvió a su conciencia. Estaban en una calle muy transitada, por la que pasaban coches en ambas direcciones. Vio por el rabo del ojo la cara de un estudiante de un instituto cercano, curioso, que pasaba en bicicleta por delante de la inusual escena. En la acera de en frente, varios padres caminaban con sus hijos hacia sus casas. Era una escena surrealista.

—Joder. —El hombre se apartó de repente, llevándose la pistola con él y apuntando en su lugar a Ocean. La agarró, sosteniendo el arma contra un lado de su cabeza. El miedo en León fue inmediato e inmenso. Ocean gritó y León también lanzó un grito, sin palabras, solo un aullido de terror. Quizá fue aquel sonido lo que hizo que no la disparara.

—Déjalas. Por favor, deja que se vayan —logró decir apenas León. Levantó las manos, suplicando, como si pudieran evitar la bala.

El hombre lo miró, pero siguió haciendo lo que había empezado, que era arrastrar a Ocean hacia la puerta trasera abierta del coche. Estaba demasiado asustada para resistirse, el hombre era demasiado fuerte. El pánico se reflejaba en sus ojos, pero hizo lo que él le dijo. Entró en el coche.

—¡No! —León dio otro rugido y esta vez se movió.

El joven tenía ventaja. El orden exacto de lo que ocurrió a

continuación no tenía sentido. Balanceó el brazo, luego la cabeza de León giró contra su voluntad, después vino el horrible zumbido y, por último, la explosión del arma al disparar.

—Te lo advertí, joder. —De alguna manera entre el shock y la adrenalina, León comprendió que el hombre que acababa de dispararlo estaba molesto por ello. Las piernas de León se doblaron y cayó de rodillas, su visión se cubrió de rojo. A través de su ensangrentada vista, vio cómo Ocean desaparecía por completo dentro del coche, y cómo el hombre volvía a alcanzar también a Sky, que tal vez podría haber huido, pero no lo hizo. Su patinete cayó al suelo. Casi parecía esperar a que el pistolero estuviera listo para empujarla dentro.

Ahora le dolía la cabeza, pero a León no le importaba. Su único pensamiento eran sus gemelas, e intentó avanzar, pero estaba de rodillas. Cuando el pistolero vio lo que estaba haciendo, León pensó que iba a disparar de nuevo, y se preparó para el impacto de la bala, sabiendo que esta lo mataría. Pero el hombre no disparó. En su lugar, cerró la puerta de golpe y corrió hacia la del conductor. La abrió de un tirón y dirigió una última mirada a León, que seguía de rodillas en el suelo. Luego desapareció en el interior. Las luces traseras se encendieron, el motor se puso en marcha y las ruedas giraron sobre la hierba donde había aparcado. El claxon sonó mientras el coche se alejaba, abriéndose paso entre el tráfico vespertino del colegio.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El viaje de vuelta desde la prisión de Highmoor estaba plagado de tráfico, pero Sands agradeció la distracción. Antes de marcharse, se las había arreglado para discutir con Jameson. Lo había telefoneado para darle la dirección de la página web que habían encontrado en la celda de Sterling y para ordenarle que el equipo técnico del departamento la investigara de inmediato. Jameson estuvo de acuerdo con eso, pero no con su idea de ir a la celda de Sterling y exigir que les contara qué demonios significaba. Jameson insistió que era mejor que el equipo técnico hiciera su investigación primero, argumentando que podría darles ventaja si Sterling no sabía que habían descubierto la página web. Aquello cabreó a Sands, sobre todo porque, en el fondo, sabía que Jameson tenía razón.

Era primera hora de la tarde cuando se acercaba a Poole y Sands quería dejar de pensar. Por costumbre, la distracción que eligió fue encender el escáner de radio de la policía. No esperaba oír nada interesante, solo saber qué estaba pasando. Pero se llevó una sorpresa.

Salió de la autovía y aminoró la marcha para llegar a la rotonda, mientras la radio crepitaba. Era difícil de entender, ya que mucha gente intentaba utilizarla a la vez. Pero enseguida comprendió lo esencial. Momentos antes se había producido un tiroteo en Middlebrook Road, cerca de la escuela primaria *Saint Joseph*. Un hombre había recibido un disparo, al parecer en la cabeza, y dos menores habían sido secuestrados a punta de pistola; todo había ocurrido ante decenas de testigos. El sospechoso iba en un BMW verde o posiblemente azul, los informes variaban. Lo que era seguro era que el coche se dirigía ahora hacia el norte. Sands tardó un momento en darse cuenta de que acababa de girar hacia Middlebrook Road, al norte de la escuela. Entonces vio un coche que circulaba a demasiada velocidad, de un color azul verdoso nacarado.

Iba en dirección contraria a ella y, al pasar, captó una instantánea del conductor. Hombre joven, de unos veinte años, chaqueta amarilla y coleta. Giró la cabeza para ver cómo se alejaba y echó mano de la radio para informar de la matrícula, pero entonces se dio cuenta de que no era eso lo que tenía que hacer. En el coche había dos niñas y, aunque no lo relacionó directamente con el asesinato de su colega, le llegó la noticia de que el hombre se había identificado como el asesino de Lindham. Echó un vistazo a su alrededor y Sands vio que había

espacio para maniobrar por lo que giró el volante. El Alfa derrapó, cruzó la calzada y casi se detuvo cuando apuntó en la otra dirección. Durante un segundo, se quedó allí sentada, preguntándose si se trataba de un frenético sueño. Entonces aceleró a fondo.

El Alfa podía alcanzar de cero a sesenta en poco menos de cinco segundos, pero ahora no había espacio para hacerlo. Alcanzó los cincuenta antes de que un coche se le pusiera delante y tuviera que frenar de golpe para no chocarse. Soltó una retahíla de improperios mientras luchaba por adelantar y se colaba entre los vehículos que venían en sentido contrario. Solo entonces se acordó de encender las luces de emergencia azules ocultas en la rejilla del radiador del Alfa. Todavía no había informado de su persecución, y se tomó un momento para hacerlo. Entonces apareció otro coche delante de ella, que tardó una eternidad en reaccionar a sus faros. Finalmente, se detuvo en una parada de autobús y la dejó pasar.

Ahora estaba de vuelta fuera de la ciudad, atravesando campos. Pero el BMW no había tomado la autovía: lo había visto pasar volando por el cruce, saltarse un semáforo en rojo y desaparecer de su vista. Lo persiguió y se adentró en la vieja carretera que conducía al bosque. Ya totalmente alerta, pisó el acelerador hasta casi el fondo, esperando a que el turbo entrara en acción y empujara el potente coche hacia delante, pisando a fondo los frenos para reducir la velocidad antes de las curvas. Sands había hecho un curso avanzado de conducción, pero las circunstancias eran muy distintas. Aquel era un circuito con amplias escapatorias en caso de equivocarse en una curva. Aquí, la carretera era estrecha y los árboles, con pesados troncos tan duros como el hormigón, estaban a pocos metros a cada lado. Amplió la vista para obtener más información, como le habían enseñado, mientras seguía avanzando. El BMW seguía sin aparecer. ¿Se habría desviado? ¿Podría haberse detenido en algún lugar, oculto por los árboles tal vez? Miró el velocímetro: ciento cincuenta kilómetros por hora, en una carretera diseñada para la mitad. A ambos lados de ella los árboles no eran más que manchas borrosas. Aceleró aún más.

¡Allí! Más adelante, vio un destello de luces de freno. ¡Allí estaba el BMW! Lo estaba alcanzando. Pensando que tal vez ni siquiera sabría que lo estaban siguiendo, Sands apagó las luces azules y pisó a fondo el freno. Luego, en el momento en que los coches quedaron separados por una curva, volvió a acelerar, de modo que cuando volvió a ver el coche la distancia era menor. El BMW no circulaba muy por encima del límite de velocidad, así que redujo la marcha para seguirlo. Volvió a la radio e informó de su posición, la marca, el modelo y la matrícula del coche, señalando que era un modelo M5 Sport, y por tanto aún más rápido que el coche que conducía. En el interior, le pareció ver dos cabezas de niñas en el asiento trasero. Informó de ello y, a

continuación, pidió que le aclararan si el sospechoso iba armado. Sands no llevaba armas. Muy pocos policías británicos lo hacían. Sopesó su situación y decidió que intentaría seguirlo a distancia, mientras dirigía al grupo de operaciones especiales al lugar donde se detuviera el coche.

Se acercaban a un cruce importante y Sands observaba atentamente qué dirección tomaba el BMW. Pero, de repente, se oyeron sirenas y luces azules intermitentes procedentes del lado izquierdo. Un coche de policía atravesó el cruce a toda velocidad. El BMW reaccionó de inmediato, cambiando de carril para girar a la derecha y cruzando la carretera a toda velocidad para ir a la izquierda, por donde venía el otro coche de policía. El coche de policía intentó seguirle, pero iba demasiado deprisa para hacer el giro y giró de lado, esquivando por poco a otro vehículo que venía en sentido contrario.

Sands volvió a maldecir y soltó el micrófono de la radio. Se concentró en el volante y en los mandos del coche y consiguió volver a la carretera tras el BMW. Pero esta vez no respetó el límite de velocidad, sino que condujo al borde mismo del descontrol. En dos ocasiones realizó adelantamientos aterradores, invadiendo el carril contrario de la carretera y la trayectoria de los vehículos que circulaban en sentido contrario. En ambas ocasiones, los coches que venían en dirección contraria tuvieron que apartarse hacia el arcén, haciendo sonar las bocinas. Sands volvió a encender las luces azules para facilitar el adelantamiento, pero esperó a que hubiera más espacio. Mientras manejaba el volante, se acordó de lo que le había advertido su instructor de conducción de la policía, de cómo la clase de gamberros a los que podría acabar persiguiendo tenían sus propios instructores hoy en día: los juegos de carreras en sus Playstations. Según avanzaba, el BMW alargaba su ventaja.

—¿Dónde está el maldito helicóptero? —Encontró un momento para gritar por la radio, pero la respuesta la consternó.

—Está repostado. Tardará una media hora.

—Media hora es demasiado tarde.

El operador no respondió, y Sands vio cómo el BMW realizaba otro adelantamiento casi suicida, esta vez a toda velocidad hacia una furgoneta de reparto a domicilio de un supermercado. Por un segundo, pareció que no había forma de evitar una colisión, pero en el último momento posible la furgoneta giró a la izquierda, deteniéndose repentinamente contra un árbol. De alguna manera, el BMW se coló por el hueco que había dejado. Sands llegó diez segundos después, aunque a ella le parecieron una eternidad. Cuando pasó volando junto a la furgoneta siniestrada, miró hacia la izquierda para evaluar si el conductor estaba herido, y supuso que no de gravedad. No aminoró la

marcha mientras informaba por radio del accidente. Aun así, para entonces el BMW ya había desaparecido por la esquina de delante. Sands empujó el Alfa tan fuerte como se atrevió.

La carretera se enderezó. Volvió a ver el BMW y toda su atención se centró en él.

Todavía estaban en el campo, pero más adelante había una pequeña aglomeración, una calle de tiendas, un pub. Sands había pasado por allí muchas veces y creía recordar que también había otra escuela. A medida que se acercaba a los primeros edificios de las afueras, la carretera seguía recta, sabía que tenía que reducir la velocidad, pero el conductor del BMW no lo hizo. Volvió a mirar el velocímetro: esta vez iba a ciento doce por hora. En una calle con un límite de treinta. Joder. Cuando las primeras casas pasaron a toda velocidad, tan rápido que parecía que iba en un avión, vio que había aceras. Vida de pueblo. Pasó volando a una mujer que empujaba un cochecito. De alguna manera, Sands vio cómo se llevaba la mano a la boca cuando el Alfa pasó a toda velocidad. Aun así, Sands mantuvo el pie en el acelerador.

Las luces de freno se encendieron cuando el BMW redujo la velocidad para tomar la rotonda. Luego se apagaron. La carretera estaba atestada de coches, pero parecían apartarse a cámara lenta mientras el BMW derrapaba y se deslizaba, con los neumáticos chirriando. Esta vez, una furgoneta blanca de un constructor se quedó sin sitio a donde ir, y chocó con fuerza contra el lateral de otro coche. Esta vez no hubo posibilidad de que Sands diera informe, ya que ella misma llegó a la rotonda. Sabía que tenía que reducir la velocidad. Si no lo hacía habría otro accidente. Esta vez pisó a fondo el freno y redujo la velocidad lo suficiente para poder tomar la curva. Aun así, el Alfa entró volando en la rotonda y se desvió hacia el lado un instante antes de salir disparado hacia el otro. Por delante, el BMW casi se perdía de vista de nuevo. Visualizó la carretera delante de ella: una ligera subida, un tramo llano en la cima de la colina y luego una larga bajada donde, ahora se daba cuenta, había otra escuela. Parpadeó enfadada y aceleró a fondo mientras el BMW se perdía de vista por delante de ella, de nuevo a más de cien kilómetros por hora. Sands pasó entre más peatones. Dos chicas se interpusieron en la calzada delante de ella, inmersas en una conversación. Sands solo tuvo tiempo de hacer el más mínimo ajuste en su trayectoria, y fue lo justo. Un paso más y las habría atropellado a las dos. A la velocidad a la que iba, estaba a segundos de la escuela.

De repente, Sands pisó el freno y el Alfa perdió velocidad.

—No puedo seguir. —Respiró con fuerza, luego continuó por la radio—. No puedo continuar tras él . Vamos a acabar atropellando a alguien. —Sintió el tirón del cinturón de seguridad contra su pecho

mientras el pesado Alfa reducía la velocidad hasta lo que parecía nada, aunque cuando miró el velocímetro seguía marcando noventa kilómetros por hora. Redujo la velocidad otros diez kilómetros por hora, con la esperanza de que, al llegar a la cima de la colina, el BMW siguiera a la vista.

Pero cuando llegó allí, había desaparecido por completo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando los bomberos terminaron de extinguir las llamas, apenas quedaba nada del BMW que la policía científica pudiera analizar. Algo habían descubierto sobre su paradero durante los últimos días, pero nada que pudiera aportar gran cosa. El coche había sido robado dos meses antes en la puerta de una casa a las afueras de Portsmouth. El propietario admitió haber dejado la puerta de entrada abierta, lo que permitió al ladrón o ladrones entrar y coger las llaves. Ni que decir tiene que no había circuito cerrado de televisión en aquella calle. En el momento del robo, la policía pensó que el coche acabaría en algún lugar de Europa del este, probablemente Albania o Hungría, cuyas autopistas estaban repletas de coches de alta gama con matrícula del Reino Unido. En este caso, la matrícula de los restos calcinados no coincidía con la del BMW. No tardaron en descubrir que correspondía a un Renault Clio de 2004, que había pasado los dos últimos años en un viejo desguace en el que aún se permitía a los visitantes pasear solos entre los vehículos, sin vigilancia alguna.

—¿Qué sabemos? Decidme, ¿qué narices sabemos?

Las esperanzas de Sands de descansar se desvanecieron cuando se encontró en la sala de operaciones con un casi hiperactivo comisario Richard Black, paseándose arriba y abajo. Junto a ella estaban los miembros más veteranos del equipo de investigación. Beth Chang empezó a leer en voz alta las anotaciones de su cuaderno.

—Las gemelas se llaman Sky y Ocean Webb. Tienen ocho años. Se las quitaron a su padre a punta de pistola justo después de recogerlas del colegio. El padre un constructor de cuarenta y dos años, se llama León Webb. Le dispararon en la oreja, pero los médicos creen que se recuperará. Tenemos varios testigos que vieron al asaltante, pero… —Aquí Chang hizo una pausa— no se ponen de acuerdo en la descripción. El padre afirma que era alto, con el pelo rubio recogido en una coleta y la cara delgada. Sin embargo, una señora que esperaba en una parada de autobús cercana lo describió como bastante bajo, con el pelo castaño y posiblemente barba y bigote. Otro testigo afirma que podría ser asiático. Todos coinciden en que llevaba una chaqueta amarilla muy llamativa.

—Por el amor de Dios. —Black dejó de caminar—. Tenemos múltiples testigos presenciales de un secuestro a plena luz del día, ¿y eso es todo?

—Es probable que el brillo de la chaqueta interfiriera en su capacidad para recordar cualquier otro rasgo —interrumpió Sands—. Yo también estoy segura de haber visto una coleta, rubia, pero no muy clara, más bien pajizo. No vi ni barba ni bigote. Supongo que era europeo blanco, pero solo lo vi un segundo.

—De acuerdo. —Black respiró hondo como si intentara controlar su frustración—. Tiene que haber algo más. No acepto que este tipo dispare un arma en una calle llena de gente, secuestre a dos niñas y no tengamos nada que podamos usar como pista.

Se hizo el silencio. Al cabo de un rato, Sands lo rompió.

—La forma en que se llevó a las niñas, la manera de conducir, ambas son situaciones de alto riesgo. Eso nos dice algo: no está totalmente en control de lo que está haciendo. ¿Por qué? ¿Está desesperado? Si es así, ¿por qué? ¿O es que es jodidamente imprudente? Esa actitud coincide con detalles de otros casos, por ejemplo, escribió la nota en casa de Jane Smith de forma apresurada con letra descuidada.

—El disparo de Lindham no fue descuidado. Fue profesional. Planeado.

—Tal vez, pero si estuvo sentado en su coche en la puerta de la casa de Lindham esperando a que llegara del trabajo, lo podrían haber visto. Tuvimos la mala suerte de que nadie lo hiciera. Aun así, aquello fue un riesgo considerable.

—Entonces, ¿le gusta arriesgarse?

—A veces. Pero en esta ocasión utilizó un coche robado hace dos meses, con matrícula falsa que podría haber robado mucho antes. Debemos asumir que tenía otro vehículo esperando donde dejó el BMW. Eso es mucha preparación cuidadosa. Hay una tensión que necesitamos entender. Tenemos que desarrollar una teoría que encaje con esa contradicción.

Black escuchó. No parecía muy convencido, pero asintió con la cabeza.

—Continúa. ¿Cómo harías para desarrollar dicha teoría?

Sands sintió los ojos de todos en la sala puestos en ella. Se suponía que era la investigación de Jameson, pero este apenas había dicho una palabra.

—Robó el BMW hace dos meses. Es un coche distintivo, en un color llamativo. Tiene que haber estado guardado en algún sitio. Tenemos que hacer un llamamiento público para averiguar dónde. Luego, deberíamos organizar que todos los que lo vieran durante el secuestro, o después, incluida yo, realicen retratos robot. Entre todos los retratos quizá seamos capaces de reconstruir su aspecto de manera fiable. Después lo publicamos. Puede que alguien pueda ponerle un nombre, o situar el coche.

Se hizo el silencio mientras los agentes reunidos reflexionaban.

—Vale. Bien. —Black miró a Jameson, pareciendo recordar que se suponía que era él quien dirigía la investigación—. ¿Qué más?

Jameson respiró hondo.

—Tenemos un informe preliminar de balística. Todavía no han podido recuperar la bala, pero el casquillo es del mismo tipo que los utilizados en los asesinatos de Lindham, y hay marcas que sugieren que fue disparada con la misma arma. Así que estamos buscando si hay alguna conexión entre la familia de las gemelas y John Lindham.

—¿Sigues pensando en el crimen organizado?

Jameson dudó.

—Era nuestro escenario más probable. Ahora, no estoy tan seguro.

Black se frotó la cara con una mano, rascándose la piel. Se volvió hacia Sands.

—¿Qué hay del profesor de matemáticas? ¿Ha conseguido algo con el código ese supuestamente enviado a Charles Sterling?

—Todavía nada. —Sands negó con la cabeza.

—Llámalo. Sea cual sea el plazo que le diste, se acaba de reducir drásticamente.

Sands consideró si debía transmitir la advertencia de Robbins de que el código, si existía, podía ser imposible de descifrar.

—Sí, jefe. —Hizo una pausa antes de continuar—. Hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—La fecha está mal.

—¿Mal? —Black entrecerró los ojos.

—Según el aviso de Charles Sterling, el próximo crimen debería ser este viernes. Sterling nos dijo que esta vez «vería doble». En ese momento no lo sabíamos, pero ahora se puede tomar como una referencia a las gemelas. Sin embargo, las han secuestrado hoy, martes. Pensamos que el atacante ha planeado esto durante meses, tal vez más y, sin embargo, o se ha equivocado o está acelerando su propia línea de tiempo. ¿Por qué?

—A lo mejor no se ha equivocado. —Fue Jameson quien contestó, con cierto menosprecio.

—¿Qué? —A Sands le irritó el tono—. Explícate.

—Tal vez Sterling se equivocó. ¿Quizás el tipo le está contando mentiras porque sabe que al final descubriremos cómo se comunican? Tal vez todo esto es solo una gran distracción, algo diseñado para hacernos perder el tiempo. Dios sabe que estamos perdiendo tiempo y agentes revisando las malditas cartas de Sterling.

—Tal vez. —Sands sonaba dudosa. Permaneció callada un rato y luego se levantó bruscamente de su asiento. La sala de reuniones en la que estaban tenía su propio portátil, conectado a un proyector. Sands

lo encendió.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Black.

—Estoy comprobando algo. —Tuvo que esperar hasta que el ordenador arrancara, así que continuó hablando—. Recibí un mensaje de la prisión de Highmoor. Han encontrado la dirección de una página web escondida en la celda de Sterling. La tenía guardada en una biblia, pero debía de saber que la encontraríamos. Lo que quizás significa que quería que la encontráramos...

El ordenador se había cargado y Sands abrió un navegador. Empezó a escribir en la barra de direcciones, añadiendo de memoria los números que Sterling había utilizado.

—Cuando lo comprobamos en la prisión, no había nada más que una precaria animación —continuó Sands—. Un mensaje que decía «¡Estad atentos!». —Terminó de teclear—. Ya está.

Esta vez la página web se cargó de forma diferente. En lugar de la animación, aparecía lo que parecía ser la señal de una cámara de vídeo en el lado izquierdo. Solo Sands estaba lo bastante cerca del portátil para verlo con claridad por lo que bajó la pantalla del proyector de la pared del fondo. Ahora todos podían ver exactamente lo que mostraba el portátil. Una cama. En ella había dos chicas casi idénticas. Tenían las manos atadas a la espalda y la boca tapada con cinta adhesiva. Unas gruesas correas negras las sujetaban a la cama, pero de vez en cuando una de ellas hacía un pequeño movimiento con la cabeza o los brazos.

—Ay Dios —murmuró Black—. Por favor, no.

Junto a la imagen había un reloj digital con una cuenta atrás de cuarenta horas y treinta y cinco minutos. También aparecían los segundos, descontando uno a uno.

—¿Cuarenta horas hasta qué? —preguntó Black.

Había un elemento más en la página, un pequeño signo de interrogación subrayado, como si fuera un enlace. Sands situó el puntero del ratón sobre él y pulsó el botón con cautela. El signo de interrogación desapareció y en su lugar aparecieron cinco líneas de texto: Aquí podéis ver

A las gemelas yacer
Pero el tiempo está a la huida
Cuando acabe, la gemela fallida
Será la primera en **perecer**.

—Dentro de cuarenta horas es el viernes al mediodía —anunció Sands de manera sombría—. No ha acelerado, el viernes es cuando las va a matar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

De repente, la comisaría fue un no parar de movimiento. A Sands le pareció un poco frenético, como si la dirección que ahora tomaba el equipo de investigación era de moverse por no estar parados. No era más que una respuesta de pánico que no llevaría a la identificación del hombre que había secuestrado a las gemelas antes de que se agotara el tiempo. Se encerró en su despacho, intentando dar sentido al poema que acababa de leer, a la página web y a la muerte de Lindham. Necesitaba saber cómo encajaba todo. Pero lo único que se le ocurrió fue la idea de que Robbins podría ser capaz de descifrar el código a tiempo. Si lo hacía, podrían encontrar al culpable. Podría incluso llevarlos directamente a donde estaban retenidas las gemelas. Pero a pesar de que seguía llamándolo por teléfono, no contestaba. Al cabo de un rato se dio cuenta de que eran más de las diez de la noche, la comisaría estaba por fin tranquila.

A la mañana siguiente volvió a llamar varias veces, pero no obtuvo respuesta. A las nueve en punto, decidió ir en persona, recogiendo de nuevo a Golding de camino al aparcamiento. Llegaron al antiguo patio de la escuela poco antes de las diez y, una vez más, Sands llamó al timbre del apartamento de Robbins. Nadie vino a la puerta y cuando Golding se apartó para ver si había luces encendidas, negó con la cabeza.

—¿Dónde narices se habrá metido? —protestó Sands en voz alta, más para sí misma que para nadie. Se sorprendió cuando una voz respondió. Procedía de la puerta de al lado, que se había entreabierto.

—Si buscan al doctor Robbins está tomando su baño diario. —Era la señora Hartley, el ama de llaves que les había servido el té en la última visita.

Sands volvió a mirar hacia las ventanas del piso de arriba, donde supuso que debía de estar el cuarto de baño.

—No, ahí no. —Hartley vio hacia donde miraba Sands—. El doctor Robbins se baña afuera todas las mañanas. En la charca. Se acaba de marchar.

Sands tardó un momento en comprender lo que había dicho la mujer.

—¿Qué charca?

El ama de llaves señaló hacia el mar que se encontraba a unos ochocientos metros de distancia a través de unos campos.

—La charca marina. Si sigues ese camino, llegarás a *Dancing Ledge*. Allí hay una charca excavada en la roca. El doctor Robbins la visita a diario.

Golding dio un suspiro.

—¿Sabe cuánto tardará en regresar? —preguntó, un poco irritado. Pero Sands no dio tiempo a la mujer a responder.

—No pasa nada, vamos a buscarlo.

Se dio la vuelta para cerrar el coche y se puso en marcha, suponiendo que Golding la seguiría. Cuando lo hizo, parecía confuso.

—Ya he estado aquí antes.

—Ya lo sé, vinimos la semana pasada.

—No. Quiero decir que vine aquí de pequeña. Solíamos aparcar justo ahí. —Atravesaron un pequeño aparcamiento que estaba detrás de la vieja escuela. Más allá había un camino que atravesaba un campo que llevaba al mar—. No lo reconocí hasta que mencionó la charca.

Golding miró hacia donde ella señalaba, parecía esperar más información, pero ella no se la dio.

Atravesaron un campo, que conducía a una antigua granja de piedra, y luego otro campo, y entonces la vista se abrió ante ellos. El camino descendía por una colina verde y frondosa en dirección al mar, de modo que parecía que bajaban por el interior de una enorme media cuenca. En la parte inferior, justo a punto de saltar por encima de un peldaño que salvaba un muro de piedra seca, vieron la alta figura de Robbins. Estaba demasiado lejos para gritar, aunque Golding lo intentó.

Sands iba mejor vestida para el resbaladizo camino de bajada, sus botas le daban algo de agarre y no le preocupaba que el barro le manchara los vaqueros. Golding, sin embargo, parecía fuera de lugar con su traje de chaqueta. Ella fue la primera en llegar al pie de la colina, donde se detuvo para estudiar el paisaje. En el camino de bajada, *Dancing Ledge* había permanecido oculto, pero ahora había quedado al descubierto. Era una plataforma natural escalonada de roca, cuyo fondo erosionaban las olas. Encima, las canteras, abandonadas ya hacía tiempo, habían excavado la ladera. Era el sitio perfecto para media docena de escaladores que se abrían paso por rutas marcadas en la roca. El único sonido que llegaba era el del oleaje y el tintineo metálico de los mosquetones.

Sands se quedó rígida, apretándose una mano a cada lado de la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Golding, resoplando un poco, cuando se hubo puesto a su altura.

Al principio no contestó, sino que miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Sí.

Sus ojos se posaron ahora en la charca que se encontraba en el escalón más bajo de los salientes rocosos. Era aproximadamente rectangular y no muy grande, pero el agua de su interior, perfectamente quieta, era de un hermoso verde esmeralda. Mientras miraban, Robbins llegó al borde y posó su bolsa. Parecía que Golding iba a gritar de nuevo, pero Sands extendió una mano para detenerlo.

—No. Bajemos.

Golding la miró, claramente irritado por el cambio de carácter, pero ella ya iba en cabeza, bajando por el sendero rocoso que conducía a la parte superior de la plataforma. Allí estaban los escaladores, abriéndose paso por las rutas del semicírculo de acantilados que ahora los rodeaba. Sands parecía saber exactamente por dónde ir y se dirigió hacia adelante hasta donde era posible bajar por más rocas a la plataforma inferior. Cuando llegaron a la charca, el doctor Robbins se había quitado la ropa y se quedó solo con un ajustado bañador. Para tener más de sesenta años, estaba en buena forma. Su piel negra brillaba bajo la débil luz del sol y sus extremidades eran musculosas. Se percató de la presencia de los inspectores y se detuvo antes de entrar en el agua.

—Inspectora Sands, subinspector Golding. ¿Qué les trae por aquí?

Golding parecía esperar que Sands respondiera, pero cuando no dijo nada se vio obligado a contestar él mismo. Abrió las manos, expectante.

—No nos devuelve las llamadas. Necesitamos saber si ha hecho algún progreso con el código.

Robbins pareció decepcionado.

—Entonces, ¿no han venido a disfrutar de la belleza de este lugar?

Golding miró a Sands, anticipando compartir una mirada frustrada, pero ella miraba a su alrededor, como si quisiera seguir el consejo de Robbins y apreciar el entorno.

—En realidad no tenemos tiempo para admirar las vistas —dijo Golding con una clara vena de sarcasmo—. Estamos buscando a un asesino, que como ya habrá visto en la televisión ha secuestrado a dos gemelas.

—Sí, lo he visto. Pero siempre hay que hacer tiempo para admirar la naturaleza. Yo vengo aquí todos los días. Llueva o haga sol. Me mantiene la cabeza despejada. —Miró a Sands—. ¿Se bañan? Ya que están aquí… —Extendió una mano para indicar el agua que había junto a él. En una parte parecía lo bastante poco profunda como para hacer pie, en la otra era más profunda. Pero en toda su longitud era tan clara que el fondo se veía perfectamente, mostrando vetas de algas que añadían color a las rocas.

—No lo creo —intervino de nuevo la voz de Golding, claramente

enfadado ahora—. Y quizá podría saltarse su sesión hoy, dadas las circunstancias, porque de verdad necesitamos…

—Yo sí —interrumpió Sands con los ojos puestos ahora en el doctor Robbins.

Golding se quedó de piedra.

—Jefa…

—He dicho que sí. —Se quitó el abrigo y lo posó sobre el suelo de roca que no era plano, sino de pequeñas formas circulares, como la superficie de la luna. Cuando Golding miró más de cerca, dio un respingo.

—Son amonites —explicó el doctor Robbins con una sonrisa al tiempo que trazaba con el dedo el perfil en el rocoso suelo—. Hace 200 millones de años, estos mares estaban repletos de ellos. Cambia la perspectiva de nuestras preocupaciones cotidianas, ¿no les parece?

Golding no contestó y bajó la voz mientras se volvía hacia Sands, que se estaba quitando las botas.

—Jefa, ¿tienes... algo que ponerte?

—No —respondió ella, desabrochándose los vaqueros y bajándoselos por las caderas.

Golding retrocedió, con una expresión de incomprensión en el rostro. Pero mientras él hacía un esfuerzo por apartar la mirada, el catedrático no lo hacía. Se quedó de pie, casi desnudo y observó a Sands desvestirse hasta quedar en ropa interior. Luego dobló cuidadosamente su ropa.

—¿Qué es eso? —Señaló una cicatriz blanca que le cortaba el costado de la cintura.

—Una herida de bala. ¿Vamos?

—Tenga cuidado, esta parte está resbaladiza —advirtió Robbins. Le ofreció una mano al entrar en el agua, pero Sands no la cogió. Él fingió no darse cuenta—. Llevo años nadando aquí. Casi siempre solo. Pero en los últimos años se ha puesto de moda y viene más gente a nadar, excepto en esta época del año, claro.

Robbins esbozó una sonrisa irónica.

—El truco con el frío es la respiración. —Cerró los ojos un momento y se impulsó desde el borde hasta la parte más profunda de la piscina. No jadeó, sino que respiró hondo un par de veces y enseguida volvió a respirar con normalidad, aparentemente inmune a la temperatura. Se dio la vuelta y se puso de pie en el agua mientras observaba a la inspectora.

Sands se metió en el agua hasta las rodillas y sintió cómo el frío le mordía la piel. El viento era suave, pero suficiente para refrescarle aún más los hombros y la espalda. Respiró hondo y se sumergió en silencio. Inmediatamente, sintió el agua helada a su alrededor, pero se obligó a permanecer bajo el agua, abrió los ojos y comenzó a nadar

junto a las piernas pataleantes de Robbins. Observó cómo se deslizaban las rocas, sintió que las resbaladizas cintas de algas la tocaban. Estiró la mano y se agarró a un saliente redondeado de roca para que su flotabilidad no la arrastrara hacia la superficie. El frío seguía invadiéndola, pero su intensidad se aflojaba, sustituida en su lugar por un extraño entumecimiento. Miró a su alrededor, observando los rayos de sol que bailaban en las escarpadas paredes rocosas de la charca, y sintiendo cómo el frío, paradójicamente, empezaba a ser cálido, a casi quemarle la piel. Finalmente, con los pulmones irritados por la falta de aire, salió a la superficie en el extremo más alejado de la piscina.

Robbins estaba nadando largos con una elegante brazada cuando ella apareció. Continuó como si su relato no solicitado no hubiera sido interrumpido.

—Quizá le parezca natural, pero esta piscina tiene una historia muy interesante. —Separó el agua con las manos de forma casi reverencial—. El director de la escuela que ahora es mi casa hizo explotar la roca con dinamita. Entonces era una cantera. La piedra que sacaron de aquí se encuentra hoy en la catedral de San Pablo, en Londres.

Sands miró a su alrededor y echó un vistazo a Robbins cuando pasaron por la mitad de la piscina. Cuando llegó al extremo menos profundo, tanteó el fondo con los pies, se dio la vuelta y recorrió otro tramo.

—James Bond fue alumno —sonrió Robbins—. Bueno, el autor Ian Fleming al menos. Por lo visto, no le encantó ya que había una ética bastante austera, pero creo que a mí me habría gustado. —Se sumergió en el agua y, durante un largo rato, reinó el silencio. Solo se le veía patalear como una gran rana negra mientras nadaba de un lado a otro bajo el agua cristalina. Cuando emergió a la superficie, en el extremo menos profundo, empezó a salir de la charca, respirando ahora con más dificultad. Sands le siguió.

— En esta época del año es peligroso permanecer demasiado tiempo —explicó. Estaba sin aliento y empezó a secarse con una toalla, que luego entregó a Sands para que la utilizara—. Aunque el paseo de vuelta tiende a calentar a uno.

Una vez vestidos, el catedrático comenzó el ascenso de vuelta, sus manos y pies se dirigían con facilidad a los puntos de apoyo bien desgastados en la roca hasta que llevaban al camino en la plataforma superior. Allí, señaló los lugares donde los escaladores habían fijado pernos metálicos permanentes en la roca de los acantilados que los rodeaban. Sands miró a su alrededor con interés mientras Golding la observaba, al parecer todavía confuso por lo que estaba pasando. Los escaladores trabajaban lentamente por parejas, uno subiendo con paso

firme por la escarpada cara de la roca, mientras el otro hacía rápel con las cuerdas por debajo.

—Pero no podemos quedarnos aquí todo el día —dijo Robbins al fin—. Querrán saber qué pasa con el código.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cuando llegaron a la casa, Robbins llamó al ama de llaves y le pidió que trajera tres tés calientes. Lo tomaron en la biblioteca y Robbins ofreció a Sands darse una ducha. Sands se negó, pero con recato, lo que hizo que Golding la mirara con ansiedad, al parecer esperando el momento en el que su jefa perdiera la paciencia. Parecía haber adquirido una calma casi preternatural desde la visita a la charca de *Dancing Ledge* y se contentó con dar un sorbo a su taza mientras el catedrático les hablaba del pueblo y sobre cómo antaño los canteros que allí vivían cortaban las piedras del acantilado y las transportaban en barco en los días de calma. Solo cuando terminó el té, Robbins se levantó y sugirió que se desplazaran a su estudio.

Aquella era otra habitación bellamente decorada, a la que se accedía subiendo un tramo de escaleras, y que contaba con otra impresionante vista de los campos y el mar. En las paredes había estanterías con libros forrados de cuero y más fotografías de Robbins junto a grandes celebridades. Sin embargo, cierto desorden hacía acto de presencia. Encima del antiguo escritorio había un ordenador de sobremesa anticuado, y libros y papeles amontonados por todas partes.

—Siéntense, por favor. —Indicó dos sillas de madera delante del escritorio y escogió la de cuero que había detrás para él. Se giró para observarlos—. Entonces, vamos a ver ese código.

Tenía el artículo preparado delante de él y lo estudió un momento antes de señalar la matriz de la segunda página.

—Lo que tenemos aquí, si tomamos el documento al pie de la letra, es una lista de números pseudoaleatorios. Es decir, números aparentemente aleatorios, pero generados por un algoritmo. Sin embargo, sospechamos que estos números son en realidad un alfabeto cifrado y, por tanto, no son aleatorios en absoluto. Necesitamos descifrarlo para obtener el texto sin cifrar, lo que llamamos el alfabeto llano. ¿Hasta aquí todo claro? —Miró a Sands, quien no parecía estar escuchando, sus ojos fijos en la vista que había fuera de la ventana y el ceño fruncido, como perdida en sus pensamientos. El catedrático la miró con curiosidad y luego dirigió su atención a Golding.

—Todo claro —confirmó este—. Continúe, por favor.

—Muy bien. Cuando acepté esta tarea me imaginé que sería algo relativamente sencillo. Sabemos que Sterling no tiene acceso a un

ordenador, lo cual reduce drásticamente las posibles técnicas de cifrado que podría haber usado. Seguramente estaremos tratando con un cifrado manual, algo que el codificador puede implementar usando lápiz y papel. Eso descarta el cifrado asimétrico y todo lo que requiera un poder computacional significativo. Debo admitir que me ha resultado muy entretenido volver a intentar descifrar un código a la antigua usanza. Empecé buscando patrones en el código, grupos de números que se repiten. Estas repeticiones, o «chuletas» podrían darnos una pista sobre la longitud de la clave, como sucede en el código Vigenère.

Señaló la hoja de papel con la cuadrícula de números y mostró a Golding dos lugares donde los dígitos corrían secuencialmente 4, 5, 6, y otro 12, 13, 14.

—Pensé que estos dígitos podrían indicar la palabra clave utilizada para codificar el texto. Pero nada… —levantó las manos—. A continuación, me centré en el análisis de frecuencias. Incluso consideré el uso de códigos complejos en los que la frecuencia de los símbolos suele coincidir con la frecuencia de las letras en el idioma del texto original. En inglés, por ejemplo, la letra «e» es la más común, seguida de la «t», la «a» y así sucesivamente. Este método puede ser increíblemente eficaz para cifrados de sustitución simples. Pero de nuevo, no encontré nada. Lo que me llevó al mundo de los cifrados por transposición. Son métodos que desordenan el orden del texto llano sin alterar los caracteres en sí… —Sacudió la cabeza—. No hubo suerte. Así que pasé algún tiempo explorando si esto pudiera ser un cifrado nulo de algún tipo. En ese caso, el mensaje real se oculta en el texto sin formato y el resto del texto sirve como una especie de cortina de humo.

Hizo una pausa, de nuevo parecía confuso por la aparente falta de atención de Sands.

—¿Se encuentra bien, inspectora?

Ella no contestó y Golding la miró antes de responder él mismo.

—Por favor, continúe. ¿Se trata de un cifrado nulo?

—No. —Robbins soltó una ligera carcajada—. Debe recordar que este ha sido mi primer análisis. Hay una gran cantidad de cifrados manuales, pero creo que puedo decir con cierta certeza que este no es uno de ellos. —Se detuvo, se recostó en su silla y esperó.

Ahora Golding también frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué está diciendo? ¿Solo son números? ¿No hay ningún mensaje secreto?

—No, no. El contenido del artículo adjunto deja bien claro que hay algo que encontrar.

—¿Pero no puede encontrarlo?

—El mensaje no parece estar protegido por ningún cifrado manual

tradicional, e incluso Charles Sterling sería incapaz de realizar a mano los cálculos necesarios para descifrar un protocolo de curva elíptica. Así que, debo admitir que durante un tiempo, estuve confuso. Es evidente que hay algo aquí, y es algo que no requiere un ordenador para descifrarlo. Entonces, ¿qué podría ser?

A Robbins le brillaban los ojos. Su atención estaba fija ahora en Golding, su público, y estaba disfrutando.

—Me rindo. Esperábamos que usted nos lo dijera.

—Es un cifrado por libro —dijo Sands de repente. Tanto Robbins como Golding se volvieron para mirarla.

—¿Un qué? —preguntó Golding.

—El mensaje está protegido por un libro cifrado.

Robbins parecía decepcionado, pero inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Muy bien, inspectora Sands. ¿Asumo que les dio este artículo a otros expertos en criptoanálisis, aparte de mí?

—No. Me di cuenta en cuanto entramos.

Ahora, Robbins parecía confuso. Abrió la boca para replicar, pero no tuvo tiempo de hacerlo antes de que Sands volviera a hablar. Parecía haber vuelto su atención a la sala.

—Tiene el escritorio lleno de libros. ¿Qué otra cosa podría ser?

Hubo un silencio y entonces Robbins empezó a reír, un sonido fuerte y estruendoso.

—Un momento, por favor —interrumpió Golding—. Me doy cuenta de que esto tiene mucho sentido para ambos, pero ¿podría alguien decirme qué es un cifrado por libro?

Sands volvió a su silencio pensativo y Robbins pareció encantado de continuar con su explicación.

—Un cifrado por libro es un sistema criptográfico en el que la clave para descifrar el mensaje es un libro o un fragmento de texto específico que poseen tanto el emisor como el receptor. El mensaje cifrado consiste en una serie de números, cada uno de los cuales hace referencia a una palabra o a una letra del texto clave. Puede ser cualquier cosa, desde un libro común, un poema o incluso un artículo de periódico.

—Ya veo… —Golding parecía no haberse enterado—. ¿Eso es bueno?

Robbins levantó las manos encogiéndose de hombros.

—No tiene ningún valor intrínseco, subinspector. Simplemente se refiere a que los números del mensaje codificado no guardan relación alguna con la frecuencia de las letras o palabras del texto en claro. En su lugar, se relacionan con la posición de las palabras o letras en el texto clave. Esto hace que el análisis de frecuencia, o cualquier otro método común de criptoanálisis, sea casi completamente ineficaz.

Robbins parecía esperar que esta explicación fuera suficiente, pero Golding seguía con cara de confusión. Entonces Robbins volvió a coger la cuadrícula de números.

—Mire este primer número: 27281. Si se trata de un cifrado por libro podría significar que hay que mirar en la página 27, línea 28 y la palabra número uno. Por supuesto, hay variaciones. Podría ser necesario invertir el orden, mirando en la página 18, línea 27, palabra número dos. ¿Entiende la esencia?

—Creo que sí —asintió Golding—. Entonces, ¿son buenas noticias? ¿No?

Robbins se quedó un momento en silencio, pensativo.

—Depende. Históricamente, los cifrados por libros han sido unos de los más difíciles de descifrar, y en varios casos nunca se han descifrado, ni siquiera con nuestros modernos ordenadores. Están protegidos por la enorme cantidad de textos clave posibles: hay miles de millones de libros, textos, artículos, poemas, publicados y no publicados. Pero tienen una debilidad notoria. —Agitó una mano sobre las pilas de libros que había sobre el escritorio—. Si se descubre el texto utilizado, se pueden descifrar.

Golding volvió a mirar a Sands, no parecía contenta.

—Entonces, ¿con qué textos ha probado?

—Las posibilidades son infinitas. Hay ciertos tipos de textos que se han asociado tradicionalmente con cifrados por libros. ¿Habrá oído hablar del cifrado Beale? La localización de un enorme tesoro fue descubierta usando la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Dado que estamos tratando con Charles Sterling, he probado con varios documentos matemáticos. —Señaló una pila de textos cerca de donde estaba sentada Sands—. Pero aún no ha habido suerte. Sin embargo, lo que podría ser un caso perdido con un individuo normal cambia, creo, al estar Sterling en prisión. Solo tendrá acceso a un subconjunto muy limitado de textos y debería ser posible comprobarlos todos. Lo que necesito de ustedes dos ahora es una lista de todos los textos en su celda y de cualquier otro al que haya podido tener acceso. Si puede conseguirme esa información entonces confío en tener éxito. —Robbins sonrió ampliamente y Sands cogió las primeras hojas de la pila de papeles matemáticos. Se dio cuenta de que el primero era el documento del que Robbins había sido autor, que sentó las bases para el desarrollo de las criptomonedas y le hizo ganar una fortuna. Lo dejó de nuevo sobre el escritorio y volvió a mirar por la ventana durante unos instantes.

—De acuerdo. Le pondremos en contacto con el director de la prisión. —Sands inclinó la cabeza hacia Golding—. Tenemos que irnos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Golding esperó a que estuvieran casi en la comisaría antes de decir nada.

—¿Estás bien? Pareces un poco distraída.

Sands no contestó, dándole la razón.

—Tiene buena pinta ¿no? Parece que tenemos posibilidad de encontrar el texto, y entonces podremos leer cualquier información que Sterling haya recibido.

De nuevo no respondió a su pregunta, pero esta vez se sinceró.

—Hay algo que no me gusta de Robbins.

Golding enarcó las cejas.

—¿En serio? Pues tú le gustas.

Sands se giró hacia él con brusquedad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Le gustas, o le interesas, o algo así.

No dijo nada y se limitó a mirarlo con el ceño fruncido.

—No sé. Quizá a la gente lista le gusta la gente lista. ¿Por qué dices que no te gusta?

—No estoy segura. Tal vez estoy dándole más importancia de la que tiene.

—¿A qué?

Sands volvió a dudar. Ya estaban en la comisaría, pero en lugar de entrar en el aparcamiento se quedó bloqueando la carretera.

—Hay algo que tengo que hacer. ¿Me acompañas?

—Claro.

Miró por los retrovisores y volvió a arrancar. Esta vez condujo más rápido. Golding no preguntó a dónde iban, se limitó a esperar.

Sands recorrió en coche la corta distancia que la separaba de su apartamento. Pensó en decirle a Golding que esperara en el coche, pero él ya se había bajado así que subieron juntos las escaleras hasta su piso. En el interior, se dirigió a uno de los dormitorios que tenía como despacho. Abrió un archivador y rebuscó en las carpetas. Por fin encontró lo que buscaba, un sobre marrón sin marcar. No estaba cerrado y sacudió el contenido en su mano: una llave vieja y pesada. Se quedó mirándola un rato y luego la metió en el bolso.

—Vamos.

Esta vez el viaje fue más largo, primero hacia Southampton y luego hacia el bosque. Hacía muchos años que no iba, pero no había peligro

de perderse, ni siquiera cuando condujo su coche por caminos rurales cada vez más estrechos, pasando junto a viejos árboles cuyas hojas se tornaban rojas y doradas. Al rato, se desvió por una carretera que no era más que un camino embarrado y pasó con el Alfa por baches llenos de agua marrón lechosa. Se detuvo frente a un largo edificio de piedra. Uno de los extremos estaba claramente habitado, aunque tenía el aspecto bonito pero básico de una propiedad de vacaciones, o de una utilizada para alquileres de corta duración. El otro extremo tenía las puertas altas y anchas típicas de un granero. No había más edificios alrededor. A un lado había árboles, robles altos y maduros, fresnos y hayas. Al otro, un amplio claro cubierto de hierba donde pastaban algunos de los famosos ponis del bosque.

—Solía vivir aquí —dijo al cabo de un rato—. Cuando mi madre y mi hermana murieron, una mujer llamada Dorothy Hodges, amiga de mi madre, me acogió.

No había otros vehículos en el aparcamiento de la casa y Sands se acercó a la ventana del piso inferior y miró hacia dentro, protegiéndose los ojos. No había nadie dentro, pero el lugar estaba impecable, presumiblemente a la espera de un nuevo grupo de huéspedes.

—No tenía hijos y yo no... no sabía cómo afrontarlo. No fui precisamente fácil. —Sands dejó que su mente retrocediera a los años posteriores a la detención de su padre, los meses del juicio. Recordó los cambios de humor que padecía, la depresión. La cruda agresividad. Pasaba horas muertas en su nuevo dormitorio, a veces días enteros, negándose a salir a comer, por lo que Dorothy dejaba comida delante de su puerta, rogándole que se la comiera. Luego, cuando por fin salía, estallaba con una furia animal a la menor provocación, rompiendo platos y vasos en la cocina, rugiendo y sollozando sin parar. Hubo tiempos mejores. Acabó matriculándose en la escuela local, pero también hubo muchas peleas. Empezó a provocar incendios, declarando que quería que el mundo ardiera. Al final, Dorothy Hodges admitió que la hija de su amiga asesinada era demasiado para ella, demasiado difícil. Expulsaron a Sands por segunda vez. Poco después falleció Hodges de un cáncer hasta entonces inadvertido. Sands también se culpaba por eso. En el funeral sintió cómo los demás también la culpaban.

Se apartó de Golding, no quería que viera lo mucho que le afectaba estar aquí. Se dirigió al otro extremo del largo edificio. Esta parte parecía casi abandonada, aunque las puertas del granero, de madera maciza y pesada, tenían un mantenimiento básico. Buscó la llave en el bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Tuvo que tirar con fuerza de la puerta para abrirla, la hierba y la tierra de la base habían crecido demasiado como para permitir que la

parte inferior de la puerta se deslizara sobre ella, por lo que apartó a patadas la tierra con el lateral de la bota. Al cabo de un momento, Golding se unió a ella y pronto la despejaron. Entonces Sands abrió la puerta del todo. No se molestó en buscar una luz en el interior, sabía que no había ninguna. En su lugar, encendió una linterna que sacó del bolsillo de su abrigo. En el interior, amontonado y cubierto de polvo en algunos lugares, el espacio estaba lleno de muebles, cajas y cofres viejos.

—Cuando Sterling fue detenido, registraron la casa buscando pruebas de a quién más podría haber matado. Pero después de la condena todo fue devuelto. Yo vivía aquí entonces, y Dorothy tenía espacio, así que todo se amontonó aquí, en el granero. —Sands alargó una mano y tocó una cómoda de madera oscura. Era de su antiguo pasillo, y por un instante se sintió allí, siguiendo a su madre a la salida del colegio, discutiendo de todo y de nada con su hermana.

—Cuando condenaron a Sterling a cadena perpetua, el juez ordenó que todos sus bienes fueran para mí. La casa y sus inversiones, que habían ido bien. No se me permitiría gastarlo sin el acuerdo de un abogado, hasta los dieciocho años, pero cuando Dorothy murió pensaron que sería buena idea que comprase esta casa. Significaba que nada de esto tendría que ser perturbado. Supongo que era lo más fácil para todos. —Apartó la mano de la cómoda y la inspeccionó, observando la suciedad, el polvo y la decadencia que allí se producía.

—Ahora me lo gestiona una empresa. Se encargan de alquilar la casa de al lado, y todo lo demás... Con eso se cubren todos los gastos sin que yo tenga que hacer nada. Ni siquiera he venido en varios años.

Golding se quedó callado.

—No sé por qué. No sé por qué sigo guardando todas estas pertenencias. Debería limpiarlo. La casa seguramente valdría una fortuna si la arreglara. —Intentó sonreír, pero la sonrisa se desvaneció cuando volvió a encender la linterna. La luz se posó en un cuadro que solo estaba medio cubierto por una sábana de polvo. Había estado colgado sobre la chimenea del salón de la casa de los Sterling. Ahora, la parte expuesta parecía dañada por la humedad, posiblemente por insectos—. No me atrevo a deshacerme de todo esto.

Con eso, Sands pareció cambiar de humor. Apartó la luz de la linterna del cuadro y volvió a rodear el lugar. Se adelantó, eligiendo cuidadosamente una ruta a través del granero.

Había cajas apiladas desde el suelo hasta el techo. Había camas, un sofá que hacía tiempo había servido de nido y que ahora estaba cubierto de guano seco, palos y musgo. El tocador de su madre. El espejo curvo estaba roto. A su lado había una tetera. Un recuerdo afloró en la mente de Sands.

—Ayúdame a mover esto.

Levantaron el cofre y lo llevaron a una mesa que estaba lo bastante cerca de la puerta como para que Sands ya no necesitara la linterna. Abrió la tapa, las bisagras protestaron tras años sin moverse.

Dentro había periódicos, amarillentos por el tiempo. Sands hurgó en ellos y sacó un plato de una vajilla. Al principio solo lo recordaba vagamente, pero luego le vino a la memoria. Alguien debió de darse cuenta de que eran de buena calidad y pensó que Erica querría conservarlos para cuando se hiciese mayor. Por un segundo vio a su yo adolescente, tirando platos a la ventana de la casa de al lado. Tal vez la señora Hodges los hubiera apreciado más de lo que la propia Erica jamás lo haría. Con cuidado, lo colocó sobre la mesa y luego revisó el resto de la caja, pero solo encontró más platos.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a su alrededor. Esta vez vio una mochila verde oscuro. Se acordó de ella de inmediato y, al abrirla, encontró un revoltijo de cuerdas: el viejo equipo de escalada de su padre. Ahora se movía deprisa, de repente familiarizada con el espacio y su contenido por el que había deambulado muchas veces de adolescente. Junto a la mochila había dos maletas que contenían su ropa. Las chaquetas y los zapatos que había llevado en su vida académica. Las pasó de largo y siguió adelante. En el fondo de la habitación había una bicicleta, luego otra: la suya y la de su hermana. Más mesas y sillas. Otro sofá, y luego los dos sillones que hacían juego. Otra pila de cajas. Se acercó con más cautela, sabiendo que esta vez estaba cerca.

La primera caja contenía solo libros. Durante unos instantes sacó algunos: novelas que le habían gustado a su madre. Relatos de viajes, historias de aventuras que había leído su padre: expediciones al Himalaya o aventuras de navegación a través de los océanos. También había libros para niños. Pensó en las palabras de Robbins sobre el código de los libros, pero no había ningún motivo para sospechar que esos libros, entre los cientos que había ahí, fueran los que había utilizado el asesino. Los devolvió y pasó a la siguiente caja.

Por fin encontró lo que buscaba.

Sus padres habían sido fotógrafos a su manera. Era la época anterior a las cámaras digitales, en la que había que revelar las películas o enviarlas a un laboratorio, y los paquetes de fotografías volvían por correo una semana después. Su madre las ordenaba en álbumes, uno o dos por año. Sands recordaba haberlas hojeado antes de que todo ocurriera. Abrió el álbum de arriba, pero al parecer no estaban en cajas ordenadas. Había fotos de su madre, más joven de lo que la recordaba, sonriendo mientras sostenía a la pequeña Erica. Pasó las páginas para ver a Sterling, sonriendo y riendo mientras su pequeña aprendía a andar. Sands tragó saliva y siguió adelante.

Hurgó más en la caja, sabiendo que necesitaba saltar unos cuantos

años hacia adelante, pero no demasiados. Se dio cuenta de que su madre había etiquetado los lomos de los álbumes con el año, y así pudo saltar directamente al periodo de tiempo que quería: 1991. Cuando ella tenía cuatro años. Su hermana era dos años menor.

Sacó el álbum fuera y se sentó en un banco de picnic del bonito jardín, ignorando la humedad del asiento.

Las primeras fotografías correspondían a una fiesta de la que no recordaba nada y, por el aspecto adulto de las imágenes, probablemente habría estado durmiendo en el piso de arriba. Por la decoración de la casa, supuso que se trataba de una fiesta de Navidad, o tal vez de Nochevieja. Estudió las imágenes una por una, mirando fijamente a las personas, tanto en primer plano como en segundo plano, que sostenían copas y bailaban. No vio lo que buscaba. Saltó hacia delante, pasando por unas vacaciones de esquí que le trajeron a la memoria el recuerdo de un viaje en coche a los Alpes, con la cabeza apoyada en los mismos asientos de tela que pronto se descubriría que contenían sangre, pelo y fibras de sus víctimas. Más páginas adelante. Más fotografías de su hermana y de ella. Y de repente, una imagen que casi salta de la página.

La fotografía en sí estaba un poco descolorida, pero el lugar estaba tan recientemente fijado en su mente que parecía casi más vívido que la realidad. El fondo era, obviamente, la misma plataforma de piedra y la misma cantera que había visitado horas antes con Golding y Robbins. En primer plano, sin embargo, había una toma de acción. Una niña de unos cuatro años, con una sonrisa radiante en su rostro inocente, había sido captada en el aire, mientras saltaba de la plataforma de roca a las tranquilas aguas verdes del estanque de *Dancing Ledge*.

Ahora lo recordaba todo. El chapoteo, la maravilla del mundo submarino de la piscina, frío, pero tan irresistible que, de niña, había deseado poder quedarse bajo el agua para siempre. Las otras personas que nadaban con ella, su madre, su padre, sus piernas, extrañas, magnificadas por la refracción del agua. Pálidas, donde no habían visto mucho sol. Y luego otro hombre cuyas piernas no eran tan pálidas.

Aquella no era precisamente la imagen que había querido encontrar. Pasó la página y vio más fotos de ellos nadando, y luego algunas de ella mientras la enseñaban a escalar, con una cuerda a medio camino de una de las secciones más pequeñas y fáciles del acantilado. Luego más imágenes de su padre escalando por rutas mucho más altas y difíciles, con su madre asegurándole desde abajo. También mostraban a su madre escalando con una cuerda sujeta desde arriba, para que si resbalaba la caída se detuviera de inmediato. Y entonces, ahí estaba.

La siguiente imagen mostraba a dos hombres sonriendo a la cámara. Uno de ellos era su padre, su rostro relajado y apuesto. Se estaba riendo de algo. Parpadeó ante el otro hombre con una confusión que recordaba a medias. Era más alto que Sterling y, al ser más joven, tenía aún más aspecto de nobleza africana. El hombre que estaba junto a su padre, con el brazo sobre sus hombros, era Jeremiah Robbins.

CAPÍTULO TREINTA

—Creo que no pillo del todo lo que está pasando.

Golding hablaba desde el asiento del copiloto del Alfa; había empezado a llover y se habían refugiado en el coche, pero seguían aparcados fuera del granero. Las gotas de lluvia golpeaban suavemente el parabrisas. El álbum de fotos yacía sobre el salpicadero, entre los dos.

—No reconocí su nombre cuando apareció como experto en matemáticas, pero cuando nos presentamos en su casa... no sé.

Golding esperó.

—Había algo. Parte de un recuerdo, pero estaba... enterrado. Como si estuviera demasiado profundo para acceder a él, pero tampoco podía quitármelo de la cabeza. Entonces cuando bajamos a la piscina... —Se detuvo.

—¿Por eso te bañaste? ¿Para ver si recordabas algo? Pensé que te habías vuelto loca.

Ella asintió.

—En cierto modo. Una vez bajo el agua, la sensación fue más fuerte. Sabía que había estado allí. Pero no sabía cuándo.

Estaban callados. Golding cogió el álbum y lo estudió.

—¿Cuántos años tenías?

—Tres. —Sands consideró la fecha escrita en la fotografía—. Casi cuatro.

—Joder. —Sacudió la cabeza—. Estoy bastante seguro de que no recuerdo nada de cuando tenía cuatro años. —Pasó la página a la fotografía con Sterling y Robbins cogidos del brazo. La miró largo rato.

—Puede que no lo recuerde exactamente —Sands prosiguió con cautela—. He leído bastante sobre la memoria. Para la mayoría de la gente, parece que lo que creen que son sus primeros recuerdos de la infancia son en realidad lo que les han contado, o de lo que han visto fotografías, más adelante en sus vidas. Definitivamente recuerdo haber visto esas fotografías con mi hermana, y quizá sea eso todo lo que tengo. Es complicado. Después de la muerte de mi familia, nadie me habló de recuerdos, nadie me enseñó estas fotografías.

—¿Así que estás diciendo que Robbins mintió acerca de conocer a tu padre? ¿Crees que podría ser relevante?

—No mintió, exactamente. Admitió conocerlo.

—Sí. Pero dijo que no lo conocía bien.
—¿Quizás no lo hizo? ¿Quizás ese encuentro fue algo aislado?
Golding cogió el álbum para mirarlo de nuevo.
—No parece algo aislado. Están agarrados. No clasificarías eso como no conocer bien a alguien, ¿a que no?
—Puede, puede que no. Si luego se descubriera que esa persona fue un asesino múltiple, a lo mejor querría poner distancia.
La lluvia era cada vez más intensa y la vista de la cabaña y el bosque se confundía con el agua.
—Vale, pero debería haber mencionado que te conoció de pequeña. ¿Por qué ocultar eso?
Sands suspiró y sacudió la cabeza.
—¿Es relevante para nuestro caso? —añadió Golding—. ¿O solo una coincidencia?
Sands encendió el motor para activar los limpiaparabrisas. Barrieron el parabrisas y dejaron al descubierto la casa, que ahora parecía triste y fría bajo la lluvia. Volvió a apagar el motor.
—No lo sé.
—Vale. —Golding parecía intuir que su colega necesitaba que él la ayudara a superar esto. Volvió a coger el álbum y estudió las fotografías una vez más—. ¿Sabes quién hizo las fotos?
Sands seguía ensimismada.
—A mi padre... —Su mirada se desvió hacia el rostro de Golding. Cerró los ojos rápidamente y volvió a abrirlos—. A Sterling le gustaba la fotografía, tenía su propio cuarto oscuro en casa. Mi madre también hacía fotos, solo que ellas las enviaba fuera a revelar. ¿Recuerdas los sobres que se usaban antes? —Esbozó una media sonrisa—. ¿O eres demasiado joven para eso?
—Más o menos me acuerdo.
Sands volvió a mirar las imágenes cuando Golding pasó la página para mostrar la imagen de su madre escalando.
—Así que supongo que quienquiera que estuviera allí ese día pasó la cámara al resto. —Volvió a accionar el contacto, esta vez cuando los limpiaparabrisas se movieron hubo un chirrido, la lluvia estaba parando.
—¿Qué hay de los siguientes meses? —preguntó Golding de repente—. En estas fotos eres solo una niña pequeña. ¿Tienes recuerdos de Robbins cuando eras mayor?
Ella negó con la cabeza.
—No. Nada.
—Deberíamos comprobarlo.
Ella negó con la cabeza, y Golding pareció comprender que no se equivocaba. Continuó, con cuidado.
—De acuerdo, pero Sterling fue arrestado cuando tenías doce años,

¿verdad?

Sands asintió.

—Así que Robbins y Sterling van a escalar juntos, como amigos, cuando tienes tres años, pero luego él ya no viene nunca más. Pero su ruptura ocurre diez años antes de que lo detengan.

—Si fue una ruptura. No lo sabemos exactamente.

—Podríamos ir a preguntarle —sugirió Golding—. A Robbins, quiero decir.

—Podríamos preguntar a cualquiera de ellos —respondió Sands—. Pero estaríamos renunciando a cualquier ventaja que podamos tener porque no sepan que sabemos de su previa amistad.

Golding se acarició la barbilla.

—La primera vez que nos presentamos allí, en casa de Robbins, no quiso ayudar, dijo que estaba jubilado. Luego, cuando mencionaste a Sterling, fue cuando accedió a ayudar.

Sands volvió a accionar los limpiaparabrisas, pero esta vez dejó el contacto puesto.

—¿Qué hay de otros miembros de la familia? ¿Abuelos? ¿Tíos? ¿Otros amigos? ¿Alguien a quien puedas preguntar?

—Mis abuelos habían muerto antes de que Sterling fuera detenido. —Se volvió hacia Golding con una sonrisa irónica—. Causas naturales. Y tanto él como mi madre eran hijos únicos, así que... en cuanto a los amigos de la familia —Sands se encogió de hombros—. No lo sé. No era precisamente popular de niña, y los amigos de mis padres... supongo que se esfumaron.

Golding se recostó en su asiento.

—Joder. Sabes que no he dicho esto antes, pero siento de verdad por todo lo que has pasado.

Sands se puso rígida al oír esas palabras, pero no dijo nada.

—Yo… —continuó Golding—, tuve la infancia más fácil y normal que se pueda pedir. Yo no… No tengo un marco de referencia de lo que debe de haber sido pasar por lo que tú pasaste.

Sands apartó la mirada hasta que controló la oleada de emoción. No se lo esperaba.

Cuando volvió a mirar a Golding, este observaba atentamente otra imagen. Había algo en la expresión de su rostro.

—¿Qué pasa?

Levantó la vista y le entregó el álbum.

—¿Quién es?

Le había dado a Sands otra fotografía de ella, del mismo día, de niña. Estaba radiante ante la cámara, en bañador, de pie en el borde de la piscina, con sus aguas translúcidas brillando a la luz del sol. Ella lo miró.

—Te lo dije, soy yo.

—No, tú no, ahí. —Su voz era diferente, y señaló con un dedo el álbum, luego levantó la vista y miró fijamente a Sands. Ella miró a la figura que él le mostraba, una mujer en bikini y pantalones cortos, de unos veinticinco años. Sands no tenía ni idea de quién era.

—Es una mujer en el fondo.

—No, no lo es. ¿No la reconoces?

Sands miró de nuevo.

—No. ¿Y tú?

—Creo que sí. No puedo estar seguro, porque aquí es más joven. Y en la vida real solo la he visto muerta, después de que alguien la empujara por las escaleras. Pero Lindham me puso a trabajar en el caso y encontré un montón de fotos suyas buscando entre sus papeles. —Estaba emocionado, y ahora Sands también lo veía—. ¿Cómo empezó todo este caso? ¿En qué estaba trabajando Lindham? Apostaría todo lo que tengo a que esta es una foto de Jane Smith de joven.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó Golding mientras terminaba el primero de dos bocadillos, uno para él y otro para Sands, que había cogido de la cantina antes de subir.

Estaban en su despacho, con las fotografías de la piscina junto a las imágenes de una Jane Smith mucho mayor. Eran similares, pero no era posible decir con seguridad si se trataba de la misma persona. Cuando lo vio observando el segundo bocadillo, Sands lo empujó sobre la mesa hacia él.

—¿Estás segura?

—No como bocadillos de la cantina.

Golding se encogió de hombros y abrió el envoltorio. Extrajo un sándwich de jamón y queso en pan blanco.

—Lo que tenemos que hacer —dijo a la vez que daba un gran mordisco—, es confirmar si de verdad se trata de Jane Smith.

—Ya. ¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Sands.

—¿Cómo conoció Robbins a Sterling? ¿Fue en la universidad donde trabajaban? ¿Eran antiguos colegas? Si fue así, alguien que estuviera allí en la época podrá confirmar si se conocían bien o no. Podríamos llamar a la universidad.

Sands sopesó la idea durante unos instantes. Luego cogió el teléfono.

Resultó que el departamento de matemáticas de la Universidad de Southampton no tenía un buen archivo de datos. La llamada de Sands se transmitió al departamento de recursos humanos y tras varios intentos consiguieron obtener una lista de seis nombres de antiguos profesores y catedráticos que habían trabajado en la época en que se tomó la fotografía. Todos estaban jubilados. Hubo que indagar un poco más para averiguar que tres habían fallecido, ninguno en circunstancias sospechosas. Los que no habían muerto se habían mudado: uno a su Noruega natal, otro a Texas. Solo uno, un hombre llamado David Bell, tenía una dirección en el Reino Unido, en la ciudad de York. Sands introdujo su dirección en la aplicación de mapas de su móvil y esta le indicó que estaba a poco más de cinco horas de distancia. Empezó a recoger las fotos de su escritorio.

Golding miró su reloj.

—Deberíamos llamar primero para asegurarnos de que está en

casa.

—Yo me encargo. Tú vete a comprar un par de bocadillos más y reúnete conmigo en el coche.

Sands condujo rápido. Mantuvo el Alfa en el carril rápido de la autopista M1 durante todo el trayecto y paró solo una vez para repostar. Llegaron sobre las nueve de la noche y tuvieron que encontrar la casa de Bell con la única ayuda de la escasa iluminación de la calle. Bell los encontró antes que ellos, abrió la puerta y los llamó.

—¿Inspectora Sands? Es aquí.

Bell llevaba pantalones de pana marrones, camisa de cuadros y gafas de montura negra. No habría sido difícil reconocerlo en una rueda de reconocimiento como el profesor de matemáticas jubilado. Los invitó a entrar y los condujo a una pequeña cocina donde ya había colocado tres tazas, junto a una tetera marrón desconchada. Puso agua a hervir.

—Qué emocionante. No suelo recibir visitas tan tarde. De hecho, normalmente no recibo visitas a ninguna hora, y menos de la policía. —Soltó una carcajada nerviosa. El agua terminó de hervir y llenó la tetera—. ¿De qué se trata exactamente?

Sands se identificó debidamente, mostrando su placa y esperando a que Golding hiciera lo mismo. Mientras lo hacía, echó un vistazo a la cocina; observó el único plato que se secaba junto al fregadero, un cuchillo, un tenedor. Había un calendario en la pared con espacio para escribir recordatorios, los únicos huecos que estaban rellenos parecían ser citas médicas.

—Siéntense, por favor. —Bell indicó la pequeña mesa en la esquina de la cocina.

—Estamos investigando el asesinato de un agente de policía y de su familia, que puede estar relacionado con el secuestro de dos niñas pequeñas.

—Lo vi en las noticias. Una tragedia. Si hay algo que pueda hacer para ayudar lo haré, pero no veo...

—Puede haber otro vínculo —interrumpió Sands— con Charles Sterling, el asesino en serie capturado en 1999. —Hizo una pausa—. ¿Tengo entendido que trabajó con él en la Universidad de Southampton?

Bell tardó un rato en contestar.

—Sí. Pero no veo cómo eso podría estar relacionado con lo que está sucediendo hoy. ¿Seguirá en la cárcel? —En la pregunta había una pizca de esperanza de que fuera cierto.

—Así es. Y no estamos seguros de que esté relacionado. Solo estamos tratando de establecer algunos datos del contexto.

Bell pareció satisfecho. Comprobó el té y, al parecer, también estaba listo ya que sirvió tres tazas. Añadió un chorrito de leche y sonrió mientras les pasaba las tazas. Luego se sentó frente a ellos. Dio un sorbo a su té y esperó.

—¿Lo conocía bien? —comenzó Sands.

—¿A Sterling? Afortunadamente no.

—¿Pero se acuerda de él?

—Por supuesto. No es el tipo de cosas que uno olvida fácilmente. Que descubran que un colega es un asesino, y sobre todo un caso como aquel. Recuerdo la sensación de conmoción e indignación. El solo pensar lo que hizo, y luego cómo se paseaba por el departamento, tranquilo como si nada. Era muy arrogante. Un hombre desagradable.

Sands asintió.

—Nos interesa saber qué pasó antes de que lo descubrieran. ¿Tiene algún recuerdo de aquella época?

—Supongo que sí. Sí.

—¿Tenía amigos en el departamento?

Bell pareció confuso ante la pregunta.

—Yo... a ver, supongo que los tendría, pero no recuerdo a nadie en particular. Creo que la mayoría de mis colegas pensaban como yo. Que era bastante desagradable. Le gustaba pensar que era uno de los grandes pensadores del mundo, ¿me entiende? Y actuaba en consecuencia. —Bell sonrió y Sands le devolvió el gesto.

—Ya. ¿Alguna vez se relacionó fuera del trabajo con él? ¿Salieron de copas? ¿Coincidieron en comidas del departamento?

—No que yo recuerde.

—¿Por qué no?

Parecía sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—Ambos eran personal del mismo departamento, seguro que habría ocasión de socializar... de salir a tomar algo.

Parecía sorprendido.

—Supongo que sí. Sí, alguna vez salimos, en contadas ocasiones.

—¿Pero nunca coincidió con Sterling?

—Mire, inspectora, ¿de qué se trata esto?

—Por favor, responda a la pregunta. ¿Alguna vez salió con Sterling?

—Puede que lo hiciera. No me acuerdo. Pero yo no era mucho de salir por ahí, la verdad.

Sands se sentía frustrada, inusualmente insegura de sí misma, y se alegró cuando Golding tomó el relevo con las preguntas.

—¿Conocía a Jeremiah Robbins?

Bell esbozó una sonrisa de sorpresa.

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—Trabajé con él durante una década o más. Es un gran hombre, una mente de primera.

—¿Sabe si Jeremiah Robbins conocía a Sterling?

Bell hizo una pausa, pensativo, y luego se encogió de hombros.

—No lo sé. Robbins es una especie de institución en Southampton. Estuvo allí durante... décadas, estoy seguro de que en algún momento coincidió con Sterling. De hecho, sé que fue así. —Asintió para sí mismo—. Recuerdo su reacción cuando arrestaron a Sterling.

—¿Cuál fue su reacción?

—Estaba profundamente conmocionado. Todos lo estábamos.

—¿Estaba especialmente conmocionado? ¿Más que otras personas?

—No. Quiero decir, no más de lo normal si eso es lo que está insinuando. Estaba como todos los demás, aturdido. Es solo que su área de trabajo era mucho más cercana a la de Sterling.

Sands se irguió ahora, como si esta respuesta la hubiera sorprendido.

—¿Cómo es eso?

Bell se volvió hacia ella.

—Ambos trabajaban en criptografía, en la base matemática que hay detrás.

—¿Pensé que era Robbins el que trabajaba en ello?

—Así es. Al menos, el catedrático Robbins escribió un artículo muy famoso sobre ello. Mucha gente dice que constituye la base de toda la criptografía moderna, las criptomonedas y casi todo en lo que se basa el movimiento monetario moderno. Pero creo que Sterling trabajó durante un tiempo en un área similar.

Sands frunció el ceño, pensativa de nuevo.

—¿Así que eran amigos y trabajaban juntos? —interrumpió Golding.

—Yo... no lo sé. Yo no diría eso. Sterling era mucho más joven que Jeremiah.

—¿Qué diría entonces?

—No me gustaría escarbar en el pasado.

—A nosotros nos gustaría que lo hiciera —presionó Golding—. Hemos conducido cinco horas para oír lo que tiene que decir. —Miró fijamente al hombre, que ahora parecía incómodo.

—Lo siento, subinspector. Realmente no lo recuerdo. Fue hace mucho tiempo y los acontecimientos que vinieron después acapararon mi memoria, ¿sabe lo que quiero decir?

—Yo sí —intervino Sands—. Sé exactamente lo que quiere decir, pero esto es importante. ¿Hay algo que pueda recordar sobre la relación entre Sterling y Robbins?

Bell pareció interesarse de repente por el interior de su taza de té.

—No sé por qué esto sería importante, y no quiero meter al catedrático Robbins en problemas, es un gran hombre.

—¿Por qué iba a meterle en problemas? —replicó Golding, pero Sands levantó la mano.

—Solo díganos lo que recuerda.

Hubo una larga pausa.

—Recuerdo que Robbins fue tutor de Sterling cuando este estaba haciendo su doctorado. Recuerdo que entonces parecían estar muy unidos, pero después, cuando Sterling entró a formar parte del personal a tiempo completo, se distanciaron.

—¿Sabe por qué?

Bell vaciló largo rato y Sands dejó que el silencio aumentara.

—Sé que hubo algún tipo de desacuerdo.

—¿Sobre qué?

Esta vez, Bell negó con la cabeza.

—¿Algún aspecto de su trabajo? —Se encogió de hombros—. ¿Una joven? El catedrático Robbins tuvo una serie de novias y Sterling estaba casado, pero también tenía cierta reputación con las mujeres. Eso fue antes de que se supiera lo que hacía en realidad.

—¿Tiene a alguien en especial en mente? ¿Recuerda su nombre?

—Yo… no. Estoy especulando.

Sands intentó otra táctica.

—¿Recuerda a una mujer llamada Jane Smith? Podría haber estado relacionada con Robbins, o tal vez con Sterling. Quizá con ambos.

Durante largo rato, Bell pareció buscar en su memoria. Pero al final sacudió la cabeza.

—No, lo siento.

—¿Está seguro? Es un nombre común, quizá fácil de olvidar —preguntó Sands. Si nunca había oído hablar de ella habían venido hasta aquí para nada. Observó su rostro con atención mientras respondía, en busca de indicios de que pudiera estar ocultando algo. Pero cuando respondió, no vio nada.

—No. —Sus ojos permanecieron fijos en los de ella.

Decepcionada, Sands miró a Golding.

—Recuerdo a una Caroline Smith —dijo Bell de repente.

Sands volvió la cabeza para mirarlo. Parecía serio, como si quisiera ayudar. Y Golding ya estaba respondiendo.

—Gracias señor Bell, como dice la inspectora Sands, «Smith» es un apellido muy común, así que…

—¿Qué aspecto tenía Caroline Smith? —interrumpió Sands.

—Ella era… No sé, fue hace mucho tiempo. —Se encogió de hombros—. Pelo castaño. Altura media. Bastante… —Se avergonzó por un momento, sin saber dónde mirar—. Bastante guapa, por lo que recuerdo.

—¿A qué se dedicaba?

—Trabajaba en la universidad, en un puesto de administrativa en el departamento.

—¿Estaba conectada con Robbins de alguna manera? ¿O con Sterling?

—Yo... —Bell se detuvo—. Como ya les he dicho, no tengo más que respeto por el catedrático Robbins, y espero que no esté diciendo nada que él no quisiera que dijera. Pero... —vaciló—, no me sorprendería si hubiera tenido una aventura con Caroline. Era muy guapa, y a él siempre le interesaron las chicas guapas. Cuando era más joven, quiero decir.

—¿Y está seguro de que el nombre de esta mujer era Caroline? —preguntó Sands. —¿No podría haber sido Jane?

Esta vez Bell no parecía confuso.

—Absolutamente. Yo era... Yo mismo era amigo de Caroline. —La forma en que lo dijo dejó pocas dudas de su verdadero sentimiento por la mujer.

—¿Es esta? —Sands no insistió en ello, sino que sacó la fotografía tomada al borde de la piscina, aquella en la que Golding había identificado a una Jane Smith más joven al fondo.

—Ah, sí. —Bell pareció absorber la imagen de la mujer en bikini—. Esa es Caroline.

—Gracias —finalizó Sands—. Ha sido de gran ayuda.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Cuando Bell les indicó la salida, llovía de nuevo. Se apresuraron hacia el Alfa y cerraron las puertas. En el salpicadero, el reloj brillaba en rojo en la oscuridad. Las 22:15 horas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Golding.

—Es tarde. No me apetece volver en coche esta noche. ¿Quieres ver si hay algún hotel barato por aquí cerca? Seguro que hay un *Travelodge* o algo así.

Golding dudó.

—Habitaciones separadas —continuó Sands—, por supuesto. Le pasamos la factura al departamento.

—Vale. —Golding sacó su teléfono y empezó a buscar.

—Yo también tengo que hacer un par de llamadas. Estaré fuera. —Señaló un gran árbol que aún tenía suficientes hojas para ofrecer refugio. Cinco minutos después, abrió la puerta y volvió a entrar—. Bueno, no sé tú, pero yo me muero de hambre y de sed. —Parecía que, de repente, su humor había mejorado.

Sands siguió las señales hacia el centro de la ciudad y no tardó en encontrar lo que buscaba: un restaurante indio abierto. Maniobró con pericia para aparcar el coche en una pequeña plaza y se apeó, con Golding detrás. El restaurante no estaba muy concurrido y el personal parecía encantado de darles una mesa, a pesar de la hora. Olía muy bien, aromático y dulce. Sands pidió dos cervezas y estudió el menú.

—¿Qué hay bueno aquí? —le preguntó al camarero, un joven indio con una camisa blanca almidonada. Al principio, no parecía dispuesto a responder a la pregunta, explicándole que todo estaba bueno, pero ella insistió—. ¿Qué elegirías tú?

Todavía un poco reacio, le dijo con un acento de mezcla melódica entre el norte de Yorkshire y el sur de la India.

—Soy vegetariano, así que suelo tomar el *dhall* de lentejas, y el *aloo baingan*, que es un plato de patatas con berenjenas.

—Eso suena bien. Para mí uno de esos. ¿Hacéis también *chana masala*? Los garbanzos siempre van bien con las berenjenas.

—Claro.

—Genial, pues también un pan de *naan* y un entrante de *popadom* con salsas. —Devolvió el menú y miró expectante a Golding.

—Creo que tomaré lo mismo —confirmó al tiempo que devolvía su

menú.

El camarero se encogió de hombros y regresó lánguidamente a la cocina.

—Parece como si estuvieras de celebración —dijo Golding unos instantes después, mientras observaba a Sands beber un trago de su cerveza.

—Lo estoy. En parte. Estamos empezando a averiguar qué está pasando en este caso.

Esperó, como si deseara que ella continuara, pero cuando no lo hizo tuvo que responder.

—Sí, ya.

El camarero volvió con un plato de *popadoms* y una bandeja con tres salsas. Sands empezó a comer. Partió un trozo del crujiente *popadom* y lo aderezó con una de las salsas.

—Vale, me rindo —admitió Golding—. ¿Me lo explicas?

Sands dudó un instante, antes de morder el trozo. Cuando terminó de comer, respondió con cara de satisfacción.

—Vale. Tenemos a Jane Smith, asesinada en su casa hace dos meses. Pensamos que fue un robo que salió mal hasta que un chivatazo de Charles Sterling sugirió lo contrario. ¿Pero cómo averiguó Sterling lo de su muerte, y por qué le importa?

—No lo sabemos… —comenzó Golding, pero luego se corrigió—. No lo sé.

—Yo tampoco. —Sands mordió otro bocado de *popadom* y lo masticó antes de continuar—. Pero sabemos que de alguna manera se está comunicando con quien mató a Smith. ¡Qué buenos están los *popadoms*!

Se interrumpió de nuevo para rellenar su plato y esta vez Golding se unió a ella, haciendo lo mismo. Al rato, Sands se dispuso a continuar.

—También sabemos que, en los años anteriores a su detención, Charles Sterling trabajó en el mismo departamento de matemáticas, e hizo investigaciones similares, que el catedrático Jeremiah Robbins, de la Universidad de Southampton.

—Así es.

—Y una tal Caroline Smith también trabajó allí, y pudo o no haber tenido una aventura con el profesor Robbins, y/o Charles Sterling. De hecho, podemos estar bastante seguros de que, si tuvo una aventura fue con Robbins, ya que aparece en una fotografía con él en *Dancing Ledge*. Sterling también estaba allí ese día, pero estaba con su mujer, mi madre. Por último, sabemos que tú reconociste a Smith en la misma fotografía.

El camarero volvió y colocó una bandeja de plata en una mesa auxiliar, la comida chisporroteaba en platos calientes. Con cuidado,

los colocó en su mesa.

—Me pareció reconocer a Jane Smith —respondió Golding, cuando el camarero se hubo alejado—, la mujer asesinada.

—No, no. Lo hiciste. —Sands comenzó a servir arroz en su plato, luego lo cubrió con el curry y arrancó un poco de naan.

—No es posible. Bell acaba de identificarla como Caroline Smith.

—Caroline... Jane... ¿qué más da? —Sands agitó una mano mientras seguía comiendo.

Golding parpadeó con asombro.

—¿Caroline Smith es Jane Smith? ¿Se ha cambiado el nombre? ¿Es eso?

Sands hizo una pausa y lo miró con extrañeza.

—No. —Tomó otro bocado y continuó antes de haber tragado del todo—. ¿Por qué estamos aquí?

Golding echó un vistazo al restaurante con cierta duda en su mirada.

—No aquí en el restaurante. ¿Por qué hemos venido a York?

—Para hablar con Bell. Para identificar a Jane Smith en la foto. Solo que no lo hicimos, porque dijo que en realidad era Caroline...

—Continúa.

—Porque el asesino va a atacar de nuevo, ha secuestrado a... —Golding se detuvo.

Sands lo miró ahora.

—Ha secuestrado a gemelas.

—Bingo. Jane Smith tenía una hermana. Vive en Canadá. Por eso la casa de Jane está en tal estado. No quedaba nadie aquí en el Reino Unido para encargarse de ella. —Sands se llevó otro tenedor de curry a la boca, sin dejar de sonreír.

—Vale. —Golding parecía estar pensando rápidamente ahora—. El poema de la página web mencionaba algo sobre la muerte de la gemela fallida. Así que, si Caroline Smith está viva, ¿podría ser de alguna manera una referencia a eso? ¿El que mató a Jane Smith se equivocó de gemela?

—No tengo ni idea —respondió Sands. Seguía pareciendo inusualmente contenta. Golding se encogió de hombros—. No lo entiendo. Incluso si es Caroline Smith, está en Canadá, tendríamos que volar hasta allí, y hay cero posibilidades de que eso ocurra. Menos aún que pase antes del viernes. Así que estamos atascados.

—Ciertamente lo estaríamos, si ella estuviera en Canadá. Pero no lo está. Su número está en el archivo del caso de Jane Smith y acabo de llamarla. Está aquí. Ha venido al Reino Unido para solucionar la venta de la casa de su hermana. Así que nos reuniremos con ella mañana a las once de la mañana.

Se sirvió una buena porción de curry en el arroz que ya tenía en el

plato.

—Este caso está empezando a cuajar —afirmó con una sonrisa.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Sands les hizo salir a las seis de la mañana y, aun así, tuvo que pisarle fuerte al Alfa para llegar a tiempo a la reunión. Por fin, a las once y media, el coche pasó entre los postes de la casa de Jane Smith y se detuvo en la grava. Allí vieron otro coche, un Ford pequeño que parecía de alquiler. La casa parecía un poco más cuidada esta vez, la cinta policial había desaparecido, la ventana rota estaba arreglada. También había venido el jardinero, el césped estaba recién cortado y el seto había sido podado. En un ángulo visible desde la carretera, un cartel de una agencia inmobiliaria anunciaba que la casa estaba en venta. A la luz del sol, podía parecer hasta bonita.

El buen humor de Sands de la noche anterior no había sobrevivido a la noche y gran parte del trayecto en coche había transcurrido en silencio. Parecía impaciente. Marchó con decisión hacia la puerta y golpeó con los nudillos con fuerza. Casi se abrió antes de que Golding pudiera unirse a ella.

—¿Caroline Smith? Soy la inspectora Sands. Hablamos anoche. —Sands mostró su identificación, mientras Golding se presentaba también.

Smith abrió la puerta para que entrasen, los condujo al salón y los invitó a sentarse. Sands miró a su alrededor mientras lo hacía, recordando cómo había visto el lugar por última vez. Luego se fijó en la propia Smith. El parecido con su hermana era evidente, pero como adultas distaban mucho de ser idénticas.

—¿Puedo ofrecerles un té? —preguntó Smith, su acento había adquirido un toque canadiense.

—No, gracias —contestó rápidamente Sands, sin dar oportunidad a Golding de responder—. Nos tomamos un café en una parada en la autovía. —Decidió prescindir de cualquier otra conversación trivial—. Queremos hablar sobre la muerte de su hermana. Le dijeron que probablemente fue el resultado de un robo que salió mal. Puede que esa teoría sea incorrecta. —Sands se detuvo, quería observar la cara de Smith al oír aquellas noticias.

—Ya veo —afirmó con cautela.

—Creemos que podría estar conectado a una serie de otros crímenes. Incluido el secuestro de dos niñas de ocho años la semana pasada.

Smith parecía no comprender.

—Y antes de eso, la muerte de un agente de policía en servicio y su familia, el inspector John Lindham.

Smith esperó un momento y extendió las manos.

—Lo siento, es horrible, todo eso. Pero no veo cómo puedo ayudar. He vivido en el extranjero durante muchos años. Volví al Reino Unido la semana pasada.

—Lo sabemos —asintió Sands con cuidado—. También puede haber un elemento histórico en este caso. Podría involucrar al catedrático Jeremiah Robbins... y a Charles Sterling.

Smith levantó los ojos del suelo al oír el primer nombre y volvió a bajarlos al oír el segundo.

—¿Alguno de esos nombres significa algo para usted?

—Trabajé con Sterling. Y con Jerry. —Smith pareció forzar la mirada hacia Sands, como si supiera que eso era lo que se esperaba de ella.

—Tenemos un testigo que la conocía entonces. Nos ha dicho que no solo trabajó con Robbins, que también salió con él, al menos durante un tiempo.

Un abanico de emociones pareció cruzar el rostro de Smith. Al final, asintió.

—Brevemente. ¿Pero por qué están interesados en eso? ¿Y por qué ahora? Seguro que no... —Su voz se apagó.

—¿No qué, Caroline?

—¿Seguro que no creen que Jerry tenga algo que ver con la muerte de mi hermana?

—¿Lo cree usted?

—Por supuesto que no.

Sands la observó y notó un destello de irritación.

—Y Sterling tampoco... —Se detuvo y Sands se limitó a mirarla. Por fin, Smith continuó—. Supongo que saben que Charles Sterling sigue en prisión tras su condena por múltiples asesinatos.

Sands asintió.

—Lo sabemos.

Smith guardó silencio esta vez.

—Nos interesa la relación entre Sterling y Robbins —explicó Sands, cuando quedó claro que Smith no iba a añadir nada—. En la época en la que los conoció a ambos.

Smith se tomó un momento para contestar y aprovechó el tiempo para intentar mejorar su aspecto. Se alisó una ceja, se movió en la silla para que su espalda estuviera más recta.

—Fueron... amigos. Durante un tiempo.

—Continúe.

—Creo que Sterling... —Smith se detuvo y se quedó mirando la alfombra—. Lo sabe, ¿verdad?

—Tengo una idea —respondió Sands—. Me gustaría que la confirmara.

Durante unos segundos, Smith sostuvo su mirada, pero luego volvió a bajarla.

—¿Sabe una cosa? Quizá nos deberíamos tomar un té, después de todo —sugirió Sands al cabo de un rato—. Subinspector Golding, ¿te importaría prepararlo? —Sands no apartó los ojos de Smith, mientras Golding se ponía en pie.

—Las bolsitas de té están en...

—No se preocupe, seguro que se apaña —la interrumpió Sands. Esperó a que Golding saliera de la sala y cogió una mano de Smith—. Antes de que diga nada más, hay algo que debo decirle. Le va a sorprender. —Mantuvo sus ojos en Smith—. Charles Sterling era mi padre. Mató a mi madre y a mi hermana cuando yo tenía doce años. Y por supuesto hubo otras víctimas antes de eso.

—Dios mío. —La sorpresa en la cara de Smith era palpable. Se tapó la boca con la mano. Entonces sus ojos se abrieron aún más—. Me acuerdo de usted. Cuando ocurrió el juicio, recuerdo que había una hija que dejó viva. —Tuvo que apartar la mirada—. Eso es... Dios mío.

—Siento no haber sido clara al principio. Estamos… supongo que distanciados es la palabra que más se ajusta. No lo había visto hasta que comenzó este caso. Pero quería que lo supiera. Quiero que sepa que, si hay algo que necesite contarme sobre Sterling, yo la creeré. Y la entenderé.

Smith no dijo nada, parecía conmocionada, pero hizo un pequeño gesto con la cabeza. Unos minutos más tarde, Golding regresó con tres tazas de té. Las dejó sobre la mesita y se sentó. Smith tenía la mirada perdida, pero luego pareció interpretar el silencio que siguió como una señal de que esperaban que continuara. Se dispuso a hablar.

—Yo era joven —su voz cambió, vacilante, pero creciendo en confianza—. Y Jerry era un hombre brillante al que todos admiraban. Y era guapísimo. No podía creerlo cuando mostró interés en mí. —Levantó el té, pero estaba demasiado caliente y volvió a dejarlo.

—¿Qué pasó? —presionó Sands con delicadeza.

—Empezamos a salir. Más o menos, fue algo muy casual. Supongo que yo pensaba que era más serio que él. Con Jerry, su trabajo siempre era lo primero, y era un hombre muy seguro de sí mismo. Tenía otras novias, ya me entienden. —Smith pareció perder el valor, y Sands insistió una vez más.

—Tenemos entendido que visitó, junto con Robbins, un lugar llamado *Dancing Ledge,* una plataforma rocosa en la costa de Dorset.

Durante un segundo, Smith pareció perpleja, pero entonces debió de acordarse.

—¡Sí! —Entonces sus ojos se abrieron dramáticamente—. ¡Es

usted! Sterling también vino y se trajo a sus hijas. Una era solo un bebé, pero la otra era… ¿usted?

Sands asintió.

—Tenía tres años, casi cuatro. No tengo ningún recuerdo de aquello. Por eso necesito que nos diga lo que sabe.

Smith tenía gesto de sorpresa y volvió a asentir.

—Bueno, fue hace mucho tiempo. Pero lo recuerdo. Hacía calor, debía de ser verano. A Robbins y a Sterling les gustaba ir a escalar juntos. Y había una piscina de agua salada en la que se podía nadar.

—¿Así que Robbins y Sterling eran amigos? ¿Además de colegas?

—Sí, por aquel entonces lo eran. Después ya no.

—¿Después de qué, Caroline? ¿Qué pasó?

Smith volvió a mostrarse ansiosa, probó de nuevo el té y esta vez consiguió tomar un sorbo.

—Inspectora Sands, no quiero que se haga una idea equivocada. Yo era joven, ingenua. No sabía dónde me metía, ni con Jerry, ni con Charles.

Sands esperó sin decir palabra.

—Jerry era muy guapo, físicamente quiero decir, pero Charles… —hizo una pausa—. Antes de que nadie supiera quién era en realidad, era todo un encanto. Era también guapo, a su manera, pero era más que eso. Tenía la capacidad de hacerte sentir increíblemente especial. —Dejó la taza y empezó a golpear repetidamente la superficie de la mesa con el pulgar—. No sé qué me esperaba. Sabía que Jerry salía con otras chicas, nunca me prometió lo contrario, así que cuando Charles me pidió que fuera a tomar una copa con él, le dije que sí. —Levantó la mirada, con gesto culpable en el rostro—. No debería haberlo hecho. Sabía que estaba casado, había conocido a sus hijas, pero quizá no esperaba que pasara nada. Tal vez pensé que sería solo una copa. Al fin y al cabo, éramos colegas. Había sido estudiante de doctorado en la universidad, pero para entonces ya era profesor.

—¿Qué pasó?

Smith se rascó la cabeza.

—Tomamos una copa. Los dos solos, en un pequeño pub. Pero me acobardé. Me pareció mal, resultó que yo no era de las que se lía con un hombre casado. Me dijo que lo entendía y que me llevaría a casa. Tenía un coche con mucho espacio en la parte trasera. Un coche familiar lo llaman aquí. En Canadá los llaman rancheras. —Mostró una sonrisa—. En cualquier caso, de camino a casa tomó un desvío y nos llevó a un terreno baldío, donde nadie iría después del anochecer. Sabía lo que quería, incluso entonces seguía siendo encantador. No estaba asustada en absoluto, pero insistí. No quería hacerlo.

—¿Y entonces?

Smith soltó una risa repentina y amarga.

—Todo cambió. —Según lo dijo silenció su risa—. Me atacó. Me agarró la garganta y me tapó la boca, y me dijo que me rompería el cuello si no hacía lo que él quería.

Se hizo el silencio en el saloncito, el zumbido del teléfono de Sands lo rompió. Lo sacó para apagarlo y se fijó en el nombre que aparecía en el identificador de llamadas: Inspector Jameson. Lo silenció para que no volviera a interrumpirles y lo guardó.

—¿Qué pasó después?

—Me obligó a entrar en la parte trasera del coche. Los asientos ya estaban bajados, creo que me lo había explicado antes, algo sobre mover un sofá ese mismo día. Pero también tenía una cuerda, así que era más como si lo hubiera planeado todo. —Se detuvo, tomó otro sorbo de té y miró a Sands a la cara—. Me violó, y mientras lo hacía me estranguló.

Smith volvió a taparse los ojos, esta vez durante largo rato, hasta que Sands apoyó suavemente la mano en la rodilla de la mujer.

—¿Qué pasó después, Caroline? Tómese su tiempo.

Smith se quitó las manos de los ojos, pero esta vez se las puso en el pelo, rascándose ansiosamente.

—Debí de desmayarme, porque cuando volví ya había terminado y actuaba como si no hubiera pasado nada. Estaba silbando. Me llevó a casa, como si nada.

—¿Fue a la policía? —Golding hizo la pregunta, con mucho cuidado, muy despacio.

Smith negó con la cabeza.

—Yo no... Estaba asustada. Fui a ver a Jerry. Se lo conté. Pensé que él podría manejarlo. Pensé que haría que despidieran a Sterling.

Ni Sands ni Golding respondieron.

—¿Habría servido de algo? —Smith tenía los ojos muy abiertos, suplicando que le dijeran que había hecho lo correcto—. ¿A quién habrían creído? Sterling era un hombre casado. Escribía artículos para revistas. Todos pensaban que era un genio. Yo solo era una secretaria.

—Podría haber habido otras acusaciones contra él —insistió Golding.

—Pensé que Jerry lo solucionaría. Confiaba en él.

—¿Y lo hizo? —preguntó Sands.

Smith se congeló, pero luego sacudió la cabeza.

—No. No hizo nada. Me dijo que había hablado con él, pero no sé si lo hizo. No cambió nada. Por eso me fui. Tenía miedo de estar cerca de Sterling, y me di cuenta de que Jerry... valoraba más lo que tenía con Sterling que cualquier cosa que hubiéramos tenido nosotros dos. Casi diez años después detuvieron a Sterling. Cuando lo detuvieron por matar a todas esas mujeres supe que tenía que ir a la policía, pero me sentía culpable. Si hubiera hecho lo correcto, cuando me atacó,

quizá esas otras mujeres no habrían muerto… —Smith estaba al borde de las lágrimas.

—¿No cambió nada? ¿Por eso se fue a Canadá? —comprobó Sands.

Smith asintió. Volvió a su té, que ahora sorbía ruidosamente. Una lágrima resbaló por su rostro. Sands parecía mirar a través de ella, hacia el vacío.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—¿Ahora qué? —preguntó Golding. Después de salir de la casa, Sands había conducido un cuarto de milla por la carretera antes de detenerse —. ¿Volvemos a Robbins? ¿Sabía cómo era Sterling y no hizo nada?

Sands reposó la cabeza en el reposacabezas, pero no contestó.

—¿Nos enfrentamos a él? Si hubiera ido a la policía podrían haber parado a Sterling. No habría podido matar como lo hizo. —Se detuvo de repente, luego sacudió la cabeza en señal de disculpa—. Lo siento. Tienes más derecho que yo a estar enfadada, pero esto me cabrea. Si Robbins hubiera ido a la policía con lo que Smith le contó, Sterling probablemente no habría acabado matando a tu familia.

—Eso ya no podemos cambiarlo —replicó Sands, con voz forzada. Sus palabras parecían cerrar esa parte de la discusión—. Sterling hizo lo que hizo. Nada de lo que hagamos ahora va a cambiar el pasado. —Con aquella respuesta, arrancó el motor y lentamente se incorporó de nuevo a la carretera, dirigiéndose de nuevo hacia Poole y el MID—. Nada cambió —continuó Sands, pensativa—. Supimos por Bell que Robbins y Sterling eran íntimos. Luego tuvieron una especie de pelea. Pero Smith nos acaba de decir que no fue que Sterling violara a su novia lo que les separó. Fue otra cosa. Entonces, ¿qué fue?

—¿Quizás deberíamos preguntarle? A Robbins, quiero decir.

—Podríamos, pero ¿nos lo dirá? Y ¿nos ayudará de igual manera a intentar descifrar el código? Esa sigue siendo nuestra mejor oportunidad de atrapar al asesino antes de que se cumpla su próximo plazo. —Ya eran las tres de la tarde, y se sobresaltó al darse cuenta de que ya era jueves. Tenía la sensación de que en los últimos días habían progresado en el caso, quizá por primera vez desde que se descubriera el cadáver de Jane Smith. Pero el tiempo se agotaba. Faltaban menos de veinticuatro horas para que el asesino asesinara a las gemelas, tal y como había prometido. Y había cumplido cada una de sus promesas anteriores. Sands siguió conduciendo un rato.

—Llámalo. —Le pasó el teléfono a Golding—. Tiene la lista de libros de la prisión desde hace más de un día. Veamos si ha descubierto algo. Veamos si está trabajando en ello o si está nadando en algún río. Eso ya nos dirá algo. —Hizo una mueca y esperó a que Golding hiciera lo que le había pedido. Para sorpresa de ambos, Robbins respondió enseguida. Sonaba igual que antes, tranquilo pero imperioso, un poco distante. Explicó que había recibido una larga lista

de libros de la prisión y que estaba trabajando en ellos lo más rápido que podía, pero que ninguno de ellos hasta el momento había descifrado la clave. Golding miró a Sands para ver si quería algo más, pero ella negó en silencio con la cabeza.

—Siga trabajando en ello y avíseme en cuanto encuentre algo. —Golding terminó la llamada y le mostró la pantalla: cuatro llamadas perdidas y dos mensajes de voz del inspector Jameson. Y, por último, un mensaje de texto. Lo abrió:

«¿Dónde te metes? Tienes que volver de inmediato».

De vuelta en la comisaría, Sands y Golding fueron directamente al despacho de Jameson, en la parte trasera de la sala de incidentes, y lo encontraron hablando con el comisario Black.

—¿Qué ha pasado? —interrumpió sin vacilar, apoyando ambas manos en el escritorio de Jameson.

—Pero qué… —Levantó las manos inquisitivamente—. ¿Dónde has estado? He estado llamando, te he mandado mensajes.

—Estaba siguiendo pistas. ¿Qué ha pasado?

La miró a los ojos.

—Pues te voy a contar una cosa que ha pasado. Me enfrento a un asesino en serie que va a matar a dos niñas mañana, y tú has desaparecido con uno de mis agentes sin informarme de adónde ibas, y luego sin responder a mis llamadas. ¿Qué pista estabas siguiendo?

Sands vaciló, insegura de si había algo que decir, pero luego se dirigió a la puerta y la cerró. Tomó asiento y esperó a que Jameson hiciera lo mismo.

—El catedrático Robbins, el hombre que tenemos tratando de descifrar el código, de alguna manera está conectado con esto. Conocía a Sterling antes de que lo arrestaran, eran amigos íntimos, hasta que tuvieron una especie de pelea.

Jameson parecía confuso.

—¿Y tú lo sabías? Cuando insististe en enviarle todo el correo de Sterling, ¿ya eras consciente de ello?

—No. Sí… quizás tenía un vago recuerdo, pero nada en concreto. Calculo que tenía unos cuatro años cuando se pelearon. Pero encontré unas fotos viejas que mostraban a los dos juntos. Y en el fondo había una mujer que parecía una Jane Smith más joven.

Jameson respiró con dificultad y su ira se desvaneció mientras intentaba comprender lo que ella decía.

—¿La mujer a la que empujaron por las escaleras? ¿La dueña de los gatos?

—Sí y no. Se parecía a ella, porque era su hermana gemela, Caroline Smith. Trabajó tanto con Sterling como con Robbins en los años 90. Creemos que encaja de alguna manera con el mensaje de la

página web: la gemela fallida.

Sands dirigió sus ojos hacia el comisario Black, cuyo rostro estaba sombrío mientras escuchaba con atención.

—¿Hay alguna posibilidad de que Robbins sea nuestro hombre? — preguntó Jameson.

Sands se giró hacia él y negó con la cabeza.

—El hombre que secuestró a las gemelas era blanco, de estatura media y de unos veinte años. Robbins tiene casi setenta años, mide 1,80 y es negro. El único posible sospechoso de los asesinatos de Lindham es el hombre del coche oscuro. No tenemos una buena descripción, pero lo que tenemos coincide más con el secuestrador.

—No tenemos nada para el asesinato de Smith. Podría haber sido Robbins.

Sands se encogió de hombros.

—Es posible —concedió—. Pero ¿qué motivo tendría?

Jameson miró hacia otro lado. Era evidente que no tenía respuesta alguna.

—¿Cómo es posible que Robbins haya acabado intentando descifrar el código que enviaron a Sterling? — Intervino el comisario Black. Sands se volvió de nuevo hacia él. Respiró hondo.

—Aparecía en nuestro directorio como el experto al que dirigirse en todo lo relacionado con criptoanálisis. O al menos lo era. Ahora está jubilado, pero aceptó llevar este caso cuando vio a quién iban dirigidos los mensajes. Por otro lado, no es tanta coincidencia. Es poco probable que pudiéramos haber acudido a cualquier experto en matemáticas que no tuviera relación con Sterling.

—¿Y sigue intentando descifrar el código? ¿Es prudente que así sea si puede estar involucrado?

—Es la mejor oportunidad que tenemos. Además, a menos que algo haya cambiado, es la única antes de que acabe el plazo. —Sands volvió a mirar a Jameson—. A no ser que hayáis encontrado algo más. ¿Por qué me necesitabas con tanta urgencia?

Jameson miró de reojo al comisario Black. Sands lo vio.

—¿Qué ha pasado?

—Charles Sterling nos ha hecho una oferta —explicó el comisario.

Sands sintió un escalofrío de preocupación.

—¿Qué oferta?

—Ha dicho que nos dirá el nombre y la localización del asesino, y dónde tiene a las niñas.

—¿A cambio de qué?

El comisario dudó antes de responder:

—No mucho en realidad. Unas pequeñas mejoras en sus condiciones de vida. Y dos horas de acceso a internet.

—Dígame que no lo está considerando. —El rostro de Sands se

había quedado pálido.

—Aún no he tomado una decisión. Le dije al inspector Jameson que necesitaba discutirlo contigo antes de hacerlo.

Sands siguió observándolo, la alarma evidente en su rostro.

—La oferta de Sterling es que le demos el ordenador mañana a las nueve de la mañana. Así tendríamos tiempo de coger al asesino antes de la hora límite del mediodía.

Sands negó rápidamente con la cabeza.

—Tiene que negarse. Es un truco. Una trampa.

—No lo dudo. ¿Pero qué clase de trampa? ¿Qué es lo que puede hacer en Internet?

—No tengo ni idea, pero no puede confiar en él. No debe dejar que se conecte.

—Estará completamente vigilado. Ya he hablado con el director McDonald y pueden arreglar las cosas para que podamos controlar exactamente lo que ve. Si hay algo que pueda hacer que cause un problema, simplemente lo desconectamos. —Hizo una pausa—. Y tiene un as en la manga. Sterling ha preparado un comunicado de prensa que su abogado publicará si rechazamos su «razonable oferta». Le hará quedar peor que nosotros, pero si matan a las gemelas, nosotros quedaremos bastante mal. —Volvió a hacer una pausa, esta vez negando con la cabeza—. A menos que tengas alguna otra sugerencia, no veo que tengamos otra elección.

Sands buscó en su cabeza una forma de detener esto, pero sabía que no había ninguna. Cerró los ojos y miró hacia otro lado.

Black la observó un rato y luego se volvió hacia Jameson.

—Ponte con ello.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Sands pasó el resto de la tarde, la noche y hasta altas horas de la madrugada examinando la matriz que le habían enviado a Sterling. Robbins había informado de que seguía sin haber avances y le dio a Sands el nombre de una página web que quizá agilizara el proceso al combinar los números de la matriz con determinados textos. Si el resultado era una serie de letras al azar significaba que el texto era incorrecto. Pero si revelaba un mensaje demostraría que habían dado con el texto. Pero con miles de millones de posibles textos entre los que elegir, parecía un esfuerzo inútil. Abandonó la tarea pasada la medianoche y puso el despertador para las seis de la mañana. Intentó dormir un poco.

Recogió a Golding de camino a Highmoor y llegaron al mismo tiempo que Jameson y Chang. Los cuatro agentes pasaron juntos el cordón de seguridad, donde les recibió McDonald, el director de la prisión. Les hizo subir a una pequeña sala de reuniones cercana a su despacho. Dentro ya había dos ordenadores portátiles instalados; un joven trabajaba delante de uno de ellos.

—Este es Steven Daniels —informó McDonald—. Es nuestro jefe de informática y tiene mucha experiencia en este tipo de cosas. Le he pedido que instale un segundo ordenador que refleje la pantalla de Sterling, para que podamos ver exactamente lo que hace.

Sands miró con atención la pantalla en la que Daniels estaba trabajando. Tenía el símbolo del sistema abierto, la larga lista de comandos que había tecleado aún visible en los registros del historial. Los recorrió con la vista, tratando de entender lo que había hecho.

—¿Y si tenemos que parar lo que está haciendo? —preguntó Sands.

—Podemos hacerlo —respondió McDonald—. Steven, ¿Por qué no les explicas...? — Señaló a Daniels, que pulsó unas teclas y se aclaró la garganta.

—Vale. A ver, ese terminal de ahí es el que va a usar Sterling. Si alguno de vosotros quiere cogerlo y conectarse, ya veréis lo que pasa. —Jameson era el que estaba más cerca y se sentó frente al monitor.

—Vale, yo hago de Sterling —dijo, y pulsó el icono de Internet. Tardó en reaccionar y abrir el navegador.

—Es lento, porque está enrutado a través de este otro terminal que tenemos aquí. —Daniels indicó su portátil. Unos segundos después la aplicación se abrió en la máquina de Jameson—. Prueba a abrir una

página, cualquier página.

Jameson navegó hasta una página en la que resumían los resultados de los últimos partidos de fútbol jugados. El otro portátil también cambió, mostrando la misma página web en una pequeña ventana.

—Podemos ver todo lo que está haciendo, y si queréis detenerlo lo puedo hacer desde aquí —explicó Daniel. En su pantalla había un icono de una cadena que brillaba en verde. Sands se inclinó y lo pulsó con el ratón. Inmediatamente, la cadena se rompió y se volvió roja. Al instante, la pantalla de Jameson se volvió negra, mostrando las palabras: «Contenido bloqueado».

—¿Y Sterling no tiene manera de evitar esto? —preguntó Sands.

—En absoluto. —McDonald habló con seguridad, pero Sands lo ignoró, mirando a Daniels en su lugar.

—Es bastante seguro —Daniels miró al director mientras respondía.

—¿Pero no es completamente seguro?

Daniels dudó.

—Siempre hay debilidades teóricas en cualquier sistema, pero los dos dispositivos han sido alineados secuencialmente. Los paquetes de datos llegan primero a nuestro ordenador y luego fluyen al dispositivo de Sterling a través de un portal. Solo nosotros controlamos ese portal.

—¿Podría hackear el portal y acceder a los controles?

—Bueno... no es imposible, pero es una tarea bastante técnica —respondió el hombre, y luego añadió de manera apresurada—: Y veríamos cómo lo hace. Podríamos detenerlo mucho antes de que llegara a conseguirlo. Incluso entonces, la naturaleza secuencial del sistema significa que si desconectamos aquí no habrá flujo de datos en absoluto. Puede trastear con el sistema básico de entrada y salida todo lo que quiera, pero estaría desconectado del portal.

Parecía que Sands iba a seguir protestando, pero McDonald intervino.

—Inspectora Sands, comprendo su preocupación por su padre, de verdad, pero en este caso no tiene fundamento. Su padre no ha tenido acceso a un ordenador en muchos años, así que incluso si alguna vez fue el hacker maestro que usted parece temer, cualquier cosa que sepa será un conocimiento completamente obsoleto.

Sands se giró para mirar al hombre que sonreía con confianza y algo de condescendencia.

—¿Han revisado la lista de libros que Sterling cogió de la biblioteca de la prisión?

La sonrisa del director se atenuó antes de contestar.

—Sí, lo hemos hecho.

—Entonces sabrá que contenía un libro titulado «Defensa de redes

y medidas de ataque: Principios y Prácticas». Se publicó hace dos años. Y otro con el título «Detección y prevención de intrusiones en redes: Conceptos y Técnicas». Esa era la edición actualizada, que se volvió a publicar a principios de este año. Había varios más. —Sus fosas nasales se hincharon con desprecio mientras miraba a los ojos a McDonald.

—Su padre lee libros sobre todo tipo de temas y, si nuestra biblioteca lo facilita, no lo veo mal. Muchos de nuestros reclusos aprenden habilidades que son fundamentales para que empiecen carreras y rehagan sus vidas una vez que salgan.

—Se supone que Charles Sterling no va a salir nunca —refutó Sands. Ignorando a McDonald, apartó la mano de Daniels del teclado y desplazó la pantalla hacia arriba, para ver mejor lo que había hecho. El hecho de que no pudiera seguir lo que el técnico había especificado solo aumentó su frustración y malhumor.

—Es seguro —interrumpió Daniels al cabo de un rato—. Si hay algo que pinte mal lo desconectamos de inmediato.

Sands sintió que se le revolvía el estómago. No se había molestado en desayunar. No le había apetecido.

—¿Va a tener acceso en su celda? —dirigió su pregunta a McDonald.

—No, eso no es posible. No hay forma de llevar internet a las celdas subterráneas. Estará en una habitación segura en este piso.

Las manos de Sands se apretaron. Cerró los ojos.

—Inspectora, la prisión de Highmoor es la institución de mayor seguridad que este país ha construido. Sterling estará en una habitación con una puerta de acero de diez centímetros de grosor y paredes de hormigón. No hay ni cobertura telefónica ni Wi-fi. Podremos ver la pantalla de Sterling y vigilarlo por un sistema de circuito cerrado de televisión a todo color. Por último, el funcionario de prisiones Barney Atkinson estará en la sala con él en todo momento. De verdad que no hay ningún riesgo.

—Ya he oído suficiente —dijo Jameson antes de que Sands pudiera responder—. Inspectora Sands, tus preocupaciones sobre esto ya se han discutido en gran detalle. Las gemelas y sus padres no pueden permitirse el lujo de volver a hablar de lo mismo una y otra vez. Sigamos con esto y veamos qué sacamos.

Unos minutos más tarde, Daniels estaba listo y McDonald llamó a Barney Atkinson para que se hiciera cargo del portátil. Atkinson se mostró deferente y respetuoso con McDonald, pero su actitud dejaba claro que compartía algunas de las preocupaciones de Sands o, al menos, su disgusto por el hecho de que Sterling consiguiera lo que quería. Mientras Daniels le explicaba cómo funcionaba el sistema, Sands se acercó a él.

—¿Vas a quedarte con él todo el tiempo?

—Sí —gruñó en voz baja—. No te preocupes. Voy a vigilar a ese cabrón como un halcón. No me importa lo que diga el director. Sterling trama algo.

Sands asintió, pero no se tranquilizó. Atkinson miró al director.

—Tiene acceso al portátil durante dos horas. ¿Correcto? —Parecía que iba a cronometrarlo personalmente.

Barney Atkinson cogió el portátil entre sus enormes manos y salió de la habitación.

Una mujer con uniforme gris de la prisión apareció con una bandeja de café mientras Daniels instalaba un tercer portátil. Este transmitía lo que parecía la sala de interrogatorios de una comisaría. Sterling ya estaba sentado a la mesa, con las piernas encadenadas y el mono amarillo.

—Esta es la señal del circuito cerrado de televisión de la sala en la que se encuentra Sterling —explicó Daniels. Luego miró a McDonald —. ¿Quiere que me quede todo el rato?

—Sin ninguna duda.

El técnico asintió con la cabeza y se sirvió un café. Jameson, Chang y Golding hicieron lo mismo, pero Sands se quedó mirando a su padre en la pantalla, preguntándose qué demonios estaba planeando.

La imagen de la cámara de seguridad no era perfecta, pero Sands pudo ver que tenía los ojos cerrados, como si estuviera meditando de nuevo. Entonces los abrió de golpe y se puso en pie.

—¿Qué está pasando? ¿Ya llegó Atkinson?

Nadie contestó a Sands y ella se dirigió al técnico, de repente bastante cabreada.

—¿Por qué no hay volumen? ¿Por qué no oímos nada? —En la pantalla se veía con suma claridad que Sterling estaba hablando, y Daniels se apresuró a dejar el café. Se dirigió rápidamente a su ordenador portátil, ajustó algo y, de repente, el sonido de la celda llegó a la sala de reuniones.

—Da un paso atrás y arrodíllate, de cara a la pared con las manos en la cabeza. No te des la vuelta. —Era la voz de Atkinson, ronca a través de los altavoces—. Voy a acercarme a la mesa.

—Ay Barney, sigues pensando que no soy de fiar. —Sterling sonaba juguetón, pero en la pantalla hizo lo que se le pedía. Parecía haber un pequeño desajuste entre el sonido y la imagen, quizá un retraso en uno u otra. Sands se acercó más a la pantalla, deseando que al hacerlo mejorara la resolución. Mientras miraba, Sterling giró la cabeza, presumiblemente para observar a Atkinson.

—He dicho que no te des la vuelta. Si vuelves a hacer eso, cojo este ordenador, arranco el cable y se acabó, ¿entiendes?

Sterling se volvió.

—Creo que puedo seguir tu lógica, Barney.

La voz de Atkinson sonaba cabreada cuando volvió a hablar.

—Vale. Aquí está. Ven y cógelo.

Debido a la posición de la cámara de vigilancia en la celda, solo captaba lo que ocurría en la parte de Sterling de la sala. Atkinson no era visible. Sands observó cómo Sterling se ponía torpemente en pie y volvía a la mesa donde estaba el portátil que ella había examinado antes. Un cable de red salía de la parte trasera. Sterling se sentó, por un momento sus ojos se movieron hacia arriba, buscando el objetivo de la cámara de seguridad, y luego se posaron en la pantalla del ordenador. Apoyó la mano en la alfombrilla del ratón.

Al instante, la pantalla del segundo ordenador, el que estaba sobre la mesa frente a Sands, parpadeó, reflejando lo que Sterling estaba viendo. Era la pantalla de apertura de un ordenador PC, salvo que la imagen del escritorio era el logotipo de la prisión. En su pantalla, Sands podía ver el puntero del ratón deambulando, pero al volver la vista a la pantalla de televisión, se dio cuenta de repente de que Sterling había inclinado el portátil para que la cámara de vigilancia no mostrara la pantalla.

—Llamad por radio a Atkinson. Dile que gire la pantalla de Sterling para que podamos verlo.

Fue el director quien contestó.

—En realidad, de momento no podemos. Los transmisores están siendo reemplazados, no hay comunicación con esa sala en este momento.

Sands se giró hacia él.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Relájese, inspectora. Podemos ver lo que Sterling hace desde aquí. —McDonald indicó el monitor que se encontraba en la superficie de la mesa—. Todo está bajo control.

Sands sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Casi no se dio cuenta de que Golding se acercaba a ella. Tenía dos cafés en la mano y le tendió uno. Al cabo de un rato, lo cogió.

—Allá vamos.

Observaron cómo Sterling pulsaba el icono para abrir Internet. Se cargó lentamente en la página de inicio de Google. Escribió una palabra: «cascadas». Luego pinchó en la búsqueda de imágenes. La página se cargó y se llenó de imágenes de cascadas de todo el mundo. Lentamente, pasó de una a otra. Se paraba unos treinta segundos en cada imagen antes de pinchar con el ratón y pasar a la siguiente. A veces se saltaba una. Otras veces se quedaba más tiempo en otra. En la sala de control, los presentes fruncían el ceño, pero nadie dijo nada. De repente, abrió otra pestaña y tecleó una segunda búsqueda. Sands se dio cuenta de lo rápido que tecleaba. Después de diez años, su

mecanografía no se había oxidado en absoluto. Esta vez se trataba de playas. Pasó unos instantes mirando los resultados de la búsqueda antes de volver a pinchar en los resultados de imágenes. De nuevo observó una fotografía tras otra: arenas blancas y aguas turquesas de la costa noroeste de Escocia, playas bordeadas de palmeras del Caribe, antes de cerrarla y pasar a la siguiente. Entonces abrió una nueva pestaña. Esta vez eran bosques.

—¿Tenemos alguna idea de lo que está haciendo? —preguntó por fin Jameson, entrecerrando los ojos en la pantalla—. ¿Alguna sugerencia?

Sands negó con la cabeza. Golding bebió un sorbo de café y se encogió de hombros.

—¿Quizá solo intenta observar unas imágenes diferentes a las que ve todos los días? —sugirió Beth Chang—. Para rellenar sus bancos de memoria, quizá.

—Podría haber pedido libros si es lo que quería —respondió Golding, y luego miró a McDonald—. O utilizar la biblioteca de la prisión.

—Bueno, ¿quizás no importe? —Jameson respondió a su propia pregunta. Consultó su reloj—. Ya han pasado 26 minutos. Queda poco más de hora y media para que nos diga dónde está ese cabrón o lo desconectaremos.

Sterling apenas se movió de posición, sentado en su escritorio, ligeramente encorvado sobre el portátil. Después de pasar casi la mitad del tiempo mirando imágenes, cerró un par de pestañas y abrió una nueva. Esta vez fue a YouTube y tecleó en la barra de búsqueda. Fue tan rápido que Sands casi no vio lo que había escrito, pero captó las palabras «música para meditar».

Sands frunció el ceño ante el cambio, pero Jameson soltó una risotada. Empezaba a relajarse.

Un nuevo sonido empezó a sonar por los altavoces, música, la introducción del vídeo que Sterling había seleccionado. Sonaba oriental, el tañido de un sitar.

—Hace más de una década que no oye música. —McDonald se había unido a ellos ahora, observando atentamente el portátil—. ¿Se imaginan lo que debe de ser eso?

—¿Y esto es lo que quiere oír? —preguntó a su vez Jameson—. De verdad que está jodido de la cabeza.

Sands ignoró a ambos, estudiando la postura de Sterling. Algo en ella le parecía poco natural, pero no era capaz de identificar por qué. Se volvió hacia Daniels, que observaba desde una silla detrás de los agentes.

—¿Todo bien?

Echó un vistazo a los ordenadores que había montado antes de

responder.

—Parece que sí.

El puntero del ratón se movió en la pantalla. Sterling parecía estar navegando entre los otros vídeos disponibles a la derecha de la pantalla. Pasó el ratón por encima de uno y luego, con la apariencia de que había sido una decisión aleatoria, seleccionó el de abajo. Se cargó un nuevo vídeo. La ventana del vídeo se llenó de un caleidoscopio de colores y por los altavoces se oyó la voz de un hombre. De inmediato, Sterling lo puso en pausa, luego avanzó unos minutos en el vídeo, aparentemente ajustando el deslizador de tiempo al azar. Volvió a darle al *play*.

«¿De dónde viene tu próximo pensamiento? ¿Puedes saber cuál es, antes de que aparezca? Y si no es así, ¿tienes algún control sobre lo que será ese pensamiento? Díganme, amigos míos, ¿dónde está el libre albedrío en eso?»

—Esto otra vez. De verdad que le pone esta mierda —murmuró Jameson, junto a Sands. Ella lo miró, irritada, y luego volvió la vista al portátil.

«Los pensamientos simplemente aparecen en nuestra mente, como de la nada. No tenemos libertad para elegirlos antes de que aparezcan. Y cuando consideramos nuestros pensamientos, después de que aparezcan, cuando elegimos si actuar o no en base a un pensamiento, ¿de dónde viene ese pensamiento? ¿Lo elegimos nosotros o, de alguna manera, lo eligen por nosotros?»

—Es la misma mierda que te decía a ti —sonó la voz ronca de Jameson, más fuerte ahora.

«Cada decisión que crees que tomas, no la tomas. Cada paso que das en la vida está determinado por pasos que vinieron antes, pasos que tú diste y pasos que dieron por ti tus padres, los padres de tus padres y el infinito río del tiempo».

—¿Quizá deberíamos bajar el volumen? —Era más bien una broma lo que Jameson estaba haciendo, un comentario sarcástico, pero Sands se le echó encima enseguida.

—¿Por qué no cierras la boca? Esto es importante.

Se hizo un silencio de sorpresa en la sala de reuniones, pero nadie dijo nada, y poco a poco la atención volvió a centrarse en la pantalla que mostraba el vídeo de YouTube que Sterling seguía viendo, el sonido de la voz del orador resonando en el portátil.

Al final, Sterling pausó antes de que terminara el vídeo. Entonces pareció navegar al azar. Puso más música, una banda de violines irlandeses. Leyó el periódico *The Guardian*. Ojeó el menú de un restaurante londinense con dos estrellas Michelín, pero, aparte de dejar que pasaran los minutos, no parecía estar haciendo nada útil. Diez minutos antes de que terminara su hora, el comisario Black llamó

al móvil de Jameson. Sands escuchó cómo Jameson le ponía al corriente y pudo oír que Black confirmaba que ya tenía preparada la unidad de respuesta armada y que solo necesitaba una dirección a la que dirigirla.

—Si va a decirnos algo, será en los próximos diez minutos. Si no lo hace, se acabó, pero no hemos perdido nada —dijo Jameson, luego escuchó un rato y volvió a reírse, sombríamente.

Jameson colgó y se volvió hacia Sands.

—Sterling te dijo que nos daría el paradero del asesino unas cuantas veces, ¿verdad? ¿Si accedías a verle regularmente, cosas así? ¿Crees que podría estar haciendo esto para demostrar algo? ¿Haciéndonos esperar hasta el final antes de decírnoslo? Quizá sea su forma de decirnos que deberíamos haberle creído desde el principio.

Sands no iba a contestar, pero se libró incluso de ignorarlo, porque en ese momento apareció en la pantalla un buzón de mensajes, sorprendiéndolos a ambos. Tenía la forma de un sobre que bailaba cómicamente en la pantalla y un nombre escrito: Inspector Paul Jameson.

—¡Eh! —Jameson llamó de nuevo a donde Daniels todavía estaba sentado—. ¿Cómo abro esto?

—Ha enviado un mensaje —dijo Sands al mismo tiempo—. ¿Cómo lo ha hecho?

El joven técnico no parecía saber a cuál de las preguntas responder, pero Jameson ya tenía el ratón en la mano y movió el puntero sobre la imagen del sobre.

—Solo tengo que pinchar aquí, ¿no? Lo tenemos —añadió para sí —. Esta va a ser la ubicación del asesino.

Durante un segundo, los ojos de Sands permanecieron fijos en Daniels, pero entonces Jameson pinchó en el sobre. En la pantalla apareció un gráfico, el sobre se abrió y salió una carta. Se desplegó y reveló un mensaje:

«Las gemelas están retenidas por un hombre llamado Ian King, un esquizofrénico paranoico que cree que el dios del sol egipcio Ra le ha ordenado sacrificarlas. Lo encontrarás en el número 32 de Bridge Road, en Salisbury. Tened cuidado, está armado, pero eso ya lo sabréis.

Si quieres comprobar la veracidad de este mensaje, te sugiero que consultes su página de Facebook: IanKingRA

¡Buena suerte!»

—¿Cómo ha enviado este mensaje? —volvió a preguntar Sands a Daniels, pero Jameson los interrumpió.

—Podéis investigar eso todo lo que queráis, una vez que las gemelas estén a salvo. Ahora, conéctame de inmediato a Internet.

Daniels acercó el segundo ordenador y pulsó abajo para abrir Google Chrome.

—Toma. —Le pasó el portátil a Jameson.

Torpemente, Jameson abrió la pantalla de inicio de Facebook, pero no permitía realizar búsquedas porque no había ninguna cuenta registrada.

—Mierda. ¿Alguien sabe su contraseña de Facebook?

Una vez más, fue Daniels quien salvó la situación, pero se perdieron valiosos segundos. Por fin, Jameson navegó hasta la página que el mensaje de Sterling les había sugerido consultar: IanKingRA.

Por un segundo, Sands no pudo ver qué pasaba. La página se cargó con lo que parecían tonterías habituales de las teorías de conspiración. Empezó a reproducirse un vídeo, un gráfico que pretendía mostrar cómo se construyeron las pirámides, mediante una lente solar gigante que fundía grafito en moldes. Otra imagen mostraba simplemente un enorme ojo jeroglífico.

—No lo entiendo, ¿qué se supone que estamos mirando? —preguntó Jameson.

—Oh, mierda. Ahí. —Chang fue la primera en verlo. Había una imagen que se había publicado esa mañana. Era una foto tomada de las gemelas atadas a una cama.

Jameson silbó.

—Es él.

Ya estaba marcando en su móvil mientras Sands leía el mensaje por segunda vez.

—Jefe, tenemos un nombre y una dirección. Un tal Ian King, 32 Bridge Road, Salisbury... No estamos lejos. Nos reuniremos con el grupo de operaciones especiales allí. —Colgó el teléfono—. Al final nos lo dijo —Jameson se dirigió a Sands, agitando el puño en señal de éxito—. El cabrón se ha portado bien. —Ya estaba caminando hacia la puerta.

—Espera —lo detuvo Sands, señalando hacia arriba con un dedo, como si intentara indicarle que algo estaba mal, pero no acababa de entenderlo.

—¿Qué? Nos ha hecho perder el tiempo durante dos horas enteras. ¿Quieres perder más tiempo? Estamos a menos de una hora de que se cumpla el plazo.

—¿Cómo lo hizo? Se supone que tenemos que ver un espejo de su pantalla, y no le vimos configurar ese mensaje, simplemente apareció. ¿Cómo? —Se volvió hacia Daniels, cuya ansiosa expresión mostraba que no tenía una respuesta que darle. Jameson pareció cambiar de opinión.

—Vale, tienes razón. Es una preocupación. Pero tenemos que priorizar. Nos ha dado lo que dijo que nos daría. Tenemos el nombre de este imbécil y la dirección donde las gemelas están retenidas. Todavía hay una posibilidad de que podamos llegar allí antes de que su maldita cuenta atrás se agote, así que tenemos que irnos. Tenemos que comprobarlo.

Sands no dijo nada durante un segundo, tratando de mantener la cabeza despejada. Leyó el mensaje para sí misma, por tercera vez.

—Mira, si quieres quedarte y comprobar cómo lo envió —concedió Jameson ahora—, probablemente sea una buena idea.

Sands asintió.

—Vale. —Jameson se levantó—. Chang, nos largamos cagando leches.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Se hizo un silencio repentino. Sands se volvió hacia el informático de la prisión.

—¿Y bien?

Por un segundo, el joven pareció perdido, pero luego se inclinó hacia el teclado. Volvió a abrir el símbolo del sistema y tecleó rápidamente, abriendo una pantalla tras otra, demasiado rápido para que Sands pudiera seguirle. Al cabo de un rato desistió de intentarlo, y en su lugar se volvió hacia el portátil de repuesto, que seguía mostrando la página de Facebook de Ian King. Las gemelas seguían allí, atadas a la cama. El poema críptico no había cambiado. Al contador le quedaban menos de cincuenta minutos. Sands se volvió hacia Daniels, que ahora estaba sentado en su silla, mirando la pantalla.

—¿Cómo lo ha hecho?

El informático habló apretando los dientes.

—No estoy muy seguro, pero de alguna manera tenía una segunda ventana abierta. No sé cómo lo hizo, si solo tenía una pantalla...

—¿Qué hizo? ¿En la otra ventana?

—No lo sé... a menos que... —los ojos del hombre se iluminaron al contestar—, dividiera su pantalla. Eso es lo que hizo. Dividió su pantalla en dos mitades y envió la señal de una mitad a un programa de reflejo, para que no pudiéramos ver lo que estaba haciendo en el otro lado. No tengo ni idea de cómo lo hizo...

—¿Puedes ver lo que hizo en la segunda pantalla?

—Podemos comprobar los registros de teclas, ver lo que tecleó. No lo monitoricé, porque lo hacía casi todo con el ratón.

—Míralos, ahora —le ordenó Sands, y se inclinó detrás de él mientras él abría un archivo que contenía todas las teclas pulsadas por Sterling. Juntos lo examinaron, pero no parecía mostrar nada que no hubieran visto hacer a Sterling—. Aquí no hay nada.

Daniels parecía confuso. Señaló una pequeña línea de código que era diferente. Lo copió en el portapapeles, abrió un navegador web, pegó la línea e hizo una búsqueda. Apareció una página web que mostraba un teclado.

—¿Qué es esto? —exigió Sands. Ahora estaba impaciente.

—No estoy seguro. —Daniels lo estudió—. Creo que es una página web con la que puedes escribir letras a través del ratón. El registro de

teclas solo registra las entradas hechas a través del teclado. Si escribió un mensaje a través de esta página no podríamos verlo. Por eso parecía estar pulsando cosas al azar. Estaba tecleando.

Sands golpeó la mesa con el puño. Volvió la vista a la gran pantalla que seguía mostrando la señal de la celda de Sterling, pero este ya no estaba allí. Atkinson debía de haberlo trasladado a su celda subterránea. Se volvió hacia Daniels, y a punto estuvo de descargar su frustración contra el joven técnico cuando el portátil emitió un pitido.

—¿Qué es eso?

—No puede ser…

—¿Qué pasa?

—Es otro mensaje.

Sands estuvo a punto de arrancarle el ordenador, pero se conformó con tirar de él para que quedara frente a ambos. No vio nada.

—¿Dónde está el mensaje?

—No, no es un mensaje, es... un correo electrónico. Sterling estaba usando un servidor de correos para redactar un correo electrónico. Ese ruido indicó que envió el mensaje y ahora ha desaparecido, no podemos ver qué ponía.

—¡Joder! —Sands perdió lo que le quedaba de paciencia. El director seguía en la sala, y ella se volvió hacia él, frustrada—. Creía que había dicho que tenían esto bajo control.

McDonald no contestó, su rostro estaba pálido.

—Podría haber una manera —interrumpió Daniels—. Déjame... —Tecleó frenéticamente en el portátil, con la lengua asomándole por la comisura de los labios. Mientras trabajaba, se explicó—. Este navegador hace una caché de cada página que cargas, por si quieres volver a cargarla más tarde, lo hace más rápido. Estoy comprobando el caché para ver si captó lo que sea que enviara... —Pulsó unas teclas y se reclinó, triunfante—. Ya está.

En la pantalla que tenían delante había una página web, con un mensaje casi totalmente compuesto en la pantalla. El problema era que ahora el mensaje no tenía sentido. Era solo una larga lista de números.

—¿Qué será eso? — preguntó Daniels, frunciendo el ceño—. ¿Por qué está enviando un montón de números?

Sands sintió que la cabeza le iba a explotar. Tuvo que esforzarse para no dar un puñetazo al ordenador y al final se conformó con cerrar el puño y dejarlo caer sobre la superficie de la mesa, pero no tan fuerte como para causar daño.

—No es una lista de números —anunció Sands al final—. Es un cifrado de libro. —Se levantó y se paseó por la habitación, antes de seguir explicándose. Parecía que lo hacía más para ayudarse a sí misma que al técnico—. Los mensajes que el asesino ha enviado a

Sterling han sido todos encriptados con un cifrado de libro, que no podemos leer, porque no sabemos qué texto se utilizó para codificarlo.

—Ah sí, vi un programa sobre códigos de libros en la televisión la semana pasada —contestó Daniels—. Eran números, como los que tienes ahí —señaló el segundo mensaje, aún en pantalla—. Y daba la localización de un antiguo tesoro pirata, solo que estaba codificado por un libro.

Sands lo miró confundida de que el hombre pensara que valía la pena compartir esa anécdota en ese momento.

—Solo que no era un libro, sino un artículo académico o algo así, no recuerdo qué exactamente, y solo descifraron uno de los códigos. Todavía quedan dos, y nadie ha encontrado el tesoro...

—Para —interrumpió Sands—. Deja de hablar.

Por un segundo, Daniels lo entendió mal.

—Lo siento, es que hablo cuando estoy estresado...

—¿Qué acabas de decir?

—Tengo la manía de hablar cuando...

—No, antes. Estabas hablando de los Cifrados Beale. ¿Dijiste lo que usaron para descifrarlos? ¿Lo que pusieron en la tele?

—Ah, creo que era la Constitución de los EE. UU., o algo así.

—Eso no es lo que dijiste. Dijiste un artículo académico. —Se quedó callada, con la frente profundamente fruncida. De repente, giró sobre sí misma y se volvió hacia Golding, parpadeando.

—¿Y si no buscamos un mensaje para el asesino? ¿Sino para otra persona?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Golding.

—Hemos estado asumiendo que el asesino y Sterling se intercambian mensajes. ¿Pero y si estamos equivocados? ¿Y si no es un mensaje para el asesino, sino para alguien más?

Golding se quedó callado un momento. Parecía preocupado.

—¿Quién?

—La persona en la que hemos confiado para intentar descifrarlos.

Sands entró en acción.

—Échate a un lado —le espetó a Daniels, haciéndole señas para que se levantara de su asiento y sentándose ella misma. Sus dedos ya se movían sobre las teclas del portátil.

Golding se sentó a su lado mientras Sands se conectaba al portal de la «Revista de matemáticas avanzadas». Comenzó a escanear las entradas, retrocediendo en el tiempo hasta llegar a 1991. La biblioteca estaba mal archivada, y fue Golding el primero en encontrar el enlace al famoso artículo de Robbins que había sentado las bases de las criptomonedas modernas.

—Ahí. —Señaló la pantalla y Sands pinchó para abrirlo. Al cabo de unos instantes se abrió una copia en PDF de mala calidad de la revista

en papel.

Lo miró para ver si entendía, y en su cara se veía claramente que no.

—Este es el artículo que Robbins escribió —explicó Sands—. Lo tenía impreso en su escritorio cuando fuimos a verlo, lo que significa que había comprobado si era lo que aseguraba el cifrado. Dado el contexto de lo que estábamos viendo, era un texto obvio que comprobar, pero nos dijo que no había podido leer el mensaje, lo que significaba que no era el correcto. No lo comprobé por mí misma porque en ese momento no teníamos motivos para dudar de él. Pero ¿y si Robbins mentía?

Golding dudó antes de responder.

—Ha mentido sobre lo bien que conocía a Sterling. ¿Puedes comprobarlo?

—Sí.

Abrió otra ventana de Internet y cargó una página web.

—Esto es un descifrador de códigos de libros —explicó mientras trabajaba—. Te permite cargar un código de libro y, a continuación, los textos que quieres cotejar con él. —La página tenía dos espacios en los que los usuarios podían introducir texto. En el primero, copió y pegó los números del mensaje de Sterling. En la segunda casilla pidió al ordenador que cargara el artículo de Robbins.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —McDonald se había acercado, pero Sands lo ignoró, dando golpecitos con los dedos mientras la web hacía su trabajo.

—Vale, tarda unos segundos. —La página había generado automáticamente una docena de textos diferentes, cada uno de los cuales suponía una forma distinta de interpretar cómo debían aplicarse los números al texto. Pero ninguno de ellos tenía sentido. Cada uno parecía una colección aleatoria de galimatías ininteligibles.

—Maldita sea. —Esta vez Sands golpeó la mesa con la mano.

McDonald tomó la palabra.

—No parece importar ahora de todos modos. El inspector Jameson tiene el nombre y la dirección que necesita. Esperemos y recemos para que llegue a tiempo.

Parecía esperar una respuesta, pero Sands siguió ignorándolo, así que finalmente continuó.

—En cualquier caso, creo que voy a seguir los acontecimientos desde mi oficina. Si me disculpan. —Se levantó torpemente y salió de la sala. La única reacción de Sands fue minimizar la página web del descifrador de códigos y volver a abrir el documento original de Robbins.

Se quedó mirándolo en la pantalla, leyendo el resumen y tratando de seguir el razonamiento matemático que Robbins había utilizado. De

alguna manera, ese documento era clave, pero no era la clave que necesitaban. ¿Qué significaba? Pasó al documento en sí, intentando seguir la lógica, pero le resultaba frustrantemente difícil. No era solo falta de práctica, era el mismo problema al que se había enfrentado todos aquellos años, en el despacho de su maldito padre. Él le asignaba una tarea para entender un concepto u otro, y ella trabajaba en ello, intentando abrirse camino hacia la claridad. Y cuando acudía a él, lista para el examen, le demostraba que no lo había entendido del todo, que de algún modo no había captado la esencia del asunto. Entonces él se lo explicaba de tal manera que hacía que el razonamiento fuera bello. Durante unos instantes, dicha explicación aparecía como escrita en el aire con letras prestadas por un crepitante fuego. Una verdad tan amplia y profunda como el universo mismo. Pero no duraba. En cuanto su padre dejaba de hablar, la aparición se desvanecía y las brumas de su propia insuficiencia volvían a nublar su entendimiento.

—¿Cómo puedes hacerlo tú y yo no? —le había preguntado una vez a su padre, y su respuesta fue a la vez sumamente arrogante y en cierto modo generosa.

—Yo tengo el don de la perspicacia, Ángel, pero tú estás más dotada que yo. Posees el don de la lucha.

—¡Pero tú no tienes que luchar!

Aún recordaba la sonrisa triste que había aparecido en sus labios.

—Mantengo mis luchas ocultas, mi ángel. Pero las tengo igualmente.

Parpadeó, sin saber por qué había aparecido tal recuerdo, e irritada porque le robó varios segundos. Volvió a lo que se había convertido en su talento, a seguir adelante, por duro que fuera abrirse camino. ¿Y qué, si gran parte del trabajo de Robbins estaba fuera de su alcance, y qué si debajo de su extraordinario afán de superación se escondía una mente ordinaria? Un pequeño problema como este no iba a detenerla. Y ordinario era un término relativo. El trabajo de muchos matemáticos exitosos se basaba en la brillantez de mentes pasadas.

Siguió adelante, siguiendo lo que podía y dejando espacio en su mente donde no podía. Entonces llegó a unos corchetes y a los nombres de otros trabajos en los que se basaba la obra de Robbins. Se paró en la cita:

Robbins, et al 1989.

Et al. Et Alia. En latín «Y otros». Hizo una pausa, sin saber qué la había detenido. La idea se repitió. El trabajo de muchos matemáticos de éxito se basaba en la brillantez de mentes pasadas. De repente,

saltó a la parte posterior de los documentos, donde las citas aparecían como referencias completas. Ahí se detuvo sobresaltada.

«Robbins et al: La peculiar denominación de los números primos, Revista de matemáticas avanzadas de Cincinati, Jerimiah Robbins, Korai Hakamoto y Charles Sterling, 1989».

Que el famoso artículo de Robbins se basara a su vez en un trabajo anterior no fue una sorpresa, pero ver el nombre de su propio padre en la lista hizo que a Sands se le helara la sangre. Miró a Golding, la sorpresa también evidente en su rostro, y luego buscó el artículo en la página web de la revista. Ya no existía. Sands chasqueó la lengua con frustración, pero no tardó en encontrar una copia en caché. Los matemáticos y académicos habían sido algunos de los primeros en adoptar Internet, y de los archivistas más cuidadosos. Al leer el primer párrafo, Sands reconoció el tono ligero de las palabras de su padre.

Ansiosa, copió el texto del nuevo artículo y volvió a la página web de descifrado de códigos de libros, que seguía abierta en otra pestaña. Contuvo la respiración mientras las páginas del artículo se cargaban una a una y se procesaban en el formato digital con el que trabajaba el programa. Finalmente, terminó, dejándole el cuadro de texto en el que introducir el código del mensaje. De nuevo, copió y pegó el texto del correo electrónico que Sterling había enviado. Luego pulsó el botón para ejecutar la búsqueda.

Con el artículo ya cargado, esta vez fue más rápido. Casi de inmediato, una docena de resultados aparecieron en la pantalla. Los tres primeros no tenían sentido, pero al ver el cuarto resultado, se detuvo en seco. En lugar de letras al azar, estaban las palabras: Ian, te he enviado unas visitas...

Lo pulsó, con el corazón latiéndole en el pecho.

«Ian, te he enviado unas visitas. Confío en que los harás sentir como en casa, a tu manera. Pero quería darte tiempo para terminar tu trabajo, así que los he enviado al piso, no a la granja. Cuídate, y dale recuerdos a Ra».

—Mierda —exclamó Golding.

Sands sabía que, incluso cuando dos minibuses llenos de agentes del grupo de operaciones especiales se dirigían a hacer una redada, en la sala de incidentes del departamento quedaba un puñado de agentes investigando los antecedentes del sospechoso. Pero ¿adónde iban? Se apresuró a buscar el primer mensaje: 32 Bridge Road, Salisbury, ¿era ese el piso? Si era así, ¿dónde demonios estaba la granja?

—Ponme con la sala de incidentes —sus palabras a Golding fueron gélidas. Momentos después le cogió el teléfono—. ¿Alguien ha encontrado algo sobre una granja?

La agente que contestó, una joven subinspectora, no lo suficientemente veterana como para unirse al grupo de asalto, dijo que ella no, pero que había otros trabajando. Era demasiado pronto para confirmar ya que acababan de recibir el nombre.

—Levántate. Ahora mismo, haz que todos escuchen. Pregunta si alguien se ha topado con alguna referencia a una granja.

Sands esperó y oyó de fondo cómo la joven agente hacía lo que ella le ordenaba. Luego oyó otra voz:

—Yo.

Le pasaron el teléfono y Sands se encontró hablando con un hombre, también joven.

—Hola, jefa. La dirección de los padres de Ian King aparece como una granja y antiguo matadero. Ya no está en uso.

—Dame la dirección.

Sands se colocó el teléfono detrás de la oreja mientras escuchaba y tecleó la dirección en la aplicación de mapas de Google. Estaba a menos de media hora en coche de la prisión, pero a una buena hora del lugar al que el equipo de agentes junto con el grupo de operaciones especiales habían ido. Colgó y se volvió hacia Golding.

—Lleva esto a Jameson —le pidió Sands mientras estudiaba la ruta y la enviaba al GPS del Alfa—. Dale esta dirección y convéncelo de que el grupo de operaciones especiales se dirige al lugar equivocado. Luego ponte a descifrar el resto de los mensajes. Necesitamos saber qué se han estado contando.

—¿No estarás pensando en ir allí sola?

Sands miró su reloj. Cuarenta y cinco minutos para que se cumpliera el plazo del asesino. Sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Tú dime qué dicen los mensajes.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

El hombre que se veía a sí mismo como el dios Osiris, al menos en la línea temporal que había escogido de las muchas que proponía la teoría de los universos múltiples, pero que en el siglo XXI era conocido como Ian Robert King, consultó su reloj. Aún lo llevaba, a pesar de que desentonaba con el uniforme de trabajador egipcio que había confeccionado. En los pies se había atado un par de sandalias de cuero. Llevaba las piernas desnudas y, alrededor de la cintura, una falda de hierba sujeta por un cinturón de cáñamo y cobre con una hebilla que mostraba la imagen del sol. Una túnica de cuero completaba el atuendo, todo ello procedente de Amazon. Osiris estaba seguro de que los antiguos egipcios disponían de una amplia gama de tecnologías que los arqueólogos modernos negaban y ocultaban. Puede que no llevaran relojes exactamente iguales a su reloj Apple de tercera generación, pero sin duda disponían de artículos similares, y probablemente mucho más avanzados que ese.

Además, necesitaba saber la hora con mucha precisión. Porque en poco menos de una hora el mundo, tal y como lo conocían las personas que vivían en esta versión, iba a dejar de existir. En menos de un segundo, ese mundo dejaría de existir. Y sin embargo él, suponiendo que completara correctamente la serie de sacrificios que se le exigían, escaparía a aquel ajuste final de cuentas. Sería transportado a través del tiempo al momento más maravilloso de la historia del planeta: la ceremonia de inauguración de la Gran Pirámide de Giza. La emoción le embargaba y se sentía sobrecogido por la proximidad de ese momento.

Apenas parecía real y, sin embargo, el delirio y la locura que se habían apoderado de King años atrás le impedían ser consciente de siquiera considerar la posibilidad de que no fuera real.

Abrió la puerta trasera de la casa y salió al patio exterior. No había necesidad de andarse con miramientos, el patio no se veía desde los alrededores. Hacía tiempo que se había plantado un bosque en dirección a un sendero público que atravesaba una colina cercana, la única desde la que se veía la granja. Los árboles no estaban allí para proteger a los propietarios de la granja de miradas indiscretas, sino para proteger a los miembros del público de las vistas, olores y sonidos que antaño habían tenido lugar en el mayor de los edificios de piedra de la granja.

Cuando King nació en la misma granja, esta funcionaba como un lugar donde la vida y la muerte convivían. Sus padres eran dueños de unas doscientas ovejas, que pastaban en las colinas circundantes, pero la mayor parte de su negocio consistía en hacer de pequeño matadero local para las demás granjas de las colinas de Purbeck. Abastecía a carnicerías especializadas, supermercados y restaurantes, dándoles la oportunidad de ofrecer cordero de origen local a precios elevados. Su infancia transcurrió entre el idílico sonido del balido de las ovejas y el ruido que hacían al salir de los pastos y dirigirse a los corrales de matanza. Al principio, los sonidos eran de irritación, luego de alarma y, por último, de puro terror, cuando el peso de las ovejas las empujaba hacia delante en la cola y eran testigos de lo que les ocurría a las que llegaban delante.

Aquellos días ya habían pasado. King rodeó con cuidado el barro en dirección a los gallineros, una de las pocas secciones de la granja donde aún había animales vivos, y ahí tuvo cuidado de cerrar la puerta tras de sí.

Dentro, las aves corrían de un lado a otro. Habían aprendido a tratar a King como una amenaza, pero él atrapó una con rapidez y pericia, y luego la acunó entre sus brazos. El animal agitó las alas para intentar escapar, pero él acercó la cabeza al ojo de la gallina, hablándole tranquilamente, explicándole con cuidado que había sido elegida, no por él, sino por una entidad mucho más poderosa que ellos dos. No estaba claro si esta información la tranquilizó o si simplemente aceptó su destino. En cualquier caso, King se dio la vuelta y salió del gallinero. Con una mano, empezó a asegurar la puerta, pero entonces se dio cuenta de la inutilidad de tal acto. No importaba si entraba un zorro. No importaba si las gallinas escapaban. Nada de eso importaba ya. Su mundo, este mundo, dejaría de existir en... volvió a comprobar su reloj: cuarenta minutos.

Tragó saliva, se estremeció. Miró a su alrededor con una nota de total incredulidad. Todo desaparecería. Los árboles, el cielo, todo. ¿Adónde iría a parar? Se había hecho la misma pregunta muchas veces, pero nunca había dado con una respuesta que tuviera sentido. Pero claro, no podía tener sentido. El concepto mismo de sentido era humano, e incluso el minúsculo papel que iba a desempeñar en los acontecimientos de hoy empequeñecía todo lo que los simples humanos habían logrado jamás. No encontraría respuestas en este mundo. Se apresuró a volver a la granja.

Una emoción familiar se apoderó de él, la emoción de la acción. Ya había experimentado algo similar, pero esta vez era diferente. Sus acciones anteriores habían sido importantes, pero solo habían sido pruebas. Esta vez, iba a cosechar la recompensa. ¡Y qué recompensa! Era asombroso, increíble, en el sentido literal de la palabra, pensar en

lo que estaba a punto de suceder. Lo que ya había comenzado a suceder. Incluso ahora, separado de esta vida por un río de tiempo de exactamente veinte mil años de duración, estaba de manera simultánea llevando a una gallina a su cocina y a la vez abriéndose paso entre una apasionada multitud en las llanuras fluviales del antiguo Egipto. Allí, bajo la apariencia de Osiris, se preparaba para el momento en que los dioses declararan terminado el proyecto de la Gran Pirámide. Y no sería una tumba. Por un instante se burló de la ridícula idea de que las pirámides se construyeran como monumentos funerarios. Serían motores, máquinas. Creadoras de energía tan poderosa como para hacer nacer estrellas. Eran portales que llamaban a los elegidos a ese momento en el tiempo.

King sabía que él era especial, pero también que no era el único. Había otros como él. Personas nacidas después de la época del antiguo Egipto que, sin embargo, estaban llamadas a estar allí. Otros que, como él, necesitaban demostrar su valía mediante una serie de pruebas y que, a lo largo de la historia, estaban haciendo precisamente eso en ese mismo momento, tanto miles de años en el pasado como en mil futuros diferentes. Los arqueólogos que vivían en este mundo triste y dañado no tenían ni idea, pero esto era lo que realmente representaba el proyecto de la Gran Pirámide. Una máquina increíble capaz de arrastrar a los elegidos a través del tiempo y colocarlos allí en el lugar de los hechos. Fusionando sus cuerpos con los del pueblo egipcio de antaño. Así, Ian King se despojaría por fin de los últimos restos de su cuerpo del siglo XXI. Finalmente se convertiría, para toda la eternidad, en el dios Osiris.

Pero aún quedaba trabajo por hacer. Debía superar su prueba para completar su parte del portal. Los corderos del sacrificio tenían que ser sacrificados, a la hora asignada.

Una vez más, King había aceptado que las razones específicas de los detalles implicados estaban, y siempre estarían, más allá de su comprensión. A un nivel superficial, comprendía por qué le habían ordenado secuestrar a un par de gemelas: la fusión de Ian King con Osiris solo podía llevarse a cabo con la muerte simultánea de los que ya estaban unidos, un par de gemelos, o gemelas en este caso. Pero no sabía cómo funcionaba, ni le importaba saberlo. La realidad práctica de sus muertes significaba muy poco para él. De niño había jugado mientras las ovejas se dirigían sin saberlo hacia su ruidosa muerte. De adolescente había trabajado en el matadero, empujando a las ovejas hacia delante, golpeándolas con el rifle en la cabeza y disfrutando del ruido seco que se producía cuando tocaba el cráneo. Después, a millares, las había izado por las patas traseras y las había degollado, empujando los cadáveres aún agitados hacia delante sobre el riel colgado del techo mientras su sangre manaba como un vívido torrente

carmesí sobre el suelo de hormigón.

Pero nada de eso importaba. Nada de eso significaba nada. La cuestión era que todos morirían. Las gemelas que tenía atadas y cualquier otro ser vivo. En esta versión de la realidad, en la que Ian King había tenido la desgracia de nacer, todo el mundo dejaría de existir en el momento en que él regresara y se convirtiera en su verdadero yo egipcio. Así que sí, las gemelas tenían que morir, pero al derramar su sangre solo estaría acelerando su muerte en cuestión de segundos. Era totalmente justificable. Nadie podía culparlo, no quedaría nadie para hacerlo. Y allá donde se dirigía, tampoco habría nada que reprocharle. Sería bienvenido como un viajero del futuro. Uno de los elegidos, capaz de ocupar un puesto en el consejo para guiar a Egipto en una dirección diferente a la que había tomado en la vieja y fracasada versión de la historia. Armado con el conocimiento que Osiris, y otros como él tenían, el gran reino de Egipto nunca necesitaría caer. En su lugar, colonizarían las mismísimas estrellas, viajeros inmortales de la red de grandes pirámides construidas en planetas alrededor de cada sol, en cada galaxia, en cada dimensión de cada universo.

Volvió a sentir vértigo ante la magnitud de todo aquello. Pero ahora volvía más fácilmente a la fría concentración que caracterizaba su trabajo. Inspiró y expiró un par de veces y echó un vistazo a la cocina en busca de un cuchillo. No vio la suciedad, las latas vacías de comida a medio terminar, los platos cubiertos de moho verde. Abrió el cajón de los cubiertos y tomó como un poderoso presagio que la única pieza de cubertería que quedaba fuera un cuchillo de carne. Lo sacó.

Sostuvo el cuchillo en una mano como si fuera una daga. Con la otra mano movió la gallina hasta inmovilizarla contra la sucia encimera. Ahora se agitaba de nuevo, presintiendo el final, pero el agarre de King era firme. Empezó a murmurar lo que creía que eran conjuros egipcios sagrados, pero que en realidad se parecían más al francés medio olvidado que había aprendido en el colegio. Luego apuñaló al ave, atravesando las plumas del pecho y buscando el corazón del animal. La sangre brotó sobre sus manos mientras la gallina batía las alas en su muerte, y King cerró los ojos, disfrutando del momento. Cuando el ave estuvo inmóvil, introdujo los pulgares en el cuerpo y lo abrió. Luego se acercó el cuerpo moribundo a la cara y aspiró el olor cobrizo a muerte súbita.

Le tranquilizó un poco, pero, aun así, su corazón se agitó. Volvió a mirar el reloj. Faltaba media hora.

Había llegado el momento de ir a ver a las gemelas.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Sands condujo tan rápido como se lo permitieron las pequeñas y sinuosas carreteras de Dorset, esperando y confiando que los algoritmos de Google le indicaran el camino más rápido. Los números rojos del reloj del salpicadero se burlaban con la rapidez con la que avanzaban, cada minuto más cerca de las doce del mediodía, la hora límite para la muerte de las gemelas.

Era difícil comunicarse con la sala de control, tanto porque entraba y salía de zonas donde su móvil no tenía cobertura, como por la magnitud de la operación que seguía desarrollándose en el piso de Ian King, y que su aviso no había conseguido desviar hasta el momento. Veinticuatro agentes armados lo habían rodeado primero, y ocho habían irrumpido por la puerta principal, solo para encontrar el lugar deshabitado. Ahora, y siguiendo las instrucciones dadas por Sands, toda la operación se dirigía a la granja. Pero llevaban al menos media hora de retraso con respecto a ella.

11:44. El reloj del salpicadero avanzó un minuto más.

—Dime qué se sabe del tipo este —preguntó Sands al operador de radio del MID, en un raro momento de buena cobertura. Escuchó la rasposa respuesta.

Ian King tenía veinticuatro años. Era hijo único. A los dieciocho años, su padre, John King, había volcado su vehículo en una pendiente pronunciada y había fallecido en el acto. Seis meses después también murió su madre, de cáncer de estómago. Esta doble tragedia había dejado a Ian, que en ese momento vivía en Salisbury, la única persona que quedaba para dirigir la granja y el matadero de la familia. Al parecer, lo había hecho durante los dos últimos años, aunque en su entorno se temían que había terminado siendo demasiado para él. Las preocupaciones aumentaron cuando se aisló en las instalaciones y se negó a recibir visitas. Ian King no había mantenido en funcionamiento el matadero tras la muerte de su padre y, al parecer, ahora la granja tampoco funcionaba. No se sabía cómo se las arreglaba para llegar a fin de mes.

—Un momento, tengo a Golding en la otra línea —interrumpió Sands a la operadora y pasó la llamada. La voz de Golding comenzó en el momento en que la línea se conectó.

—Jefa, es un loco. Está completamente chiflado. Estoy descodificando los mensajes y Sterling le ha estado dando de todo,

diciéndole qué hacer, cómo hacerlo, pero básicamente alimentando sus delirios. Por lo que he logrado entender, Ian King cree que va a ser transportado atrás en el tiempo si mata a las gemelas hoy. Va a formar parte de un alto consejo del antiguo Egipto.

Sands guardó silencio un momento, pensando.

—¿Algo más? —preguntó al cabo de unos segundos—. Tengo a la sala de incidentes en la otra línea. ¿Hay algo más que puedas decirme?

—No, solo que tengas mucho cuidado —respondió Golding—. Si vas a entrar ahí, ten mucho cuidado.

Sands volvió a cambiar la llamada, conectando de nuevo con la sala de incidentes.

—Jefa, tengo al comisario Black aquí. Dice que no entres en la propiedad hasta que lleguen los agentes armados…

Sands terminó la llamada. Decidió que había entrado en una zona de mala cobertura justo antes de que se transmitiera el mensaje.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Una de las creencias de Ian King era que, como Osiris, había formado parte del equipo que trabajó en las piedras de revestimiento, una caliza blanca de alta calidad que cubría los bloques de construcción más toscos de la pirámide. Aunque su teoría al respecto no estaba bien desarrollada, entendía que lo había hecho mientras su cuerpo moderno dormía en su cama. Los sueños que había tenido, en los que dirigía un equipo que cortaba y transportaba esas piedras y las colocaba en su sitio, no eran sueños, sino una visión de la realidad en otro tiempo. En sus horas de vigilia le gustaba entregarse a esta fantasía. De hecho, a menudo pasaba días enteros absorto en un delirio esquizofrénico, completando detalles, reescribiendo el guion para que se ajustara exactamente a lo que más deseaba. Sabía, por ejemplo, que no solo era querido y un poco temido como jefe de equipo, sino también muy respetado por su fuerza y su sabiduría. Sabía que tenía una esposa, una voluptuosa belleza de pelo oscuro llamada Soe, que también era codiciada por sus compañeros de trabajo, pero que le amaba a él, y solo a él, con una intensidad jamás igualada en la historia.

También creía que Soe le daría dos hijos, gemelos por supuesto, y que esa noche, veinte mil años en el pasado, sería la noche en que esos niños serían concebidos. Sería la primera vez que Ian King u Osiris se acostarían con una mujer.

El peso de todo lo que estaba a punto de hacerse realidad era inmenso.

La alarma de su reloj sonó, lo que hizo romper el hechizo del momento. Pensó en ignorarlo, pero llegó a una parte de su cerebro que ahora funcionaba de manera automática. Se miró la muñeca y tuvo que limpiarse la sangre para ver la pantalla. Había un mensaje.

En cuanto vio que estaba escrito en código, se giró a la izquierda y subió las escaleras hasta la habitación que su padre había mantenido como estudio, antes de su muerte. El ordenador había estado una vez lleno de detalles de la gestión de la granja, pero su disco duro estaba ahora repleto de miles y miles de películas e imágenes de pirámides y de los antiguos egipcios. Su imagen de escritorio era una composición sacada de varias páginas web de pornografía: una belleza de pechos desnudos, pelo oscuro y aspecto vagamente árabe. Fue cuestión de un momento copiar y pegar el mensaje en la misma página web que Erica

Sands estaba utilizando más o menos al mismo tiempo.

«Ian, te he enviado unas visitas. Confío en que los harás sentir como en casa, a tu manera. Pero quería darte tiempo para terminar tu trabajo, así que los he enviado al piso, no a la granja. Cuídate, y dale recuerdos a Ra».

Por un momento no sintió nada, pero al instante le invadió una repentina rabia. Rugió y golpeó la pared tan fuerte como pudo. Desgraciadamente, no era el yeso blando que había previsto, sino una fina y miserable capa que ocultaba ladrillo macizo. Sus nudillos se agrietaron y se partieron, y su propia sangre corrió sobre las sucias manchas marrones que había dejado la gallina. Pero si había dolor, no lo sentía en su mano. Visitas. Solo podía significar que Sterling le había traicionado, como había temido. Le había vendido, había dado su nombre a la policía.

Bueno, no importa. Osiris se calmó tan rápido como se había enfurecido. A pesar de la supuesta brillantez de Charles Sterling, en realidad había sido Osiris quien le había engañado: Sterling no viajaría a Egipto. No era Sterling quien había sido elegido. Por un segundo, recordó cómo había enviado la primera carta a Sterling, después de ver un documental sobre él y de enterarse por Internet de que a veces se tomaba la molestia de contestar a quienes le escribían. Recordó la emoción que sintió cuando Sterling le contestó, no una sino varias veces, y cómo su correspondencia había crecido. Con el tiempo, el hombre le había hablado de su papel de mensajero con un canal del pasado, le había instruido sobre la necesidad de pasar mensajes de forma secreta, y del método para hacerlo. King había entendido muy poco de lo que Sterling le contaba, había fracasado por completo al intentar dar sentido a los complejos artículos de matemáticas que le había hecho usar, para codificar, y decodificar mensajes. Sin embargo, a pesar de todo, agradecía la orientación recibida.

Pero no era el momento de rememorar viejos tiempos, tenía que concentrarse. No habría segundas oportunidades. Si fracasaba en su sacrificio, el mundo llegaría a su fin y él moriría con él. Su única oportunidad de escapar de la muerte a la que se enfrentaban todas las criaturas vivas de esta versión del mundo era completar su misión y viajar a través del camino establecido, retrocediendo en el tiempo. Parpadeó y releyó el mensaje descodificado. Reflexionó.

La segunda vez que lo leyó no le pareció tan mal. Si la policía iba al piso lo peor que podía pasar era que llegarían demasiado tarde. Quizá Sterling no le había delatado, sino que estaba jugando con el poco tiempo que le quedaba. Durante unos segundos, Osiris se

imaginó a la policía, sin duda con chalecos antibalas y cascos, recorriendo sigilosamente el perímetro del piso donde había vivido cuando sus padres aún vivían. Bueno, esperaba que se divirtieran con sus anticuadas armas.

Apagó el monitor del ordenador y, aún con el cuchillo en una mano, bajó las escaleras y salió al patio una vez más. Luego abrió la puerta del antiguo matadero, donde tenía encerradas a las gemelas.

CAPÍTULO CUARENTA

El GPS mostraba que el rastro azul de su ruta terminaba un poco más adelante. A pesar de la imagen de una bandera a cuadros en la pantalla que mostraba el final del camino, lo único que Sands vio en el extremo de un gran campo fueron los tejados de chapa de varios edificios escondidos en un bosque. La única entrada parecía ser un camino cerrado por una gran verja de acero. Ahí vio un buzón de madera, de los que a veces utilizan los campesinos para que los carteros no tengan que entrar en su propiedad. Disminuyó la velocidad y leyó las palabras «Granja Kingston», debajo de las cuales alguien había pintado en rojo las palabras:

«Propiedad privada. PROHIBIDO EL PASO.»

Se detuvo y salió del coche. Miró a su alrededor y descubrió que la puerta estaba asegurada con una pesada cadena y un candado. Se encontraba a medio camino de un pequeño valle, en una carretera muy tranquila. A su derecha, más allá de la granja, un espeso bosque le impedía ver la cima de la colina. Al otro lado, la tierra continuaba su descenso. Se quedó mirando lo que podía ver de los edificios. No era mucho, pero, aun así, conseguían transmitir un aura de deterioro y abandono. Sabía que sería estúpido adentrarse, pero no podía ignorar la hora. Según su página web, Ian King planeaba asesinar a las gemelas en menos de diez minutos.

Y así, con cierto pesar, puso la bota en la verja y empezó a subir.

A medida que se acercaba a los edificios, la sensación de deterioro crecía de forma palpable, acompañada también por el olor a muerte. Al entrar en el patio vio un establo. Miró dentro y vio varios cadáveres de vacas, con sus pieles blancas y negras tendidas como alfombras sobre las costillas. Unas cuantas gallinas correteaban. Fue fácil averiguar cuál de los edificios era la granja. Tenía las luces encendidas por lo que decidió acercarse. La puerta trasera estaba abierta y daba a la cocina a través de un pequeño lavadero.

Entró con cautela y miró a su alrededor. Enseguida vio la imagen de una pirámide que alguien había rayado en la pared. Llegaba hasta el techo y el suelo mostraba trozos de yeso. A su alrededor había varios intentos de jeroglíficos. Estaban bastante mal hechos.

Sobre la encimera vio un cuchillo que no dudó en agarrar,

sosteniendo la hoja hacia fuera. Recordó, era imposible no hacerlo, que aquel hombre había disparado a todas sus víctimas hasta entonces, fríamente y sin vacilar. Y que el arma aún no había sido recuperada. Sin embargo, percibió en su entorno una vulnerabilidad, una dualidad entre el asesino a sangre fría y algo más, algo triste. Hizo un cálculo y decidió tirarse un farol.

—¿Ian? —gritó—. ¿Ian King? Ya está. Se acabó. La policía está aquí.

Silencio.

Siguió adelante, atravesó la cocina y llegó a una escalera oscura. Encendió la luz, no le gustaba que la oscuridad diera a King ventaja sobre ella. Arriba vio tres puertas, todas ellas cerradas.

Eligió la primera, abriéndola de un empujón e introduciéndose dentro.

Era un dormitorio. Sucio.

—¿Ian?

Nada. El silencio tenía un aspecto que le hacía pensar que toda la casa estaba vacía, pero tenía que estar segura. Volvió al pasillo y probó en la puerta de al lado.

Otro dormitorio, pero este se utilizaba como estudio. Había un ordenador sobre un escritorio, y en la pantalla la misma página web que había utilizado para descifrar el código del libro. En la pared, alguien había pegado una hoja de papel con instrucciones paso a paso de cómo utilizarlo. Parpadeó, reconociendo al instante la bonita letra de su padre.

De esta habitación salía otra puerta, quizá un cuarto de baño. Sands llamó hacia ella.

—¿Ian? ¿Ian King? Se acabó. Tienes que decirme dónde estás.

De repente, oyó un grito, el grito de una niña. Procedía del exterior de la casa. Miró por la ventana y vio el edificio largo y bajo que se alzaba al otro lado del corral. Tenía un feo aspecto achaparrado y una serie de barandillas metálicas que conducían a su entrada, de donde se escapaba un poco de luz. Sands no lo dudó. Bajó corriendo las escaleras y salió al exterior. Sus pies se hundieron en el barro húmedo y casi resbala, pero llegó hasta una rampa de hormigón que descendía.

Sonó otro grito y luego la voz de un hombre.

—¡Cállate! ¡Que te calles!

—¡Ian! No lo hagas. —Sands corrió por la rampa hacia el turbio interior del edificio, donde más adelante, más adentro, pudo ver el amarillo de la luz eléctrica—. Ian, policía. Estás rodeado. Ríndete.

Sands aminoró la marcha al acercarse a la luz. El edificio tenía forma de embudo, y recordó que debía de estar diseñado para colocar a los animales en una sola fila, de modo que pudieran ser sacrificados de manera ordenada. Pero también era la trampa perfecta.

—Ian, ¿estás ahí? ¿Tienes a las gemelas contigo? —Trató de forzarse para aparentar una confianza que no sentía.

—¿Quién eres? —Una voz gritó desde un lugar profundo del edificio. Sonaba cautelosa.

—Soy policía, Ian. He venido a por las gemelas. Tienes que dejarlas marchar.

Una pausa, y luego, todavía confuso.

—No deberías estar aquí.

Sands había llegado al final de la primera parte del embudo, y ahora había un pasillo corto que conducía a un espacio más grande del que provenía la luz. Avanzó a tientas, protegida por la pared, hasta situarse justo antes de la entrada a la sala principal. Entonces deseó con todas sus fuerzas que él no tuviera el arma. Avanzó hacia la luz.

Fue una de las imágenes más horribles de su vida. Dentro de la habitación de hormigón desnudo, un hombre la miraba fijamente. Iba vestido de forma extraña, con una túnica de cuero y una especie de falda, y tenía la cara y el cuello manchados de sangre. Una de sus manos estaba herida y sangraba. Pero la otra sostenía una pistola semiautomática de 9 mm. Levantó el arma, mostrándola brevemente de lado, para que ella la viera, y luego le apuntó a la cara. Sands no pudo evitar estremecerse, pero no se movió. Durante unos instantes se quedaron así, mirándose el uno al otro. Pero él no disparó.

Sands apartó momentáneamente los ojos de la pistola. Detrás del hombre, las dos gemelas estaban atadas en una sucia cama doble, sujetas con una combinación de hilo de embalar azul y cinta adhesiva plateada. Delante de ellas había una cámara de vídeo sobre un trípode, con cables que subían hasta una toma de corriente.

La mente de Sands se inundó de información, repasando todo lo que le habían contado sobre este hombre mientras conducía hasta aquí. Lo que había oído sobre la casa. No había manera de saber por qué, no había tiempo para analizar, pero por alguna razón la pena fue la reacción que la invadió.

—¿Por qué, Ian? —preguntó sin atreverse a moverse—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—No lo entenderías. —El hombre sacudió la cabeza mientras hablaba. Parecía más viejo que sus veinticuatro años, su pelo amarillento retrocedía rápidamente por delante, pero largo y suelto por detrás—. ¿Cuántos sois?

—Inténtalo. —Sands ignoró su pregunta—. Dime de qué se trata. Quiero ayudarte.

El hombre también la ignoró. En su lugar, se movió para intentar ver detrás de Sands, como si esperara que en cualquier momento un ejército de policías se agolpara en aquel espacio.

—¿Has venido sola? —Había una nota de esperanza en su voz.

Esta vez, Sands sí que respondió, dando una mentira calculada.

—Hay un equipo de agentes armados fuera. Yo soy la negociadora. Se acabó, Ian.

El hombre gritó, emitió un aullido de dolor, luego se dio la vuelta y golpeó la empuñadura del arma contra la palma de su otra mano herida, como si necesitara la agonía física que aquello debía de provocarle. Sands lo observó, temiendo que el arma se disparara con cada golpe, pero no fue así. Cuando se detuvo, Sands dio un rápido paso adelante. Pero en cuanto lo hizo, él volvió a estar alerta al instante. Esta vez giró para apuntar con el arma a la cabeza de la más cercana de las gemelas.

—No te acerques más —negó con la cabeza—. Lo haré. Lo he hecho antes.

Sands se congeló de nuevo. Levantó las manos.

—Te creo. Pero no tienes que hacerlo otra vez.

La ignoró, y parecía que en su interior se libraba una batalla. Su rostro se torció y su cuerpo se crispó, la única parte que permaneció inmóvil fue el brazo que sujetaba el arma. Sus ojos se dirigieron a su muñeca, donde llevaba un reloj caro, que desentonaba con el resto del atuendo. Sands vio los ojos de la pequeña: estaba viva, despierta, observando aterrorizada.

—No. Es demasiado pronto —King hablaba ahora en voz baja, gruñendo en realidad—. Tiene que ser a las doce, a las doce en punto. —De repente, se volvió hacia Sands, apuntándole de nuevo con la pistola—. Tienes que darme tiempo. Necesito más tiempo. Solo unos minutos más.

Sands se sintió totalmente indefensa, de pie, en la gran sala. Intentó no mirar el cañón de la pistola que le apuntaba entre los ojos.

—¿Qué pasa a las doce, Ian? ¿Por qué es tan importante esa hora?

—Solo unos minutos más —volvió a murmurar, pero entonces su voz se hizo más clara, sus ojos se centraron en ella—. No lo entenderías. —Se rio—. De verdad que no. —Sacudió la cabeza. Y Sands recordó ahora las palabras de Golding. «Está loco, un auténtico chiflado. Cree que viajará en el tiempo».

De repente, volvió a blandir el arma, apuntando a la misma gemela de antes.

—Retrocede, no te acerques más o disparo. Te juro que lo hago. —De nuevo, el murmullo—. Solo unos minutos más. Solo necesito unos minutos más.

Sands cambió el peso de una pierna, para dar un paso tranquilo hacia delante, pero no lo hizo todavía.

—No tienes que hacerle daño, Ian. No quieres hacerle daño, puedo verlo.

—No duele, no me duele. No hago daño a nadie, ¿no lo entiendes?

¿No lo ves?

Sands intentó que su voz sonara tranquila.

—Explícamelo. Quiero entenderlo.

King echó otro vistazo a su reloj, su rostro parecía preocupado por lo que le decía. Sands también miró el suyo, marcaba las 11:57.

—¿Qué pasa a las doce, Ian? Dímelo, por favor. ¿Por qué crees que tienes que hacer daño a las chicas al mediodía?

King negó con la cabeza, no como si estuviera en desacuerdo con ella, sino más bien como si luchara por desalojar sus propios pensamientos.

—Las gemelas no importan. Les dispare yo o no, en unos minutos no existirán. Ni ellas, ni tú, ni yo... —Se volvió para mirarla, con los ojos muy abiertos y fijos—. Ellas son la llave del portal. Tienen que morir a las doce, exactamente a las doce, para que se abra el portal. —Volvió a mirar el reloj y continuó—. Te lo dije, te dije que no lo entenderías. —Ahora hablaba con desgana, como si su presencia estuviera dañando su capacidad de creer plenamente en la fantasía.

Con mucho cuidado, Sands inclinó la muñeca para poder ver su propio reloj. Ahora marcaba las 11.58, los segundos iban pasando.

—¿Adónde irás? —preguntó con calma.

King no contestó.

—¿A Egipto?

—No lo entenderías.

—Fui a Egipto una vez —continuó—, de pequeña. —Él se crispó de nuevo. Estaba interesado, pero también desconfiaba.

—¿A qué parte de Egipto fuiste?

—Al Cairo. —No sabía adónde quería llegar, pero sintió la necesidad de hacerle hablar—. Tendría la edad de las gemelas, más o menos, pero recuerdo las pirámides, lo impresionantes que eran.

King respondió con sorna.

—Lo que viste tú no es nada. Deberías verlas como las he visto yo.

—¿Tú también has estado en El Cairo?

—No es que haya estado allí. Vivo allí. Trabajo allí. Dirijo uno de los equipos que colocan las piedras de revestimiento. El mejor equipo. —King habló con orgullo. Pareció cambiarle el semblante.

—Eso es increíble —respondió Sands, tratando de guiarlo suavemente de vuelta a la realidad—. Es magnífico y además demuestra que no eres un asesino, sino un artesano.

Al oír la palabra «asesino» King volvió a ponerse rígido. Sands lo repitió de otra manera.

—Eres un artesano, no un asesino. Este no es tu verdadero yo.

—Cállate. —King sacudió la cabeza y ajustó la empuñadura de la pistola. Volvió a mirar su reloj. Sands miró el suyo.

—Ian, esto está mal. No tienen que morir.

—Deja de llamarme así. Mi nombre es Osiris.

—Osiris, Ian, no importa cómo te llames. Lo que importa es que si sigues con esto cometerás un asesinato doble. Y ese no eres tú.

Respiró hondo dos o tres veces, con la pistola todavía apuntando a la chica, atada a la sucia cama. Luego volvió la cabeza para hablar de nuevo.

—No es un asesinato. Si realmente quieres saberlo, te lo diré. La parte de mí que ves aquí es la mitad de un gemelo. La otra mitad, mi verdadera mitad, es un hombre llamado Osiris, que vivió en Egipto, que vive en Egipto, hace veinte mil años. Precisamente a mediodía se abrirá un portal. La Gran Pirámide de Giza se revelará como lo que realmente es, un túnel a través del tiempo, aunque solo admitirá el paso de ciertas personas elegidas. Yo soy una de esas personas, pero solo puedo entrar si hago un sacrificio. Solo la muerte de estas niñas abrirá el portal en exactamente —miró su reloj—: treinta segundos. —Resopló con fuerza para aclararse la garganta tras el discurso—. Te dije que no lo entenderías—. Soltó una carcajada, se giró y agarró la pistola con las dos manos, apuntando a la gemela y esperando que pasaran los últimos segundos.

Sands se preguntó por un segundo si podría atacarle, pero a pesar de su locura, manejaba el arma como si hubiera practicado. Le pegaría un tiro a la chica antes de que Sands llegara a él, y era posible que la disparara a ella también. Su única opción era mantenerlo hablando.

—¿Y qué pasa? Les disparas, ¿y luego qué? ¿Habrá un estallido de luz brillante, y desaparecerás?

No se movió.

—Algo así.

—¿Y morirán? Dos niñas inocentes morirán aquí por tu culpa.

—Te lo dije. Aquí todo muere. Esta versión del mundo dejará de existir y el tiempo se reescribirá desde hace veinte mil años. Ya sabía que no lo entenderías.

Sands parpadeó, tratando de pensar rápido. Su mente hacía conexiones mucho más rápido de lo que ella podía entenderlas, lanzando ideas. Sin saber cómo, ni por qué, una idea se le quedó grabada. Habló sin pensar.

—Bien hecho Osiris, has pasado la prueba.

Dio un paso adelante, proyectando ahora de repente una confianza que no sentía. Era como si toda la presión hubiera desaparecido, iba a morir de todos modos. Le tendió la mano. En respuesta, él giró el arma hacia ella, inquieto. Por un momento supuso que debía disparar, pero no lo hizo, así que dio otro paso adelante.

—Has pasado, Osiris. Te felicito. He venido a hablarte de los verdaderos planes. —Siguió caminando, con la intención de acercarse a él, y por un segundo pensó que simplemente le quitaría el arma de

las manos, pero no pudo hacerlo, le fallaron los nervios. La visión del arma la detuvo, a pocos metros de él, tan cerca que podía olerlo.

—¿Qué prueba? ¿Qué planes?

Sands forzó una sonrisa, reconociendo el plan que ya había empezado a poner en marcha. Ahora le parecía estúpido, condenado al fracaso, una forma tonta de morir. Pero no había marcha atrás.

—En realidad no soy de la policía. Y no hay un ejército de agentes detrás de mí. Pero nunca creíste eso, ¿a que no?

Se quedó en silencio.

—Estamos solos tú y yo, Osiris. Y he venido a decirte que las niñas no deben morir. Ya no. Quieren que me las lleve.

Abrió la boca para hablar, pero en lugar de eso, la miró fijamente, como intentando comprender si decía la verdad.

—Ese no es el plan.

—El plan ha cambiado. Dame el arma, déjame llevarme a las niñas —Alargó la mano para cogerla, pero él negó con la cabeza.

—¿Por qué iban a cambiar de opinión?

—No lo hicieron. Es solo tu plan el que ha cambiado. Querían ver si eras leal, si realmente eras digno. —Sands intentó repetir el lenguaje que había oído—. Has superado la prueba Osiris, es una noticia maravillosa. Has finalizado el reto, ahora tienes que prepararte para lo que viene después. Dame el arma.

Y entonces, rompiendo el casi silencio que reinaba en la sala subterránea, empezó a sonar la alarma de su reloj.

Bip, bip. Bip, bip. Bip, bip...

El rostro de King se congeló. Aún tenía el arma apuntando a Sands, pero volvió a apuntar a una de las gemelas. No disparó, se limitó a mirar a la chica, con los dedos moviéndose ansiosamente sobre la empuñadura del arma.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? ¿Cómo sé que no eres policía? —La alarma del reloj seguía sonando mientras lo hacía.

—Porque estoy aquí a la hora acordada. ¿Cómo podría haber hecho eso la policía? No saben nada. No entienden esto.

—Tú tampoco lo entendiste. Tuve que explicártelo.

—No, tenía que estar segura de que lo sabías. Necesitaba estar segura de que cumplirías nuestras órdenes pasara lo que pasara. Es esencial que hagas lo que te digamos.

—Lo entiendo. Lo entiendo. Lo haré. —Todavía sonaba la alarma en la muñeca de King.

—Entonces me darás el arma. Ese es el verdadero plan. No quieren que dañes a las gemelas.

El reloj se detuvo. Se hizo un nuevo silencio.

—Tú has... —Se volvió para mirar fijamente a Sands. Y ella vio en sus ojos una conexión con la realidad que no había existido momentos

antes. Una comprensión de que ella le había engañado para que se perdiera el momento—. Me has distraído… —Miró a su alrededor, como si aún esperara que el mundo empezara a disolverse. Pero el muro de hormigón gris seguía exactamente igual.

—No se acabó. —Sands mantuvo sus ojos en los de él—. El mundo no se ha acabado. Te dije que podías confiar en mí. —Con mucha delicadeza, extendió la mano hacia delante hasta tocar el arma y la mano de él. Él no hizo nada para detenerla, y ella retiró con cuidado sus dedos de la empuñadura. Un momento después, sostenía la pistola en sus manos.

—¿Por qué no te sientas? —Los ojos de Sands se desviaron hacia una silla que había junto a la pared—. Voy a soltar a las gemelas.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Diez minutos más tarde, se oyeron gritos desde el exterior y los tres primeros agentes del grupo de operaciones especiales bajaron por la rampa, con los cascos puestos y rifles automáticos preparados para disparar. Pero se detuvieron al ver a Sands, sentada entre las gemelas en la cama, con una pistola en la mano. A los pies de la cama estaba la aterradora y extraña figura de Ian King, sentado con la cabeza gacha y llorando. Lo asimilaron rápidamente, pero no se arriesgaron.

—¡Suelta el arma! —gritó el líder—. ¡Al suelo!

Sands esperó a que apuntaran a King, luego les tendió la pistola que había cogido, con la empuñadura hacia delante, y la colocó con cuidado sobre la cama. Entonces rodeó con un brazo a cada una de las gemelas, mientras frente a ella los agentes obligaban bruscamente a King a obedecer, empujándole la cara contra el suelo de cemento del matadero, donde sus lágrimas humedecieron décadas de sangre seca.

Algún tiempo después, alguien, Sands pensó que podría ser Beth Chang, pero para entonces la conmoción de todo la estaba abrumando, se llevó a las gemelas. Ya había comprobado que estaban ilesas, aunque apenas habían comido ni bebido en varios días.

También se llevaron detenido a King, no sin antes registrarlo y revisar la sala por si ocultaba otras armas o trampas explosivas. Su arma fue puesta a salvo, y luego se la llevaron en una caja metálica especial, que los agentes del grupo especial de operaciones habían traído para tal fin. La munición fue a parar a otra caja. Ambas fueron etiquetadas, el comienzo de la larga y compleja investigación que tendría que llevarse a cabo.

Sands abandonó el edificio poco después, ayudada a subir la rampa por uno de los agentes armados. Se las habían arreglado para que uno de sus camiones atravesara la verja superior por lo que el corral estaba ahora lleno de coches de policía y minibuses, con luces azules por todas partes. La llevaron al más cercano y le dijeron que se sentara.

No llevaba mucho tiempo en el coche cuando Golding subió y se sentó a su lado. Llevaba en las manos un fajo de papeles. Tras un largo silencio, ella lo miró.

—Las cartas decodificadas entre Sterling y King. Pensé que querrías verlas.

Ella no lo miró, los nervios de todo su cuerpo seguían disparándose al azar, enviando señales de miedo a lo más profundo de su cerebro.

—¿Qué dicen?

Golding no contestó de inmediato, al final se encogió de hombros.

—Todo viene de Sterling. No al revés. Insta a King que encuentre unas gemelas, no importaba quién, solo tenían que ser gemelas. Le dice que las coja, las ate y las grabe. Y le explica qué página web tiene que usar. Todo se centra en la chiflada idea de que el mundo se va a acabar, King viajará atrás en el tiempo y se convertirá en un personaje en el antiguo Egipto. Es toda una locura. —Golding le tendió uno de los mensajes transcritos. Sands no lo cogió.

—¿Qué hay de los otros asesinatos? ¿Lindham? ¿Su familia?

Golding respiró hondo.

—Aún nos faltan algunos mensajes, pero parece lo mismo. Sterling nos dijo que King le había avisado de la fecha en que tendrían lugar los asesinatos. En realidad, era él quien le dijo a King a quién apuntar y cuándo hacerlo.

—¿Jane Smith también?

—Sí. Es como si Sterling se diera cuenta de que podía manipular a este tipo y enviarlo a esta locura de matanza. Lo que no entiendo es porqué. ¿Cuál es el objetivo? ¿Es tan jodidamente psicópata que solo con causar el caos está satisfecho? —Se pasó los dedos por el pelo. Cuando miró a Sands, no se disculpó.

—No lo sé —respondió Sands—. Pero ¿por qué usaron el código? —Su mente, aún en estado de alerta, comenzaba a llenarse de pensamientos racionales. Intentó seguirlos, a ver dónde la llevaban—. ¿De quién fue la idea? ¿Cómo se comunicaron la idea? No veo cómo utilizaron el código, tampoco para qué lo necesitaban.

—Necesitaban hablar entre ellos sin que nadie supiera lo que decían —respondió Golding.

—No. No es eso. No puede ser eso. Tuvieron que ponerse de acuerdo de antemano para usar el viejo artículo de Sterling como clave. King no sabe nada de matemáticas, así que debe venir de Sterling. Tuvo que decirle a King que usara un código. Probablemente tuvo que escribir él mismo las cartas que King le envió y hacer que King construyera las matrices con los mensajes codificados en ellas. ¿Pero cómo demonios consigue eso? ¿Cómo envía la clave del código antes de que hayan acordado cuál es el código?

Golding chasqueó la lengua.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Tenemos suficiente para acusarlo —continuó Golding, después de que Sands se hubiera callado—. Me refiero a Sterling. Cómplice en los asesinatos de Lindham y su familia, en el secuestro de las gemelas. Cómplice también en el caso Smith. No sé si... —Golding se detuvo y levantó las manos en el aire—. No sé si quieres involucrarte, o

simplemente seguir adelante, pero así es como tienes que verlo: lo detuviste. Has ganado. —La miró fijamente a los ojos.

Por un momento, ella sostuvo su mirada, pero luego sacudió la cabeza de repente.

—No. He perdido. —Negó con la cabeza, enfadada ahora—. Porque todavía no lo entiendo.

—¿Tal vez no haya nada que entender? —sugirió Golding—. Quizá también esté loco.

Sands negó con la cabeza.

—No está loco. Es un sociópata de alto funcionamiento. Ya has visto lo que ha conseguido, todo desde su mísera celda. Tiene que haber una razón. Tiene que haberla. —Sands continuó, se le estaban empezando a aclarar las ideas—. Lo de Jane Smith fue una venganza. Por la forma en que Caroline Smith le denunció, o por no haberla matado la noche que la violó. No pudo localizar a Caroline, porque estaba en Canadá, así que decidió que matar a su hermana era castigo suficiente. ¿Pero los otros? ¿Lindham? Sterling no se sentía amenazado por Lindham. Sterling fue el que nos dio el soplo. Se aseguró de que lo metieran en esto. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Tienes noticias de la prisión?

—¿De la prisión? No.

Parecía que lo que iba a decir le causaba dolor.

—Necesito hablar con él. Necesito saber para qué ha montado todo este tinglado.

—De acuerdo —dijo Golding, tras una larga pausa—. Si quieres puedo ir contigo. Cuando estés lista. No sé si hablará, pero...

Sands asintió, agradecida.

—Vamos ahora.

—Erica… jefa, no puedes ir. Estás en shock. Sigues temblando. Parece como si no hubieras dormido en días y… —hizo una pausa y esbozó una sonrisa sombría—, francamente apestas a mierda. Tómate unas horas. Date una ducha. Reflexiona sobre el hecho de que lo has detenido y has salvado la vida de las pequeñas.

Parecía que Sands quería hacer lo que él decía. Entornó la cara y se frotó los ojos. Pero cuando volvió a soltar las manos, negó con la cabeza.

—No. Tenemos que irnos ahora. Hay algo aquí que todavía no me cuadra.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Sands dejó que Golding condujera y juntos deshicieron el camino que había tomado antes. Con la mirada perdida, observó la carretera, reviviendo la tensión que se había apoderado de ella. Aunque intentaba forzar a su mente para ensayar lo que le diría a Sterling, sus pensamientos llegaban con lentitud, su cerebro agotado. Golding llamó a la prisión y McDonald accedió a reunirse con ellos en la puerta. Aparcó el Alfa con cuidado y se dirigió a la entrada. Una ráfaga de viento arrastró hacia ellos hojas y una ligera lluvia.

—Inspectora Sands, pase por favor. —McDonald los llevó a través de la primera zona de seguridad y hacia el detector de metales—. Me gustaría decir, en primer lugar, que le debo una disculpa.

—¿Por qué? —preguntó Sands.

—Ahora soy consciente de que fue el propio Sterling quien ha estado guiando estos asesinatos. Quiero que sepa que basé mi evaluación de él en los informes del psiquiatra. Creían que había cambiado, que el proceso carcelario y el tiempo que había pasado aquí le habían cambiado. Pero parece que los engañó a todos.

Sands se quedó mirando, confusa. ¿Qué quería que dijera? ¿Que no pasaba nada? Se conformó con reiterar lo que para ella era una obviedad.

—Es un sociópata puro. Deberían haber sabido que no es capaz de cambiar.

McDonald asintió.

—Esperaba que no fuera así. Pero me equivoqué y pido disculpas.

Sands tragó saliva. Aún sufría las secuelas de la enorme dosis de adrenalina que había recorrido su cuerpo, y le hacía sentir como si pasara la peor resaca de su vida.

—Ya. Lo que usted diga.

McDonald los guio hacia adelante. Siguió bajando hacia el hueco del ascensor que conducía a la sección subterránea de la prisión.

—¿Qué espera conseguir al ver a Sterling ahora?

—Quiero preguntarle para qué ha hecho todo esto. Sigo sin entenderlo.

McDonald asintió.

—¿Y cree que se lo dirá?

Sands se detuvo. La pregunta conectó por primera vez con una idea que se formaba en su cabeza.

—Tal vez. —Volvió a caminar—. Creo que, de alguna manera, quiere que lo sepa. Podría haber hecho todo esto sin involucrarme. Debe haber alguna razón para ello. Creo que vale la pena intentarlo.

—De acuerdo. —McDonald llamó al ascensor y las puertas se abrieron—. Si no le importa, me gustaría ver lo que habla con él. Seguiré la conversación por las cámaras de seguridad.

—Claro. —Sands miró a Golding—. Vete tú también. Creo que será mejor que hable a solas con él.

Golding asintió en silencio. Entraron en el ascensor y comenzaron a descender.

El ascensor frenó y las puertas se abrieron. Sands respiró el aire seco y cargado de la parte subterránea de la prisión. Más adelante estaba el pequeño despacho de Barney Atkinson, con sus pantallas de circuito cerrado de televisión. La puerta estaba abierta, pero el hombretón no estaba allí.

—¿Dónde está Atkinson? —preguntó Sands.

—No se encontraba bien, y cuando le hicimos las pruebas dio positivo en la prueba de coronavirus. Como podrán imaginar, aquí tenemos una política muy estricta para cualquier cosa infecciosa.

Sands dejó que esta información se asentara en su mente, pero no conectó con el problema que implicaba.

—Vale. —Miró las pantallas del despacho de Barney Atkinson. La más grande ya mostraba la celda de Sterling, donde su padre yacía en la cama, durmiendo o quizá meditando de nuevo. Aún no sabía qué iba a preguntarle, pero tenía que confiar que las palabras llegarían cuando entrara allí—. Vamos. —Obligó a sus piernas a impulsarla hacia delante. Se alejó de Golding, de McDonald y sintió sus ojos en su espalda mientras avanzaba por el pasillo hacia la celda de su padre.

Él estaba de espaldas a ella y no se movió cuando su hija se acercó al metacrilato y echó un vistazo a su celda. Seguía tumbado en la cama, mirando hacia otro lado. Sin moverse.

—¿Sterling?

Nada. Ningún movimiento, ningún comentario inteligente. Ninguna sonrisa victoriosa.

—Sterling, ¿me oyes?

Aun así, no se movió, y Sands sintió… algo, preocupación supuso, cuando se le ocurrió que el pecho del hombre apenas se movía. Su mono amarillo estaba quieto.

—Sterling, ¿puedes oírme? ¿Estás bien? —Se giró para mirar a la cámara, consciente de que McDonald y Golding estarían observando con atención—. Venid aquí. Creo que no respira.

Golding fue el primero en llegar hasta ella, pero no podía hacer nada. La puerta de la celda estaba cerrada y él no podía acercarse más que ella. McDonald llegó poco después, con una profunda

preocupación en el rostro.

—Tengo que abrir esta puerta —habló casi para sí mismo, pero Sands le puso la mano en el brazo.

—Cuidado, esto podría ser un truco.

El director asintió.

—Voy a volver a la sala de control. Traeré refuerzos.

Tardaron unos minutos, durante los cuales Golding y Sands esperaron fuera de la celda de Sterling, pero este continuó inmóvil en la cama. Sands se fijó en otros detalles. Se había subido la manta al cuello, de una forma que, cuanto más la miraba, más rara le parecía. Se oyó ruido de pasos y el director regresó con cuatro agentes uniformados. Uno de ellos llevaba las llaves de la celda de Sterling. Otro llevaba una táser en la mano, lista para usar.

—¿Se ha movido? —preguntó el director.

Sands negó con la cabeza.

—Parece que apenas respira —respondió Golding.

—Vale. —El director hizo un gesto al agente, pero se dirigió a Sands—: Tenemos que abrir la celda.

El primer agente introdujo la llave en la puerta y desbloqueó el cerrojo. Luego empujó lentamente la puerta mientras observaba a Sterling, pero el prisionero seguía sin moverse. Dos de los agentes entraron en la celda. Se acercaron a Sterling.

—Cuidado —advirtió McDonald, desde fuera.

No parecía que el agente necesitara que se lo dijeran. No apartó los ojos de Sterling mientras informaba de lo que veía.

—Tiene los ojos cerrados. Parece inconsciente. No veo signos de que respire.

—¿Tiene pulso? —preguntó Golding.

El agente parecía descontento con la pregunta, pero levantó la mano y la puso muy suavemente en el cuello de Sterling. Tardó mucho en contestar.

—Sí. Aunque es débil. Apenas puedo sentirlo.

—Bien, que venga el médico de la prisión —ordenó McDonald a uno de los guardias que permanecían fuera de la celda—. Y que bajen más agentes. Hasta que sepamos qué demonios está pasando aquí...

Pero entonces Sands se dio cuenta de que no era la manta alrededor del cuello de Sterling lo que estaba mal. Era su pelo.

De repente, avanzó hacia la celda. Se acercó a él en la cama y puso su mano en el hombro de Sterling. Tiró de ella con brusquedad, de modo que pudiera ver su cara por primera vez. Luego retrocedió, tapándose la boca con ambas manos.

—Ay joder. Este no es Charles Sterling.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Como siempre hacía, el timbre sonó a las siete y media y despertó a Sean Nutt de su sueño. Pero no se movió, deseando que su mente le devolviera al sueño. Había estado paseando por una versión ligeramente alterada de los jardines de Clapham. Las hojas de los árboles se teñían de los colores dorados del otoño, y podía sentir la suavidad de la hierba bajo sus pies. Pero, sobre todo, era consciente de que no estaba solo. En su mano sostenía la suave y preciosa mano de su hijo James, de siete años. Parloteaba, siempre parloteaba, normalmente sobre su querido club de fútbol West Ham United. Sean cerró los ojos con más fuerza, intentando recuperar la imagen, la sensación de aquellos deditos aferrándose a los suyos. Pero iba a la deriva. Se le escapaba.

Sustituida por los ladrillos pintados de gris de la celda, la cama gris con estructura de acero, la manta gris que le picaba en la piel.

Momentos después estaba completamente despierto, aceptando que el sueño había desaparecido. Y desde abajo oyó un sonido demasiado familiar. No miró cuando su compañero de celda, Mark Armstrong, salió de su litera y caminó pesadamente hacia el retrete que compartían, a pocos metros de distancia. Armstrong era un hombre corpulento, de pecho rechoncho y tripa pesada, pero nadie podía acusarle de no ser regular. Todas las mañanas, cinco minutos después de que sonara el despertador, se sentaba en el retrete para cagar.

Algunas de las celdas tenían una especie de cortina de ducha que podía colocarse alrededor del inodoro para dar algo de intimidad, pero eran endebles y tendían a romperse. Cuando se rompían, la prisión no tenía recursos para repararlas. En celdas como la de Sean y Mark, donde la cortina hacía tiempo que había desaparecido, el protocolo consistía en que el hombre que no utilizaba el retrete debía mantener la mirada apartada y no mencionar lo que estaba ocurriendo. Eso es lo que hizo Sean ahora, intentando no escuchar la caída y el chapoteo. Pero el protocolo no hacía nada por aliviar el olor.

Mientras Armstrong empujaba, Sean pensó de nuevo en su hijo, pero tal como era ahora, adulto, con su propia vida. James tenía una esposa y un hijo. Momentos en los que el propio Sean debería haber participado pero que había perdido por las decisiones equivocadas que lo habían hecho acabar en aquella celda.

Había tenido tiempo, en los últimos meses, de pensar en esas decisiones. Al principio, la vista para la libertad condicional se cernía sobre él como un plazo lejano, con la promesa de una posible libertad, pero con la amenaza de una decepción. No se había hecho ilusiones. Todo el mundo sabía que a los presos de categoría A como él nunca le concedían la libertad condicional a la primera. Eran así de cabrones. No importaba lo bien que te hubieras portado, lo mucho que hubieras lamido el culo de los guardias o lo convincente que hubieras sido en tu promesa de haber cambiado; te encerraban unos cuantos años más, solo para estar seguros o para demostrar que ellos estaban al mando de tu vida. Pero Sean seguía el procedimiento de todos modos, no había mucho más que hacer. Preparó una declaración en la que explicaba dónde viviría en caso de ser puesto en libertad y cómo su hijo se había comprometido a mantenerlo. Añadió una carta a las víctimas de sus crímenes, disculpándose por sus actos y demostrando que había pensado en cómo les podían haber afectado sus acciones. Y también pensó en ello, poniéndose en su lugar y pensando en cómo se habrían sentido al ver irrumpir a un hombre enmascarado blandiendo una escopeta.

No era correcto decir que había tenido una epifanía, que había visto la luz: la vida era mucho más complicada que eso. Pero algo cambió. Lo suficiente como para que, después de nueve años encerrado sintiera la esperanza de que quizá, esta vez, las cosas saldrían como él quería.

Pero cuando se reunió el panel y se sentó ante ellos, esa esperanza se evaporó. Fueron bruscos, lo miraron con cinismo, con desprecio y no creyeron que sus palabras de arrepentimiento fueran sinceras. La vista duró menos de veinte minutos y, aunque el resultado se comunicaría por escrito, mientras llevaban a Sean de vuelta a su celda él no dudaba de lo que diría la carta.

La respuesta llegó una semana después, y durante varias horas Sean se había quedado tumbado en la cama con la carta debajo de la almohada, aún seguía, sin atreverse a abrirla.

Por supuesto, había tenido razón. El juez de vigilancia penitenciaria no había visto en él a un hombre dispuesto a empezar de nuevo. No había creído sus protestas de arrepentimiento. Pero a veces esas cosas no importaban. La presión política sobre el número de presos solía funcionar de forma cíclica. Los políticos querían que las cárceles estuvieran llenas para demostrar su mano dura contra la delincuencia. Pero si las cárceles se llenaban demasiado, el coste se descontrolaba, y entonces los políticos se veían obligados a vaciarlas, aunque fuera solo un poco, para mostrar al público lo buenos que eran recortando el gasto público. Y así, cuando Sean Nutt fue a abrir el

sobre, la noticia fue inesperada. Iba a ser puesto en libertad, tras cumplir nueve de los dieciséis años de su condena.

Eso había sucedido hacía poco menos de seis semanas.

Sin apartar la mirada de donde se encontraba Armstrong, limpiándose con una mano y hurgándose la nariz con la otra, Sean se encontró mirando alrededor de los tan familiares confines de la celda. ¿Cuántas veces se había despertado aquí? No lo sabía. ¿Cuántas veces había mirado los barrotes de la ventana, la pesada puerta de hierro cerrada, y deseado que llegara este día? El último día.

Y ahora por fin ya había llegado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

—A ver, Nutt, ¿tienes los papeles de la mierda preparados?

Fue uno de los nuevos guardias quien vino a buscarlo. Un hombre llamado Sinta que venía de Venezuela. Estaba tan verde que no había aprendido bien a decir palabrotas, pero a Sean le caía bien. Muchos de los carceleros más viejos y duros se retiraban del servicio y eran sustituidos por inmigrantes como Sinta, a quienes no les importaban las largas jornadas ni el bajo sueldo.

—Sí, jefe.

Después de desayunar, hizo su último ejercicio. Llovía, pero solo un poco, y Sean había dado unas últimas vueltas antes de su liberación. Encontró tiempo para unas últimas palabras con algunos de los compañeros que le habían ayudado, o a los que él había ayudado. Despedidas tranquilas, cada uno consciente de que tal vez nunca volverían a verse. Y luego volvió a su celda para pasar un poco más de tiempo. Hizo una pila con las pocas pertenencias que se llevaba, el resto ya las había regalado.

—De acuerdo entonces —continuó Sinta, con las llaves en la mano—. Hora de irse.

—Sí, jefe —respondió Sean, manteniendo la mirada respetuosamente apartada. La costumbre de referirse a los guardias como jefe estaba muy arraigada. Más que eso, era simplemente cierto, ellos eran los jefes.

—Supongo que esto es todo —dijo Armstrong, aparentemente sin emoción.

—Supongo que sí. —Sean asintió y se sorprendió a sí mismo acercándose a Armstrong y dándole un gran abrazo.

—Te veo fuera. Dos años, ¿no? Tú puedes.

Ninguno de los dos sabía si aquello era cierto.

—No vuelvas, ¿eh? —dijo Armstrong—. Si te vuelvo a ver, te mataré yo mismo.

—No lo tengo previsto.

—Vale, vale, ¿Nos vamos? ¿O no? —Sinta sacudió las llaves.

Sean echó un último vistazo a su celda. Luego salió al pasillo.

Esperó a que Sinta cerrara la puerta de la celda tras de sí y siguió por el pasillo de hierro hasta otra puerta cerrada. Encima había una cámara de vigilancia, con los cables recubiertos de acero para protegerla contra golpes. Sinta habló por la radio y esperó a que la

cámara zumbara y se enfocara.

—Brazo.

Automáticamente, Sean extendió la mano izquierda, y Sinta escaneó la etiqueta electrónica que llevaba sujeta. Después, sacó su llave de hierro y abrió la verja. De nuevo Sean le siguió. Ya lejos de la parte de la prisión que le resultaba familiar.

—¿Adónde vamos?

—Primero tenemos que ir a la celda de detención —explicó Sinta —. Hacemos el papeleo, luego te damos ropa de calle y dinero para los primeros días.

Sean escuchaba, interesado solo de forma abstracta, como si aquello le estuviera ocurriendo a otra persona y no a él.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Tarda lo que tarda, ¿no?

Sean miró a su alrededor mientras caminaban. ¿Había estado alguna vez en esta parte de la cárcel? De pronto le pareció increíble lo pequeño que había sido su mundo. Su celda, la zona común entre las dos alas. El patio de ejercicios y un puñado de lugares más. Y, sin embargo, la cárcel era enorme, con zonas tan desconocidas para él como una tierra extranjera, a pesar de los años que había pasado aquí. Pasaron más puertas de seguridad. Otro guardia, al que Sean no reconoció, bostezó mientras comprobaba su nombre en una lista de un portapapeles.

—Pónganlo en esa celda.

—No. Esa es mía. «MS» viene a hacer ejercicio. —Otro guardia interrumpió, dando zancadas con confianza hacia ellos. Llevaba dos coronas sobre los hombros, la marca de un funcionario de prisiones principal, por encima de los otros dos funcionarios. Y «MS» significaba máxima seguridad, el nombre que se le daba a los monstruos encerrados en las celdas subterráneas, enterradas en algún lugar bajo sus pies. Todos los reclusos los conocían, pero casi nadie los veía.

El segundo vigilante estudió su portapapeles, confuso. Parecía reacio a desafiar al jefe.

—Esa es la última celda de detención.

—Pues la necesito yo —dijo el guardia de alto rango, y luego se volvió hacia Sean, suspirando.

—¿Quién es?

—Prisionero número 9657, Sean Nutt, sale hoy en libertad, jefe.

El guardia de alto rango no se dejó impresionar, pero inclinó la cabeza hacia la puerta abierta de la celda, improvisando una solución.

—Ponlo ahí. Ya te ayudo yo con el papeleo.

Metieron a Sean en la celda, donde permaneció sólo durante media hora con la puerta cerrada, antes de que ésta volviera a abrirse.

Esta vez, Sinta y el otro guardia entraron juntos. Sinta estaba a

punto de volver a cerrar la puerta tras ellos, pero el otro guardia se lo impidió.

—Terminaremos en cinco minutos. Entonces podrás sacarlo de aquí. —El guardia sostuvo una bolsa de plástico transparente y empezó a sacar objetos de ella, uno a uno—. Estos son los papeles de tu salida. Tienes que firmarlos con nosotros dos mirando. Entonces te daremos el dinero de la entrada. En un momento te traemos ropa de civil y entonces ya te puedes marchar. Pero primero tienes que hacerte la prueba del COVID. —El hombre esbozó una fría sonrisa—. Es el protocolo de las narices.

Sacó el kit de plástico de la bolsa y se lo tendió a Sean con despreocupación. Sean empezó a desempaquetarlo. Durante meses, en plena pandemia, habían tenido que hacer pruebas diarias. Sacó el palito y lo introdujo en una fosa nasal, le dio vueltas y luego hizo lo mismo con la otra.

El guardia esperó, observando para asegurarse de que lo hacía bien, y luego empujó los papeles hacia él.

—Bien. Ahora firma esto mientras esperas.

Sean firmó sin leer una palabra. Casi una década en este lugar le había hecho obedecer a la autoridad. Se sentía más cómodo haciendo exactamente lo que le decían. Cuando terminó, se quedó mirando al vacío, esperando lo que venía a continuación.

—¡No me jodas! —exclamó de repente el guardia. Había cogido el kit de pruebas y lo estaba estudiando, sacudiendo la cabeza—. Dos putas rayitas. Tienes el jodido COVID amigo. Al final hoy igual no sales de aquí.

Por primera vez, Sean sintió un ataque de pánico.

—Me encuentro bien. No estoy enfermo. —Miró de un guardia a otro, luego a la puerta abierta—. ¿Y mi salida? Hoy salgo libre, ¿no?

El guardia de alto rango tenía una mano en la frente, como si no necesitara esta molestia, pero luego bajó la mano y volvió a negar con la cabeza.

—Muy bien, cálmate. Esto no va a cambiar nada. No tenemos tiempo para estas gilipolleces. —El guardia lo miró sin simpatía durante un segundo, luego se volvió hacia Sinta—. Estás vacunado, ¿no? Seguro que es contagioso de cojones. —Alzó las cejas como si le aburriera todo el procedimiento. Pero la expresión de Sinta cambió mucho más.

—¿Contagioso? —preguntó Sinta mientras miraba a Sean con auténtico miedo en los ojos.

—Sí, supongo.

—¡Hijo de puta! —exclamó Sinta de repente, dando un paso atrás para alejarse del preso.

—Vale, vale, ¿qué problema tienes? —El guardia miró a Sinta, de

repente parecía preocupado.

—No puedo acercarme a él. Mi esposa está… —Sinta pareció buscar una palabra—Inmunodeprimida —consiguió decir al fin—. Si me contagio y se lo paso a ella, podría morir. Todo el mundo lo sabe. —Sinta parecía muy conmocionado.

Se hizo el silencio en la celda. Sean lo rompió.

—¿Qué va a pasar conmigo? ¿Aún vas a dejar que me vaya? No estoy enfermo. No me encuentro mal.

—Mantén la boca cerrada, prisionero —espetó el guardia, por lo que Sean se calló de inmediato. Se volvió hacia Sinta—. A ver, cálmate. Tal vez no lo hayas pillado todavía. Solo estuviste con él unos minutos. ¿Te acercaste? ¿Lo tocaste?

—No. —Sinta negó con la cabeza, pero sus ojos muy abiertos contaban otra historia—. Pero aún tengo que llevarlo a la puerta de entrada.

El guardia suspiró, reflexionando un momento sobre el problema.

—Muy bien, ve a buscarnos un par de mascarillas. Yo le acompañaré. De todas formas, todo es una puta farsa.

—¿Estás seguro? —El alivio estaba reflejado en el rostro de Sinta —. Yo lo expliqué, cuando empecé a trabajar aquí. Le dije a la dirección que no puedo correr el riesgo de infectarme, porque mi esposa…

—Que sí, que vale. Joder. —El guardia murmuró para sí mismo, como si estuviera aburrido de la situación. Luego se volvió hacia Sean —. Venga, que sales hoy. Ya hemos tenido bastantes problemas con el puto COVID aquí. Vete a infectar a quien quieras fuera. Ahora quítate el uniforme. Te traeré algo de ropa.

Sinta salió corriendo, regresó unos instantes después con una mascarilla y dejó dos más sobre la mesa, antes de quedarse unos segundos y marcharse corriendo. El guardia lo miró marcharse y luego se volvió hacia Sean.

—¡Pues póntela, joder! Y quítate el resto de la ropa. Voy a buscar ropa de civil.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Sean se desnudó y, por costumbre, se quitó también los calzoncillos, de modo que se quedó esperando, desnudo, salvo por la mascarilla de tela que le cubría la cara.

Se estremeció mientras esperaba, pero no se le ocurrió que nada de lo sucedido estuviera mal. Confiaba en que el guardia volvería cuando estuviera listo. Confiaba en que lo conducirían a través de las zonas de seguridad restantes hasta la salida de la prisión. Donde sería por fin libre. Pero Sean estaba muy equivocado al respecto.

Se oyó fuera el sonido de la llave en la cerradura y la puerta se abrió de golpe. El mismo guardia volvió a entrar, cerró la puerta y

echó la llave. No había nada inusual, pero lo que llevaba hizo que Sean frunciera el ceño.

—Ponte esto.

Lanzó un conjunto de monos de color amarillo brillante hacia el preso. El mismo que llevaban los MS bajo tierra. Dudó.

—He dicho que te lo pongas.

—¿Qué pasa con mi ropa de civil? —comenzó Nutt—. Pensé que me traerían unos vaqueros.

—He dicho que te pongas esto —zanjó el guardia.

Sean frunció el ceño, pero hizo lo que le decían. Mantuvo la mirada apartada del guardia mientras desdoblaba el mono, notando que había un número en la espalda que no coincidía con el suyo. Quiso alertar al guardia de ese detalle también, pero temió que no debía hacerlo.

Se puso el mono, subiéndoselo hasta la cintura, y luego encontró la manera de preguntar qué pasaba.

—¿Me voy a cambiar de nuevo antes de salir?

—Yo no contaría con ello.

Antes de que Nutt pudiera replicar, o incluso responder al comentario, el guardia había cruzado el suelo de la celda para llegar hasta él, agarrándolo por el brazo aún desnudo. Nutt sintió un pellizco en el músculo y luego miró con asombro cuando vio una jeringuilla hipodérmica en la mano del guardia, con la aguja ya clavada en el brazo. Y entonces se le nubló la vista. Las piernas le fallaron.

Mientras sus rodillas se desplomaban, el guardia empujó la silla debajo de él justo a tiempo. La oscuridad invadió su visión.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

—Este no es Charles Sterling —repitió Sands una vez más cuando nadie le hubo contestado—. Y si este no es él ¿dónde demonios está?

Durante un largo rato, nadie supo qué decir. Del personal de la prisión, dos de los guardias, así como McDonald, sabían qué aspecto tenía Sterling, y uno a uno parecían turnarse para confirmar que lo que decía la inspectora era cierto. Como si ese fuera el único paso que podían imaginar tomar.

—¿Dónde está? —insistió Sands—. ¿Está haciendo ejercicio? ¿Ha cambiado de celda? Por favor, no me vayan a decir que se ha escapado.

No se tardó nada en comprobar que Sterling no se había mudado de celda, algo inaudito en la sección subterránea de la prisión, y que el número que figuraba en la espalda del hombre de la celda de Sterling coincidía con el número de prisión de este.

—No puede haber escapado. —Los ojos de McDonald parpadearon en su rostro ahora blanco como la tiza. Se volvió hacia Sands, con semblante serio—. ¿Está segura de que no es Sterling?

—¿Está de coña? —arremetió Sands ahora—. Véalo con sus propios ojos.

Finalmente, McDonald se movió. Ordenó a los demás funcionarios de prisiones que revisaran el resto de las celdas subterráneas y, con la respiración entrecortada, puso en marcha el protocolo de emergencia de fugas de la prisión. Empezó a sonar un claxon, un ruido grave y recurrente que resonó en las paredes.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Golding.

El director miró su reloj. Estaba temblando.

—Todos los prisioneros volverán a sus celdas, los contaremos y escanearemos sus códigos de barra. Todas las puertas permanecerán cerradas. Las puertas exteriores de la prisión ya han sido selladas. Nadie saldrá hasta que yo dé la orden.

—¿Y controles de carretera? —preguntó Sands.

McDonald hizo una pausa, como si estuviera a punto de decirle que no eran necesarios, pero luego asintió y emitió el segundo protocolo por radio.

Sands escuchó, y con frialdad anunció—: Será mejor que venga un médico también, para quienquiera que sea este pobre desgraciado.

El registro de las celdas subterráneas no reveló nada. El director no

mencionó que los protocolos que había iniciado cortarían la corriente a los ascensores que daban servicio a las celdas subterráneas por lo que pasó media hora antes de que se volviera a conectar, tiempo durante el cual todos los prisioneros de las alas principales habían sido revisados y asegurados. No faltaba ninguno. No había noticias de otros incidentes.

La primera parte del misterio se resolvió cuando el médico de la prisión por fin llegó hasta ellos.

—Conozco a este hombre —anunció el médico, mientras comprobaba sus constantes vitales. Parecía seguro de que estaba estable.

—¿Quién es? —preguntó Sands.

—Le hice un examen médico ayer mismo. Un preso al que le han concedido la libertad condicional. Se supone que sale hoy. Creo que se llama Sean Nutt.

Una vez que tuvieron un nombre, empezó a surgir una imagen de lo que había ocurrido, pero poco de ella tenía sentido. Una pista importante llegó cuando regresaron a la oficina de McDonald. El técnico que había configurado los ordenadores para que Sterling los utilizara seguía en la sala de reuniones, intentando comprender cómo Sterling había conseguido acceder a partes de Internet que ellos no habían visto, y qué había estado haciendo.

—Aquí hay algo que deberían ver —dijo mientras Sands y Golding acompañaban al director al interior.

—¿El qué? —preguntó Sands al tiempo que entraba y empezaba a leer lo que tenía en la pantalla.

El técnico respiró hondo, pero Sands lo interrumpió.

—Madre mía.

—¿Qué pasa? —El director sonaba muy alterado.

—¿Estaba moviendo dinero? —Sands ignoró a McDonald y se dirigió en su lugar al técnico, que asintió con la cabeza y luego negó con la cabeza.

—Sí, bueno no exactamente. Estaba moviendo Bitcoin. —Miró al director, que técnicamente era su jefe—. Bitcoin es un libro de contabilidad público, donde todas las transacciones se registran simultáneamente en cada ordenador que ejecuta la red. Así es imposible que se falsifiquen las entradas. Pero también significa que cualquiera puede ver todas las transacciones realizadas. Sterling hizo dos transacciones hoy mientras pensábamos que estaba mirando cascadas.

Según hablaba, Sands comprobaba ella misma el ordenador.

—¿Podemos ver a quién le mandó el dinero? —preguntó Golding al técnico. Pero Daniels negó con la cabeza.

—No, solo la dirección de la cartera.

Hubo una pausa. Golding volvió las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Qué significa eso?

—Las transacciones se enrutan hacia y desde carteras digitales, pero no siempre se puede ver quién es el propietario de una cartera. Se pueden mantener en el más completo anonimato. La única forma de saber que Sterling controlaba esta cartera es porque las transacciones se hicieron desde la dirección IP del ordenador de su celda. Nadie más podría haberla hecho.

Golding tardó un rato en procesarlo.

—¿Sabemos cuánto envió? ¿Fue mucho?

—Sí. De hecho, lo sabemos con exactitud. —El técnico no continuó. Su cara también se había quedado pálida.

—¿Y bien? —preguntó McDonald al ver que no continuaba.

—Hizo dos transacciones —dijo Sands, su voz despojada de emoción—. En una movió ciento ochenta y una Bitcoins. La segunda fue mayor. Por algo más de dieciséis mil Bitcoin.

Golding y el director esperaron, pero ella no continuó.

—¿Y eso es…? —Golding preguntó al final—. No sé cuánto es.

—Al cambio actual, ciento ochenta Bitcoins valen unos nueve millones de libras. Dieciséis mil son poco menos de mil millones.

—Dios mío —exclamó McDonald.

La segunda pista llegó cuando descubrieron que Sean Nutt había sido puesto en libertad, según su orden de libertad condicional, ese mismo día. A pesar de que era imposible, ya que en ese momento se encontraba en el ala del hospital tras haber sido descubierto inconsciente en la celda de Charles Sterling. No había nada en los registros que pareciera fuera de lugar, pero cuando vieron las cámaras de seguridad del momento de su puesta en libertad, lo que había sucedido quedó más claro.

—¿Lleva una mascarilla? —preguntó el director, mientras se agolpaban alrededor de la pantalla—. ¿Por qué lleva una mascarilla?

—¿Es él? ¿Es Sterling? —Golding miró a Sands. Se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué demonios hace Barney Atkinson ahí?

Observaron en la pantalla cómo Atkinson, con su uniforme, acompañaba a otro hombre, vestido de paisano, hasta el vestíbulo de salida de la prisión.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

—Un buen día para salir —dijo el agente desde su cabina en la salida de baja seguridad de la prisión. Además del personal que entraba y salía del trabajo, era la salida que utilizaban los presos en régimen de semilibertad o al final de su condena. Era la última línea de seguridad entre la prisión y el mundo exterior. No obstante, todos los que salían por esta vía eran controlados y sus nombres apuntados.

Los ojos del prisionero, por encima de su mascarilla, parecían cautelosos.

—He dicho que es un buen día para salir. Libertad, después de… —El guardia revisó sus papeles— de nueve años. Es bueno ver un poco de sol—. Inclinó la cabeza hacia la ventana, donde un rayo de sol de primera hora de la tarde besaba el páramo circundante—. Otro cliente satisfecho, ¿no, Barney?

Barney Atkinson emitió un gruñido de medio reconocimiento y empezó a soltar las esposas que lo ataban al prisionero. La fecha de liberación era hoy, pero hasta que se cumplieran todos los protocolos, un prisionero era lo que seguía siendo.

—A ver... Sean Nutt. Da un paso adelante hacia el escáner.

El preso lo hizo y levantó el brazo para que la máquina detectara la etiqueta que llevaba en la muñeca. La máquina emitió un pitido y el guardia comprobó la pantalla.

—¿Número de prisionero?

—Nueve, seis, cinco, siete, jefe —respondió el preso de manera automática. Llevaba unos vaqueros nuevos y una sudadera holgada.

—Muy bien. Quítate la braga.

—¿Perdón, jefe?

El guardia señaló la cara del hombre y movió el dedo.

—La braga. La mascarilla. Quítatela, por favor.

—Acaba de dar positivo en la prueba del COVID —interrumpió Atkinson—. El jefe insiste en que la lleven.

—Tal vez, pero también insiste en que revise a todos los que entran y salen por esta puerta. Así que quítate la braga ahora mismo, por favor.

Por un segundo pareció que Atkinson iba a protestar de nuevo, pero el prisionero ya estaba levantando las manos para quitarse la mascarilla. Al hacerlo, le sobrevino un ataque de tos. Cuatro o cinco veces su pecho se agitó mientras el ruido llenaba la pequeña

habitación. En la mayoría de los casos mantenía las manos delante de la boca, pero, aun así, la barrera de plástico frente al guardia estaba moteada de humedad.

—Lo siento, jefe —balbuceó el prisionero, que se giró ligeramente para volver a toser.

—Está bien, está bien. Lo entiendo, te estás muriendo. Bueno, al menos eso explica por qué te ves tan miserable en una ocasión tan feliz. —De nuevo miró a Atkinson. Barney esbozó una media sonrisa —. Entonces... —Tecleó rápidamente en su teclado, luego abrió un cajón debajo de su escritorio y sacó una gran máquina—. ¿Te apuntas el martes a la noche de trivia, Barney? Vamos a buscar venganza.

—Claro.

—Pon el brazo aquí, por favor —el guardia se dirigió de nuevo al prisionero—. Te quitamos la pulsera... y entonces serás libre de irte.

El prisionero volvió a adelantar el brazo, y esta vez los potentes imanes empezaron a alinearse dentro del mecanismo de su brazalete. Siempre tardaba un poco.

—Apúntame a mí también —pidió Atkinson.

El guardia levantó la vista, sorprendido.

—¿Sales temprano hoy?

—No me siento muy bien. Espero no haber pillado la mierda del virus este también. —Atkinson miró mal al prisionero, como si fuera culpa suya.

—Joder, espero que no. Oye, aún no entiendo cómo sabías cuál era el río más largo de Venezuela. ¿Quién sabe eso?

—Es que soy más listo de lo que parezco. —Atkinson escaneó su pase, mientras la atención del guardia volvía a centrarse en la etiqueta electrónica que llevaba el preso en la muñeca. El cierre se soltó y la etiqueta se desprendió, cayendo estrepitosamente sobre el escritorio. El guardia la recogió y la arrojó a un cubo de plástico que tenía a sus pies. El preso se frotó la muñeca, como si no estuviera acostumbrado a la sensación de no tener nada allí.

—Bueno, eso es todo señor Nutt. Es la una de la tarde. Según las condiciones de tu libertad condicional, desde este momento eres hombre libre. —Pulsó un botón, y la puerta electrónica se abrió. El aire fresco entró en la cabina. —La parada de autobús está justo al final del aparcamiento.

El prisionero asintió con la cabeza. Recogió su bolsa y dio un paso hacia el exterior.

Entonces el guardia lo llamó.

—Ah, y no vuelvas. Al menos por un tiempo. —Sonrió a su colega, pero Atkinson no lo miraba. Tenía los ojos puestos en la cámara de seguridad que grababa las actividades de la sala.

—Oye, espero de verdad que estés bien para el martes —el guardia

sonaba preocupado ahora. Pero la expresión se calmó cuando Atkinson le devolvió la mirada.

—No te preocupes, Paulie. Allí estaré.

Barney Atkinson salió de la prisión al frescor de la tarde. Cuando estuvo fuera, vio que Sean Nutt ya había desaparecido.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Se establecieron bloqueos en todas las carreteras principales que salían de la prisión y se enviaron imágenes del rostro de Sterling a todas las fuerzas policiales y a los puertos y aeropuertos del país. Pero la única medida en la que Sands albergaba alguna esperanza eran los agentes enviados para controlar a los pasajeros que embarcaban en vuelos con destino a todos los países no sujetos a extradición. Sin embargo, aquella esperanza pronto se desvaneció. Resultó que había treinta y tres países que actualmente no tenían tratados con el Reino Unido, lo que suponía casi dos docenas de vuelos que saldrían de los aeropuertos de Londres ese día, y otro puñado más de los aeropuertos regionales. Eso por sí solo habría sido difícil de manejar, pero una vez que surgió la posibilidad de que Sterling embarcara también en un vuelo de conexión, se abrieron cientos más. Quizá llegaran a tiempo. Lo más probable era que no.

Mientras tanto, un grupo armado se dirigió a la casa de Atkinson. Vivía solo, tras haberse separado de su mujer dos años antes. No fue una sorpresa encontrarla vacía. Lo inesperado fue la nota que dejó a sus colegas. Fue fotografiada por el jefe del grupo de operaciones especiales y enviada electrónicamente a McDonald y Sands.

«Vivimos en un universo determinista, en el que cada acción es el resultado de las anteriores. Cada paso que damos no es nuestra elección, sino la consecuencia inevitable de factores que escapan a nuestro control. El libre albedrío no existe».

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó McDonald. Fue Sands quien respondió.

—Diría que esta es la excusa que le está dando uno de sus agentes para aceptar nueve millones de libras como pago por ayudar a escapar a Sterling. —Cogió el teléfono y habló con el comisario Black, que ya estaba ayudando a coordinar la respuesta de la policía. Le pidió que enviara más agentes a los aeropuertos.

Y fue aquí donde se produjo el avance. Demasiado tarde, como Sands había temido.

No fue Sterling a quien identificaron en las imágenes de las cámaras de seguridad de los pasajeros, de pie inquieto mientras esperaba en la puerta de embarque un vuelo directo de las aerolíneas

TAM a Sao Paulo, sino a Barney Atkinson. El vuelo había despegado horas antes y se encontraba en medio del Atlántico, muy lejos del espacio aéreo británico, donde Sands o Black, o cualquier otro, tenían jurisdicción. Se empezó a solicitar la detención de Atkinson para cuando el vuelo aterrizara, pero se abandonó cuando quedó claro que las autoridades brasileñas tardarían al menos una semana en procesar la petición. Atkinson se les había escapado.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Sands condujo despacio para variar, mientras Golding y ella hacían el viaje en silencio a través de las ondulantes colinas de Purbeck hacia el pueblo de Langton Matravers donde se encontraba la vieja escuela de piedra que Robbins había convertido en su casa. Se sintió inquieta ante la nueva realidad de que Sterling ya no estaba encerrado, pero no se veía amenazada, de momento. Imaginaba que su prioridad sería escapar, primero de la zona y luego del país, y parecía haber muy pocas posibilidades de que, si tenía éxito, arriesgara alguna vez la libertad que tanto le había costado conseguir para regresar. Miró al cielo, muy por encima de ellos pasaba un avión de pasajeros, y Sands se preguntó qué estaría haciendo, ahora mismo. ¿Estaría en ese avión en el aire? Si era así, ¿qué estaba mirando? ¿Qué planeaba? ¿Y cómo reaccionaría con los demás pasajeros y la tripulación? No tenía ni idea de si volvería a matar o de si lo decía en serio cuando afirmaba que había cambiado.

—¿Estás bien? —Golding rompió su silencio melancólico y ella se volvió para mirarlo. Tenía unas arrugas en la cara que no recordaba de cuando se conocieron, el trabajo le estaba envejeciendo. Ella asintió, poco convencida.

—Al final cogieron a Ronnie Biggs.

—¿Perdón? —Sands frunció el ceño.

—El Gran Ladrón de Trenes. Estaba escondido en Brasil, pero al final consiguieron un tratado de extradición y lo trajeron de vuelta. E incluso cuando estaba allí le hicieron la vida imposible. Así que no te preocupes. Atraparemos a Sterling.

—No me preocupa —respondió Sands. De repente, se sintió segura de ello—. Quiere que vaya tras él. Quiere un gran juego en el que los dos nos persigamos por el mundo, él dejando pistas y yo persiguiéndolas. Pero no voy a hacerlo. Eso no va a suceder. Mató a su familia, y yo soy todo lo que le queda. Cree que así puede tener algo conmigo. Aunque sea una locura. —Se volvió para mirar a Golding—. No voy a buscarlo. No voy a intentar que lo extraditen. No me importa cómo lo traten, en Brasil, en la República Dominicana, en Catar, o donde sea que acabe. Se ha marchado y no me importa. Más que eso. Me siento en paz, por primera vez en mi vida. Se ha ido y no pienso ir tras él.

Llegaron al pueblo donde Sands aminoró aún más la marcha para

poder observar a las pocas personas que había en la acera mientras el Alfa pasaba silenciosamente. Vieron a una anciana que tiraba de su carro lleno de los comestibles que había comprado en la tienda del pueblo. Pasaron junto a una pareja de senderistas, con calcetines gruesos y botas de montaña. La mujer llevaba una mochila de color rojo brillante y sostenía un mapa. El hombre echó un vistazo al coche mientras Sands pasaba, una mirada de admiración que ella ignoró. Pasaron por delante de un pub, The Kings Arms, que parecía llevar allí siglos. Un cartel ofrecía cerveza de verdad y anunciaba que tenían habitaciones disponibles.

—¿Te apetece parar cuando hayamos visto a Robbins? —preguntó Sands, y mantuvo la mirada fija en Golding—. Me vendría bien tomar algo.

Golding pasó un momento intentando leer su expresión. Luego pareció darse por vencido y se limitó a asentir.

—Claro.

Los neumáticos hicieron crujir la grava frente a la vieja escuela y ambos se apearon. El cielo se oscurecía, no solo por la llegada de la noche, sino también porque una nube de tormenta se acercaba por el oeste. El tiempo estaba cambiando y la noche prometía lluvias. Sands llamó al timbre del piso de Robbins y retrocedió, echando un vistazo a la única ventana iluminada que había sobre ellos. No se encendió ninguna luz en el pasillo de arriba que indicara que iba a bajar, y volvió a llamar al timbre. Entonces la luz del piso de abajo se encendió delante de ellos. El ama de llaves de Robbins se acercó a la puerta.

—Buenas noches, señora Hoskins —comenzó Golding—. ¿Está el catedrático en casa?

—Se acaba de marchar, me temo. Ha salido.

—¿Al bar? —preguntó Golding, esperanzado, pero el ama de llaves negó con la cabeza.

—No. —Miró al cielo desde la puerta—. Me temo que ha vuelto a la piscina. —Parecía preocupada.

—¿A la piscina? —Golding frunció el ceño y miró su reloj—. Nos dijo que baja por las mañanas. Todos los días a las once en punto.

—Así es, pero a veces, cuando se acerca una tormenta, también baja. Le gusta nadar en la piscina y que la lluvia lo limpie. —Sacudió la cabeza—. Pero me preocupa que coja una pulmonía. Por no hablar de lo resbaladizo que está ahí abajo, con todo el barro...

De nuevo, Golding miró a Sands, pero ella no dio muestras de anunciar que se reunirían allí con él. En lugar de eso, tomó el mando.

—Muy bien, gracias. Ya lo veremos en otra ocasión... —Sands esbozó una sonrisa cansada e imaginó el bar por el que habían pasado,

preguntándose si tendría la chimenea encendida. Le vendría bien pasar una hora sentada junto al fuego.

—Al menos esta vez no está solo —prosiguió la mujer.

Sands sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. No era nada concreto, solo la sensación de una amenaza en el horizonte.

—¿No está solo? —Sands sintió cómo Golding se había puesto rígido junto con ella—. ¿Con quién está?

—No lo sé, no me quedé con su nombre. El catedrático dijo que era un viejo amigo. Un hombre muy agradable y educado.

Golding sacó su teléfono y empezó a buscar en él al tiempo que le explicaba al ama de llaves que le iba a mostrar la fotografía de un hombre para ver si podía identificarlo como el acompañante del catedrático, pero Sands le empujó la mano hacia abajo.

—No hay tiempo. Podemos pedir refuerzos por el camino. —Se dio la vuelta y empezó a correr hacia el principio del sendero que bajaba la colina.

Habría querido ir corriendo, pero la ruta a través del campo y por el sendero hasta la antigua cantera donde se encontraba la piscina era de casi un kilómetro de longitud. Por un momento pensó que sería posible ir en coche, pero, aunque había un camino transitable con un todoterreno, estaba bloqueado por una pesada verja de madera, cerrada con una cadena, y habría tardado mucho más en encontrar al dueño que la abriera. Así que se conformó con caminar rápido, oyendo la pesada respiración de Golding a su lado. Llegaron a una valla y la saltaron, resbalando ligeramente en el barro del otro lado. Finalmente, llegaron a la cima de la colina, desde donde podían ver la ladera por la que descendía el sendero hacia *Dancing Ledge*. La piscina no estaba a la vista, escondida bajo el acantilado.

—No lo veo —dijo Golding.

Como respuesta, Sands se limitó a correr, aumentando el ritmo. Todavía le dolía moverse deprisa, por la herida de ballesta y la bala que había recibido un par de años antes, pero estaba acostumbrada a ignorarlo. Pronto llegaron a la bajada que conducía a la cornisa.

Descendieron rápido y llegaron al pie de la colina, donde había otro travesaño sobre una valla y el camino se volvía rocoso. Esta vez no había escaladores. Los que había antes se habían marchado, ahuyentados por la amenaza de lluvia. La luz también se estaba extinguiendo, reducida ya a una estrecha franja de color amarillo pálido en el horizonte, delimitada por encima por un espeso banco de nubes oscuras y por debajo por la inmensidad gris del océano. Aun así, Sands bajó los escalones rocosos y desiguales de dos en dos, tratando de no pensar en las consecuencias de un resbalón aquí, que la haría caer sobre la plataforma principal de *Dancing Ledge*. Detrás de ella oyó

a Golding resbalar y maldecir en voz baja. Pero ambos bajaron sanos y salvos. Había que elegir. Podían ir al borde del saliente superior, desde donde se podía ver la parte inferior, donde estaba la piscina, pero desde donde no había forma de seguir descendiendo. O podían correr directamente hacia donde era posible descender, pero tardarían más en ver a qué se enfrentaban. Sands eligió esta última opción y corrió con rapidez hacia donde las rocas ofrecían la oportunidad de descender. Finalmente, se paró en la parte más baja de la plataforma, la piscina ahora oculta por una curva en el acantilado. Se giró para ayudar a Golding a descender las últimas rocas y asintió con la cabeza.

—Ten cuidado.

Al principio parecía que eran los únicos allí. No había luz y la noche que se acercaba había vuelto la plataforma tan sombría que parecía desierta. Avanzaron, caminando ahora, mirando a su alrededor con cautela, hacia la piscina. Entonces Sands lo vio. Algo que había al borde del agua. ¿Tal vez una toalla? ¿Un albornoz? Tocó el brazo de Golding y lo señaló, sintiendo cómo se tensaban sus músculos. A un lado, el acantilado ofrecía innumerables sombras y huecos donde un hombre podía esconderse.

Se oyó un ruido. Sands se giró para mirar fijamente en la oscuridad del acantilado, con los ojos escrutando a izquierda y derecha, penetrando en la oscuridad en busca de cualquier movimiento, cualquier destello de luz. Pero se dio cuenta de que el sonido no procedía del acantilado, sino que rebotaba en él, un eco en la oscuridad. Dejó atrás a Golding y echó a correr.

En la noche cercana, el agua de la piscina había adquirido una negrura tinta y aceitosa. No se le había ocurrido mientras descendían, pero no había ni un soplo de viento: la calma antes de la tormenta. Podía ver la ausencia de viento en la superficie del agua, el cielo se reflejaba perfectamente. No se quedó mirando mucho tiempo, ya que sus ojos se fijaron en el montón de ropa que había a un lado. Entonces vio que no era solo ropa, sino la figura desplomada de un hombre, el blanco de los ojos reflejaba la escasa luz.

Tragó saliva con gesto de dolor y la miró.

Sands se acercó al hombre, sin duda Jeremiah Robbins, aunque también se acordó de echar un vistazo a su alrededor. No había nadie más a la vista.

—¿Está herido?

En respuesta, Robbins miró hacia abajo, mostrando con los ojos cómo sus manos le cubrían el estómago, y cuando las movió Sands vio una oscuridad líquida. Entonces se dio cuenta de que el charco no solo estaba inmóvil por la falta de viento, sino que llevaba encima una película de sangre, que manaba libremente de las heridas del

catedrático.

—¿Sterling?

Asintió con la cabeza, con la respiración agitada, como si cada inhalación y exhalación conllevara un dolor que no soportaría durante mucho más tiempo. El único ruido era el suave suspiro de las olas que besaban las rocas.

—¿Hace cuánto tiempo? ¿Sigue aquí?

Robbins tardó unos instantes en contestar, pero Sands le dejó espacio. Aun así, no se había adelantado ni se había dejado caer para comprobar las heridas del hombre. En lugar de eso, permaneció quieta, fijando su atención en su visión periférica, preparada para reaccionar ante cualquier movimiento a izquierda o derecha.

—Cinco minutos. Tiene un cuchillo.

Golding estaba a su lado. Con los ojos redondos al contemplar la escena, parecía consciente del peligro al que ambos se enfrentaban. Sands se dio la vuelta y dejó que Golding se ocupara de las heridas. Observó la pared del acantilado, a pocos metros de distancia y oculta en las sombras. Era imposible penetrar. Sterling podía estar en cualquier parte.

—Mantén la presión sobre la herida —dijo Sands sin mirar a Robbins, pero continuando con la mirada fija en la negrura de la pared del acantilado. ¿Podría verlo, con esta luz? ¿O sería capaz de moverse sobre ellos sin ser visto? No lo sabía—. Tenemos refuerzos en camino. Han enviado un helicóptero.

Pero Sands sabía, por el volumen de sangre en el agua y en las depresiones y huellas fósiles del suelo rocoso, que era inútil. La ayuda no llegaría a tiempo. Y, si Sterling les atacaba también, tampoco llegaría a tiempo ni para Golding ni para ella.

De repente vio una luz por encima de ellos. No provenía de la parte superior de los dos salientes de la antigua cantera, sino del saliente de la colina, muy por encima de ellos, que llevaba de vuelta al pueblo. Era una antorcha, que brillaba hacia fuera y hacia abajo, buscándolos, y después de barrer de un lado a otro los encontró, cegando aún más a Sands. La luz giró, iluminando al hombre que la sostenía, permitiéndoles verle. Era Sterling. Entonces, abruptamente, se apagó.

—Quédate con Robbins, yo iré tras él —dijo Golding de inmediato. Por un segundo, Sands quiso discutir, pero se dio cuenta de que era inútil. Fuera quien fuera, Sterling tenía cincuenta metros verticales de ventaja, y la ruta en sí era mucho más larga. Tendrían que escalar la parte inferior y superior del acantilado, solo para llegar a donde Sterling estaba ahora. Para entonces, ya habría desaparecido en la noche.

—Ten cuidado —le pidió a Golding mientras se alejaba, pero su

principal preocupación eran las rocas. Sterling, lo sabía, se había ido.

Sands se agachó para inspeccionar la herida del estómago de Robbins. Se maldijo por no haber cogido su linterna del Alfa y procedió a utilizar la linterna del móvil para ver el estado del catedrático. Tenía el estómago al descubierto. Llevaba tan solo el bañador y una larga bata para cambiarse y, aunque las manos aún le cubrían el estómago, la luz reveló que estaban cubiertas de sangre, con más goteando y palpitando lentamente a través de sus dedos apretados. Cuando Sands acercó la luz al rostro de Robbins, vio miedo en sus ojos. También aceptación.

—¿Cómo estoy?

—El helicóptero llegará a tiempo.

Comenzó una risa dolorosa, luego se detuvo cuando fue evidente que le dolía demasiado.

—Miente peor que su padre.

Sands se balanceó sobre sus talones. Tomó el relevo de sus manos, apartándolas suavemente mientras presionaba las suyas sobre la herida. Sintió el calor de la sangre.

—No le llame así. —Ajustó su posición, se dio cuenta de que Robbins tenía los zapatos al lado y le colocó uno detrás de la cabeza, intentando que estuviera más cómodo—. ¿De qué se trata? ¿Por qué ha venido a verlo?

Parecía que Robbins estaba demasiado lejos para responder a ninguna pregunta, así que Sands empezó ella misma.

—El código era para usted, ¿no? Sabía que le pediríamos ayuda para descifrarlo, ya que estaba en la base de datos de expertos en criptoanálisis y era el único capaz de descifrarlo. ¿Cuándo lo descifró?

Robbins tosió de repente. Sands sintió gotitas de líquido en la cara, que rezumaban como sangre.

—Poco antes que usted. —Su voz era débil—. Pensé que podría ser mi artículo. Debería haber probado su artículo anterior, pero supongo que tenía miedo de hacerlo.

—¿Por qué? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué pasó entre ustedes?

Parecía querer hablar, pero no podía.

—Cuando usted y Sterling trabajaban juntos, Caroline Smith fue a verlo. Le dijo que Sterling la había violado, intentado matarla, pero usted no hizo nada. ¿Por qué no?

—Hice... Hice un intercambio.

—¿El trabajo de Sterling? ¿Su trabajo sobre números primos? Vio su valor, lo que podría llegar a ser, y le dijo que no iría a la policía si trabajaban juntos.

Por un momento la miró fijamente, con el rostro iluminado ahora por la luz del móvil. Asintió, casi imperceptiblemente.

—Supuse que Caroline exageraba sobre lo que era, o que se avergonzaba por haberse acostado con él. Nunca pensé que Sterling realmente lastimaría a alguien.

—¿Así que robó su trabajo? ¿Fingió que era suyo? ¿Y se hizo fabulosamente rico con él? ¿Mientras él se pudría en la cárcel?

—Se pudrió por lo que él había hecho. Y yo le di dinero. Cuando fue evidente que Bitcoin tendría éxito, le di una gran cantidad de mi inversión inicial.

—Una cantidad que ahora ha utilizado para escapar. ¿Por qué bajó con él a la piscina, esta noche?

—¿Qué otra opción tenía? Si me quería muerto, encontraría la manera. Elegí acabar con todo de una vez por todas, en un lugar de mi elección. Mejor esto que tener que perseguirme o vivir con miedo. —Robbins se estremeció. Se estaba muriendo—. Ahora se irá. Se esconderá en algún lugar del extranjero e intentará reiniciar su vida. Yo así lo creo. No debe intentar atraparle. —Sacudió la cabeza, dolorosamente, cuando su atención fue captada por una luz en el cielo hacia el este. Con ella llegó el rítmico golpeteo de las aspas de un helicóptero. Un reflector se encendió, todavía lejos, que iluminaba dramáticamente las rocas de abajo, mientras buscaba el saliente. Ambos se giraron para mirar un momento y luego se dieron la vuelta. Él sabía, y ella no se lo dijo, que era demasiado tarde.

—Te recuerdo, Erica. Eras una chica extraña. De una inteligencia precoz, pero a la vez dulce.

El ruido era más fuerte ahora, mientras el helicóptero volaba más cerca. Parecía improbable que pudiera aterrizar en la propia cantera, las laderas empinadas y salientes estarían demasiado cerca de los rotores, pero sería posible aterrizar en la ladera de arriba. Pero meter una camilla por el camino rocoso y volver a sacar a Robbins llevaría horas. Tiempo que no tenían.

—Te recuerdo. Vinimos aquí. Tu madre, Caroline. Charles. Eran tiempos más felices.

Se tensó de repente, como si experimentara un espasmo de dolor. Cuando pasó, sonó más débil.

—No lo hagas, Erica. No vayas tras él. Eso es lo que él quiere. Y ahora es intocable. No le importa a quién haga daño, y tiene acceso a más dinero del que puedas imaginar. No entiendes qué oportunidades abre ese nivel de riqueza. Si lo persigues, lo usará en tu contra. Por favor, no le des esa oportunidad.

De repente, se vieron bañados por una luz blanca brillante cuando el helicóptero que los sobrevolaba los detectó con su reflector. Se acercó y el viento fuerte y caliente de su corriente descendiente azotó su ropa y el pelo. Durante unos segundos, Sands se enfadó y estuvo a punto de apartarlo con un gesto de la mano, pero entonces se dio

cuenta de que estaba equivocada sobre dónde podía aterrizar. No necesitaba aterrizar. En su lugar, aumentó su altitud para reducir la corriente descendiente, pero al mismo tiempo empezó a descolgar una camilla.

—No voy a conseguirlo, Erica —dijo Robbins, cuyas palabras eran ahora difíciles de distinguir por encima del estruendo de la máquina que tenían encima—. Será mejor que lo canceles. Pero prométeme que no irás tras él. No vayas a la caza. No lo busques. Tan solo vive tu vida. No le des lo que quiere.

Sands se distrajo un momento cuando la camilla bajó. Pudo ver la figura de un hombre que descendía con ella, y luego sus botas tocaron el suelo a menos de cinco metros.

—¿Cómo está? —gritó la figura, un hombre vestido con el mono de trabajo de salvamento marítimo aéreo.

Sands miró hacia abajo, pero no le hizo falta. Lo sintió en sus brazos, donde la sangre ya no bombeaba, donde ya no había tensión en su espalda.

Sacudió la cabeza.

—Llegáis tarde. Se ha ido.

FIN

MUCHAS GRACIAS POR LEER

LA FUGA

Si te ha gustado, te animo a que escribas una reseña en Amazon. Si eres como yo, de los que siempre lee las reseñas antes de decidirme a comprar un libro, entenderás la importancia que tienen. Te lo agradezco de antemano.

Valora la novela en Amazon

Además, tu opinión es muy importante para mí.

También te invito a que te unas a mi grupo de lectores en Facebook, ¡te esperamos!

UN LIBRO GRATIS

Únete a mi lista de lectores para conocerme un poco mejor y recibir todas las novedades que lanzo. Además llévate Instinto Asesino totalmente GRATIS.

https://greggdunnett.co.uk/spain/

Un asesino está dejando notas en los bancos de varios parques en Londres, en las que confiesa los asesinatos que ha cometido a lo largo de su vida.

Una agente de policía tiene la oportunidad de resolver los casos que sus compañeros no han sido capaces de resolver durante años.

Pero solo lo conseguirá si averigua quién es el asesino, antes de que el asesino la encuentre.

Porque en una historia en la cual nada es lo que parece, ni siquiera los asesinatos son tan claros.

Llévate este libro totalmente GRATIS.
https://greggdunnett.co.uk/spain/

OTRAS OBRAS DE GREGG DUNNETT

Serie Isla de Lornea

La isla de los ausentes
El club de detectives
Misterio en las cuevas
La playa de los dragones

Novelas

El secreto de las olas
La torre de sangre y cristal
Entre sombras

Serie Inspectora Erica Sands

La Cala
La Caza - en preventa hasta su publicación el 5 de diciembre del 2024.

AGRADECIMIENTOS

Tengo la suerte de contar con un estupendo equipo de lectores cero que me ayuda a mejorar mis novelas y que pescan los errores que he cometido. Los que quedan son solo míos. En esta novela me han ayudado Julio Turell y Darwin Barreiro de Uruguay, Maite Martín de Asturias, Yolanda Castillo de Granada, Carmen Losada González de Madrid, Félix Millán de Galicia y Jimena Cernich de Argentina. ¡Muchísimas gracias a todos!